EL CAMINO QUE ATRAVIESA EL BOSQUE

COLIN DEXTER

Lectulandia

INTRIGA

Una joven turista desaparece en un bosque sin dejar rastro. Cuando el inspector Morse se dispone a iniciar unas merecidas vacaciones en un pequeño pueblo costero, la noticia despierta su curiosidad.

Dejándose guiar por su olfato, conduce a la policía local hasta unos restos humanos ocultos entre la maleza en el lugar más recóndito del bosque. Pero, para sorpresa de todos, el cadáver pertenece a un hombre.

A lo largo de una tortuosa investigación, Morse descubrirá que hasta el rincón más apacible del mundo esconde horribles secretos.

Lectulandia

Colin Dexter

El camino que atraviesa el bosque

Inspector Morse - 10

ePub r1.0
Titivillus 01.09.2019

Título original: *The Way Trough the Woods*
Colin Dexter, 1992
Traducción: Daniel Aguirre Oteiza

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Agradecimientos
Mapas
Preámbulo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Epílogo
Sobre el autor

A Brian Bedwell

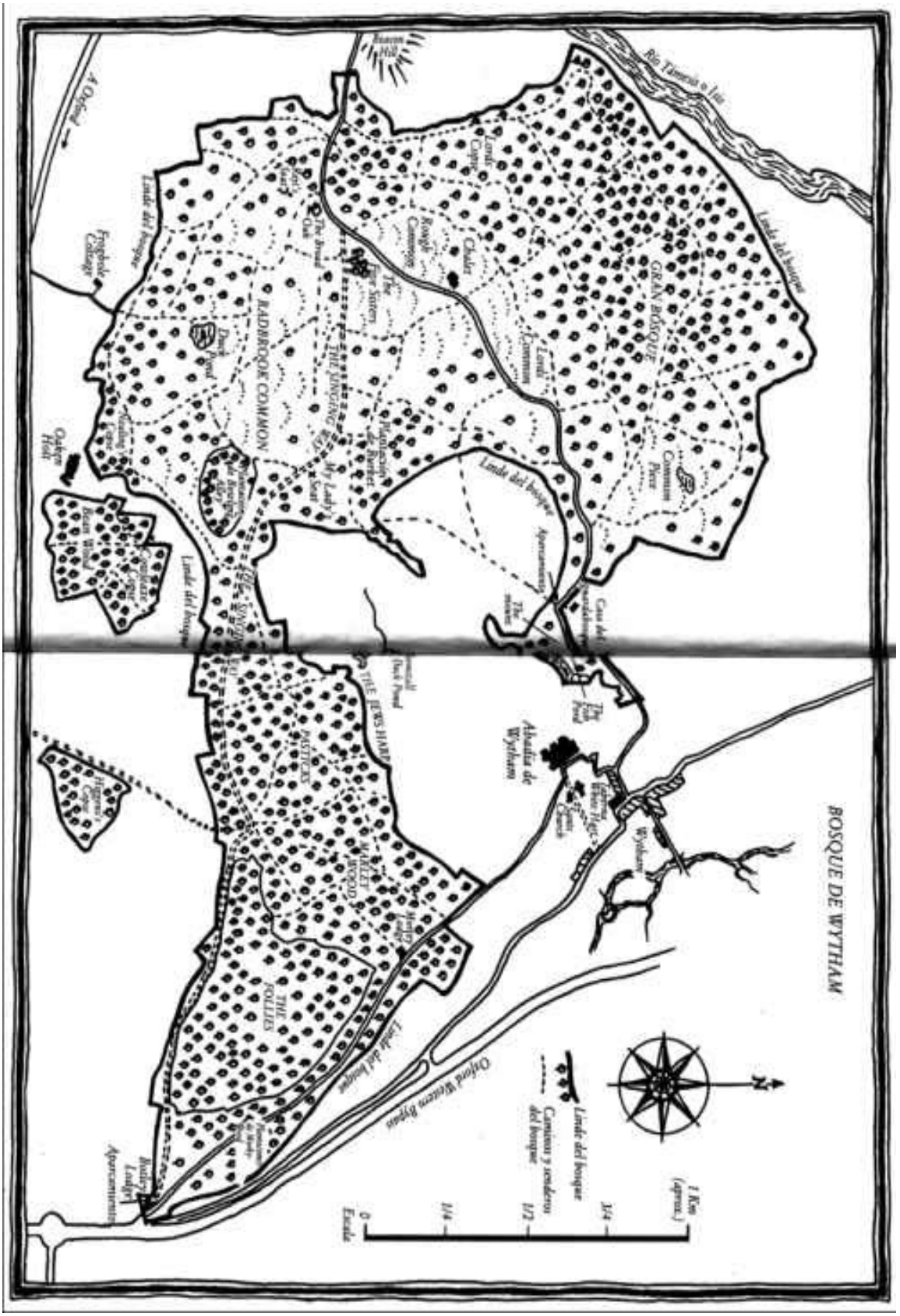
Agradecimientos

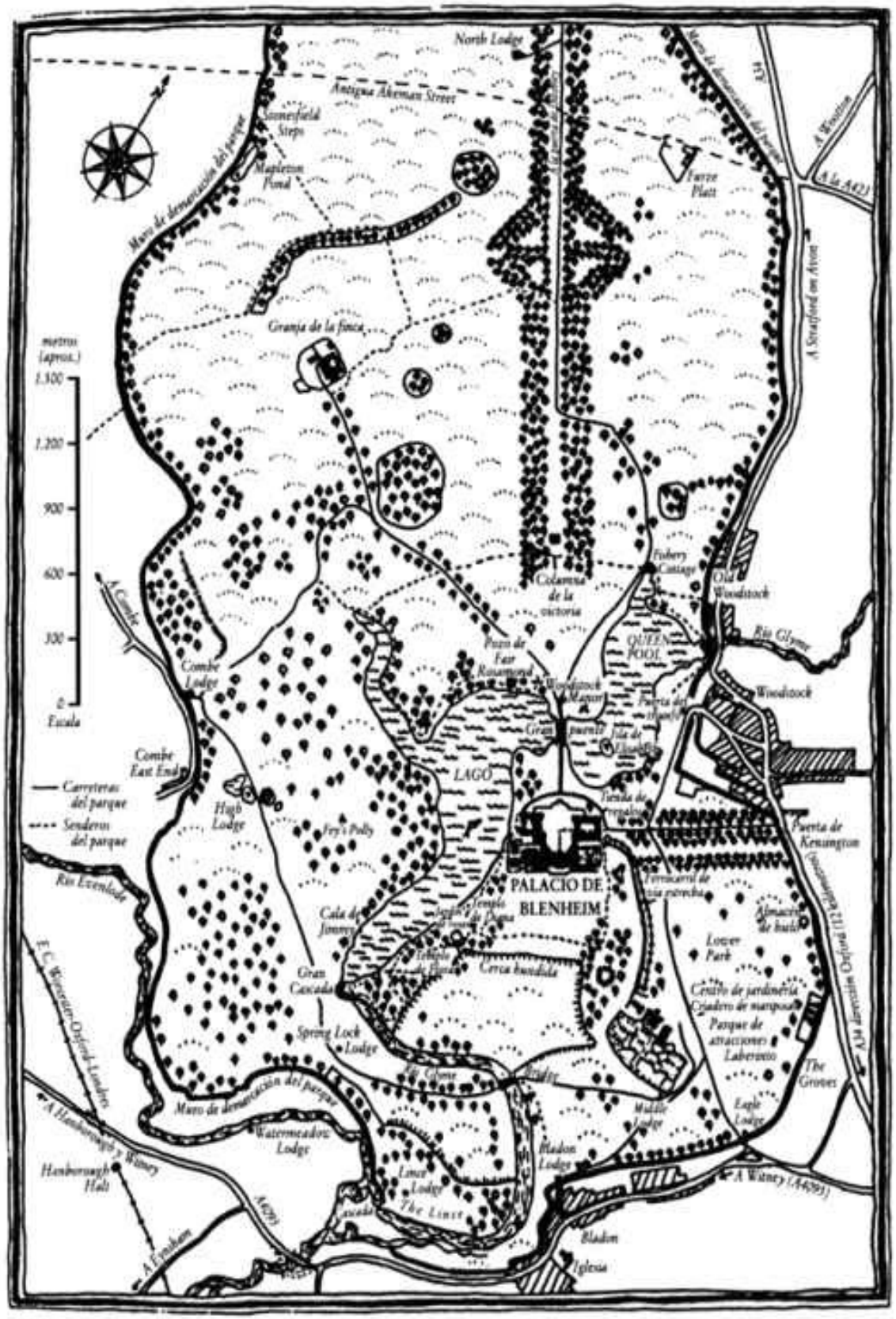
El autor desea expresar su agradecimiento a las autoridades del bosque de Wytham y del parque de Blenheim por la información y ayuda que con tan buena disposición le han brindado, así como al inspector de policía John Hayward, de la comisaría del valle del Támesis, y a Simon Jenkins, director del *Times*.

Los mapas del bosque de Wytham y el parque de Blenheim son obra de Graeme James.

La intemperie y la lluvia lo han vuelto a borrar,
y ahora nunca sabrás
que hubo una vez un camino que atravesaba el bosque,
antes de que plantaran los árboles.
Se encuentra bajo el soto y el brezo
y las finas anémonas.
Sólo el guardabosques sabe
que, donde la paloma torcaz empolla
y los tejones se revuelcan a sus anchas,
hubo una vez un camino que atravesaba el bosque.

Rudyard Kipling,
El camino que atraviesa el bosque


BOSQUE DE WYTHAM
GRAN BOSQUE
RADBROOK COMMON
THE JEWS HARP
THE FOLLIES
Abadía de Wytham
Linde del bosque
Oxford Western Bypass
Río Támesis o Isis
Escala


North Lodge
Antigua Akeman Street
Sconesfield Steps
Mapleton Pond
Muro de demarcación del parque
Furze Platt
A Woodstock
A la A423
A Stratford on Avon
Granja de la finca
metros (aprox.)
1.500
1.200
900
600
300
0
Escala
Fishery Cottage
Old Woodstock
Columna de la victoria
QUEEN POOL
Río Glyme
Pozo de Fair Rosamond
Woodstock Manor
Woodstock
Combe Lodge
Combe East End
Carreteras del parque
Senderos del parque
Hugh Lodge
Fry's Polly
LAGO
Puerta de Kensington
PALACIO DE BLENHEIM
Río Evenlode
Cala de Jimmy
Templo de Diana
Templo de Flora
Cerca hundida
Gran Cascada
Lower Park
Centro de jardinería
Criadero de mariposas
Parque de atracciones
Laberinto
Spring Lock Lodge
Río Glyme
Bridge
The Groves
Muro de demarcación del parque
Watermeadow Lodge
Middle Lodge
Eagle Lodge
Bladon Lodge
Hanborough Halt
Lince Lodge
The Lince
Cascada
A Witney (A4095)
Bladon
Iglesia
A Fynshan
A Hanborough y Witney
E.C. Worcester-Oxford-Londres
A34 dirección Oxford (12 kilómetros)

Preámbulo

Aunque vuestros pecados fueran como la grana, quedarán blancos como la nieve.

Is. 1,18

Sobre lo que no se puede hablar, se debe guardar silencio.

Wittgestein, *Investigaciones filosóficas*.

—Debo hablar con usted.

—Dime, hija mía.

—No vengo a su iglesia a menudo.

—Ésta no es mi iglesia. Es la iglesia de Dios. Todos somos hijos de Dios.

—Vengo a confesar un pecado muy grave.

—Es justo que se confiesen todos los pecados.

—¿Es posible perdonar todos los pecados?

—Es posible cuando nosotros, mortales pecadores que somos, tenemos corazón para perdonar y pensamos únicamente en la infinita misericordia de Nuestro Padre, que entiende todas nuestras debilidades y nos conoce a todos mejor que nosotros mismos.

—Yo no creo en Dios.

—¿Seguro que eso tiene mucha importancia?

—No le entiendo.

—¿No sería mucho más importante que Dios no creyera en ti?

—Está usted hablando como un jesuita.

—Perdón.

—No es usted, sino yo quien quiere el perdón.

—¿Te acuerdas de cuando el peregrino confesó finalmente sus pecados a Dios? ¿Y de que el gran peso que soportaba sobre sus hombros desapareció inmediatamente, como desaparece el dolor cuando se quita un absceso con una lanceta?

—Parece como si ya hubiera dicho todo eso en otra ocasión.

—En efecto, estas mismas palabras se las he dicho a otras personas.

—¿A otras personas?

—No puedo hablar de ellas. Confiesen lo que confiesen es a Dios a quien, a través de mí, se lo confiesan.

—Entonces usted no es en absoluto necesario, ¿es eso lo que está diciendo?

—Soy un servidor de Dios. A veces se me concede la gracia de ayudar a aquellos que están sinceramente arrepentidos de sus pecados.

—¿Y qué sucede con quienes no lo están?

—Rezo para que Dios llegue a sus corazones.

—¿Me perdonará Dios sea cual sea mi pecado? ¿Cree usted que lo hará, padre?

—Sí.

—Pero los pecados de los campos de concentración…

—¿En qué pecados estás pensando, hija?

—Los pecados, padre.

—Una vez más te ruego me perdones. Me empieza a fallar el oído, aunque no el corazón… Mi padre murió como consecuencia de las torturas que sufrió en un campo de concentración japonés en 1943. Yo tenía trece años entonces. Sé perfectamente lo difícil que es perdonar. Le he contado esto a muy pocas personas.

—¿Ha perdonado usted a los torturadores de su padre?

—Dios les habrá perdonado si ellos desearon alguna vez obtener su perdón.

—Tal vez las atrocidades cometidas en tiempo de guerra sean más merecedoras de perdón.

—No hay una escala para lo que es mejor o peor, sea en tiempo de guerra o en tiempo de paz. Las leyes de Dios son las que Él mismo creó, unas leyes tan definitivas y constantes como las estrellas del firmamento, unas leyes inmutables para toda la eternidad… Si un hombre se arrojara de cabeza desde lo alto del Templo, se estrellaría contra la ley de Dios, pero nunca quebrantaría la ley universal que Dios dictó en su día.

—Es cierto que es jesuita.

—También soy un hombre. Y todos los hombres han pecado y echado en falta la gloria de Dios.

—Padre…

—Dime, hija.

—Puede que usted denuncie lo que quiero confesar…

—Un sacerdote no puede hacer semejante cosa.

—Pero ¿y si yo quisiera que lo hiciera?

—Mi deber sagrado es absolver en el nombre de Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, los pecados de cuantos se muestren sinceramente arrepentidos. No es mi deber atenerme a las normas del poder temporal.

—No ha respondido usted a mi pregunta.

—Lo sé.

—¿Qué me diría usted si quisiera que me denunciase a la policía?

—No sabría cuál es mi obligación. Tendría que pedir consejo a mi obispo.

—¿Nunca le han pedido algo así?

—Nunca.

—¿Y si vuelvo a cometer el mismo pecado?

—Desahoga tus pensamientos. Desahoga esos pensamientos pecaminosos conmigo.

—No puedo hacer eso.

—¿No me lo contarías todo si lograra adivinar los motivos que tienes para negarte?

—Jamás lo conseguiría.

—Quizá ya lo haya conseguido.

—Entonces ¿sabe quién soy?

—Sí, hija mía. Creo que te conozco desde hace mucho tiempo.

1

Unas vacaciones perpetuas es una buena definición provisional de «infierno».

George Bernard Shaw

Nunca se tomaba las vacaciones que le correspondían, se decía a sí mismo Morse. Y eso era precisamente lo que le estaba diciendo al comisario jefe Strange aquella mañana de principios de junio.

—No te olvides de contar el tiempo que sueles pasar en el *pub*, Morse —repuso el comisario.

—De acuerdo, es posible que pase algunas horas aquí y allá. Pero no sería difícil calcular cuánto…

—«Cuantificar» es la palabra que buscas.

—«Cuantificar» suena mal y yo no suelo utilizar ese tipo de palabras.

—Pues es una palabra muy útil, Morse. Significa… bueno, significa ver cuánto…

—Pero ¿no es eso lo que acabo de decir?

—¡No sé por qué discuto contigo!

Morse tampoco lo sabía.

Hacía muchos años que para Morse, inspector jefe del Departamento de Investigación Criminal del valle del Támesis, las vacaciones eran períodos caracterizados por un agobio continuo y prácticamente intolerable. Ni siquiera recurriendo a su viva imaginación lograba hacerse una idea de lo que éstas debían de ser para los hombres que contaban con la desventaja añadida de tener esposa e hijos. No obstante, aquel año, el año 1992 de Nuestro Señor, estaba empeñado en que las cosas fueran diferentes: se iría de vacaciones lejos de Oxford, aunque no al extranjero. Morse no tenía esa pasión por viajar que animaba a otras personas a ir a Xanadú o Isfahán. De hecho, rara vez salía al extranjero, si bien habría que decir, para que conste, que sus compañeros atribuían semejante insularidad más que nada al miedo que Morse tenía a los

aviones. Daba la casualidad, sin embargo, que había sido uno de esos compañeros quien había puesto todo en marcha.

—¡Sí, hombre, sí! ¡Lime! ¡Lime es una maravilla!

—¿Lime?

Tendrían que pasar varios meses para que Morse comprendiera por fin el significado de aquella palabra. Ocurrió al leer un anuncio en el *Observer*.

HOTEL BAHÍA
Lyme Regis

> No encontrará hotel en el West Country que reúna las condiciones del Bahía. Nuestro establecimiento es el único hotel que hay en Marine Parade, tiene vistas panorámicas de Portland Bill al este y el histórico Cobb Parlour al oeste y ofrece un alto nivel de confort y cocina así como un ambiente tranquilo y agradable. El camino del hotel a la zona comercial y al puerto es llano, y el acceso a la playa, que está situada justo delante del hotel, no tiene tráfico. Si desea recibir más información, le rogamos escriba a hotel Bahía, Lyme Regis, Dorset, o llame al teléfono (0297) 442059.

—Es un asunto complicado que un superior pida un permiso de más de dos semanas —prosiguió Strange—. Supongo que lo comprendes.

—No estoy pidiendo más de lo que me corresponde.

—¿Adónde tienes pensado ir?

—Lyme Regis.

—Ah, Devon es muy bonito.

—Dorset, señor.

—Queda aquí al lado, ¿no?

—¿Se acuerda de *Persuasión*? Uno de sus episodios tiene lugar allí.

—Ah… —Strange puso una cara tan inexpresiva como requería la ocasión.

—Y también *La mujer del teniente francés*.

—Ah, sí. He visto la película con mi esposa en el cine… ¿O fue en la tele?

—Bueno, pues ahí es donde quiero ir —dijo Morse sin demasiada convicción.

Permanecieron un momento en silencio. Strange hizo luego un gesto de negación.

—No soportarás tanto tiempo fuera. ¿Qué vas a hacer? ¿Pasarte dos semanas construyendo castillos de arena?

—Coleridge también era de allí, señor. Lo más probable es que me dedique a dar vueltas en coche. Iré a visitar Ottery St Mary y alguno de los lugares típicos…

Una risita grave surgió de las profundidades de la tripa de Strange.

—Pero, hombre, si lleva siglos muerto… Creo que Max es más aficionado a ese tipo de cosas que tú.

Morse sonrió tristemente.

—Pero no le importará que vea su lugar de nacimiento, ¿verdad?

—Ha desaparecido. Acabaron con la rectoría hace años. La derrumbaron con un *bulldozer*.

—¿De veras?

Strange apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Crees que soy un pobre ignorante, ¿no, Morse? Pues deja que te diga una cosa: cuando yo iba a la escuela no existía esa idiotez de la pedagogía. En aquel entonces teníamos que aprenderlo todo de memoria, incluso esa *Rima del anciano marinero* de las narices que tanto te gusta.

—Cuando yo iba a la escuela también teníamos que hacer eso, señor. —A Morse le fastidiaba que Strange, que sólo le llevaba un año, le tratara como si fuera el representante de una generación mucho más joven.

Pero el comisario ya estaba lanzado.

—Esas cosas no se olvidan, Morse. Se te quedan grabadas. —Strange se asomó por un momento al desván de los recuerdos. Cuando hubo encontrado lo que estaba buscando, se puso muy serio y recitó una estrofa aprendida tiempo atrás:

En un cielo de cobre y fuego
el sangriento sol del mediodía
se encaramó a la punta del mástil
no mayor que la luna enrojecida.

—Muy bien, señor —dijo Morse, sin saber si los garrafales errores que el comisario jefe había cometido en la cita eran deliberados o no, ya que le estaba mirando con expresión taimada.

—No, no aguantarás tanto tiempo lejos de aquí. Dentro de una semana estarás de nuevo en Oxford. Ya lo verás.

—¿Y qué? Tengo muchas cosas que hacer aquí.

—No me digas.

—Para empezar tengo una tubería de desagüe con una fuga.

Strange enarcó las cejas.

—¿Quieres decir que vas a ser tú quien la reparará?

—Ya me las arreglaré —dijo Morse ambiguamente—. Tengo un tramo de tubería de repuesto, aunque el diámetro de la sección transversal es algo… algo estrecho.

—O sea que es demasiado pequeño, ¿verdad? ¿No es eso lo que quieres decir?

Morse asintió con la cabeza, algo abochornado. El resultado era uno a cero.

2

> En 1804 la señora Austen se sentía lo suficientemente bien como para acompañar a su esposo y a Jane a Lyme Regis. Aquí podemos oír la voz de Jane hablando una vez más en tono animado, para dar cuenta del alojamiento y los sirvientes, de las nuevas amistades y los paseos por el Cobb, de los placenteros baños de sol y de un baile celebrado en la sala de fiestas del lugar…
>
> David Cecil, *A portrait of Jane Austen*

—Permítame que le diga, señor, que realmente tiene usted mucha suerte.

El propietario del único hotel de Marine Parade le acercó el libro de registro y Morse rellenó las columnas de fecha, nombre, dirección, matrícula del coche y nacionalidad del huésped. Mientras lo hacía, sus ojos, debido a una inveterada costumbre más que a interés o curiosidad, se fijaron en algunos datos de la media docena de personas, solteras o casadas, que se habían registrado en el hotel justo antes que él.

Uno de sus compañeros del instituto poseía una memoria prácticamente fotográfica, algo que a Morse le había causado gran admiración. Y eso que la suya no era en absoluto mala. A corto plazo, de hecho, le funcionaba maravillosamente, de ahí que cierto dato que aparecía en una de aquellas líneas previamente cumplimentadas no tardara en flotar rumbo a la orilla de la conciencia de Morse…

—De veras, señor, tiene usted mucha suerte. La señora que ha hecho la cancelación… que es, a propósito, una de nuestros huéspedes habituales, reservó la habitación en cuanto se enteró de que íbamos a abrir para la temporada y nos pidió una habitación que diera a la bahía y tuviera cuarto de baño y servicio individuales. De hecho siempre pide lo mismo.

Morse reconoció el admirable gusto de la anónima señora asintiendo con la cabeza.

—¿Para cuánto tiempo había hecho la reserva?

—Para tres noches: viernes, sábado y domingo.

El inspector hizo un nuevo gesto de asentimiento.

—Me quedo esas mismas noches, si no hay inconveniente —decidió, preguntándose qué le habría impedido a la pobre vieja disfrutar una vez más de su particular vista de las olas y del uso exclusivo del retrete. La vejiga, probablemente.

—Espero que disfrute de su estancia en nuestro hotel. —El propietario entregó a Morse tres llaves sujetas por un aro: una para la habitación 27; otra, según le dijo, para el garaje del hotel, que estaba a dos minutos a pie desde el paseo marítimo; y otra para la puerta principal del hotel por si llegase tarde por la noche—. Si no le importa sacar el equipaje ahora, me ocuparé de que se lo suban a la habitación mientras aparca el coche. La policía permite a los huéspedes aparcar fuera temporalmente, por supuesto, aunque…

Morse miró el plano que le habían dado y se volvió para irse.

—Gracias. Y a ver si la buena señora consigue venir por aquí antes de que acabe la temporada —añadió por considerar apropiado mostrar cierta conmiseración hacia la mujer.

—Me temo que no le será posible.

—¿No?

—Ha muerto.

—Vaya…

—Una verdadera lástima.

—De todos modos ya estaría entrada en años…

—Yo no diría que a los cuarenta y uno una persona está entrada en años, ¿no le parece?

—Desde luego.

—La enfermedad de Hodgkin, ya sabe usted.

—Sí —mintió el inspector dirigiéndose a la salida con el ánimo abatido —. Voy a sacar el equipaje. Será mejor que no nos metamos en líos con la policía. A veces uno no sabe por dónde le puede salir.

—Tal vez sea así donde usted vive, pero aquí la policía tiene un comportamiento intachable.

—No era mi intención…

—¿El señor va a cenar en el hotel?

—Sí, por favor. Será un placer.

Unos minutos después de que Morse se alejara lentamente por Lower Road al volante de su Jaguar granate, una mujer (que no parecía mayor que la que había reservado la habitación 27 meses antes por carta) entró en el hotel

Bahía, esperó un par de minutos delante del mostrador de recepción y luego apretó el timbre de servicio.

Acababa de regresar de un paseo por lo alto de Marine Parade, en la parte oeste, hasta llegar al Cobb, la gran barrera de granito que rodea como un brazo protector el puerto y calma el incesante azote del mar. El paseo había dejado de resultar agradable. A última hora de la tarde se había levantado una brisa procedente del sur, el cielo se había encapotado y las personas que paseaban por el paseo marítimo bajo la intermitente llovizna habían decidido ponerse sus endebles impermeables de plástico.

—¿No ha habido ninguna llamada para mí? —preguntó la mujer cuando por fin apareció el propietario.

—No, señora Hardinge. No ha llamado nadie más.

—Bien. —Pero lo dijo como si no estuviera bien, y el propietario se quedó pensando si la llamada de aquella tarde habría tenido más importancia de la que él había creído. Posiblemente no, decidió, ya que ella parecía haberse relajado de repente y le había dirigido una sonrisa radiante.

Ya había dos parejas sentadas en el bar disfrutando de un jerez seco; les acompañaba una mujer soltera de edad avanzada que estaba haciendo carantoñas a un perro tejonero, uno de los «perros pequeños» cuyo derecho de admisión quedaba «reservado a la gerencia del hotel: dos libras y media por día, comida aparte».

—Un *whisky* de malta doble.

—¿Con sifón?

—Sólo agua, por favor.

—Diga cuándo.

—«Cuándo».

—¿A su cuenta, señora Hardinge?

—Sí, por favor. Habitación catorce.

La mujer se sentó en una butaca de cuero verde situada justo al lado de la puerta principal. El *whisky* sabía bien, y se dijo que por muy poderosas que fuesen las razones que justificaran una abstinencia total, pocas servirían para rebatir el hecho de que después de tomar alcohol el mundo le pareciera a uno casi siempre un lugar más benigno y acogedor.

Sobre la mesilla había un ejemplar del *Times*. Lo cogió y, tras leer rápidamente los titulares, pasó a la última página, dobló el periódico primero en sentido horizontal y luego en vertical y se puso a descifrar el crucigrama.

Era bastante fácil. Al cabo de veinte minutos, su nada despreciable pericia cruciverbalista le había permitido responder a todas las definiciones excepto

dos (una de las cuales consistía en una cita de Coleridge que le resultaba desesperadamente familiar), en las cuales estuvo concentrada hasta que la encargada del comedor le interrumpió ofreciéndole el menú de la noche y preguntándole si iba a cenar.

Después de pedir sopa marinera con verduras frescas y gallina de Guinea con puerros y salsa de champiñones, siguió sentada durante unos minutos con los ojos entornados y fumando un Dunhill extralargo. Entonces, como dejándose llevar por un impulso, fue a la cabina del teléfono de cristal que había al lado de la entrada y marcó un número. Sus labios no tardaron en ponerse en movimiento, como si fueran los de una especie de mimo o los de un enloquecido pez de colores. Una serie de monedas de veinte peniques fue cayendo por la ranura; sin embargo, nadie oía lo que estaba diciendo.

3

> ¿Te has dado cuenta de que la vida, la vida real, sin trampa ni cartón, con sus asesinatos, catástrofes y fabulosas herencias, sucede casi exclusivamente en los periódicos?
>
> Jean Anouilh, *El ensayo*

Morse comprobó que las instrucciones que le habían dado eran fáciles de seguir. Tras salir del pequeño aparcamiento situado en el extremo de Marine Parade, doblar primero a la derecha y luego a la izquierda justo antes de llegar al semáforo, había visto el gran edificio con aspecto de nave que se elevaba en la estrecha Coombe Street, una calle de dirección única: «Garaje privado para los residentes del hotel Bahía». Una vez hubo abierto las dos grandes puertas de madera, el inspector observó que en el interior había dieciocho plazas para aparcar, indicadas mediante líneas diagonales blancas, las cuales estaban separadas en dos series de nueve por un pasillo central. Debido a una incipiente espondilosis, últimamente no tenía facilidad para dar marcha atrás en lugares como aquel aparcamiento oblicuo, y como el garaje ya estaba prácticamente lleno, le costó más de lo habitual colocar el Jaguar en un ángulo mínimamente satisfactorio, es decir, dejando los laterales del coche equidistantes con respecto al Mercedes de matrícula J y al Vauxhall de matrícula Y. Llevado, al igual que en el hotel, por la costumbre, se fijó en las matrículas de los coches estacionados; un cuarto de hora antes, cuando se había quedado mirando el libro de registro, por lo menos algo le había llamado la atención. Ahora en cambio…

Nada. No había nada que le llamara la atención. Nada en absoluto.

Como no tenía ningún motivo para explorar de inmediato las comodidades de la habitación 27 y lo primero en lo que había reparado nada más abrir la puerta del hotel era el bar, regresó andando y pidió una pinta de cerveza amarga Best y se sentó en una butaca de cuero verde que había justo al lado de la puerta, casi en el lugar exacto que había dejado libre diez

minutos antes uno de los dos huéspedes que habían reservado la habitación 14.

Lo normal era que se sintiera mínimamente satisfecho de la vida. Pues no. No lo estaba. En ese momento echaba de menos precisamente las dos cosas de las que, aquella misma mañana y bajo solemne juramento, había decidido privarse durante los días que le quedaban de permiso: el tabaco y la prensa. Como el tabaco lo había dejado ya en muchas ocasiones, no consideraba una gran hazaña volverlo a hacer; sin embargo, aquélla era la primera vez que renunciaba a la prensa. Había llegado a la conclusión de que su serenidad de ánimo se vería claramente beneficiada si dejaba por completo durante una semana la dieta regular de desastres que ofrecían los periódicos de calidad. Aunque aquella idea también podía ser una estupidez…

Estaba palpando instintivamente con la mano derecha el tranquilizador paquete de tabaco que tenía en el bolsillo de la chaqueta cuando la encargada del comedor del hotel se le acercó, le dio cordialmente la bienvenida y le entregó el menú. Tal vez fuese algo más que una coincidencia que Morse no dudara en pedir sopa marinera y gallina de Guinea; o tal vez no, aunque el asunto no tenía mucha importancia.

—¿Desea beber algo, señor? —La encargada, a la que le faltaría poco para cumplir los cincuenta, era una mujer simpática y sociable.

Mirando con gesto de admiración al escote de su vestido negro cuando ella se inclinó para entregarle la lista de vinos, Morse le preguntó:

—¿Qué me recomienda?

—¿Media botella de Médoc? Es un vino espléndido. De lo mejor que puede pedir.

—¿Y si le pidiera una botella entera en lugar de media? —sugirió el inspector.

—Una botella para el caballero. —El acuerdo quedó rubricado con mutuas sonrisas.

—¿Podría traérmela ahora y… dejarla en la mesa?

—Esa es nuestra costumbre.

—Bien.

La mujer se marchó con paso vivaz.

Morse se dio cuenta de que tenía hambre, lo cual era bastante excepcional, ya que por lo general tomaba la mayor parte de sus calorías en líquidos. Cuando le invitaban a una cena de la universidad, tenía costumbre de comer sólo dos de los platos previstos y cambiar los entremeses o el postre por otra ración de alcohol. Aquella tarde, en cambio, tenía hambre, sin lugar a dudas;

y en cuanto apuró su segunda pinta de cerveza (¡sin haberse fumado un cigarrillo!), se alegró de comprobar que la encargada lo llamaba. Ya se había vuelto repetidas veces hacia las puertas de cristal para mirar el comedor, en el cual había varias personas cenando a la tenue luz de unos candelabros de cristal en torno a unas mesas de manteles blancos y cubiertas de color granate oscuro. Tenía un aspecto muy agradable. Casi romántico.

En cuanto llegó a la puerta del comedor, la mujer que le había atendido antes se acercó y le dijo que esperaba que no le importase compartir la mesa con otra persona. Tenían en el restaurante a varios clientes que no eran huéspedes del hotel y…

Morse le respondió que no se preocupara y la siguió hasta una de las mesas más lejanas, en la que había un sitio libre delante de una mujer. Ésta estaba sentada en diagonal con respecto a la pared, tenía un tazón vacío de sopa marinera ante sí y estaba leyendo el *Times*. Bajó el periódico, sonrió con cierta afectación, como si le costara un esfuerzo separar sus labios pintados para cumplir con el requisito de saludar, y a continuación volvió a fijar su atención en algo que evidentemente le resultaba más interesante que su compañero de mesa.

Morse observó que el comedor estaba prácticamente lleno. Ya estaban llevando el carrito de los postres de mesa en mesa, y una pareja de ancianos estaba pidiendo melocotón con caramelo, nueces y nata. Aun así, no sintió el repentino acceso de impaciencia que solía sufrir en tales ocasiones. Además, el vino ya se lo habían servido y la sopa no tardaría en llegar; alrededor todo era amabilidad y buen humor y a sus oídos llegaba el murmullo de las conversaciones y alguna que otra risa ahogada. Sin embargo, el periódico que tenía delante permanecía firmemente en su sitio.

Fue durante el plato principal cuando Morse se aventuró a romper el hielo, si bien de un modo nada original:

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

Ella negó con la cabeza.

—Yo tampoco. De hecho, acabo de llegar.

—Yo también.

Así pues, sabía hablar…

—Sólo estaré unos días.

—Yo también. Me voy el domingo.

Le iba a resultar difícil mantener una conversación más larga que aquélla, comprendió Morse al ver que la mujer fijaba la mirada en la gallina de Guinea.

Que la zurzan, pensó. Sin embargo, y en contra de sus deseos, empezaba ya a sentir curiosidad por ella. Tenía los dientes inferiores muy apretados, algo manchados de nicotina y un poquito largos. Las encías, en cambio, se veían sanas y rosáceas, y sus gruesos labios tenían un atractivo indudable. El inspector se fijó entonces en algo más: sus ojos castaños parecían oscurecidos por una sombra más triste y duradera que la artificial que los camuflaba y mostraban además un complicado zigzagueo de capilares en los extremos.

Cabía la posibilidad de que estuviera resfriada, desde luego… o de que hubiera vertido alguna lágrima antes de cenar.

Cuando el carrito de los postres llegó a su mesa, Morse se alegró de no haberse bebido más de la mitad del Médoc, pues ahora podría acompañarlo con un poco de queso («Cheddar, Gouda, Stilton…», enumeró la camarera). Pidió Stilton, al igual que la mujer, y decidió que aquel parecía el momento adecuado para intentar nuevamente romper el hielo.

—Por lo visto tenemos gustos similares —aventuró.

—Idénticos, diría yo.

—Si no fuera por el vino…

—¿Mmm?

—¿Le apetece un vaso de vino? Es muy bueno y le sabrá muy bien con el Stilton.

Esta vez la mujer se limitó a hacer un mudo gesto de negación.

Que la zurzan, pensó de nuevo Morse, viendo que la mujer volvía a coger el *Times*, lo abría y se escondía por completo detrás de él junto con sus preocupaciones.

Los dedos con que sostenía el periódico, observó el inspector, eran delgados y sinuosos, como los de un violinista al tocar su instrumento. Las uñas, cuyas lúnulas se arqueaban sobre unas cuidadas cutículas, las llevaba sin pintar aunque inmaculadamente arregladas. En el dedo corazón de la mano izquierda lucía una estrecha alianza de oro sobre la cual brillaba un anillo de compromiso adornado con cuatro diamantes engastados de una forma poco usual; probablemente habrían resplandecido en una habitación mejor iluminada que aquélla.

A la izquierda de la doble página que se extendía ante él, la mano derecha de la mujer sostenía el periódico justo por encima del crucigrama. Morse observó que sólo faltaban dos definiciones por contestar. Unos años atrás apenas habría tenido dificultades para leer el esquivo enunciado de la primera de ellas; ahora, sin embargo, y a pesar de entornar los ojos repetidas veces, sólo consiguió ver que se parecía a una cita. Tuvo más suerte con la otra

página (que la mujer sostenía algo más cerca de él) y, en concreto, con un artículo, un artículo extraordinario que captó toda su atención: El titular estaba al pie de la página y rezaba: «La policía entrega a un colaborador del *Times* un siniestro poema». Morse ya había leído prácticamente todo el primer párrafo: «La policía de Oxfordshire ha solicitado la ayuda del redactor jefe de la sección literaria del *Times*, Howard Phillipson, para resolver un complicado acertijo cuya respuesta puede servir para hallar el lugar exacto donde el cadáver de una joven…», cuando la camarera volvió a la mesa:

—¿Café, señora?

—Por favor.

—¿Dónde lo desea? ¿En el bar o en el salón?

—En el bar.

—¿Y usted, señor?

—Nada, gracias.

Antes de irse, la camarera sirvió a Morse el Médoc que quedaba en la botella; la mujer recogió el periódico: la cena había llegado a su fin a todos los efectos. Curiosamente, sin embargo, ninguno de los dos parecía dispuesto a irse de inmediato. Al cabo de unos minutos, cuando sólo quedaba una pareja en el comedor aparte de ellos, seguían sentados en sus sitios en silencio. Morse suspiraba por fumarse un cigarrillo y leer lo que se le antojaba un artículo sumamente interesante. Además, se estaba preguntando si debería hacer una última incursión en territorio enemigo, ya que, a decir verdad, aquella mujer era realmente atractiva.

—¿Le importa si fumo? —preguntó, haciendo además de coger el tentador paquete.

—A mí no. —La mujer se levantó bruscamente cogiendo el bolso y el periódico—. Aunque no creo que la dirección del hotel sea tan tolerante —añadió con tono carente de hostilidad o, peor aún, de interés, al tiempo que señalaba un cartel que había al lado de la puerta. «Por interés de la salud pública, le rogamos que se abstenga de fumar en el comedor. Gracias por su cooperación».

¡Que te zurzan!, exclamó Morse para sus adentros.

No había sido muy inteligente, pensó. Lo único que tenía que haber hecho era pedirle que le dejara el periódico un par de minutos. En realidad aún podía pedírselo, aunque no iba a hacerlo. Ya podía tirar el puñetero periódico por el retrete. Le daba igual. Seguramente a la mayoría de vendedores de periódicos de Lyme Regis le quedarían unos cuantos ejemplares del *Times*; los tendrían preparados para empaquetarlos y enviarlos a media mañana al distribuidor.

La mujer anunció entonces que se iba al bar. Muy bien, en tal caso él se iría al salón…

Poco después Morse se recostaba en una butaca, disfrutando de otra pinta de cerveza amarga y un *whisky* de malta doble. Para redondear la noche se fumaría un cigarrillo, se dijo, uno sólo… Bueno, dos a lo sumo.

Aunque ya estaba oscureciendo, el aire de la noche era agradable. Sentado al lado de una ventana entreabierta, escuchó una vez más el tumultuoso fragor de los guijarros al ser arrastrados por el reflujo de la marea y recordó un verso de *Dover Beach*: «Pero ahora sólo oigo su melancólico y prolongado fragor al retirarse». Siempre había opinado que Matthew Arnold era un poeta muy poco valorado.

En el bar, la señora Hardinge estaba tomando su café, acompañado con una copa de Cointreau y, la verdad sea dicha, dedicando un fugaz pensamiento a los penetrantes ojos azules del hombre que había sentado delante de ella durante la cena.

4

La mañana es más sabia que la noche.

Proverbio ruso

A la mañana siguiente, Morse se levantó a las siete menos cuarto, encendió el hervidor que había en su habitación y se preparó un café con los sobres que ponía el hotel a disposición de los huéspedes. A continuación corrió las cortinas y se quedó mirando el mar en calma y un barco pesquero que estaba saliendo en aquel momento del Cobb. ¡Vaya! Había olvidado los prismáticos en casa.

Las gaviotas planeaban y daban vueltas sobre el paseo marítimo; de vez en cuando se quedaban inmóviles, como suspendidas en el aire, y a continuación hacían virajes como si fueran cazas al separarse de su formación y abatirse sobre el mar.

El sol ya había salido y, formando una gran bola naranja, se había encaramado a los acantilados que se veían al este, sobre Charmouth, donde se decía que alguien había descubierto un dinosaurio o un pterodáctilo o algo por el estilo que había vivido en una remota época prehistórica. La fecha tenía unos doce ceros a la derecha. ¿O eran veinte?

Decidiendo que tendría que repasar sus conocimientos de historia natural, Morse apuró el café y, sin afeitarse, descendió a la planta baja, que estaba desierta, salió del hotel y enfiló Marine Parade para dar comienzo a su búsqueda.

El vendedor de periódicos de la esquina le aseguró que no tenía el *Times* del día anterior: el *Sun*, sí; así como el *Mirror* y el *Express*; el *Times*, en cambio, no lo tenía.

Morse giró a la izquierda y subió trabajosamente la pronunciada pendiente de Broad Street. Sin resuello, hizo la misma pregunta al vendedor de periódicos que había a media calle a la izquierda. El *Telegraph*, el *Guardian*, el *Independent*… ¿Le servía alguno de ésos? ¿No? «Lo siento, señor». Morse

recibió otro «señor» por respuesta cuando preguntó en la tienda de enfrente; del *Times*, sin embargo, nada de nada. Siguió andando hasta lo alto de la colina, giró a la izquierda a la altura de un cine de aspecto sórdido y a continuación bajó por Cobb Road hasta llegar al extremo oeste de Marine Parade, donde el cuarto vendedor de periódicos tampoco pudo ayudarle y le redujo, a él, el inspector jefe Morse, al rango de «amigo».

Da igual, pensó. Las bibliotecas siempre guardaban los números atrasados de los diarios más importantes. Y si perdía la paciencia (lo cual no iba a ocurrir), siempre podía ponerse de rodillas ante la señora aguafiestas y rogarle que le dejara echar un vistazo a su periódico. Si todavía lo tenía… Olvídalo, Morse. ¿Qué importa al fin y al cabo?

¿Era *ella* lo que importaba…?

Avanzando con brío por el paseo marítimo, Morse aspiró profundamente el aire de la mañana. Hoy no iba a tocar el tabaco; ni siquiera iba a acercarse a él. Había descrito una especie de rectángulo andando; bueno, un trapecio en realidad. Ésa era la palabra: un cuadrilátero con dos lados paralelos. Seguramente se habría dicho a sí mismo que no sería mala idea repasar su geometría si no hubiera reparado en una persona a unos cien metros de distancia. Allí, bajo el toldo blanco del hotel Bahía, que contrastaba con el pardo de la fachada y el amarillo del cartel del RAC, se encontraba la señora Hardinge, *madame* cascarrabias en persona, ataviada con un abrigo de cuero negro de cuerpo entero y rebuscando en un bolso de bandolera blanco. ¿La cartera, tal vez? Interrumpiendo la búsqueda, la mujer con la que había compartido la mesa la pasada noche alzó la mano para llamar a un taxi que se aproximaba en aquel momento por la calle de abajo. El conductor dio un giro de ciento ochenta grados en una rotonda, salió del vehículo y abrió la puerta trasera izquierda a la mujer de aspecto elegante que, desprovista de equipaje, acababa de bajar el desnivel. Morse, que se había detenido fingiendo interés en las máquinas tragaperras del Novelty Emporium, consultó su reloj de pulsera: las siete y media de la mañana.

La planta baja del hotel seguía desierta, y la ausencia del delicioso olor a tocino frito indicaba que en la cocina aún no había dado comienzo la rutinaria tarea de todos los días. Morse pasó al lado de la enorme palmera que adornaba el vestíbulo y de la estatua de una muchacha de cuya jarra manaba un exiguo chorro de agua que caía en la pila que tenía a sus pies. Cuando se disponía a subir por las escaleras, desvió la mirada y se fijó en el mostrador de recepción… Sobre él había un jarrón de flores artificiales; una bandeja con botellas de agua mineral; un bote de cuestación del servicio de lanchas de

socorro y, en la parte inferior, una pila de folletos y prospectos… y el registro del hotel. Echó un vistazo alrededor: no había nadie.

Rápidamente, leyó una vez más los datos que aparecían en las columnas cumplimentadas del libro:

> 3-VII-92 Señor y señora (C) A Hardinge - 16 Cathedral Mews, Salisbury - H 35 LWL - Británica - Habitación 14.

Lo que le había llamado la atención la noche anterior había sido la matrícula de Oxfordshire, LWL. Esta vez, en cambio, se fijó en algo distinto: la «(C)» del nombre. Estaba seguro de que se trataba de ella, ya que había visto el número de habitación en su llavero durante la cena. Frunciendo levemente el entrecejo mientras subía por las escaleras, se preguntó cuántas mujeres casadas habría que no supieran escribir la fórmula establecida para indicar el estado civil sin equivocarse en las iniciales. Quizá se acababa de casar. Quizá fuera una de esas mujeres liberadas que decidían poner su inicial al enterarse de que sólo una era necesaria. Quizá… quizá no estuvieran casados y ella no hubiera sabido qué nombre poner en el registro esta vez.

Con cierta tristeza, el inspector se inclinó por esta última razón.

El desayuno se servía de nueve menos cuarto a nueve y media. Aunque no tuvo compañía en esta ocasión, Morse llegó a la misma conclusión de siempre: aquél era el placer más grande que podía disfrutar una persona que estuviera sola durante unas vacaciones. Tras comer unos copos de avena Kellogg’s y un plato combinado de huevos con tocino, volvió a dar un paseo por la orilla del mar, con el estómago gratamente lleno y deseando poder sentirse siempre tan satisfecho como en aquel momento. Como el pronóstico del tiempo era bueno, decidió volver al hotel, coger el coche y salir en dirección oeste para ir a Ottery St Mary y, luego, si todavía estaba de humor, seguir en dirección norte, hacia Nether Stowey y Quantocks.

Cuando llegó al rellano de la segunda planta, observó que la habitación 14 se encontraba prácticamente delante de la escalera. La puerta estaba entreabierta, ya que una asistenta de uniforme azul acababa de salir con un aspirador, por lo que pudo ver que dentro había otra empleada reponiendo los sobres de café y té y las cajitas de leche. Morse aprovechó la oportunidad. Llamando a la puerta sin titubeos, asomó la cabeza al interior y dijo:

—¿Está la señora Hardinge?

—No, señor. —La asistenta no tendría más de dieciocho años. Morse se envalentonó.

—Es que me ha prometido que me guardaría el *Times* de ayer. Anoche cenamos juntos aquí.

La asistenta lanzó a Morse una mirada suspicaz mientras él echaba un vistazo a la habitación. Alguien había dormido en la cama situada más cerca de la ventana. La almohada mostraba una profunda concavidad y sobre el edredón se veía un delgado batín negro que alguien había arrojado descuidadamente. ¿Habría dormido el *señor* Hardinge en la otra? Podían haberla hecho ya, por supuesto. Sin embargo, ¿dónde estaba su maleta, su ropa y el resto de su equipaje?

—Lo siento, pero no he visto ningún periódico, señor. De todos modos, tampoco podría…

—Claro, lo entiendo perfectamente. Aunque si está en la papelera…

—No, no está en la papelera.

—Tiene que haber otra, ¿no? En el cuarto de baño, por ejemplo. La señora Hardinge me ha dicho que…

La muchacha se asomó cautelosamente al cuarto de baño y movió la cabeza en un gesto de negación.

Morse sonrió afablemente.

—No importa. Me lo habrá dejado en otra parte. En mi habitación, probablemente. Bueno, siento haberle molestado.

Al llegar a su habitación, vio que aparte de haberle hecho la cama, le habían lavado la taza del café y la habían colocado boca abajo sobre el platillo correspondiente. Se quedó varios minutos mirando nuevamente al mar, diciéndose a sí mismo que debía releer *La Odisea* y, poco después, casi inconscientemente, fumando uno de los cigarrillos que se había prohibido y preguntándose por qué la maleta de cuero marrón que acababa de ver cerrada sobre una cómoda en la habitación 14 tendría grabadas, en bonitos caracteres góticos, las letras doradas «C.S.O.». El único nombre que conocía que respondiera a tales iniciales era «Centro de Servicios de Orientación», pero le parecía improbable que ése fuera su significado. Seguramente serían las iniciales de su nombre. Significara lo que significase la «C» (¿Carol? ¿Catherine? ¿Claire? ¿Celia? ¿Constance?), lo cierto era que hasta un niño que no aprobara un examen de comprensión de textos sabría que la «O» no era la inicial de «Hardinge». No sería descabellado pensar que fuera su apellido de soltera; el problema era que la maleta era nueva, muy nueva…

¿Y qué, Morse? ¡Qué importa eso!

Se sentó y escribió una nota.

Estimada señora H:

Le estaría muy agradecido si me guardara el *Times* de ayer. No me interesa la sección de Negocios y Deportes, sino la central. En realidad, lo único que quiero es leer el artículo de la primera página (y su continuación, que probablemente estará en el interior del periódico) sobre el «poema siniestro». La gratificación que recibirá (y que debe aceptar) será una copa en el bar antes de la cena, durante la cual prometo atenerme religiosamente a todas y cada una de las normas del hotel.

Habitación 27.

Tras entregar este inocente aunque ampuloso mensaje al propietario del hotel, Morse se dirigió al garaje, sin dejar de pensar en la razón por la que el huésped femenino de la habitación 14 no habría utilizado su coche H 35 LWL en lugar de llamar a un taxi. No pensó mucho en ello, dado que ya creía saber por qué la señora C de tal y tal (¿Hardinge?) se había comportado de manera tan extraña. Bueno, no… Extraña no, si se consideraba desde el punto de vista de ella. Olvídalo, Morse. Saca el mapa de carreteras y busca el modo más sencillo de llegar a Ottery St Mary.

Poco después, el inspector se ponía en camino al volante de su Jaguar, bajo un sol que calentaba con más fuerza y un cielo prácticamente despejado de nubes. Cuando llegó a Honiton, ya casi había olvidado que, al mirar los coches estacionados en el garaje del hotel, no había visto ni rastro del vehículo con matrícula H 35 LWL.

5

Fragmento de un diario fechado el 26 de junio de 1992 (una semana antes de que Morse llegara a Lyme Regis).

¡Palabras! Alguien (un yanqui, creo) dijo una vez que a la gente se le puede golpear con palabras. Pues bien, lo que yo digo es: ¡a la mierda con las palabras! Y sobre todo a la mierda con la imagen de las palabras. Son demasiado impactantes. «Desnuda» es impactante. «Pechos» es impactante. Larkin decía que el verbo más maravilloso que hay en la lengua era «desabrochar». ¿Y si las palabras son una broma? Oh, Dios, ayúdame. Por favor, Dios, ayúdame… Tom me escribió ayer una carta desde su nueva casa de Maidstone. Lo que viene a continuación es parte de ella:

> En el jardín que hay aquí se ve un excelente par de tetas. Eso sí, no vayas a pensar que cuando miro por la ventana del estudio con los prismáticos que me compraste veo una bronceada *signora* en *topless* luciendo unos generosos senos y tomando el sol sobre una colchoneta. Qué va… Lo único que veo es un par de tetitas maravillosamente divertidas que se han establecido (un poco tarde, ¿verdad?) en el nidal que pusimos bajo el haya. Te acuerdas de aquel verso que aprendimos en el colegio: Tityre tu patulae recubans sub tegmine fagi…[1]

Éstas son las palabras que utiliza Tom. ¿No es lógico pensar que una persona mínimamente civilizada se maravillaría de ver a esos pajarillos azulados y amarillos (¡mi especialidad!) metiendo sus cuerpecillos en un nidal? ¿Y no es también lógico pensar que en una situación así sólo a una mente depravada y perversa podría venirle a la cabeza la imagen de una mujer tomando el sol? ¿Y que cualquier persona sensible disfrutaría con ese espléndido hexámetro de Virgilio en lugar de ver otra «teta» en la primera palabra? Por Dios, pero si no es más que un juego de palabras. El término

griego es «paronomasia». Se me había olvidado pero acabo de consultarlo en mi diccionario de términos literarios. Se me ha quedado grabado. Mirando en la «p» me he encontrado de nuevo con «pornografía». Jodidas palabras… ¡Que Dios me ayude!

> Los temas más comunes en la mencionada pornografía exótica son el sadismo, el masoquismo, el fetichismo, el travestismo, el voyerismo (o escopofilia), el narcisismo, la pederastia y la necrofilia. Temas menos comunes son la coprofilia, la cleptomanía y la zoofilia.

¿Debería servirme de consuelo, por pequeño que sea, que entre mis aficiones todavía no se incluyen las perversiones «menos comunes»? No sé si «perversión» es la palabra apropiada… A todo esto, ¿qué significa la segunda? En el *Chambers* no aparece.

(Más tarde). La cena en SCR buenísima: rodaballo Housman. Después he llamado a C y casi me atrevería a decir que le hace ilusión lo del próximo fin de semana. Ojalá pudiera irme a la cama y despertarme el día 3. Parece como si estuviera todo el tiempo deseando que pasaran los días. He bebido demasiado. Dios mío, ojalá consiga dormir bien…

6

> … y por tanto pasar la vida persiguiendo amistades hechas por casualidad.
>
> Samuel Taylor Coleridge, *Al reverendo George Coleridge*

A media tarde el recuerdo que tenía Morse de su peregrinaje al lugar de nacimiento de Coleridge era de una gran decepción.

Veinte kilómetros al oeste de Honiton había salido de la A30 girando hacia la izquierda para dirigirse a Ottery St Mary, una pequeña población conocida por su mercado. Aparcar había resultado un problema prácticamente insuperable, y cuando por fin había llegado a la oficina de información, sólo había logrado enterarse de lo siguiente: «Coleridge nació en la rectoría (desaparecida) de Ottery St Mary en 1772, el décimo hijo del reverendo J. Coleridge, vicario (1760-1781) y maestro de la escuela de estudios secundarios (desaparecida). La familia crecía rápidamente, por lo que no tardó en trasladarse al viejo edificio de la escuela (desaparecida)».

Como la iglesia de St Mary todavía seguía en pie, el inspector se dedicó a pasear por ella consultando las notas impresas que indicaban los «lugares de interés», las cuales estaban sujetas a trozos de madera con forma de espejo de mano. Mientras leía, pensó que ya era hora de que diera un repaso a la definición de términos tales como «ménsula», «moldura» y «ojiva». Lo que le extrañó, de todos modos, fue ver que el autor de las notas no parecía haber oído hablar de Coleridge. De hecho, se debió sólo a una casualidad que al salir de la iglesia encontrara en el muro del cementerio una placa conmemorativa y un busto en bajorrelieve del poeta sobre el que se veían las alas extendidas de un albatros.

Hora y media más tarde, tras recorrer a gran velocidad el trayecto por la M5, sintió otra decepción al visitar Nether Stowe. «La pequeña, húmeda e incómoda casa con techo de paja» en la que había vivido Coleridge en 1796 había sido ampliada, lucía un tejado nuevo y seguramente tendría también calefacción central. Aún más importante, los sábados estaba cerrada al

público, y aquel día era sábado. Una vez dentro de la iglesia, el prospecto que había a disposición de los visitantes («Cójalo, por favor. Es gratis») se reveló como un documentó sorprendente por la poca información que contenía. Morse se negó a atender la exhortación que le dirigió el vicario para que se hiciera miembro de la asociación de la iglesia, la cual daba una gran importancia al mantenimiento de «un ambiente de alegre informalidad». Echó cincuenta peniques a una ranura que había en la pared y, sin la menor alegría, comenzó el viaje de regreso a Lyme Regis.

¿Y si Strange estuviera en lo cierto? Tal vez él, Morse, perteneciera a la clase de personas incapaces de disfrutar de unas vacaciones. Ni siquiera la pinta de cerveza que se había bebido en un aburrido *pub* de Nether Stowey había llegado a satisfacerle. En realidad no sabía lo que quería. Mejor dicho, sí lo sabía: para empezar, quería un cigarrillo, y también algo en lo que ocupar la cabeza, un crucigrama difícil, por ejemplo, un crimen o la edición del *Times* del día anterior. Y no sólo eso; había algo más, aunque todavía no estaba preparado para reconocerlo, ni siquiera a sí mismo: le habría gustado que la señora Hardinge (o como se llamara) estuviera sentada a su lado.

Una voz proveniente de su cerebro le dijo que se estaba complicando como un estúpido. Pero Morse no le hizo caso.

A las cuatro menos cuarto aparcó el Jaguar en el garaje del hotel. Ahora sólo había tres coches aparcados, ninguno de los cuales tenía la matrícula de Oxford.

En la tienda de la esquina de Marine Parade, el inspector sucumbió a dos tentaciones y logró resistirse a la tercera. Compró un paquete de Dunhill International y un ejemplar del *Times*. Sin embargo, decidió dejar en el estante superior la revista en cuya portada satinada aparecía una sirena semidesnuda posando seductoramente, aunque sólo porque le habría resultado muy embarazoso hacer frente al hombre que le miraba con cara de pocos amigos desde detrás del mostrador.

Cuando regresó al hotel, se bañó tranquilamente y a continuación bajo al salón de huéspedes. Recogió la cubierta de la mesa de billar y pasó media hora practicando. Al fin y al cabo, el *Manual de música Oxford* dedicaba una página entera a «Mozart y el billar»… Fuera como fuese, Morse fue prácticamente incapaz de meter una sola bola, con independencia del ángulo o la distancia, de modo que puso la cubierta con el mismo cuidado que había mostrado al recogerla y volvió a su habitación decidido a dedicar más horas

(si nada se lo impedía) tanto al billar como al glosario de términos arquitectónicos. Ésa era la razón por la que las vacaciones eran tan importantes, se dijo: te permitían tomar un poco de distancia con respecto a todo y ver en qué cosas empezaba a faltarte práctica.

Morse estaba tumbado en la cama completamente vestido, mirando con expresión pensativa el techo, cuando llamaron a la puerta. Se levantó a abrir. Era el propietario del hotel, que llevaba una bolsa del supermercado Sainsbury en la mano.

—Señor Morse, le traigo esto de parte de la señora Hardinge. Le he estado buscando antes, pero estaba fuera, y ella ha insistido en que se lo entregara personalmente.

¿A qué sonaban aquellas palabras en los oídos de Morse? ¡A música! ¡Música celestial!

En el interior de la bolsa se encontraba el codiciado ejemplar del *Times*, así como un sobre con el membrete del hotel Bahía, en cuyo interior había una hoja con el mismo membrete en la que se leía:

> De la 27 a la 14. He visto un libro de bolsillo titulado *La perra* escrito por una de las hermanas Collins. No lo he leído, pero me parece que debe de versar sobre mí. ¿Usted qué cree? Si no llego para la cena, lo más probable es que vuelva poco después y si todavía anda por ahí podrá invitarme a un *brandy*. Al fin y al cabo, estos periódicos acaban costando un dineral, ¿sabe?

Para Morse aquella misiva fue como maná, un bálsamo para el alma. Se sentía como si hubiese pasado una cena intentando llamar la atención de una atractiva muchacha y ésta, tras aparentar indiferencia, de pronto hubiera acercado la cabeza a la suya para darle un prometedor beso en la mejilla.

Curiosamente, sin embargo, antes de leer el artículo, el inspector cogió el teléfono de la mesilla y llamó a la comisaría de Kidlington.

7

Leo el periódico con avidez. Es el tipo de ficción continua que más me gusta.

Aneurin Bevan, citado en el *Observer*, 3 de abril de 1960

LA POLICÍA ENTREGA A UN COLABORADOR DEL TIMES UN SINIESTRO POEMA

La policía de Oxfordshire ha solicitado la ayuda del corresponsal literario del *Times*, Howard Phillipson, para resolver un complicado acertijo cuya respuesta puede servir para hallar el lugar exacto en el que el cadáver de una joven podría estar enterrado.

El acertijo, formulado en un poema de cinco estrofas, fue enviado anónimamente por una persona que, en opinión de la policía, conoce el secreto de un crimen que lleva doce meses en el archivo de casos sin resolver de la comisaría del valle del Támesis de Kidlington, Oxfordshire.

«El poema es fascinante —declaró el señor Phillipson—. Tengo la intención de pasar el fin de semana tratando de resolverlo. Tras una somera lectura preliminar me atrevo a decir que el acertijo tiene una lógica interna lo bastante consistente como para que se pueda resolver a partir de su propio contexto, aunque todavía es demasiado pronto para afirmar nada».

Según el inspector jefe Harold Johnson, del Departamento de Investigación Criminal del valle del Támesis, se puede afirmar con seguridad casi absoluta que el poema hace referencia a la desaparición de la estudiante sueca cuya mochila fue encontrada en el arcén del carril del norte de la A44, aproximadamente un kilómetro y medio al sur de Woodstock, en julio de 1991. Los documentos hallados en los bolsillos laterales de la mochila han servido para identificar a su propietaria como Karin Eriksson, estudiante de Uppsala que probablemente habría viajado a dedo de Londres a Oxford y pasado un día o dos en la ciudad universitaria, tras lo cual nadie sabe lo que pudo suceder.

«El caso ha resultado desconcertante desde el principio —reconoce el inspector jefe Johnson—. No se ha encontrado el cadáver ni han aparecido indicios sospechosos. Que a un estudiante le roben sus pertenencias o que se les extravíen no es nada excepcional. Y hay algunos que se fugan, desde luego. Sin embargo, siempre hemos considerado este caso como un posible asesinato».

A raíz de la desaparición de la señorita Eriksson, su madre informó a la policía que Karin la había llamado por teléfono desde Londres aproximadamente una semana antes y que le había parecido que estaba «animada y optimista», pese a que andaba escasa de dinero. El director del colegio de secretaría del que Karin era estudiante describió a la joven como «una señorita atractiva, capaz y atlética». Aunque después del descubrimiento de la mochila no ha aparecido ninguna pista

más, altos cargos de la policía insinuaron anoche que esta novedad podría arrojar luz sobre alguna de las pistas descubiertas durante la investigación previa.

El poema completo reza como sigue:

Encuéntrame, encuentra a la hija sueca,
derrite mi helado tegumento.
Seca el agua azur por el cielo iluminada,
y que el cielo sea mi bóveda en la vida eterna.

¿Quién, quién divisó aquel terrible lugar?
¡Oh, encontradme! ¡Encontrad a la hija del guardabosque!
Preguntad al arroyo: ¿Por qué no me cuentas
la verdad que sabes, el trágico sacrificio?

Pregunta al tigre, pregunta al sol:
¿Adónde cabalgo? ¿En qué situación me encuentro?
Hasta que el día dado llegue a su fin,
hasta que la noche arda en viva llama.

Al tomillo, sí al tomillo hallé floreciendo aquí,
y sucedió que había una blanca criatura
atrapada por la ginebra, jadeando cual ciervo cazado
y lamiéndose todavía la ensangrentada piel.

Viendo unas pistas de claridad maravillosa,
rastrea cual cazador la tierra bajo tus pies.
Encuéntrame, encuéntrame ahora, a mí, tu doncella
y dichoso seas, pues te daré un beso cuando nos veamos.

A. Austin (1853-87)

Los versos han sido mecanografiados en una máquina de escribir bastante antigua, y la policía tiene la esperanza de que las pruebas del forense arrojen nuevas pistas. Las únicas peculiaridades de la máquina de escribir que llaman la atención a primera vista son el desgaste de la parte superior de la *e* minúscula y el leve acortamiento de la raya horizontal de la *t* minúscula.

«A decir verdad —reconoce el inspector jefe Johnson—, tengo pocos compañeros que se den maña con la poesía, de ahí que hayamos pensado que el *Times* podría servirnos de ayuda. Si así fuera, se haría una especie de justicia poética». El señor Phillipson añade: «Tal vez no sea más que una broma de mal gusto, pues da la impresión de que el poema no tiene mucho que ver con el caso. Sin embargo, la policía piensa realmente que ha encontrado una pista importante. Yo soy de la misma opinión».

Morse leyó el artículo a su ritmo y luego lo releyó rápidamente. Siguió sentado durante varios minutos, manteniendo los ojos quietos y la cara inexpresiva, tras lo cual volvió a la última página y leyó la definición del crucigrama que no había logrado ver la noche anterior:

El trabajo sin esperanza obtiene néctar en un… (Coleridge, v. 5).

Vaya. Si el poema era un acertijo, también lo era aquella definición del crucigrama. Y además se trataba de un verso de Coleridge. Esbozando una sonrisa, se recostó en la silla y se maravilló una vez más de la frecuencia con que se producía ese fenómeno tan extraordinariamente común llamado «coincidencia».

Morse podría haberse parado a pensar en que la noche anterior se había producido una coincidencia mucho mayor cuando (por puro azar) le habían hecho pasar al comedor para compartir una mesa con la encantadora huésped de la habitación 14. Pero todavía no podía saberlo. Sacó del bolsillo su bolígrafo plateado Parker y escribió una «a» y una «i» en los espacios que ella había dejado en blanco en «T… m… z», tras lo cual volvió a coger el teléfono.

—No señor, el comisario Strange sigue comunicando. ¿Podría ayudarle otra persona?

—Sí, tal vez sí —dijo Morse—. Póngame con la Dirección de Tráfico, por favor.

8

Fragmento de un diario fechado el 2 de julio de 1992 (un día antes de que Morse llegara a Lyme Regis).

Tengo que escribir un capítulo sobre «gradualismo» en mi obra definitiva sobre pornografía, pues es la naturaleza *gradual* del proceso erótico lo que más importancia tiene, como incluso ese viejo fascista de Platón tuvo el cacumen de ver. Sin embargo, se trata de un factor que los escritores, los directores de cine y los realizadores de vídeo echan en olvido cada vez con mayor frecuencia, si es que alguna vez lo han tenido presente. Todo debería girar en torno al «proceso». El proceso que representa el hecho de recogerse una falda larga hasta la altura del tobillo o el de desabrocharse por vez primera el botón de una blusa. No sé si me expreso con suficiente claridad. Sin la falda, ¿qué hombre disfrutará con el tobillo? Sin la blusa, ¿qué hombre se sentirá estimulado por un simple pezón? El desnudo en sí no es nada; es el propósito de desnudarse lo que garantiza el maravilloso gozo. El desnudo nunca ha significado gran cosa para mí, ni siquiera cuando era un muchacho. Nunca sentí interés en esas pinturas italianas de mujeres desnudas. Además, entre nuestros promiscuos y licenciosos jóvenes hay poco que presten especial atención a las mujeres que lucen sus cuerpos diariamente en la prensa amarilla. A esos jóvenes les interesan más las crónicas futbolísticas de la última página. ¿Puede sacarse una moraleja de esto?

He releído la basura que acabo de escribir y hace que parezca casi cuerdo. Casi como si pudiera reírme de cualquier charlatán que viniera a sugerirme que debo *ver* a alguien. Sin embargo, lo cierto es que no hay mucho motivo para reírse si se tiene en cuenta el desastre que he acabado siendo o, tal vez, que siempre he sido. Los demás tienen una suerte endiablada… Dios, parece mentira la suerte que tienen. Tienen sus fantasías eróticas y consiguen sus dosis en las revistas guarras, las pelis porno y las relaciones fortuitas. ¿Yo en cambio qué hago? ¡Ja! Me dedico a estudiar los artículos que aparecen en los periódicos serios acerca de los efectos que tiene la pornografía en las

estadísticas de delitos sexuales. Esto es lo que hacen los maníacos sexuales civilizados. ¿Tiene la pornografía el efecto que se le atribuye? Lo dudo, aunque me gustaría que lo tuviera. Sí. Entonces no pasaría un día sin que prácticamente todo el mundo cometiera algún delito sexual. Ya sé, cómo no voy a saberlo, que si se dieran tales circunstancias las niñitas beatas que se preocupan por defender su virginidad lo tendrían jodido, pero yo al menos sería normal. *Normal*.

¡Vamos, Tiempo, apresúrate! Mañana es cuando voy a verla y me muero de la impaciencia. ¿Por qué espero? Porque aunque nunca he amado realmente a mi esposa ni querido especialmente a mis hijos sería capaz de sacrificar todo lo que tengo en la vida con tal de ahorrarle la inaguantable humillación que sentiría si se enterara de mi deshonra.

(*Más tarde*). He leído el *Guardian* en el SCR y me he enterado de que un japonés ha asesinado a una joven modelo y ha estado dándose un banquete con su cuerpo durante dos semanas. No le han retenido mucho tiempo en la cárcel porque era evidente que estaba como una regadera. Sin embargo, cuando le han metido en el manicomio, ha montado tal jaleo que tampoco le han retenido allí mucho tiempo. ¿Por qué? Pues porque las autoridades están convencidas de que es un tipo normal. Cuando le han dejado libre, ha declarado a un periodista: «El tiempo que he pasado en el manicomio ha sido un infierno. Las personas que están internadas allí están realmente locas. Los médicos han visto al final que yo no soy como ellos, que soy una persona normal, y me han dejado marchar». Lo que me fastidia no es lo que dice ese colgado. Lo que realmente me fastidia es lo que dice el periodista. Según él, el aspecto más penoso de este extraño y solitario caníbal es que realmente piensa que es una persona normal. ¿A que está claro lo que digo?

9

Y me pregunto cómo habrán podido estar juntos.

T. S. Eliot, *La figlia che piange*

Se dirigió del comedor al bar. Aunque no había tenido compañía durante la comida, Morse nunca perdía el sueño por el hecho de pasar temporadas solo y se creía incapaz de apreciar la distinción que cierta gente hacía entre «ser una persona solitaria» y «sentirse solo». En cualquier caso, había disfrutado de la comida. Carne de venado, ni más ni menos. Pidió una pinta de cerveza amarga y se sentó de espaldas al mar con el *Times* de aquel día. Miró su reloj de pulsera, escribió la hora (8.21) en el pequeño espacio rectangular que había al lado del crucigrama y puso manos a la obra.

A las 8.35, en el momento en que estaba tratando de averiguar las dos últimas definiciones, oyó la voz de la mujer:

—¿Aún no ha acabado?

Morse sintió una repentina oleada de felicidad.

—¿Le importa si me siento con usted? —La mujer se sentó a su lado en la butaca de la pared—. He pedido café. ¿Le apetece una taza?

—Eh… no. El café nunca ha tenido un papel destacado en mi vida.

—El agua tampoco, por lo visto.

Morse se volvió hacia ella y vio que le estaba sonriendo.

—El agua me gusta —reconoció—, pero con moderación.

—Eso no es suyo.

—Cierto. Es de Mark Twain.

Un camarero joven con pajarita trajo el café. Ella se llevó la taza y luego añadió una gota de crema muy espesa. Morse se fijó en sus delgados dedos mientras ella movía el café lenta y casi sensualmente.

—¿Le han entregado el periódico?

Morse hizo un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Sí.

—Permita que le diga una cosa. No voy a preguntarle siquiera por qué deseaba tanto que se lo diera.

—¿Por qué no?

—Bueno, en primer lugar porque ya me lo ha dicho en la nota.

—¿Y en segundo?

La mujer titubeó y se volvió hacia él.

—¿Por qué no me ofrece un cigarrillo?

La felicidad que acababa de embargar a Morse alcanzó una cota más alta.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella.

—Morse. Eh… me llaman Morse.

—Un nombre curioso. ¿Y su apellido?

—Ése es mi apellido.

—¿También? ¿Se llama usted Morse Morse? Como ese personaje de *Catch 22*, ¿no? Major Major Major.

—¿No eran cuatro *Major*?

—Usted lee mucho, ¿no es así?

—Lo suficiente.

—¿Conocía el verso de Coleridge? Anoche me fijé en que estaba mirando el crucigrama.

—¿Acaso no me separaba un periódico de vos, *madame*?

—Tengo rayos X en los ojos.

Morse le miró a los ojos con detenimiento. Eran verde y marrón y ya no estaban inyectados en sangre como la noche anterior.

—Pues da la casualidad de que sí lo conozco.

—¿Qué palabra faltaba?

—«Tamiz».

—¿Y cómo es el verso completo?

—Para que tenga sentido, también hay que conocer el siguiente verso:

El trabajo sin esperanza obtiene néctar de un tamiz
y la esperanza sin objeto no puede vivir.

—Pues sí que es verdad que lee mucho.

—¿Cómo se llama usted?

—Luisa.

—¿Y a qué se dedica, Luisa?

—Trabajo para una agencia de modelos. Mejor dicho, tengo una agencia de modelos.

—¿De dónde es?

—De un pueblecito situado al sur de Salisbury, en el valle de Chalke.

Morse movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—He pasado en coche por esta zona en un par de ocasiones. Está cerca de Combe Bisset, ¿no?

—Sí, bastante cerca. ¿Y usted a qué se dedica?

—No soy más que un simple empleado. Trabajo en una oficina. Lo típico: jornada de nueve a cinco.

—¿Dónde está su oficina?

—En Oxford.

—Una ciudad preciosa…

—¿Conoce Oxford?

—¿Por qué no me invita a un *brandy* doble? —repuso con voz queda.

Morse cargó las copas a su cuenta y volvió con un *brandy* doble y un escocés de malta también doble. Había varias parejas disfrutando de sus bebidas en el acogedor bar del hotel. Antes de dejar los vasos sobre la mesa, el inspector miró por la ventana y vio la blanca espuma que formaban las olas en su continuo vaivén.

—Salud.

—Salud.

—Es usted un mentiroso —dijo ella. Las tres palabras le sentaron a Morse como un gancho en la barbilla. Sin darle tiempo a recuperar el equilibrio ni mostrar piedad alguna, la mujer continuó—: Usted es poli. Es inspector jefe de policía. Y a juzgar por la cantidad de alcohol que bebe, lo más probable es que no aguante mucho tiempo en la oficina a partir de la hora en que abren los *pubs*.

—¿Tan evidente es? Me refiero a lo de que soy poli.

—Oh, no. No es nada evidente. Pero acabo de ver su nombre y dirección en el libro de registro y mi marido… Bueno, da la casualidad de que ha oído hablar de usted. Dice que tiene fama de ser el niño prodigio del mundo del crimen. Eso es todo.

—¿Conozco a su marido?

—Me extrañaría.

—No ha venido…

—¿Se puede saber qué está haciendo en Lyme?

—¿Yo? No lo sé. Quizá buscando a una mujer realmente encantadora que no me llame mentiroso aunque crea que lo soy.

—¿Lo niega? ¿Niega ser poli?

Morse meneó la cabeza.

—No. Lo que pasa es que cuando estás de vacaciones, bueno… a veces te gusta olvidarte de tu trabajo y cuentas alguna que otra mentira. Todo el mundo cuenta alguna mentira de vez en cuando.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto.

—¿Todo el mundo?

Morse hizo un gesto de asentimiento.

—Usted incluida. —Se volvió de nuevo hacia ella, pero se sintió incapaz de interpretar los confusos mensajes que leyó en sus ojos.

—Continúe —dijo ella con voz queda.

—Creo que usted es una mujer divorciada y que tiene una relación con un hombre divorciado que vive en Oxford. Creo que de vez en cuando se les presenta la oportunidad de pasar el fin de semana juntos y que, cuando lo hacen, como necesitan una dirección para el hotel, utilizan la de usted, que no es la del valle Chalke, sino la de Cathedral Close de Salisbury. Creo que usted vino el viernes por la tarde en autobús, pero que su pareja, que probablemente se encontraba en la zona en una convención o algo por el estilo y tenía previsto llegar a la misma hora que usted, no ha hecho acto de presencia. Como ya había reservado una habitación doble, usted se registró y subió sus cosas a la habitación, incluida la maleta con las iniciales C.S.O. Sospechaba que algo había salido mal, pero todavía no se atrevía a llamar por teléfono para averiguarlo. No le quedaba otro remedio que esperar. Creo que al final recibió una llamada y una explicación, y que se sintió profundamente decepcionada y disgustada, lo bastante para derramar un par de lágrimas. Esta mañana ha llamado usted un taxi para ir a ver al hombre que la ha dejado plantada, y creo que han pasado el día juntos. Ha vuelto porque al fin y al cabo tiene reserva para todo el fin de semana y probablemente su compañero le haya dado un cheque para pagar la cuenta. Se va mañana, con la esperanza de tener más suerte la próxima vez.

Morse había acabado. Se produjo un largo silencio durante el cual él apuró su *whisky* y ella su *brandy*.

—¿Otra copa?

—Sí, pero ya voy yo. Se ha mostrado más que generoso con el repaso que me ha dado. —El tono de su voz era ahora inexpresivo, más duro acaso. Morse comprendió que la magia se había desvanecido. Cuando ella volvió con las copas, cambió de lugar y se sentó delante de él en una muestra de gazmoñería.

—¿Me creerías si te dijera que la maleta que he traído es de mi madre, que se llama Casandra Samantha Osborne?

—No —dijo Morse, y creyó ver en sus ojos una mirada divertida; la impresión, sin embargo, fue fugaz.

—¿Y de dónde has sacado eso del «hombre divorciado que vive en Oxford»?

—Oh, lo sé todo sobre él.

—¡Qué! —Involuntariamente ella elevó la voz hasta convertirla en un chillido de falsete. Dos o tres cabezas se volvieron en su dirección.

—He llamado a la policía del valle del Támesis. Si metes los datos de una matrícula en el ordenador…

—Obtienes el nombre y la dirección del propietario en diez segundos.

—En dos —la corrigió Morse.

—Así que eso has hecho.

—En efecto.

—Dios… Entonces eres un cabronazo como todos, ¿no? —Los ojos le relampagueaban de ira.

—No deja de tener gracia —repuso Morse omitiendo el insulto—, porque sé el nombre de él pero todavía no sé el tuyo.

—Luisa, ya te lo he dicho.

—Me temo que no es ése. Cuando decidiste interpretar el papel de la señora Hardinge, te gustó la idea de llamarte Luisa. ¿Por qué no? Es posible que no sepas tanto sobre Coleridge. ¿Pero qué me dices de Hardy? Eso es diferente, ¿verdad? Seguramente recordaste que de joven Hardy se enamoró de una muchacha que estaba por encima de él en cuestión de clase social, dinero y privilegios, por lo que trató de olvidarla. Al final se pasó el resto de su vida haciendo precisamente eso: tratar de olvidarla. —Ella estaba mirando la mesa. Morse prosiguió apaciblemente—. Hardy apenas le dirigió la palabra y, sin embargo, durante los últimos años de su vida fue a visitar con frecuencia la tumba sin marcar del cementerio de Stinsford en la que estaba enterrada.

Ahora fue Morse quien miró la mesa.

—¿Desea más café, señora? —El camarero sonrió amablemente. Parecía un joven simpático. Sin embargo, la «señora» movió la cabeza en un gesto de negación y se puso en pie con intención de irse.

—Me llamo Claire, Claire Osborne.

—Gracias una vez más por el periódico, Claire.

—De nada. —Le temblaba ligeramente el labio y tenía los ojos húmedos de lágrimas.

—¿Te veré durante el desayuno? —preguntó Morse.

—No. Salgo temprano.

—Como esta mañana.

—Como esta mañana.

—Ya veo… —dijo Morse.

—Tal vez ves demasiado.

—Tal vez no lo suficiente.

—Buenas noches… Morse.

—Buenas noches, Claire. Cuando, una hora y varias copas después, Morse decidió ir a acostarse, descubrió que lo único en que podía fijar la atención era en subir los escalones sin tambalearse demasiado. Al llegar a la segunda planta, se encontró delante de la habitación 14 y pensó que, si hubiese habido una raya de luz bajo la puerta, tal vez hubiera llamado con suavidad y hecho frente a la muestra de ira que se habría caído encima.

Pero no había ninguna luz.

Claire Osborne permaneció despierta hasta altas horas de la noche, las manos debajo de la cabeza y tratando de calmar sus inquietos ojos, tratando de fijarlos en cualquier lugar situado a unos quince centímetros de su nariz. Sus pensamientos estaban divididos entre el hombre presuntuoso, culto, severo, amable, borrachín y sensible con el que había pasado las primeras horas de aquella noche, y Alan Hardinge, el doctor Alan Hardinge, profesor del Lonsdale College, Oxford, cuya joven hija, Sarah, había resultado muerta la mañana anterior como consecuencia del accidente sufrido con un camión cuando bajaba en bicicleta por Cumnor Hill en dirección a la escuela.

10

> La señora Kidgerbury era la habitante de más edad de Kentish Town, creo, que trabajaba de asistenta, pero estaba demasiado débil para llevar a cabo sus ideas acerca de ese arte…
>
> Charles Dickens, *David Copperfield*

Profiriendo un sonido parecido a una expectoración, seguido de un suspiro amortiguado, el comisario jefe Strange dejó caer su voluminoso cuerpo en una silla delante del inspector jefe Harold Johnson. Y no es que disfrutara subiendo las escaleras a pie, dado que adolecía de una evidente falta de preparación para afrontar tales esfuerzos, sino que le había prometido a su esposa, una mujer delgadísima y atenta, que en el trabajo intentaría hacer un poco de ejercicio siempre que pudiera. El problema estribaba en que por lo general se sentía demasiado débil tanto de fuerzas como de ánimo como para cumplir su promesa. Sin embargo, ése no fue el caso la mañana del martes 30 de junio de 1992, cuatro días antes de que Morse hiciera la reserva en el hotel Bahía…

El jefe superior de policía había regresado el día anterior de un permiso de dos semanas, y su primer trabajo había consistido en mirar el correo que su eficientísima secretaria no había podido o no había tenido autoridad para responder. La carta que contenía los versos de la «doncella sueca» llevaba aproximadamente una semana (o al menos eso creía ella) en la bandeja de entradas. Había llegado (creía recordar) en un sencillo sobre marrón a nombre (de esto estaba casi segura) del «comisionado de policía Smith» (?). El sobre, sin embargo, había ido a parar a la basura («¡Lo siento!») y las estrofas se habían quedado allí, malgastando, por así decirlo, su fragancia en el aire del desierto, hasta el lunes 29.

El jefe superior de policía se había resistido a buscar culpables: cuatro estrofas de un poeta de segundo orden llamado Austin no era precisamente

razón suficiente para declarar el estado de emergencia nacional. No obstante, la «sueca» del primer verso en combinación con la «doncella» del penúltimo le había sonado a algo conocido, como no podía ser menos, por lo que había llamado a Strange, quien le había recordado que era el inspector jefe Johnson quien había estado y estaba a cargo del caso.

Aquel día, al volver de almorzar, Johnson se había encontrado con una fotocopia del poema sobre el escritorio de su despacho.

Fue no obstante a la mañana siguiente cuando las cosas empezaron a moverse. Lo que se recibió en esta ocasión en la comisaría y se colocó como de costumbre junto al resto del correo del jefe superior de policía fue un sobre marrón a nombre del «comisionado Smith (?), comisaría de policía de Kidlington, Kidlington». No había nada más escrito en el anverso del sobre, con sello de Woodstock y una fecha borrosa que podía ser el 27 de junio. La misiva era cortísima:

> ¿Por qué no está haciendo nada con respecto a mi carta?
>
> Karin Eriksson.

El papel de la carta provenía del mismo bloc que había sido utilizado para la primera carta. En la parte inferior se leían las siguientes palabras impresas: «Papel reciclado: OXFAM•Oxford•Inglaterra». Todo daba a entender también que la carta había sido escrita con la misma máquina de escribir, ya que las *t* y las *e* evidenciaban las mismas imperfecciones que las observadas en el poema de la doncella sueca.

En esta ocasión el jefe superior de policía llamó inmediatamente a Strange.

—¿Buscamos las huellas? —sugirió el comisario alzando la vista del sobre y la hoja que tenía ante sí sobre la mesa.

—¿Para qué? ¿Para perder el tiempo, joder? ¿Sabes cuántas huellas encontraríamos en el sobre? Las del cartero que lo ha recogido; las de la persona que lo ha clasificado; las del cartero que lo ha entregado; las de los encargados de correos de la comisaría; las de la chica que lo ha traído; las de mi secretaria…

—Y las de usted, señor…

—Sí, también las mías.

—¿Y si buscamos en la carta?

—Puedes intentarlo si quieres.

—Le diré a Johnson que se ponga a ello…

—No quiero que Johnson se ocupe de esto. No ha hecho nada de provecho en este caso. Quiero que se ocupe Morse.

—Está de vacaciones.

—Nadie me lo había dicho.

—Usted también estaba de vacaciones, señor.

—Entonces tendrá que ocuparse Johnson. Pero, por amor de Dios, dile que se mueva y haga algo de una vez.

Strange se quedó pensando durante unos segundos. Luego dijo:

—Creo que se me ha ocurrido una idea. ¿Se acuerda de la serie de cartas que publicó el *Times* el año pasado?

—La cuestión irlandesa, sí.

—Estaba pensando… que si usted llamara al *Times*…

—¿Yo? ¿Y se puede saber por qué no puedes llamar tú? —Strange no contestó—. Mira, me da igual lo que hagamos con tal de que hagamos algo. ¡Y rápido!

El comisario Strange se puso en pie como buenamente pudo.

—¿Qué tal se lleva Morse con Johnson? —preguntó el jefe superior.

—No se lleva.

—A todo esto, ¿adónde ha ido Morse de vacaciones?

—A Lyme Regis. Ya sabe, donde tienen lugar algunos de los episodios de *Persuasión*.

—Ah… —El jefe superior puso una cara tan inexpresiva como requería la ocasión mientras el comisario jefe se dirigía hacia la puerta.

—Pues de eso se trata… —dijo Strange—. Me parece que es lo mejor que podemos hacer. ¿Qué me dices? ¿No crees que causará cierta sensación? ¿Cierto interés…?

Johnson asintió con la cabeza.

—Me gusta. ¿Va a llamar usted al *Times*, señor?

—¿Se puede saber por qué no puedes llamar tú?

—¿No sabrá por casualidad…?

—«Si desea obtener información de los abonados, marque el 192» —dijo el inspector en un cáustico tono de salmodia. Johnson mantuvo los labios apretados mientras Strange proseguía—: Y ya que estamos aquí, ¿por qué no me recuerdas los detalles del caso, eh?

Así pues, Johnson le recordó los detalles del caso, atando los cabos de la historia con bastante más maña de la que Strange le hubiera creído capaz.

11

Nec scit qua sit iter. (No sabe qué camino tomar).

Ovidio, *Metamorfosis II*

A raíz de la aparición de su mochila, Karin Eriksson había sido clasificada en el apartado de «personas desaparecidas» y como tal había sido objeto de una investigación. Ahora, al cabo de un año, su caso seguía en el mismo apartado. Que no fuera objeto de una investigación por asesinato respondía a una razón muy sencilla: era muy poco habitual, y sumamente complicado, organizar una investigación por asesinato si no había sospechas de muerte violenta, no se tenía conocimiento de móvil alguno y, sobre todo, no se había hallado el cadáver.

¿Qué información se tenía sobre la señorita Eriksson?

Su madre llevaba una pequeña casa de huéspedes de Uppsala, pero poco después de la desaparición de su hija había regresado a su lugar de origen: las afueras de Estocolmo. Karin, la segunda hija de las tres que tenía, acababa de terminar un curso de secretariado y había aprobado el examen final con una nota que si bien no llegaba al sobresaliente al menos le permitía abrigar una mínima esperanza de encontrar un trabajo decente. Todo el mundo coincidía en que la joven respondía al clásico tipo nórdico: melena rubia y pecho susceptible de monopolizar la atención de los hombres durante el primer encuentro. En el verano de 1990 había logrado llegar a Tierra Santa sin disponer de mucho dinero ni, al parecer, sufrir muchos problemas; al menos hasta llegar a su destino, donde al parecer fue víctima de un intento de violación a manos de un soldado israelí. En 1991 había tomado la decisión de emprender otro viaje al extranjero y, al decir de todos, de mantenerse alejada de los militares allá donde fuera. Había seguido un curso de artes marciales de tres meses en Uppsala, manifestando una aptitud y una perseverancia de las que apenas había dado muestras durante sus estudios de secretariado. En

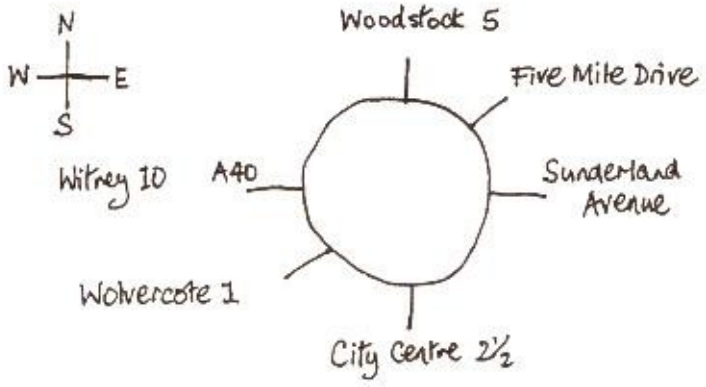
cualquier caso, era una joven atlética, de huesos grandes y bastante alta —metro setenta y cinco— que podía cuidar de sí misma sin ningún problema.

Según los datos que se tenían, Karin había llegado al aeropuerto de Heathrow el miércoles 3 de julio de 1991 con doscientas libras en el bolsillo, un equipo de pertrechos de excursionista y la dirección de una de las encargadas de un albergue de la YWCA cerca de King's Cross. Al parecer, buena parte de la moneda inglesa que había traído había volado de sus manos cuando sólo llevaba unos días en Londres. A primera hora de la mañana del domingo 7 de julio había cogido el metro (tal vez) de Paddington y desde allí (tal vez) se había encaminado hacia la A40, M40, dirección Oxford. La encargada de la YWCA había declarado que Karin le había dicho que, a la larga, probablemente iría a ver a una parienta lejana que vivía en el centro de Gales.

Karin habría sido vista con toda probabilidad en una de las carreteras de acceso a la A40 aproximadamente a las diez de la mañana de ese mismo día. Gracias a su aspecto físico, habría sido fácilmente reconocible: cabello color pajizo y relativamente largo, vaqueros azules desgastados y rotos a la altura de las rodillas tal como marcaba la moda. Sin embargo, lo que más había llamado la atención de varios testigos habían sido la bandera azul y amarilla de Suecia, de unos veinte centímetros por quince, que llevaba cosida encima del bolsillo principal de la mochila y el pañuelo de seda, con borlas y de los mismos colores que la bandera nacional, «sol y cielo», que llevaba siempre al cuello.

A la policía habían acudido dos testigos que aseguraban haber visto en Oxford, entre los cruces de Headington y Banbury Road, a una mujer que respondía a la descripción de Karin haciendo autostop. Un joven creía recordar haberla visto aquel mismo día, mientras esperaba el autobús a final de Banbury Road a la altura de Oxford, andando con cierta resolución camino de la ciudad. ¿A qué hora? A eso de mediodía… Sí, seguro que la había visto a esa hora, ya que acababa de salir para tomar algo en el Eagle and Child de Saint Giles. Sin embargo, el testigo al que más crédito se había dado durante la investigación era un abogado que mientras conducía camino de Yarnton creía haberla visto andando por Sunderland Avenue, la calle flanqueada de carpes que unía los cruces de Woodstock Road y Banbury Road.

Llegado a este punto, Johnson miró los informes, sacó un diagrama dibujado con cierta torpeza y se lo entregó a Strange.



N-E-S-O
Woodstock: 8 kilómetros.
8 kilómetros de carretera.
Sunderland Avenue.
Centro ciudad: 4 kilómetros.
Wolvercote: 1 kilómetro y medio.
A40 Witney: 15 kilómetros.

Strange miró el diagrama sin demasiado entusiasmo y Johnson siguió hablando.

Karin habría seguido recto por la A40, una carretera en la que tenía más probabilidades de que un coche la recogiera que en las autopistas y autovías que ya había dejado atrás. Además, la A40 le llevaría directamente a los alrededores de Llandovery, que era donde vivía su prima tercera o lo que fuera. Sin embargo, los detectives que habían investigado el caso habían llegado a la conclusión de que, en lugar de inclinarse por la opción de «Witney», o la de «Wolvercote» o la de «Centro ciudad», la joven había tomado probablemente la carretera de Woodstock…

12

> Cuenta entre suspiros una lamentable relación de cosas, hechas tiempos atrás, y mal hechas además.
>
> John Ford, *The Lover's Melancholy*

A las siete y cuarto aproximadamente, prosiguió Johnson, de la soleada mañana del martes 9 de julio de 1991, George Daley, del 2 de Blenheim Villas, Begbroke, Oxfordshire, había sacado a pasear a su spaniel *King Charles*, de ocho años de edad, por una carretera de acceso cercana al Royal Sun, una cervecería de carretera situada en el tramo norte de la A44, a kilómetro y medio de la parte de Woodstock que da a Oxford. Al pie de un seto de oxiacanta, tapada casi por completo por una hilera de matas, Daley había visto una mancha de color brillante. Cuando se acercaba a ella, había estado a punto de pisar una cámara; a continuación había visto la mochila de color escarlata.

En aquel momento, naturalmente, todavía no había pruebas que indicaran que hubiera ocurrido algo raro, y Daley estaba interesado principalmente en la cámara. Le había prometido una a su hijo Philip, que estaba a punto de cumplir los dieciséis; además, la cámara que había encontrado, un aparato pesado y de aspecto caro, era una tentación irresistible. Daley se la había llevado a casa junto con la mochila y, una vez allí, había hablado con su esposa Margaret sobre el hallazgo, brevemente por la mañana y en detalle por la noche.

Los Daley habían sido educados en la creencia de que podían quedarse con lo que encontraran. Si bien en la mochila se indicaba clara y específicamente quién era su dueño, en la cámara no había identificación alguna. Además, que ellos supieran, ésta no tenía nada que ver con la mochila. Así pues, habían sacado la película, en la que de todos modos no quedaba ninguna fotografía por sacar, y la habían arrojado al fuego. Eso no era ningún delito, ¿verdad? A veces ni siquiera la policía, había insinuado Daley, sabe con seguridad qué debe incluirse como delito en las estadísticas.

El robo de una bicicleta era delito, sin duda. Sin embargo, si al propietario se le podía convencer de que nadie le había robado la bicicleta, sino que la había «perdido», por así decirlo, en un descuido, ni había delito ni nada.

—¿No será un policía retirado ese tal Daley? —preguntó Strange al tiempo que reconocía la validez del razonamiento con un movimiento de cabeza.

Johnson sonrió, pero hizo un gesto de negación y prosiguió.

Su esposa, Margaret Daley, se había sentido un poco culpable por haberse quedado con la mochila y, según el propio Daley, le había convencido de que se deshiciera de ella en Kidlington al día siguiente, miércoles. En un principio él había dicho que la había encontrado aquella misma mañana, pero su historia no encajaba del todo y pronto había resultado evidente que no se le daba bien mentir, de manera que había cambiado la versión de lo ocurrido.

¿Y qué decir de la mochila? Con la excepción de los broches de los bolsillos, que estaban algo oxidados, parecía bastante nueva. Contenía, presumiblemente, todas las pertenencias que la joven llevaba de equipaje, y entre ellas había un pasaporte que identificaba a su propietario como Karin Eriksson, de Uppsala, Suecia. Pese a que, al parecer, los Daley no habían tocado gran cosa, el contenido de la mochila había resultado de muy poco interés: los típicos objetos femeninos, entre ellos un cepillo de dientes, tampax, lápiz de labios, sombra de ojos, colorete, peine, lima de uñas, pinzas y pañuelos de papel; un paquete casi completo de Marlboro con un encendedor desechable; una carta, en sueco y con fecha de dos meses atrás, de un novio que (según la traducción obtenida posteriormente) le declaraba su amor y le decía que aunque estaba dispuesto a esperarla el resto de la eternidad preferiría verla un poco antes; una delgada cartera que contenía cinco billetes de diez libras (bastante nuevos, aunque no estaban numerados consecutivamente) pero en la que no se había encontrado ni tarjetas de crédito ni cheques de viaje; una tira de sellos de correos ingleses; una gabardina gris de color grisáceo meticulosamente doblada; una postal arrugada en la que aparecía la *Venus* de Velázquez en el anverso y la dirección de la pariente galesa en el reverso; dos pantalones limpios (o medio limpios); un vestido azul descolorido; tres blusas arrugadas de color negro, blanco y rojo oscuro…

—Sigue —le dijo Strange entre dientes.

Bien, se había establecido contacto con la Interpol y, naturalmente, con la policía sueca. Angustiada, la madre de Karin les había informado por teléfono desde Uppsala que era algo insólito en Karin no mantener a su familia al tanto

de su paradero y sus actividades, tal como había hecho la semana pasada en Londres.

A continuación se había imprimido un cartel («¿Ha visto usted a esta joven?») en el que se incluyó una copia ampliada de la fotografía del pasaporte; algunos de los habitantes de Oxford y las inmediaciones lo habían visto en autobuses, clubes juveniles, oficinas de información, agencias de trabajo y lugares semejantes.

—¿Y fue entonces cuando esas personas, los testigos, se pusieron en contacto con nosotros?

—Así es, señor.

—Y el testigo que te pareció más convincente fue el hombre que creyó verla en Sunderland Avenue.

—Fue un testigo muy bueno, la verdad.

—Mmm… No sé, no sé. Una bonita rubia de piernas largas, bronceada y desprotegida, ¿eh, Johnson? Tumbada en la hierba viendo pasar los coches… Resulta un poco extraño, ¿no te parece? Me refiero a que lo normal sería que ese hombre se acordara perfectamente de ella. Algunos todavía tenemos algún sueño erótico de vez en cuando, ¿sabes?

—Eso dijo Morse.

—¡No me digas!

—Dijo que, si ella nos los hubiera pedido, la mayoría de nosotros la habríamos llevado hasta Stratford incluso en caso de que sólo fuéramos hasta Woodstock.

—Él habría sido capaz de llevarla hasta Aberdeen —masculló Strange.

A continuación, prosiguió Johnson, se había encontrado un delgado volumen de la *Guía del observador de aves* a unos veinte metros de donde había aparecido la mochila (probablemente se había caído de uno de los bolsillos de ésta). En su interior se había descubierto una hoja de papel que seguramente habría servido como indicador de página y en la que se podían leer, pulcramente escritos en mayúscula, los nombres de diez pájaros, siete de los cuales estaban marcados:

ALCOTÁN
MILANO
PICO MENOR
PARO BRABADO
ESCRIBANO
PIZPITA
COLIRROJO

RUISEÑOR
CURRUCA
TREPATRONCOS

La letra tenía el mismo estilo e inclinación que la que aparecía en los fragmentos de escritura de los otros documentos, por lo que cabía afirmar que Karin Eriksson era una gran aficionada a la ornitología y que probablemente habría comprado el libro al llegar a Londres e intentado añadir a la lista de pájaros que ya conocía algunas de las especies menos comunes que podían verse durante el verano inglés.

Los nombres de los pájaros estaban escritos en inglés y sólo había un error de ortografía: el «paro brabado», una interesante variedad de la «platija barbada», que se veía con frecuencia en los restaurantes ingleses. (Había sido el engreído de Morse quien había hecho este último comentario).

Aún más interesante, sin embargo, era el otro objeto que se había encontrado entre las páginas: un folleto amarillo, doblado por la mitad, en el que se anunciaba un concierto de música pop que iba a celebrarse en los jardines del palacio de Blenheim el lunes 8 de julio, un día antes de que la mochila fuera encontrada: «Desde las ocho de la mañana a las once y media de la noche. Entrada: cuatro libras y media».

Y eso era todo. No había nada más. Se habían tomado declaraciones, se había realizado alguna pesquisa, se había organizado varias búsquedas por los jardines del palacio de Blenheim y pese a ello…

—¿En qué medida ha intervenido Morse en este caso? —preguntó Strange ceñudamente.

Johnson podía haber imaginado que el comisario le iba a preguntar aquello, y comprendió que lo más conveniente sería que lo desembuchara todo.

13

> El que lee y no gana en sabiduría rara vez sospecha que se trate de una deficiencia propia, sino que se queja de las palabras difíciles y de las frases oscuras y pregunta por qué se escriben libros que no se pueden entender.
>
> Samuel Johnson, *El holgazán*

La verdad era que durante los primeros días de la investigación Morse no había tenido nada que ver con el caso, puesto que no se trataba de un homicidio y seguía, como era de esperar, sin serlo. Sin embargo, las investigaciones complementarias habían resultado inquietantes, sobre todo porque se habían acumulado pruebas que indicaban que Karin Eriksson era una joven responsable que nunca había estado metida en ambientes de alcohol, sexo y drogas.

Una tarde de finales de julio (un año atrás, por tanto), cuando el caso ya había perdido parte del interés que había despertado en principio, Morse había pasado un par de horas con Johnson antes de hacerse cargo de un repugnante asesinato doméstico cometido en Cowley Road.

—Francamente, señor, yo diría que para él fue algo así como… como una broma.

—¿Una broma? ¡Una broma! ¡Esto no es ninguna broma, Johnson! Lo más probable es que tengamos que abrir un par de líneas más en la centralita en cuanto la puñetera prensa se entere de esto. Será como un ataque aéreo. Y no quiero ni pensar en lo que puede suceder si al público empiezan a ocurrírsele ideas más brillantes que a la policía…

Amablemente, Johnson le recordó:

—Pero, señor, la idea de mandar las cartas al *Times* es suya.

—¿Qué has querido decir con eso de que para Morse era como una broma? —preguntó Strange haciendo caso omiso de la crítica.

—Lo que quería decir, señor, es que… bueno, que omitió los detalles y sólo me dijo lo primero que le vino a la cabeza. No creo que tuviera mucho

tiempo para pensar en ello.

—Alguna idea tendría, ¿no? Siempre las tiene, aunque sólo se haya ocupado del caso durante un par de minutos. Por lo general son malas, pero bueno…

—Lo único que estoy diciendo es que no parecía tomarse el caso muy en serio. Reaccionaba de una forma un poco tonta a lo que yo le decía.

La voz de Strange sonó de repente atronadora.

—Mira, Johnson, es posible que Morse sea un idiota, de acuerdo, pero nunca ha sido tonto. ¡Que quede bien claro!

Para Johnson, la diferencia entre dos palabras que hasta aquel momento había considerado sinónimas («idiota» y «tonto») estaba más allá de sus conocimientos de etimología. Frunció el ceño y esbozó un cauteloso gesto de perplejidad mientras su superior continuaba:

—A veces ciertas personas están en lo cierto por un motivo equivocado. La mayoría de las veces, sin embargo, Morse se equivoca por un buen motivo. Un buen motivo… ¿me entiendes? Así que si a veces bebe demasiado…

Johnson miró el expediente que tenía ante sí. Por desgracia, sabía exactamente a qué se refería el comisario.

—¿Prefiere que sea Morse quien se ocupe del caso, señor?

—Sí, creo que sí —dijo Strange—. Y, por si te interesa saberlo, el jefe superior también lo prefiere —añadió cruelmente.

—¿Cuándo se le acaba el permiso?

Strange soltó un profundo suspiro.

—No lo bastante pronto. A ver si conseguimos algo con el artículo del periódico…

—Seguro que lo ve, si lo publican.

—¿Quién? ¿Morse? ¡Qué idiotez! Jamás le he visto leer un artículo. Lo que hace es dedicar media hora al crucigrama, eso es todo.

—La última vez que le vi tardó diez minutos —comentó Johnson de mala gana.

—Morse ha tirado su vida por la borda —dijo Strange en confianza tras un momento de silencio.

—¿Se refiere a que debería haberse casado?

Strange inició la pesada tarea que le suponía levantarse de la silla.

—Yo no diría tanto. El matrimonio es una institución ridícula, ¿no crees?

El inspector, que se había casado hacía seis meses, se abstuvo de contestar. Strange consiguió enderezar sus vértebras y, situado en un lugar

estratégico, observó los papeles que Johnson había estado consultando.

—¿No es ésa la letra de Morse? —preguntó.

En efecto, era la letra de Morse; y seguramente Johnson habría preferido que el comisario no hubiese visto la hoja. Sin embargo, al menos de ese modo demostraría que tenía razón, así que la cogió y se la entregó a su jefe.

—Mmm… —El comisario sostuvo la hoja en la mano con el brazo extendido y estudió su contenido. A diferencia de Morse, leía a gran velocidad, por lo que al cabo de diez segundos devolvió la hoja a Johnson y le dijo—: ¿A esto te referías?

Johnson miró nuevamente la hoja que le había dejado Morse, la que había encontrado en su escritorio aquella mañana de hacía un año, cuando al inspector le habían ordenado que se encargara de unas investigaciones que parecían más urgentes.

> Como sabes, no he podido estudiar el caso con detenimiento. De todos modos me habría gustado encontrar la respuesta a la siguiente media docena de preguntas:
>
> *a)* ¿Tenía Daley o su señora una cámara de fotos?
> *b)* ¿Qué tiempo hacía el martes 9 de julio?
> *c)* «Tiene rayas. ¿Y las *pantys* ce?» (5)
> *d)* ¿Cuál es el hábitat del *Dendrocopus minor*?
> *e)* ¿Qué cerveza sirven en el Royal Sun (o en el White Hart)?
> *f)* ¿Cómo se llama el perro?

Strange avanzó pesadamente hacia la puerta.

—Ten en cuenta esos jodidos disparates, Johnson. Es todo lo que te digo. No les hagas mucho caso, pero tenlos en cuenta, ¿de acuerdo?

Por segunda vez, al inspector Johnson, pese a su inteligencia bastante brillante aunque comparativamente limitada, se le había escapado por completo la diferencia de significado entre dos expresiones de sinonimia inequívoca.

—Muy bien, señor.

—Y, eh, una cosa más… Mi esposa acaba de comprarse un perro: un pequeño King Charles. Una preciosidad. Doscientas libras costaba. Se mea en todas partes, y eso no es lo peor. Pero ¿sabes?, siempre se alegra de verme. A veces más que mi esposa. El problema es que tenemos al puñetero animal desde hace dos semanas y todavía no lo hemos bautizado.

—El perro se llamaba *Terreno*. No está mal. Sería un buen nombre para su perro, señor.

—Es ingenioso, sí. Se lo mencionaré a mi señora, Johnson. Aunque hay un pequeño problema… —El inspector arqueó sus pobladas cejas—. Es

hembra.

—Oh…

—¿Dijo Morse algo más? —prosiguió Strange.

—Bueno, sí. Dijo… eh, dijo que tenía la impresión…

—¿Qué?

—… de que estábamos buscando el cadáver en lugar equivocado.

—¿Te refieres a Blenheim?

Johnson asintió.

—Morse pensaba que debíamos buscarlo en el bosque de Wytham.

—Ah sí, recuerdo que dijo eso.

—Pero sólo cuando estuviéramos seguros de que no estaba en Blenheim.

—Es fácil hablar a toro pasado…

Ya basta, por favor. Johnson empezaba a cansarse de tanta insinuación.

—Recuerde, señor, que no era sólo Morse quien estaba a favor de una operación a mayor escala. El problema era que no teníamos el personal disponible para una batida en el bosque de Wytham. Fue usted quien lo dijo. Vine yo mismo a preguntarle.

Strange reaccionó contestando en el mismo tono:

—Mira, Johnson, si me consigues un cadáver, yo te conseguiré todo el puñetero personal que necesites, ¿de acuerdo?

Aquello parecía el asunto del huevo y la gallina. Y eso es lo que Johnson habría dicho si Strange no hubiera empezado a bajar por las escaleras equilibrando su voluminoso cuerpo con ayuda de la barandilla de la pared.

14

Sólo el guardabosque ve
que, donde la paloma torcaz empolla
y los tejones se revuelcan a sus anchas,
hubo una vez un camino que atravesaba el bosque.

Rudyard Kipling, *El camino que atraviesa el bosque*

La mañana del lunes 6 de julio de 1992, seis días después de que Strange y Johnson mantuvieran en la comisaría de Kidlington, Oxfordshire, la larga reunión que se acaba de relatar, Morse desayunó por última vez en el hotel Bahía. Le habría agradado quedarse un par de días más, pero no quedaban habitaciones libres y, como le recordó el propietario, ya había tenido bastante suerte.

Mientras esperaba a que le sirvieran su plato combinado de huevos con tocino, releyó el artículo de primera página que Howard Phillipson, redactor jefe de la sección de literatura del *Times*, había prometido el pasado viernes:

UN ANÁLISIS PRELIMINAR

El interés suscitado por el poema de la doncella sueca, aparecido en esta sección la semana pasada (viernes 3 de julio), ha tenido amplio eco en las oficinas de este periódico. Sin embargo, he de decir que ahora me siento menos optimista que en un principio con respecto a la posibilidad de resolver el fascinante acertijo que proponen sus cinco estrofas. En un primer momento supuse que en la información recibida por la policía del valle del Támesis habría una «lógica interna» bastante consistente para llegar a conclusiones definitivas. Ahora ya no puedo defender esa opinión de una manera tan tajante.

Por consiguiente, presento mi torpe análisis del acertijo con grandes dudas y a sabiendas de que muy pronto los criptólogos y cabalistas, criminólogos y maniáticos harán con considerable sutileza sus propias interpretaciones de los tentadores versos.

No obstante, propongo, por lo que pueda valer, que es posible establecer aunque sea vagamente los parámetros en que tal vez se sitúe el problema. En matemática moderna, a los estudiantes, antes de decirles que resuelvan un problema, se les pregunta lo siguiente: «¿Cuál piensas que podría ser la respuesta *a priori*? ¿Qué tipo de respuesta cabría dar lógicamente?». Si, por ejemplo, el problema tiene que ver con la velocidad de un avión supersónico que atraviesa el

Atlántico, es poco probable que la respuesta sea quince kilómetros por hora. A cualquier estudiante que dé una respuesta tan inverosímil se le aconseja que repase sus operaciones y que busque dónde ha olvidado poner un par de ceros. Si nos proponemos averiguar el tiempo que tardan los famosos grifos en llenar la bañera familiar, es más probable que la respuesta sea diez minutos que diez horas. Permítanme entonces que haga algunos comentarios generales acerca de lo que podría ser el tipo de solución que cabría esperar. (El poema se reproduce en la página 2.)

Es evidente que el poema está situado en un marco «selvático», ya que en él encontramos términos como «guardabosque»; «arroyo»; «cabalgo» (*sic*); «tomillo… floreciendo»; «atrapada»; «ciervo cazado»; etc. Comprendo que este análisis no es merecedor de galardón alguno; sin embargo, restar importancia a lo evidente es el primer paso hacia la ignorancia.

La idea de la que hemos de partir, por tanto, es la de una selva o bosque, así que sugiero al Departamento de Investigación Criminal del valle del Támesis que concentre sus recursos humanos, a no dudar limitados, en las dos zonas locales más prometedoras: el área forestal que rodea al palacio de Blenheim y el bosque de Wytham. Este último está adquiriendo fama debido a las investigaciones sobre el zorro y el tejón que se están llevando a cabo en él.

Concentrémonos ahora en el significado específico de las estrofas. Es evidente que la persona que habla, el *personaje*, ya no está viva, pese a lo cual el significado de su dramático mensaje resulta inequívoco: ha sido asesinada; la han ahogado (o tal vez se han deshecho de ella) en uno de los lagos o arroyos situados en el bosque (o bosques); si se lleva a cabo una batida o un dragado en tales lugares, su cadáver aparecerá. Por último, es posible que la policía se haya mostrado un tanto negligente al no llevar a cabo sus investigaciones con mayor perseverancia.

¿Qué se puede deducir de la naturaleza misma de los versos? Aunque resulta indudable que el autor no es un Herrick o un Housman, desde el punto de vista de la métrica estamos ante un escritor más que competente. El vocabulario («tegumento», «azur») induce a pensar en las aulas de una universidad antes que en las mesas de un bar. La versificación, la puntuación y el lenguaje sugieren que el autor es un hombre o una mujer culto e instruido.

¿Se puede decir algo más específico acerca del escritor? Por un tiempo, mientras leía y releía los versos, he considerado la posibilidad de que su autor fuera pariente de la difunta. La razón era la importancia que se le concede a lo largo de todo el poema al motivo «Encuéntrame». Además, tenía en mente los héroes homéricos de la *Ilíada*, obra en que la muerte durante la batalla es un fin que se considera completamente honroso y con el que se cuenta en todo momento en contraposición a la suerte más terrible de todas, morir sin ser reconocido, enterrado, *encontrado*, en un lugar desconocido y lejano. ¿Se puede decir por tanto que el poema es ante todo un llamamiento desesperado a que el cadáver reciba sepultura cristiana? Si así fuera, sería perfectamente comprensible. En los últimos años hemos sido testigos de muchas situaciones trágicas (en Oriente Medio, por ejemplo) en que la mera devolución de un cadáver ha preparado el camino de una iniciativa de paz.

Sin embargo, he dejado de pensar que éste sea el caso. Ahora tengo la firme convicción de que para la persona que ha enviado los versos a la policía el tiempo transcurrido entre el asesinato de Karin Eriksson y el día de hoy se ha convertido en un infierno. Se trata de una persona a punto de sufrir un colapso; de una persona que desea que el crimen sea resuelto de una vez por todas y está dispuesta a sufrir el castigo correspondiente; en definitiva, del asesino.

Iré aún más lejos. Gracias al inspector jefe Johnson, he tenido conocimiento de dos datos más que de momento no han sido comunicados a la opinión pública.

Primero, que el escritor de la carta sabe escribir correctamente «Eriksson», un apellido que no es conocido ni fácil de deletrear. Segundo, que el escritor conocía el apellido del anterior jefe de policía, pero no el de la persona que ocupa el cargo actualmente. Teniendo presente el viejo refrán de que da igual que a uno le ahorquen por una oveja que por un cordero, opino que el asesino es un hombre de entre treinta y treinta y cinco años, licenciado o estudioso de la literatura inglesa, vivió hasta hace ocho o nueve meses en Oxfordshire, y que en el último mes ha vuelto por el lugar del crimen mientras se hospedaba, pongamos, en una de las casas de huéspedes de más categoría de Woodstock, Oxfordshire.

Aquí doy por concluidos mis alegatos, señoría.

—Hola —dijo ella—. ¿Le importa si me siento a su mesa?

—En absoluto, siéntese —dijo Morse al tiempo que colocaba cuidadosamente el último trozo del huevo frito sobre la última rebanada de pan tostado.

—¿No está usted informado sobre los efectos del colesterol? —Su dicción era sumamente culta: en la «d» final y el «ado» de su sencilla pregunta había sonado cierto amaneramiento.

Morse se tragó el último bocado de desayuno y miró a la mujer delgada y vestida con ropa cara que se había sentado delante de él y en aquel momento pedía café solo y un cruasán.

—Dicen que de algo hemos de morir —dijo él procurando que el comentario sonara mínimamente alegre.

—Vaya actitud absurda. —Aunque los labios, que llevaba diestramente perfilados con una sombra carmesí pálido, tenían un gesto severo, en los ojos grises de su delicada y ovalada cara podría haberse adivinado una mirada de burla.

—Supongo que tiene razón —respondió él.

—Además le sobra peso, ¿verdad?

—Supongo que sí —admitió sin mucha convicción.

—A los cincuenta y pico tendrá la tensión alta, a menos que… a menos que ya los haya cumplido. Entonces es probable que sufra una apoplejía poco después de cumplir los sesenta y que muera de un ataque cardíaco a los setenta. —Ya se había bebido su café. Haciendo una señal a la camarera con una elegante e imperiosa mano, preguntó a Morse—: ¿A qué se dedica?

Él suspiró y miró la última tostada que quedaba sobre la rejilla del pan.

—Soy policía. Vivo en Oxford y estoy de vacaciones hasta las diez de la mañana. Estoy soltero y tal vez no sea muy buen partido, pero si hubiera sabido que iba…

—… que iba a conocer a una mujer tan bonita como yo. ¿Será posible que no pueda ser más original? —Su mirada era nuevamente de burla.

Morse cogió la tostada y la untó con mantequilla.

—No, no puedo. Soy incapaz de hacerlo mejor.

—Puede que se infravalore.

—¿Y usted a qué se dedica?

—¿Por qué no me lo dice usted? ¿No ha dicho que es policía?

Morse se quedó mirándola con la cabeza inclinada levemente hacia la derecha. Entonces emitió su juicio:

—Usted es esteticista, y es posible que dietista también, aunque probablemente prefiera que la llamen dietóloga. Le falta poco para cumplir los treinta. Cursó estudios en la escuela para señoritas de Cheltenham. Está casada, pero a veces se quita la alianza, como ahora, por ejemplo. Aunque le gustan los animales domésticos, piensa que los niños son una especie de pasatiempo al que le da demasiada importancia. Si me acompaña a dar un paseo por Marine Parade, le daré algún detalle más mientras andamos.

—Eso está mejor.

—¿Y bien? ¿Qué tal lo he hecho?

Ella sonrió y meneó la cabeza.

—¿Es usted Sherlock Holmes?

—Me llamo Morse.

—¿Tan transparente soy?

—No. Anoche le… eh… vi llegar al hotel con su marido. Usted se fue directamente a la cama y él…

—Él se quedó en el bar.

—Tomamos un par de copas juntos, y le pregunté quién era la bella mujer que…

—Y él le dijo: «No es una bella mujer, sino mi esposa».

—Más o menos.

—¿Y le habló de mí?

—Me habló muy bien de usted.

—Estaba borracho.

—¿Y ahora está durmiendo la mona? —Morse señaló el techo.

Ella asintió con la cabeza, moviendo sus oscuros rizos.

—Así que no le importará mucho si le acompaño a pasear, ¿no cree, señor Morse? Cuando haya acabado su tostada, desde luego. A todo esto, ¿usted no diría dietóloga?

15

En la rueda más pequeñita de las razones, con unas cuantas preguntas se hace saltar la banca de las respuestas.

Antonio Machado, *Juan de Mairena*

La misma mañana en que Morse estaba haciendo su maleta («Se ruega a los señores huéspedes que el día en que abandonen el hotel dejen libres sus habitaciones antes de las 10.30 de la mañana»), el sargento Lewis llamó a la puerta de Johnson y se sentó enfrente del inspector jefe y al lado del sargento Wilkins.

—Gracias por dedicarme unos minutos.

—Si puedo servirles de ayuda… —dijo Lewis.

—Conoce usted a Morse mejor que la mayoría de nosotros.

—Nadie le conoce lo suficientemente bien.

—Pero usted sabe cómo le funciona la cabeza.

—Tiene una cabeza extraña…

—Mucha gente estaría de acuerdo con usted, Lewis.

—Se da maña para ciertas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Para empezar, se le da bien capturar asesinos.

—Supongo que se hace cargo de que la persona a la que estamos buscando es con toda probabilidad un asesino, ¿no, sargento?

—Si es que fue asesinato.

—¿Piensa Morse que fue asesinato?

—Si no recuerdo mal, señor, sólo se ocupó del caso durante aproximadamente un día.

—Menos de un día. —Wilkins hizo su primera contribución.

—Imagino que estará siguiendo ese… ese asunto del periódico, Lewis.

—Todo el mundo prefiere ahora leer el *Times* antes que el *Sun*.

—¿Qué me dices de esto? —Johnson le entregó una fotocopia de la media docena de preguntas de Morse.

El sargento leyó la lista y sonrió.

—Algunas parecen de broma, ¿verdad?

—Hágame caso, Lewis: no le diga eso al comisario.

—No sé la respuesta de ninguna —reconoció Lewis—, excepto la *e*. Bueno… parte de la de la *e*. En el Royal Sun sirven Morrell's. He ido varias veces allí a comprar cerveza.

—¿Cerveza para Morse?

—¿Para quién, si no?

—¿Y él le ha invitado a alguna, Lewis? Ésa es la pregunta que nos interesa, ¿verdad, Wilkins?

Los dos hombres apenas contuvieron la risa y Lewis sintió de repente que no los soportaba.

—¿Y qué me dice del White Hart?

—Hay un montón de White Harts por aquí.

—Sí, eso ya lo sabemos.

Johnson hizo una señal a Wilkins, y éste empezó a leer una de sus notas:

—Headington, Marston, Wolvercote, Wytham, Minster Lovell, Eynsham…

—Me figuro que Morse podrá ampliar la lista —aventuró Johnson.

Lewis, decidido a mostrarse a partir de aquel momento lo menos cooperativo posible, sólo hizo un breve comentario:

—La chica seguramente pasó por los dos primeros.

Johnson hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y qué me dice de Eynsham y Minster Lovell? Los dos están cerca de la A40, aunque entonces habría que suponer que la chica fue por ella.

Lewis no dijo nada.

—¿Y los otros dos: Wolvercote y Wytham? ¿Por cuál apostaría usted, sargento?

—Por Wytham, creo.

—¿Por qué?

—Por el bosque. Sería fácil esconder el cadáver en él.

—¿Sabía usted que Morse le pidió al comisario el año pasado que organizara una batida en el bosque de Wytham?

Lewis lo sabía, en efecto.

—Sí, pero sólo si la batida de Blenheim no daba resultado.

—¿Sabe usted lo grande que es el bosque de Wytham?

Lewis tenía una idea bastante aproximada de lo grande que era. Sin embargo, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Por qué mostró Morse interés en el perro?

—No lo sé. En una ocasión me dijo que de pequeño nunca había tenido animales en casa.

—Tal vez debería comprarse uno ahora. Muchos solteros tienen perro.

—Debería sugerírselo, señor —contestó Lewis. Su voz denotaba confianza. Una extraña euforia le subía por las extremidades, pues de pronto había reparado en que era Johnson quien estaba ahora a la defensiva, no él. Estaban intentado sonsacarle toda la información que tuviera porque envidiaban la relación que tenía con Morse.

—¿Qué me dice de la cámara de fotos? —prosiguió Johnson.

—Eso puede preguntárselo a los Daley, ¿no? Si es que no han desaparecido.

—De todos modos es una pregunta rara, ¿no le parece?

—No sé, señor. Si no recuerdo mal, en una ocasión el inspector Morse me dijo que le habían regalado una cámara barata, pero que nunca había aprendido a manejarla.

Recostándose en una actitud casi displicente, Lewis volvió a leer las preguntas:

—No debería ser difícil responder a la *b*, la del tiempo…

Johnson hizo una nueva señal y Wilkins consultó sus notas:

—Según Radio Oxford… el 9 de julio hizo «seco, soleado, temperatura entre veintidós y veintitrés grados; pronóstico: calma; posibilidad de alguna niebla nocturna».

—Un día agradable y cálido —dijo Lewis inexpresivamente.

—¿Y la *c*?

—Es una definición de crucigrama, señor. Al inspector le encantan.

—¿Cuál es la respuesta?

—No me lo pregunte a mí. Hay veces que ni siquiera puede hacer el crucigrama de la hora del café del *Mirror*.

—La respuesta es «ce-bra».

—¿De veras? Bueno, una menos.

—¿Qué me dice del *Dendrocopus minor*? —La voz de Johnson evidenciaba una cierta exasperación.

—Paso —dijo Lewis sonriendo amablemente.

—Por amor de Dios, Lewis, no sé si se da cuenta de que lo que tenemos entre manos es una posible investigación de asesinato, no un concurso de adivinanzas de *pub*. ¡La respuesta es el pico menor!

—A la cama no te irás sin saber una cosa más.

—Cierto, sargento, cierto. Permítame de todos modos que le diga una cosa más, si no le importa. Su hábitat es el bosque y las zonas verdes, y en Wytham anidan unas cuantas parejas. —Johnson miró a Lewis agresivamente y la confianza que éste acababa de sentir empezó a desvanecerse—. Como no parece muy dispuesto a ayudarnos, sargento, deje que le diga por qué le hemos llamado. Probablemente ya sabrá que hoy vamos a batir nuevamente todo Blenheim. Vamos a batirlo hasta reventar, ¿me oye? Y si aun así no encontramos nada, el caso pasará a manos de Morse y a las suyas, sargento. He creído que le interesaría saber en qué situación nos encontramos todos, ¿me oye? ¡Todos!

Lewis creyó encogerse de humillación.

—No… no lo sabía, señor.

—¿Por qué habría de saberlo? ¡Ni siquiera a usted le informan de todo lo que ocurre, ¿no?!

—¿Y por qué quieren apartarle del caso? —preguntó Lewis lentamente.

—¡Porque piensan que no valgo una mierda! —exclamó Johnson amargamente al tiempo que se ponía en pie—. Por eso.

16

Entre 1871 y 1908 publicó veinte poemarios, todos ellos de poco mérito.

Alfred Austin, *Manual Oxford de literatura inglesa, edición preparada por Margaret Drabble*

Morse estaba pasando los últimos tres días de sus vacaciones en el West Country en el King's Arms de Dorchester. Aunque allí no había conocido ni modelos ni esteticistas, por fin había empezado a pensar con desagrado en la idea de volver a Oxford. Tras pasar la mañana del miércoles explorando el Dorchester de Thomas Hardy a pie (!), había dedicado la tarde a visitar el museo del condado de Dorset. Todo le había parecido muy nostálgico. Cuando por fin había regresado al «mejor hotel de Casterbridge», había hecho tiempo hasta la hora de la cena bebiendo una cerveza en el bar con aire de estar satisfecho de su vida.

El jueves por la mañana fue a dar una vuelta en coche por la región en que se ambienta *Tess de Urberville*. Condujo por la A352 al este de Dorchester y, cruzando el valle de *Great Dairies*, pasó por Max Gate y Talbothays en dirección a Wool. Cuando atravesaba Moreton, se preguntó si el análisis de Phillipson habría suscitado alguna respuesta (en las ediciones del martes y el miércoles no se había hecho mención a él), por lo que se detuvo y compró el último ejemplar del *Times* que quedaba en el puesto de periódicos del pueblo. La respuesta era afirmativa. Allí estaba. Morse se quedó un rato sentado al sol al lado del muro del cementerio en el que está la tumba de Lawrence de Arabia, leyendo la larga carta que (al igual que las que la seguirían) había hallado su lugar de forma natural en la sección de cartas al director del periódico:

Señor director:

He tenido ocasión de ejercitar mucho mi mente, tal como a buen seguro la habrán tenido muchos lectores habituales de su periódico, durante los días que han

seguido a la publicación, el 3 de julio, de la carta recibida por la policía del valle del Támesis a propósito de la «doncella sueca». Con su permiso, me gustaría emplear su sección para hacer un par de observaciones al respecto:

El poema no es de Alfred Austin, a pesar de que uno pueda leer debajo de él ese nombre. El nombre «Austin» tampoco remite a una marca de automóviles: los Austin de matrícula «A» datan de 1983-1984, y estas fechas no tienen nada que ver con las indicadas entre paréntesis. Por cierto, estas fechas no corresponden a Austin el poeta. El autor nació en 1835 y murió en 1913. Aunque existe la remota posibilidad de que, por alguna razón, los dos dígitos de su fecha de nacimiento hayan sido cambiados, la fecha de su muerte es claramente errónea. Por una extraña coincidencia, el cambio de dígitos da como resultado el «87» del poema. La conclusión que saco de todo esto es que las fechas no son en absoluto lo que parecen y que, con toda probabilidad, constituyen la clave del enigma.

No parece que los guarismos concuerden con unas coordenadas geográficas. No coinciden con el formato de las coordenadas del Servicio Oficial de Topografía y tampoco son las correspondientes a la latitud y la longitud, puesto que Gran Bretaña se encuentra entre los 50º y los 60º de latitud y los 2º este y los 10º oeste de longitud. Así pues, tenemos seis dígitos que, de alguna manera, deben proporcionarnos la pista para interpretar las palabras contenidas en el mensaje.

No he conseguido resolver el enigma. He probado a unir la primera palabra con la octava y la quinta (el resultado sería bien «Encuéntrame… mi… el… azur», o bien «Encuéntrame… helado… azur… cielo»). He vuelto a cambiar la secuencia de dígitos, pero no he obtenido un resultado mejor. He probado con los versos, las primeras palabras de los versos y también las últimas. He tomado los dígitos por parejas, por ejemplo: «18», «53» (o «35») y «87», sin obtener fruto alguno. He alternado los comienzos de los versos con sus finales y viceversa.

He simplificado la expresión «1853-87» interpretando el guión como un signo de sustracción. La respuesta, 1766, no da mejor resultado. Las únicas palabras con sentido que se obtienen de tomar las letras siguiendo tal secuencia son, en el séptimo verso y contando con el interrogante, «P-a-r-o», que es el nombre de un pájaro, y en el decimotercer verso, «A-l-t-o». Pájaro muy alto y volador, diría yo, porque la pista acaba ahí.

Aunque hay un gran número de combinaciones y permutaciones, no se puede emplear ningún método salvo el de tanteo para saber si alguna tiene sentido.

La principal ventaja del método mecánico de desciframiento es que el poema no tiene por qué tener sentido por sí mismo; una secuencia azarosa de palabras podría servir igualmente para ocultar el mensaje. Por consiguiente, no habría absolutamente ningún motivo para incluir una palabra llamativa como «tigre» en la categoría de palabras importantes. En su lugar encajarían igual de bien «carta» o «buzón». Si fuera necesario, estas palabras se ajustarían a los requerimientos métricos, pero no quedarían incluidas en el mensaje descifrado. Asimismo, la t mayúscula que aparece en medio del decimotercer verso no es significativa. En fin, el hecho de que el poema tenga sentido en ciertas partes no hace más que aumentar la sensación de perplejidad.

Si este tipo de razonamiento es correcto, da igual lo que el poema diga o lo que signifique. Lo que hace falta es el servicio de un experto criptógrafo.

Atentamente,

Rene Gray
136 Victoria Park Road,
Leicester.

Morse leyó la carta una sola vez y decidió esperar a volver al King's Arms, donde tenía los recortes de las dos cartas anteriores, para estudiar con más detenimiento el análisis y la metodología sugeridos por el buen profesor. Parecía un hombre simpático, el tal Gray, sobre todo si se tenía en cuenta la parte de la «carta» y el «buzón».

Aquella tarde, cuando regresó a Dorchester, Morse entró en la biblioteca pública y buscó «Austin» en el *Manual Oxford de literatura inglesa*. Había oído hablar de Austin el poeta, por supuesto. El problema era que nunca había sabido gran cosa sobre él y, desde luego, no tenía conocimiento de que el laureado poeta hubiera escrito un poema o siquiera un verso que hubiese merecido la inmortalidad.

Tras salir de la biblioteca, el inspector fue andando hasta la oficina de correos, donde compró una postal en blanco y negro de Dorchester High Road y permaneció en la cola durante un tiempo excesivo. No sabía cuánto costaba el sello de una postal y no quería gastar un sello de primera clase si, como sospechaba, la tarifa oficial para las postales era de unos cuantos peniques menos. Morse era consciente de que esperar tanto tiempo para ahorrar tan poco era una ridiculez pero, aun así, lo hizo.

Lewis recibió la postal a la mañana siguiente. El texto estaba escrito con la pequeña y pulcra letra de erudito de Morse:

> Aunque en términos generales no me sentía tan desdichado desde las vacaciones del año pasado, aquí en Dorchester las cosas empiezan a verse de otro color. Un cordial saludo para ti (y para la señora Lewis) y ninguno para nuestros compañeros. ¿Estás al tanto del asunto de la chica sueca? Me parece que ya sé lo que significa el poema. Estaré en casa el sábado sin falta.
>
> M.

Esta postal, con su desconsiderado contenido, fue entregada en la comisaría de policía de Kidlington, ya que Morse no había logrado recordar la dirección de Lewis en Headington. Cuando llegó a manos del sargento, prácticamente todas las personas que había en el edificio la habían leído. Esta circunstancia podría, naturalmente, haber puesto a Lewis de malhumor, puesto que contravenía todas las leyes de la intimidad. Sin embargo, no fue así. Le alegró.

17

Fragmento de un diario fechado el viernes 10 de julio de 1992.

Por favor, Dios, permíteme despertar de este sueño. Por favor, Dios, que no esté muerta. Y perdona las espantosas palabras que he escrito sobre ellos, las que he escrito hace poco. Con ellas rechazaba mi amor por la carne de mi carne, por mis hijos, por mi hija. Pero ¿cómo podría obtener el perdón? El destino dispone de forma diferente; siempre ha sido así. Las palabras pueden ser borradas y sin embargo permanecen. El papel puede arder en un horno, pero su contenido perdura eternamente. ¡Oh, oscuridad! ¡Oh, noche del alma! ¡Abrid de par en par las puertas del abismo, espíritus infernales, pues soy yo quien viene! Toda esperanza de virtud, toda esperanza de vida abandonada… He llegado al infierno y sobre sus puertas leo la implacable declaración de la desesperanza.

Me desgarra la tristeza, y la angustia de mente y espíritu. Ante mi escritorio lloro lágrimas amargas y grito: ¡Perdón! ¡Perdón! Y vuelvo a gritar: ¡Perdón! ¡Perdón! Si todavía creyera en Dios intentaría rezar. Pero no puedo. Y todavía no he contado toda la verdad a pesar de encontrarme en este abismo de desesperación. Que se sepa que mañana volveré a ser feliz. Algunas horas del día de mañana me devolverán la felicidad… Ella viene. Ella viene aquí. Ella es quien lo ha dispuesto y organizado. Ella es quien desea venir. ¿Será por mí, por mi necesidad, por mi dolor? Qué importa. Semejantes consideraciones tienen una importancia secundaria. Ella viene mañana. Para mí esa mujer es una persona más querida incluso que la madre que sufre todo ese dolor…

(*Más tarde*). Estoy tan triste que desearía morirme. Mi egoísmo, mi autocompasión, es tal que no me queda compasión para los demás, para los que no dejan de sufrir. Acabo de releer uno de los poemas de Hardy. Antes lo sabía de memoria. Ahora ya no; mi dedo índice de la mano izquierda sigue los versos mientras lo copio:

Parezco un hombre muerto al que mantienen de pie
para enseguida dejarlo caer… Oh, quién se iba a imaginar
que una desaparición tan repentina por nadie prevista,
ni siquiera por mí, de tal modo me fuera a destrozar.

Nunca conseguí realmente hablar contigo, hija mía. Nunca te lo dije, querida hija, porque no lo sabía, y ahora no podrás saberlo ni entender jamás.

He tomado una decisión. Este diario llega a su fin. Siempre que releo lo escrito no encuentro nada de valor; sólo egoísmo, teatralidad, exceso de emotividad… Tengo un único alegato que hacer. Jamás ha sido forzado, insincero o hipócrita. En absoluto. Pero ya está, se acabó.

18

Por una «extraña coincidencia», como alguno diría, se resuelven tales cosas hoy en día.

Lord Byron, *Don Juan*

Claire Osborne abandonó la A40 y enfiló Banbury Road, sabiendo que sólo tenía que recorrer trescientos o cuatrocientos metros, gracias al detallado mapa que había recibido por correo. Se quedó sorprendida cuando vio, a su derecha, Cotswold House, un edificio bastante más agradable e impresionante que la casa «independiente, moderna y con las características propias de los barrios de las afueras» que la *Guía del buen hotel* le había hecho esperar. Experimentó una inesperada satisfacción cuando aparcó su MG Metro (¡qué error no llevarlo a Lyme!) en un tramo de asfalto manchado de óxido situado delante de la doble fachada del hotel, un edificio construido con piedra Cotswold de color miel en las arboladas afueras de North Oxford.

Rodeada de cestas de flores de color verde, rojo, púrpura y blanco, llamó al timbre de la puerta principal, de la que había colgado un cartel blanco que rezaba: «No hay habitaciones libres». Pero Claire había averiguado previamente que todavía les quedaba una y la había reservado: una habitación para dos personas.

Le abrió la puerta un hombre delgado y alto, con una abundante mata de pelo prematuramente cano, cejas negras, sonrisa algo tímida y suave acento irlandés.

—Hola.

—Hola. Soy la señora Hardinge. Creo que encontrará…

—Ya la he encontrado, señora Hardinge. Soy Jim O’Kane. Pase, por favor, y bienvenida a Cotswold House.

Tras dispensarle tan espléndida bienvenida, el hombre cogió su maleta y la hizo pasar al interior, donde Claire se sintió impresionada.

O’Kane tardó un segundo en consultar el registro de reservas, tras lo cual cogió una llave y, enseñándole el camino, subió por una escalera semicircular.

—Espero que no haya tenido ningún problema para encontrarnos.

—No, su mapita me ha venido muy bien.

—¿Ha tenido un buen viaje?

—Sin incidentes.

O’Kane cruzó el rellano, metió la llave en la cerradura, abrió la puerta de la habitación, invitó a la huésped a que entrara y, haciendo un gesto de cortesía como los de antaño, le entregó la única llave, casi como si estuviera regalando un ramo de flores a una bonita muchacha.

—Con esta llave puede abrir tanto esta puerta como la principal, señora Hardinge.

—Muy bien.

—Y si me permite que se lo recuerde —añadió—, en este hotel no está permitido fumar… Ya se lo mencioné cuando nos llamó.

—Sí, claro… —Frunció el entrecejo—. ¿Eso significa en todas partes? ¿Los dormitorios incluidos?

—Sobre todo en los dormitorios —respondió O’Kane.

Claire miró la llave.

—Mi marido ha sufrido un retraso en Londres.

—Eso no supone ningún problema. Bueno, tal vez uno. Siempre andamos escasos de espacio para aparcar. Si tienen ustedes dos coches…

—Él vendrá en su coche, en efecto, pero no se preocupe. Me ha parecido ver sitio de sobra en las calles laterales.

O’Kane pareció agradecerle su comprensión y le preguntó si conocía la ciudad y la zona de North Oxford. Claire dijo que sí, y que su marido conocía bien la zona, así que no habría ningún problema en ese sentido.

Deseándole una agradable estancia a la señora Hardinge, el señor O’Kane se marchó, dejando a Claire para que admirara el encantador diseño y decoración de la habitación. Con baño adjunto, además. O’Kane era un hombre poco dado a hacer críticas, y en cualquier caso la moralidad de sus huéspedes tenía para él menos importancia que su comodidad. Sin embargo, ya se habían dado las señales: aparte de la prueba circunstancial que suponía que una pareja llegara en coches separados, con el paso de los años O’Kane había observado que prácticamente todas las mujeres casadas que llegaban al hotel antes que el marido mostraban interés en las comodidades que ofrecía la casa y en cosas por el estilo. Sin embargo, la supuesta señora Hardinge no había manifestado ninguna curiosidad al respecto. Si le hubieran preguntado, O’Kane también se habría arriesgado a decir que su nueva huésped seguramente pagaría la cuenta con su propio talonario cuando ella y su pareja

se fueran; por lo general, aproximadamente la mitad de tales señoras lo hacían. Durante sus primeros días en la profesión, esa clase de cosas había sido motivo de cierta preocupación para él. Pero ya había dejado de ser así. ¿Importaba algo? ¿Importaba realmente algo? Si una hipoteca estaba hoy en día al alcance de cualquier pareja no casada, ¿qué decir de un par de noches en un *bed and breakfast*? Aquella mujer era atractiva y tenía agradables maneras. Mientras bajaba por las escaleras, O'Kane deseó que se lo pasara bien con la pareja que a buen seguro estaría a punto de llegar y que aparentemente iba a pasar el fin de semana lejos de su mujer, en una convención que se iba a celebrar en Oxford.

En Oxford se celebraban muchas convenciones…

Claire miró en torno de sí. La armónica combinación de colores de la decoración y los muebles era una verdadera delicia (blanco, champán, cereza, caoba) y las paredes estaban adornadas con reproducciones de pinturas victorianas. Al lado de la mesilla, en la que el huésped tenía todo lo necesario para prepararse su propia taza de café o té, vio una pequeña nevera en la que había una abundante provisión de leche; dos vasos de vino y dos copas de champán. Se quedó sentada durante un rato en la colcha de flores estampadas de la cama y luego se acercó a la ventana y se asomó al exterior, apoyándose en un mirador lleno de geranios y petunias que daba a Banbury Road. Permaneció allí varios minutos, sin saber si era feliz o no, intentando detener el reloj, vivir en el presente, capturar el momento… y conservarlo.

Entonces el corazón empezó a latirle con fuerza. Un hombre avanzaba por la acera en dirección al cruce. Llevaba una camisa rosa de manga corta y tenía los antebrazos bronceados, como si acabara de pasar unos días en la costa. En la mano izquierda llevaba una bolsa en la que se leía el nombre de la vinatería del lugar, Oddbins, y en la derecha otra bolsa idéntica. Cuando pasó delante de ella y siguió en dirección al cruce, parecía estar absorto en sus pensamientos.

Vaya coincidencia tan asombrosa, podría haber pensado el hombre si ella hubiera abierto la ventana y gritado: «¡Eh! ¿Se acuerda de mí? ¡En Lyme Regis, sí! ¡Él pasado fin de semana!». Sin embargo, semejante reacción habría dado lugar a una falsa interpretación de las circunstancias, pues en realidad no había tal coincidencia. Claire Osborne se había ocupado de que así fuera.

Entonces oyó llamar suavemente a la puerta. Era O'Kane, quien le preguntó si querría (si querrían) que le llevase algún periódico por la mañana: formaba parte del servicio. Claire sonrió. Aquel hombre le caía bien, pensó al tiempo que le pedía el *Sunday Times*. A continuación, una vez a solas, se preguntó por qué se sentiría tan triste.

El doctor Alan Hardinge no llegó hasta las nueve de la noche, dando explicaciones y disculpas, pero tan cariñoso como siempre. Y había traído —todo un detalle— una botella de champán Brut Imperial y, además, una de *whisky* Talisker de Sky. Poco le faltó para disfrutar realmente del par de horas que pasaron juntos aquella noche bajo unas sábanas inmaculadamente blancas en la habitación 1 de Cotswold House, North Oxford.

Morse había vuelto a casa aquel mismo día a las dos y media de la tarde. Nadie, que él supiera, sabía que había regresado (¿excepto Lewis, tal vez?), y sin embargo Strange le telefoneó a las cuatro de la tarde. ¿Le gustaría encargarse del caso? Bueno, daba igual si le gustaba o no, porque se iba a encargar de él de todos modos.

—¿Qué caso? —había preguntado el inspector hipócritamente.

A las cinco de la tarde Morse había ido andando hasta Summertown y había comprado una botella de Quercy, su tinto favorito, y ocho latas de una nueva cerveza amarga que, según los anuncios, sabía como si la hubieran sacado del barril a mano y sin ayuda de gas. Como todavía estaba bastante bajo de forma y el peso le resultaba algo excesivo, cuando llegó a la altura de radio Oxford hizo un alto y miró hacia atrás con la esperanza de ver la figura oblonga de un autobús rojo de dos pisos proveniente del centro de la ciudad. Al pasar por delante de Cotswold House vio el cartel de «No hay habitaciones libres» colgado de la puerta. No le sorprendió. Había oído hablar muy bien de aquel hotel. No le importaría pasar un par de noches en él.

Sobre todo por los desayunos.

19

> Prefiero que me insinúen las cosas a que me las expliquen del todo. Cuando se da todos los detalles, la mente descansa satisfecha y la imaginación pierde el deseo de utilizar sus propias alas.
>
> Thomas Aldrich, *Leaves from a Notebook*

Strange estaba encantado con la gran cantidad de publicidad que se había conseguido. Rara vez un hipotético asesinato despertaba tanto interés en el país; además era gratificante ver las muestras de ingenio, extraordinarias aunque posiblemente injustificadas, que el público había empezado a dar a raíz de la publicación del poema, a pesar de que no habían arrojado todavía frutos concretos. En la página de cartas al director del *Times* del sábado, 11 de julio, habían aparecido dos sugerencias más:

> Señor director:
>
> Me parece que el profesor Gray, en su carta publicada el 9 de julio, descarta con demasiada facilidad un aspecto del caso de la «doncella sueca». En mi opinión, no hay duda de que la joven sigue viva, aunque por lo visto está desgarrada entre el deseo de vivir y el deseo de morir. Probablemente nunca en su vida haya ganado un premio de poesía, y tengo serias dudas sobre si se le podrá encontrar de resultas de su descripción de la naturaleza. Sin embargo, es ahí donde se encuentra, en la naturaleza, posiblemente pasando apuros y a buen seguro sin techo. Me gustaría aventurar una posibilidad que el profesor Gray descarta en su análisis: la joven se encuentra dentro de un coche en alguna parte. En tal sentido, la atribución del poema (A. Austin, 1853-87) puede constituir una pista de vital importancia. ¿Podría ser un Austin de matrícula A? En efecto, se trataría de un modelo de 1983. ¿Y qué decir del número de la matrícula? Yo sugiero «A 185» más tres letras. Si tomamos 3=C, 8=H y 7=G (la tercera, octava y séptima letra del alfabeto), obtenemos «A 185 CGH». ¿Cabría suponer que nuestra joven está languideciendo en un viejo Metro? De ser así, señor director, hemos de hacernos una pregunta: ¿quién es el dueño de ese coche? ¡Encuéntrenla!
>
> Atentamente,
>
> Gillian Richard
> 26 Hayward Street,
> Oxford.

Señor director:

Según la noticia publicada en su periódico hace un año, la mochila de la estudiante sueca desaparecida fue hallada cerca de Begbroke, Oxfordshire.

Tal vez peque de una adicción excesiva a sus crucigramas, pero aun así me parece que hay motivos para afirmar que el nombre del pueblo contiene un par de «pistas» o «definiciones». El «broke» procede de la palabra anglosajona «brok», que significa «agua corriente» o «arroyo». Y como «beg» es sinónimo de «ask» (pedir, preguntar), ¿cómo hemos de interpretar entonces las tres primeras palabras del séptimo verso: «Preguntad al arroyo»? Es más, esta pista se ve confirmada casi de inmediato dos versos más abajo en la conminación: «Pregunta al sol». «El sol» es como llaman los buenos vecinos de Begbroke al hostal de su pueblo. Es dentro de ese hostal y en sus alrededores donde en mi opinión la policía debería volver a concentrar sus pesquisas.

Atentamente,

Polly Rayner
Presidenta de la Sociedad de
Historia Regional de Woodstock,
Woodstock, Oxfordshire.

Eso estaba mucho mejor. Aquel mismo día Strange había metido los datos de la matrícula sugerida en la central de datos de la sección de tráfico de la comisaría. No había habido suerte. Ésta, sin embargo, era la clase de idea descabellada e imaginativa que podría proporcionar la clave para resolver el misterio y animar a otras personas a proponer más ideas del mismo tipo. Al llamar a Morse aquella misma tarde (el comisario también había leído la postal), no se había sentido en absoluto sorprendido por la aparente (¿sólo aparente?) falta de interés que el inspector había demostrado al oír que tenía que ocuparse del caso de inmediato. En efecto, Morse todavía tenía unos días de permiso, hasta el viernes. Fuera como fuese, el caso de la doncella sueca parecía hecho a la medida del inspector.

Strange había decidido olvidarse del asunto… Bueno, al menos hasta el día siguiente. Ya había tenido más que suficiente. La noche pasada había sido una pesadilla. La policía del condado y la municipal habían tenido que emplearse a fondo en los alborotos ocurridos en la finca de Broadmoor Lea, donde se habían producido robos de coches, casos de conducción temeraria, asaltos, lanzamientos de piedras… Y aún quedaban por delante las noches del sábado y el domingo. Le entristecía ver aquel incipiente quebrantamiento de la ley y el orden, aquel desprecio hacia la autoridad, la policía, la Iglesia, los padres, la escuela… ¡Ufff! Con todo, en un inquietante e inexplorado recoveco de su mente *casi* podía comprender parte de lo ocurrido, aunque sólo fuera una pequeña parte. El comisario se acordaba de que en su juventud, a pesar de vivir en una situación bastante privilegiada, había abrigado el

secreto deseo de arrojar un ladrillo por la ventana de una casa bien amueblada…

De todos modos, se sentiría mucho mejor si Morse asumía la responsabilidad del caso y se la quitaba a él, a Strange. Ése era el motivo por el que había llamado a Morse el sábado por la tarde.

—¿Qué caso? —le había preguntado éste.

—Lo sabes perfectamente bien, maldita sea.

—Aún estoy de permiso, señor. Todavía tengo que hacer alguna chapuza en casa.

—¿No estarás bebiendo, Morse?

—Acabo de empezar, señor.

—¿Te importa si voy a tomar algo contigo?

—Esta tarde no puede ser, señor. Por extraño que parezca, en este instante tengo en casa a una preciosa joven sueca.

—¡Oh!

—Mire —dijo Morse lentamente—, si se ha dado un paso decisivo en el caso, si realmente hay un motivo…

—¿Has leído las cartas?

—Antes me perdería los *Archers*.

—¿Crees que se trata de una broma?

Strange oyó a Morse respirar hondo.

—No, en absoluto. El problema es que nos van a dar un montón de pistas y confesiones falsas… ya sabe a qué me refiero; siempre ocurre lo mismo. Y si nos lo tomamos todo muy en serio, pareceremos unos idiotas, ¿no cree?

Sí. Strange reconoció que lo que Morse acababa de decir respondía exactamente a lo que él mismo pensaba.

—Morse, te llamo mañana, ¿de acuerdo? Tenemos que encontrar una solución a esos puñeteros disturbios de Broadmoor Lea…

—Ah, sí. He leído la noticia en el periódico cuando estaba fuera.

—¿Has disfrutado de tus vacaciones en Lyme?

—No mucho.

—Bueno, será mejor que te deje con tu preciosa joven sueca. Eso es lo que me has dicho, ¿no?

—Sí, será mejor.

Tras colgar, Morse seleccionó de nuevo en su lector de discos compactos la escena de la inmolación de *El crepúsculo de los dioses* de Wagner. La voz, pura y cristalina, de la soprano sueca Birgit Nilsson no tardó en resonar una vez más en el piso del inspector.

20

> Cuando me quejé de que había cenado en una mesa espléndida y no había oído ni una sola frase que mereciera la pena recordar, él [el doctor Johnson] dijo: «Rara vez tiene lugar semejante conversación».
>
> James Boswell, *La vida del doctor Samuel Johnson*

A altas horas de la noche del domingo 12 de julio, Claire Osborne todavía estaba despierta, preguntándose una vez más qué era exactamente lo que quería de la vida. No había estado mal, como de costumbre. Alan era bastante competente desde el punto de vista físico, y también muy cariñoso. Le gustaba, aunque nunca podría enamorarse de él. Le había dado tanto de sí misma como había podido y, sin embargo, ¿dónde estaba el aspecto memorable de aquella relación? ¿Dónde estaba la alegría duradera de aquellos encuentros suyos, breves, ilícitos y levemente perturbadores?

—¡Olvídate de una vez de esas travesuras sexuales, Claire! —le había dicho su mejor amiga de Salisbury—. En mi opinión, lo mejor que puedes hacer es buscarte un hombre interesante. Johnson, por ejemplo. Él sí era un hombre interesante.

—¿El doctor Johnson? Pero si no es más que un sucio cebón. Se manchaba el chaleco de sopa, olía mal y nunca se cambiaba la ropa.

—¿Nunca?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pero todo el mundo quería oírle hablar. A eso me refiero.

—Ya sé a qué te refieres.

—Ya…

Las dos mujeres se echaron a reír.

Alan Hardinge había dicho poco acerca del terrible accidente. Sólo había hecho alguna fría alusión al funeral; a la discreta misa que se iba a celebrar en la escuela y a la inesperada ayuda que le habían prestado la policía, las autoridades, los grupos de apoyo, los vecinos y los familiares. No obstante, Claire no le había preguntado nada relacionado con el dolor que él pudiera

sentir. Era consciente de que si lo hiciese estaría entrando sin derecho en un territorio que no era, ni nunca sería, suyo.

A la mañana siguiente, sentada a la mesa del desayuno, explicó en pocas palabras al camarero que su marido había tenido que salir y que por tanto estaría sola: café y tostadas, por favor; nada más. Apilados sobre una mesa del comedor había una docena de periódicos, con los números de las habitaciones indicados en la esquina superior derecha de la primera página. El *Sunday Times* no se encontraba entre ellos.

Jim O'Kane no solía prestar demasiada atención a la primera página de los dominicales. Sin embargo, diez minutos antes de que Claire apareciera, se había fijado en la fotografía. Estaba seguro de que había visto a aquella muchacha alguna vez. Llevó el *Sunday Times* a la cocina, donde, rodeada de diversas parrillas, su esposa estaba vigilando la evolución del tocino, los huevos, los tomates, los champiñones y las salchichas. Señalando la fotografía en blanco y negro que aparecía en la primera página del periódico, le preguntó:

—¿La reconoces?

Anne O'Kane observó la fotografía durante unos segundos, moviendo la cabeza de un lado a otro con gesto de perplejidad y tratando de determinar si existía algún parecido entre la imagen y alguien que ella conociera.

—¿Debería?

—Yo creo que la conozco. ¿Te acuerdas de la joven rubia que pasó por aquí hará un año, un domingo que teníamos una habitación libre… y que luego volvió a pasar, cuando ya estábamos completos?

—Sí, sí me acuerdo —dijo Anne lentamente—. O al menos creo que me acuerdo. —Había leído rápidamente el artículo que había debajo de la fotografía. Mientras daba la vuelta a media docena de lonchas de tocino, miró a su marido y añadió—: ¿No estarás pensando en…?

Jim O'Kane sí estaba pensando en ello.

Claire estaba comiéndose la última tostada cuando vio que la dueña del hotel estaba delante de ella con el periódico en la mano.

—Le hemos birlado un momento el periódico. Espero que no le importe.

—Claro que no.

—Es que… —Anne señaló la fotografía—. Bueno, se parece un poco a una joven que pasó por aquí hace tiempo, una joven que desapareció hará un año.

—Un año es mucho tiempo.

—Sí, pero mi marido Jim tiene buena memoria para las caras, y me parece… me parece que está en lo cierto.

Claire miró la fotografía y el artículo con la esperanza de no dar muestras de la emoción que sentía.

—Lo mejor será que informe a la policía, ¿no?

—Imagino que deberíamos hacerlo. Pero hace poco Jim conoció en un acto benéfico a un miembro del Departamento de Investigación Criminal que le dijo que uno de los mayores problemas que tiene la investigación de un asesinato es la gran cantidad de llamadas de broma y confesiones falsas que se producen.

—Pero si usted la ha reconocido…

—No estoy segura del todo… Lo que sí recuerdo es que la joven en la que estoy pensando pasó por aquí y nos preguntó si teníamos una habitación, y que entonces, cuando se enteró del precio, se quedó como… Bueno, creo que no tenía dinero para pagarla. Pero luego volvió a pasar…

—¿Y ya no les quedaban habitaciones? —Anne O'Kane asintió tristemente con la cabeza. Claire acabó el último trozo de tostada y añadió—: No siempre es fácil decidir qué es lo mejor.

—No.

—De todos modos, si su marido conoce a ese policía, siempre puede… bueno, ya sabe, mencionárselo extraoficialmente, ¿no?

—Sí… No habría nada malo en ello. Tiene usted razón. Además vive a un tiro de piedra, en uno de esos pisos para solteros.

—¿Cómo se llama? ¿Lord Peter Wimsey?

—Morse. Inspector Morse.

Claire miró el plato que acababa de vaciar y dobló su blanca servilleta.

—¿Más tostadas? —preguntó Anne O'Kane.

Claire negó con la cabeza. Sus labios, que llevaba impecablemente pintados, no evidenciaban ni interés ni sorpresa.

21

Sólo la primera botella es cara.

Proverbio francés

Claire Osborne había descubierto qué quería aquella misma mañana. Sin embargo, fue a la mañana siguiente, la del 13 de julio (el domingo lo había pasado con Alan Hardinge), cuando obró de acuerdo con el resultado de sus pesquisas. Había sido terriblemente fácil. Sólo había tenido que echar un vistazo a la guía telefónica de cinco centímetros de grosor correspondiente a Oxford que había al lado del teléfono público. Aunque había varios Morse, sólo constaba un «Morse, E.», junto con el número de teléfono. Leys Close, averiguó gracias al plano de Oxford que colgaba de la pared del vestíbulo, estaba a menos de doscientos metros de distancia. Podría habérselo preguntado a los O'Kane, claro… pero resultaba más emocionante no hacerlo.

Había amanecido nuevamente un bonito día soleado. Tras hacer la maleta, meterla en el maletero de su Metro y pedir permiso para dejar el coche allí («No tardaré mucho»), fue andando lentamente en dirección al cruce y no tardó en llegar a la señal de «Propiedad privada. Prohibido el paso a los no residentes»; luego dobló a la izquierda, cruzó el patio y llegó a una hilera de casas de dos pisos, ladrillo amarillo y aspecto bastante nuevo. Las molduras estaban pintadas de un blanco uniforme. El primer número que vio fue el que buscaba.

Tras llamar suavemente a la puerta, se fijó, por una ventana que había a su izquierda, en la blanca estantería de un módulo de cocina y en una gran botella de plástico de Persil. También se fijó en que la ventana que tenía justo encima estaba abierta de par en par, por lo que supo que el inspector estaba en casa antes de ver su borrosa silueta detrás del cristal esmerilado.

Pero ¿qué demonios haces tú aquí? ¿Era eso lo que ella esperaba que dijera? Sin embargo, Morse no dijo nada cuando abrió la puerta. Se inclinó para coger una botella de leche semidesnatada de cooperativa con tapón rojo,

se apartó a un lado, inclinó la cabeza levemente hacia la derecha y le invitó a pasar con un gesto de hospitalidad como los de antaño. Claire se encontró en un amplio salón provisto de dos sofás colocados el uno enfrente del otro. El de la izquierda era de cuero color miel y fue el que Morse le señaló y en el que ella se sentó. ¡Pero qué sofá más suave y cómodo! Sonaba música, algo con una gravedad y tristeza que creía conocer. ¿De finales del XIX? ¿Wagner? ¿Mahler? Era una música bella y cautivadora… Sin embargo, Morse apretó una tecla del moderno equipo que había en los estantes situados justo detrás del otro sofá, uno más pequeño de cuero negro, en el que se había sentado y desde donde la miró. Sus azules ojos evidenciaban un atisbo de regocijo y una total carencia de sorpresa.

—No tienes que quitarla por mí.

—Claro que no. La he quitado por mí. Soy incapaz de hacer dos cosas al mismo tiempo.

Al ver el vaso medio vacío de vino tinto que había sobre la mesilla que tenía el inspector a su lado, Claire pensó que cabía dudar de la verdad literal de aquella afirmación.

—¿Era Wagner lo que sonaba?

Los ojos de Morse se encendieron como si la pregunta le suscitara cierto interés.

—Tiene algunos rasgos melódicos y armónicos de carácter wagneriano, cierto.

Qué idiotez de respuesta. Vaya pedante de las narices. Que se vaya al cuerno. ¿Por qué no le decía de quién era y basta? Señaló la botella de Quercy y dijo:

—Creía que no podías hacer dos cosas al mismo tiempo.

—Ya, lo que pasa es que beber es como respirar. Uno no tiene que pensar en ello. Además es bueno para la salud, ¿lo sabías? Ha salido un informe según el cual tomar un trago de alcohol con regularidad es buenísimo para el corazón.

—Pero no tan bueno para el hígado.

—Cierto. —Le sonrió, recostándose en el sofá con los brazos extendidos sobre la cabecera. Llevaba la misma camisa rosa de manga corta que le había visto el sábado anterior. Probablemente necesitaría una mujer en casa.

—Creía que tenías que esperar a que el sol pasara por el penol[2] o algo por el estilo.

—Vaya coincidencia más rara. —Morse señaló el *Times* que había sobre la mesilla—. Esa palabra sale en el crucigrama de hoy: «penol».

—¿Qué es exactamente un penol?

Morse meneó la cabeza.

—No me interesan los barcos y las cosas relacionadas con ellos. Prefiero la cita de Shakespeare, ¿te acuerdas? ¿El verso de «el aguijón del mediodía»?

—«La lasciva mano del reloj está ahora sobre el aguijón del mediodía».[3]

—¿Cómo es posible que la recuerdes?

—En una ocasión interpreté el papel de la niñera en *Romeo y Julieta*.

—No es la clase de papel que interpretaría una colegiala.

—Era en la universidad.

—Oh. Yo no hice mucho teatro. Sólo una vez, a decir verdad. Tenía que decir únicamente una frase: «Yo te arresto, Antonio». Por alguna razón el público se echaba a reír cuando la decía. Nunca supe por qué…

Sin soltar el ejemplar del *Sunday Times* del día anterior y el del *Times* de ese día que llevaba, Claire miró lentamente los libros que cubrían las paredes, las hileras de discos que había por todas partes y los cuadros. Había un par que estaban algo torcidos. Le gustó sobre todo una acuarela que colgaba encima de la cabeza de Morse, en la que se veía el perfil de Oxford en un tono púrpura azulado. Estaba empezando a pasárselo bien con las escaramuzas dialécticas, no podía negarlo, y aun así, aquel hombre tenía algo que le resultaba irritante. Por vez primera le miró fijamente, con severidad.

—Estás actuando, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Estás aparentando que no te sorprende verme.

—No, no estoy aparentando. Ayer te vi sentada en Cotswold House, fumando un cigarrillo. Iba camino de Cutteslowe para comprar el periódico.

—¿Te importa si fumo?

—No, por favor. Yo… yo lo he dejado.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Quieres uno?

—Sí, por favor.

Claire inhaló el humo profundamente, se volvió a sentar, cruzó las piernas y se estiró la falda Jaeger por debajo de las rodillas.

—¿Por qué no me saludaste? —preguntó.

—Iba por el otro lado de la carretera.

—Muy amable de tu parte.

—¿Por qué no me saludaste tú a mí?

—No te vi.

—Pues yo diría que sí. —Su tono de voz se había vuelto repentinamente amable. Claire tuvo la sensación de que sabía mucho más sobre ella de lo que debería—. Y creo que también me viste el sábado por la tarde, justo después de llegar.

—¿Me viste? ¿Me viste cuando pasabas por delante del hotel con tus botellas?

Morse asintió.

¡Al cuerno! ¡Al cuerno con él!

—Y supongo que también sabrás por qué he venido a verte.

Morse hizo otro gesto de asentimiento.

—Aunque no porque tenga poderes mentales. Lo que pasa es que Jim, el señor O'Kane, me llamó ayer…

—¿Para hablarte de esto…? —Levantó los periódicos.

—Para hablarme de la joven que posiblemente pasó por el hotel, sí. Muy interesante, y muy valioso quizá. No lo sé. Van a prestar declaración, aunque no a mí. Yo estoy de vacaciones. ¿Te acuerdas?

—Entonces estoy perdiendo el tiempo. Venía a decirte…

—Por favor, no digas que estás perdiendo el tiempo.

—Ayer… ayer estuve todo el día pensando, bueno, pensé unas cuantas veces en esa chica… Ya sabes, en el hecho de que pasara por el hotel, no tuviera dinero y luego…

—¿Cuánto cuesta ahora una habitación individual en Cotswold House?

—No lo sé… ¡Estás actuando de nuevo! Sabes perfectamente que estoy en una habitación doble, ¿verdad? Una doble para dos noches. Se lo has preguntado a O'Kane, ¿no es así? Eres un metomentodo de mierda.

Imperturbable, Morse la miró intensamente durante varios segundos.

—Tienes unas piernas elegantísimas —se limitó a decir.

Aun así, ella tenía la sensación de que su respuesta podía haberle hecho algo de daño y, de pronto, de manera irracional, deseó que cruzara la habitación y le cogiera de la mano. Sin embargo, Morse no lo hizo.

—¿Café? —preguntó él—. Aunque me temo que sólo tengo instantáneo…

—Hay quien lo prefiere instantáneo.

—¿Y tú?

—Yo no.

—Supongo que no puedo, eh… invitarte a un vaso de vino.

—¿Qué demonios te hace suponer eso?

Unos minutos más tarde, Claire comentó:

—Muy bueno.

—No está mal, ¿verdad? Lo mejor es beber mucho. No es lo mismo en pequeñas cantidades.

Ella sonrió.

—Ya veo que has terminado el crucigrama.

—Sí, los lunes es siempre fácil, ¿lo sabías? Trabajan sobre el supuesto de que los lunes por la mañana todo el mundo tiene el cerebro algo adormilado.

—Mucha gente compra el *Times* sólo por el crucigrama.

—Pues sí.

—Y por la sección de cartas, claro.

Morse la observó con detenimiento.

—Y por la sección de cartas —repitió lentamente.

Claire abrió su ejemplar del *Times* del 13 de julio y leyó en voz alta el artículo de la primera página:

PISTAS SOBRE LA DESAPARICIÓN DE UNA ESTUDIANTE

> Tanto la redacción del *Times* como la policía del valle del Támesis están recibiendo cada día docenas de cartas así como una gran cantidad de llamadas en respuesta a la solicitud de información referente a la desaparición hace un año de Karin Eriksson, la estudiante sueca en torno a la que, según se cree, gira el poema anónimo que ha recibido la policía y que se publicó en estas páginas el pasado 3 de julio. El jefe del Departamento de Investigación Criminal del valle del Támesis, comisario Strange, opina que las ingeniosas sugerencias propuestas en una de las últimas cartas (véase *Cartas*, pág. 15) son las más interesantes y significativas de las recibidas hasta el momento.

—Supongo que ya lo habrás leído.

—Sí. El problema es que, tal como dicen el señor y la señora O’Kane, no se puede tomar todo en consideración. Ni siquiera al diez por ciento de lo que llega. Por suerte la mayor parte de las cartas son verdaderos disparates… —Cogió su propio ejemplar del *Times*, lo abrió por la página 15 y se puso a leer una vez más las «ingeniosas sugerencias».

—Un análisis inteligente. Sí, inteligente.

—Resulta obvio que el hombre que ha escrito eso es, en efecto, muy inteligente.

—¿Perdón?

—El hombre que ha escrito esa carta.

Morse leyó el nombre en voz alta.

—¿El señor Lionel Regis? No le conozco.

—Quizá no le conozca nadie.

—¿Perdón?

—¿Te has fijado en la dirección?

Morse volvió a leerla e hizo un gesto de negación.

—No conozco Salisbury muy bien.

—Es mi dirección.

—¿De veras? ¿Me estás diciendo que eres tú quien ha escrito esto?

—¡Ya basta! ¡Has sido tú quien la ha escrito! Cogiste mi dirección del registro de Lyme Regis porque la necesitabas para enviar esta carta, ya que, de lo contrario, tus «ingeniosas sugerencias» no habrían sido aceptadas. ¿No es así?

Morse no contestó.

—Has sido tú quien lo ha escrito, ¿verdad? Por favor, dímelo.

—Sí, he sido yo.

—¿Por qué? ¿Por qué era necesaria tanta palabrería estúpida?

—Bueno… lo único que he hecho ha sido poner el primer nombre que me ha venido a la cabeza, eso es todo. Y como te tenía presente, pues te he puesto a ti.

Había hablado con sencillez, alzando la mirada de sus piernas a su cara. De pronto, toda la frustración y la rabia que ella sentía se esfumaron, y la tirantez que le entumecía los hombros desapareció como por ensalmo en cuanto se recostó sobre el suave sofá.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Entonces Claire se incorporó, vació su vaso y se puso en pie.

—¿Tienes que irte? —preguntó Morse con voz queda.

—Pronto.

—Tengo otra botella.

—Pero sólo si me prometes que vas a ser amable conmigo.

—¿Y si te vuelvo a decir lo bonitas que son tus piernas?

—¿Y si vuelves a poner ese disco?

—Es un compacto. La octava de Bruckner.

—¿Era eso? Entonces no estaba tan lejos, ¿no?

—Estabas muy cerca en realidad —dijo Morse. Y añadió para sus adentros: Durante un minuto o dos, realmente cerca.

Mediado el segundo movimiento y terciada la segunda botella, sonó el timbre de la puerta.

—Me temo que no puedo verle en este momento, señor.

Strange notó cierto tufo y sus ojillos reflejaron suspicacia.

—No me digas… Me sorprende que me digas eso, Morse. En realidad, me sorprende que no me veas doble.

22

> En los crucigramas de «definición y mezcla de letras», cada pista consiste en una frase que contiene una definición de la respuesta y una mezcla de las letras.
>
> Don Manley, *Manual de crucigramas Chambers*

A la mañana siguiente, martes 14 de julio, Lewis y Strange estaban en el despacho de este último.

Al comisario le había sorprendido que Morse se hubiese negado a dejar para más adelante unos días de su permiso y volver de inmediato a la comisaría para hacerse cargo oficialmente del caso. Sobre todo teniendo en cuenta la última carta que se había recibido, que seguramente era el «paso decisivo» que todos esperaban.

De todos modos, había cosas más importantes en la vida que la rubia damisela que tal vez había sido asesinada un año atrás. También había el jodido asunto de la conducción temeraria, sin ir más lejos, que ya había llegado a los informativos nacionales y a los titulares de los periódicos y que servía, pese a todo, para poner las cosas relativamente en su sitio. Lo mismo podía decir de la carta que había recibido por correo («Estrictamente personal») aquella misma mañana:

> Al comisario jefe Strange,
> Comisaría de Kidlington.
>
> Estimado colega:
>
> Es lógico que nuestros excelentes escritores de novelas policiacas pretendan que el criminal medio en el Reino Unido posee un ingenio excepcional a la hora de cometer un delito. Sin embargo, quienes como nosotros hemos dedicado nuestras vidas al esclarecimiento de tales delitos deberíamos en esta coyuntura recordar a todo el mundo que por fortuna la gran mayoría de criminales carece de la extraordinaria capacidad intelectual que comúnmente se supone.
>
> Resulta obvio que si se puede fichar a un criminal de resultas de la correspondencia que mantienen los lectores con las secciones de cartas al director de la prensa nacional, todos nos sentiremos profundamente agradecidos. Sin

embargo, tengo serias dudas sobre la posibilidad de que esto ocurra y, en un sentido más amplio, estoy muy preocupado por el precedente que puede suponer. Todos sabemos lo que es un juicio televisivo; ahora parece que vamos camino de la investigación a través de las cartas al director de los periódicos. Esto es, evidentemente, un disparate. Además, por lo que he leído hasta el momento, no me cabe duda de que el asunto que tenemos entre manos es una broma; su autor o autora se lo debe de estar pasando en grande, sobre todo al ver que los remitentes de las cartas han entrado en una competición para ver quién escala la cima más alta del ingenio. Si la carta no es una broma, debo instarte a que toda comunicación relacionada con la investigación de este asunto llegue en primer lugar, repito, en primer lugar al personal de policía correspondiente y en ningún caso a la radio, la televisión o la prensa, a fin de que el caso pueda resolverse a través de los medios oficiales de la investigación criminal.

Atentamente,

Peter Armitage
Ex subcomisario de policía,
New Scotland Yard

P. D.: Estoy seguro de que no es necesario que te recuerde que esta carta no puede ser publicada de ninguna manera.

La carta, sin embargo, debía de haber sido escrita antes de que su autor hubiera visto el último comunicado, enviado por el escalador más intrépido hasta el momento: el escritor de una carta extraordinaria que había aparecido en el *Times* del día anterior.

Strange se volvió hacia Lewis.

—Supongo que te haces cargo de que éste es el paso decisivo que estábamos esperando.

El sargento Lewis, al igual que todos los agentes de la comisaría, había leído la carta y, en efecto, había pensado que se trataba del paso decisivo. ¿Cómo no iba a serlo? Lo que no entendía era por qué Strange le había pedido a él (¡a él!) que acudiera a su despacho aquella mañana. Estaba muy cansado y, en justicia, debería estar en la cama. Tanto la noche del sábado como la del domingo las había pasado casi hasta el amanecer como la mayoría de los agentes de la policía local: detrás de un escudo antidisturbios, soportando los lanzamientos de ladrillos y los insultos provenientes de las pandillas de gamberros que aplaudían la habilidad que mostraban varios jóvenes derrapando al volante de coches robados. Entre ellos se encontraba un estudiante de diecisiete años que más tarde proporcionaría la clave del misterio de la doncella sueca.

—Lewis, ¿me estás escuchando?

—¿Perdón, señor?

—¿Te acuerdas de lo pesado que se puso Morse con que la batida tenía que pasar de Blenheim a Wytham?

—Sí, señor —respondió Lewis bruscamente—. Pero sólo se ocupó del caso durante un par de días.

—Ya lo sé —repuso Strange—, pero seguro que tendría algún motivo para insistir en eso, ¿no?

—Pocas veces he conseguido entender los motivos que le llevan a hacer lo que hace.

—¿Sabes cuánto cuestan algunas de esas batidas de las narices?

—No, señor.

Probablemente Strange tampoco lo sabía, ya que cambió de tema de inmediato.

—¿Crees que Morse estaba en lo cierto?

—No lo sé, señor. Lo que quiero decir es que, en mi opinión, el inspector es un gran policía, pero a veces comete equivocaciones garrafales.

—¡Sí, pero la mayoría de las veces el muy capullo acierta! —exclamó Strange.

Se había producido un extraño cambio de papeles, por lo que Lewis se apresuró a poner las cosas en su sitio.

—Personalmente, señor, pienso que…

—Me importa un carajo lo que pienses, sargento. Si quiero batir el jodido bosque de Wytham, te aseguro que me pasaré un año haciéndolo si… si *a mí* me parece que merece la pena. ¿De acuerdo?

Al otro lado de la mesa, Lewis hizo un silencioso gesto de asentimiento mientras observaba cómo enrojecía por momentos el exasperado comisario.

—No acabo de ver dónde encajo yo en todo esto… —dijo antes de ser interrumpido.

—Ya te lo digo yo —exclamó Strange—. Sólo hay una cosa que tú puedes hacer y yo no, sargento: ir a buscar a ese viejo granuja para que vuelva al trabajo, ¿de acuerdo, listillo? Me están presionando por todas partes, mierda…

—Pero si está de vacaciones, señor.

—Ya sé que está de vacaciones, joder. Fui a verle ayer, y estaba escuchando a Schubert y bebiendo cachaza con alguna furcia. Ni siquiera se dignó a recibirme.

—¿No sería champán lo que estaba bebiendo, señor?

Con voz queda y cierto tono conmovedor, Strange hizo su alegato:

—Dios sabrá por qué, pero lo cierto es que Morse siempre da la cara por ti, Lewis. ¿Lo sabías?

El sargento llamó desde el mismo despacho de Morse.

—Soy yo, señor, Lewis.

—Estoy de vacaciones.

—Acabo de hablar con el comisario…

—Le dije que iría el viernes.

—¿Ha leído la carta sobre Wytham, señor?

—A diferencia de ti y de esos necios que tienes por amigos, Lewis, entre mis lecturas diarias se encuentran las estupendas páginas del *Times*.

—¿Qué le digo al comisario, señor? Quiere que nosotros, que usted y yo, nos hagamos cargo del caso inmediatamente.

—Dile que me pondré en contacto a partir de mañana.

—¿Le digo entonces que llamará?

—No. Dile que mañana por la mañana estaré de nuevo de servicio. Dile que estaré en mi despacho en cualquier momento a partir de las siete de la mañana.

—Todavía no se habrá despertado, señor.

—No seas tan severo con él, Lewis. Se está haciendo mayor y creo que tiene la tensión arterial alta.

Cuando colgó el auricular, Lewis pensó con satisfacción que Strange había acertado con ellos al asignarles el caso de la doncella sueca. Además, aquello suponía que volvían a trabajar en equipo; eso sí, a partir de la mañana siguiente.

En su despacho, Strange cogió el recorte del *Times* y volvió a leer la carta. Aquello era realmente extraordinario.

> Señor director:
>
> Al igual que las demás personas que han escrito a propósito del caso de la «doncella sueca», doy por sentado que el autor del poema es el responsable de la muerte de la desgraciada joven. Cabe, desde luego, la posibilidad de que se trate de una broma, aunque yo no soy de este parecer. En mi opinión es más probable que el escritor esté irritado por la incapacidad que muestra la policía para, cuando menos, hallar un cadáver, y no digamos ya para arrestar a un asesino. El poema, tal como lo entiendo, es la expresión del asesino (no la víctima), que clama por algún tipo de descubrimiento, una suerte de absolución, un alivio para sus noches de insomnio y pesadilla.

De todos modos, yo no le habría escrito, señor director, con el único fin de dar voz a generalidades tan vagas y dudosas como éstas. Le escribo porque soy autor de crucigramas. Cuando estudié el poema por primera vez, acababa de terminar un crucigrama en que se indicaba la respuesta a cada pista mediante una definición de la palabra buscada y un anagrama de esa misma palabra. De forma que, con considerable interés así como una buena dosis de incredulidad, fui poco a poco descubriendo que la palabra wytham aparece, en forma de anagrama, en cada una de las estrofas. El resultado es el siguiente (las letras están subrayadas):

Encuéntr am e, encuentra a la hija sueca,
derrite mi h elado tegumento.
Seca el agua azur por el cielo iluminada,
y que el cielo sea mi bó v eda en la v ida e t erna.

¿Quién, quién di v isó aquel t errible lugar?
¡Oh, encontr a d m e! ¡Encontrad a la h ija del guardabosque!
Preguntad al arro y o: ¿Por qué no me cuentas
la v erdad que sabes, el trágico sacrificio?

Pregunta al t igre y pregunta al sol:
¿Adónde cabalgo? ¿En qué situación me encuentro?
H asta que el día dado llegue a su fin,
hasta que la noche arda en v i v a ll am a

Al t omillo, sí al tomillo h allé floreciendo aquí,
y sucedió que había una blanca criatura
atrapada por la ginebra, jadeando cual cier v o cazado
y l am iéndose toda v ía la ensangrentada piel.

Viendo unas pis t as de claridad mara v illosa,
rastrea cual cazador la tierra bajo tus pies.
Encuéntrame, encuéntrame a h ora, a mí, tu doncella
y dichoso seas, pues te daré un beso cuando nos v e am os.

El hecho de que esto ocurra en cinco ocasiones sobrepasa sin duda los límites de la coincidencia (he consultado a mis amigos matemáticos al respecto). Wytham, por lo que he podido averiguar, ya que no soy de Oxford, es el nombre de un bosque situado al oeste de la ciudad universitaria. Por consiguiente, si el poema tiene algún significado para nosotros, es a buen seguro el siguiente: el cadáver que se está buscando se encuentra en el bosque de Wytham. Mi humilde sugerencia es que cualquier batida que se organice a partir de ahora debería llevarse a cabo en dicha zona.

Respetuosamente,

Lionel Regis
16 Cathedral Mews,
Salisbury.

Al igual que Lewis, Strange recordaba perfectamente lo que Morse había escrito en la postal: «Creo que yo sí sé lo que significa el poema». Apartó el periódico y miró por la ventana al aparcamiento.

—Lionel Regis… Pero qué se cree, ¿que soy tonto? —se dijo con voz queda.

23

> En otra ocasión estaba considerando cuál sería la mejor manera de recibir al cartero, ya que traía noticias de un mundo ajeno al nuestro. Él y yo convinimos en aguardar a que viniera detrás de la puerta de entrada y hacerle ciertas preguntas. Aquel día, sin embargo, el cartero no vino…
>
> Peter Champkin, *The Sleeping Life of Aspern Williams*

El miércoles 15 de julio no iba a ser un día especialmente memorable. Ningún profeta de rostro encendido iba a traer la noticia del Mensaje o del nombre de Único Dios Verdadero. Sólo iba a ser un típico día de transición, un día en que los acontecimientos aparecerían discretos y ordenados en una secuencia apenas perceptible, un día en que algunos protagonistas del caso de la doncella sueca iban a ocupar sus nuevas posiciones sobre el tablero antes, eso sí, de que la partida diera comienzo.

Durante la desangelada reunión celebrada a las diez y media de la mañana en el despacho del segundo jefe de policía, el caso de la doncella sueca fue analizado pormenorizadamente por el mismo segundo jefe, el comisario jefe Strange y los inspectores Johnson y Morse. Prácticamente todos (sólo hubo una voz disidente) estuvieron de acuerdo en que seguramente se sacaría poco provecho de cualquier prolongación del costoso y amplio programa de búsqueda que se estaba desarrollando en la finca del palacio de Blenheim. También se comunicó la decisión, proveniente de una «alta autoridad», de que Morse estaba ahora «a cargo» del caso y Johnson podría por tanto aprovechar su permiso estival tal como estaba previsto. Semejante palabrería oficial no engañaba a nadie, por supuesto, aunque seguramente era mejor que nada.

Entre los asuntos que se analizaron había otra carta, publicada aquella misma mañana en el *Times*:

> Señor director:
>
> El bosque de Wytham es un lugar con el que estoy muy familiarizado, como supongo que lo estarán casi todas las generaciones de jóvenes que se han

licenciado en la Universidad de Oxford. En mi memoria siguen frescos los fines de semana de finales de los años cuarenta cuando junto con muchos compañeros míos recorría en bicicleta la distancia que separa Lower Wolvercote de Wytham.

En los versos decimocuarto y decimoquinto del ya famoso poema, leemos «una blanca criatura» (*sic*) «atrapada por la ginebra» (*sic*) «y jadeando cual ciervo cazado» (*sic*). Pues bien, que me cuelguen si esto no es una críptica alusión al vermut con ginebra que sirven en el espléndido White Hart[4]. De todos modos, estoy convencido de que tal alusión sólo puede servir para corroborar el brillante análisis de los versos realizado por el señor Lionel Regis (véase *Cartas al director*, 13 de julio).

Cordialmente,

John C. Chavasse,
21 Hayward Road,
Bishop Auckland.

Sentado a la mesa, el «señor Lionel Regis» puso cara de estar algo avergonzado, aunque no por mucho tiempo. Al fin y al cabo, lo suyo era ya un secreto a voces. Se daba cuenta de que durante un par de días no podría hacer gran cosa, salvo releer todo el material acumulado como consecuencia de las anteriores investigaciones, estarse quietecito, decirle a Lewis que pusiera manos a la obra con la administración y quizá intentar pensar con un poco más de claridad en su convicción, extrañamente irracional, de que el cadáver de la joven iba a aparecer, y además en el bosque de Wytham. Por otro lado, había que contar con la nueva prueba que suponía la llamada de los O'Kane. Si la memoria no les fallaba, cabía pensar que Karin Eriksson había pasado en algún momento por el cruce de Banbury Road y enfilado la carretera en dirección a Oxford. La declaración a la que había que dar crédito era la que había prestado el hombre que había esperado al autobús en aquel mismo lugar el domingo al mediodía, y no la del hombre que había pasado en coche por Sunderland Avenue.

Éstos, entre otros, fueron los pensamientos que compartió Morse con el sargento Lewis a primera hora de la tarde. Ya se habían tomado las medidas necesarias para contar con unos veinte miembros más de los diferentes cuerpos de policía locales, los cuales servirían de refuerzo para los treinta que iban a abandonar Blenheim de inmediato. Sin embargo, había un inconveniente, pequeño pero molesto: el señor David Michaels, jefe de guardabosques de Wytham, había tenido que trasladarse aquel mismo día a Durham para acudir a un congreso del National Trust[5]. Le esperaban en casa aquella misma noche, según había dicho su esposa, y estaría sin duda a su disposición a la mañana siguiente.

Aquella tarde las cosas estaban, por fin, avanzando, aunque lentamente. Morse se sentía inquieto e impaciente. Volvió a casa a las cuatro y se puso a

mecanografiar una lista de discos de vinilo…

Antes de irse de su casa el lunes pasado, Claire Osborne le había pedido que le enviara una lista de los ocho discos que se llevaría a una isla desierta y otra de las versiones que tenía del *Réquiem* de Mozart. Ya iba siendo hora de que empezara a instruirse un poco, le había dicho, tras lo cual le había preguntado si le ayudaría. Morse lo había prometido, y había reiterado la promesa besándola en los labios al despedirse.

—¡Creo que ya sabes mi dirección, ¿verdad?! —le había gritado ella al llegar a la puerta del edificio.

Aquella tarde, cuando se sentó y empezó a escribir la lista, Morse todavía no estaba completamente seguro de los números siete y ocho.

Aproximadamente un cuarto de hora antes de que Morse comenzara aquella grata tarea, Philip Daley salía de clase mostrando tanta ordinariez como fanfarronería. Estudiaba en el instituto Cherwell, situado en Marston Ferry Road, North Oxford. Sólo dos días más y se iría. El instituto acababa el 17 y se moría de ganas por perderlo de vista. ¡Lo iba a perder de vista para siempre! Aunque a su padre se la traía, literalmente, floja, a su madre le habría gustado (él era el primero en saberlo) que se aplicara en los estudios y terminase el próximo curso; de ese modo tal vez podría conseguir un trabajo decente y todas esas chorradas. Sin embargo, en su amargada e insatisfecha cabeza tenían prioridad otros pensamientos mientras avanzaba aquella tarde por Banbury Road. Durante el almuerzo había preguntado a una de las chicas de su clase, la tetona, si quería ir con él a la fiesta de fin de curso y ella le había contestado si estaba bromeando o qué, y que además ya tenía un tío que la acompañara, así que largo. Jodida guarra… Cuando llegó a la altura de las tiendas, dio un puñetazo a una vieja cerca de madera. Mierda, mierda… ¡Mierda! Ya llegaría el viernes. Se iba a enterar esa pandilla de gilipollas…

A las siete y cuarto de la tarde, doce horas después de llegar a la comisaría, Lewis se sentaba en su querida casa de Headington ante su querido plato de huevos con patatas.

¡Al cuerno con él!, pensó Claire aquella noche mientras se removía inquieta en su cama. No le entraba en la cabeza que aquel hombre pudiera estar

monopolizando sus pensamientos y, sin embargo, así era. Y al cuerno con el otro poli, ese gordinflón que se había pasado casi un cuarto de hora en la puerta hablándole. Ella tenía que irse pronto de todos modos, lo sabía, pero por su culpa no había habido tiempo para que se diera entre ellos la intimidad necesaria… Ahora su imagen volvía una y otra vez a su cabeza. Vaya fastidio, pensó confiando en que las dificultades que tenía para dormir y para expulsar a aquel hombre de sus pensamientos sólo fueran temporales. Lo único que esperaba era encontrarse con una carta suya la próxima vez que abriera el buzón, nada más. Le había dicho que le iba a escribir, se lo había prometido. Y ella había estado esperando impacientemente la llegada del cartero.

Aquel día, sin embargo, el cartero no pasó por su casa.

24

> El cedente deja la guardia del bosque a la benévola discreción de la universidad… La universidad tomará medidas juiciosas para conservar y mantener el bosque, empleará éste para la educación de los estudiantes indicados y proporcionará las instalaciones necesarias para la investigación…
>
> Parte de la escritura por la cual la Universidad de Oxford adquirió el bosque de Wytham el 4 de agosto de 1942 como regalo del coronel Fennell.

Para muchos oxonienses, Wytham es el pueblo por el que hay que pasar para ir al bosque. Para Morse, en cambio, era el pueblo situado en el linde del bosque donde se encontraba el mesón White Hart. A la mañana siguiente, al pasar con el coche por delante de él camino de su cita con el jefe de guardabosques, se lo señaló cariñosamente a Lewis, que iba conduciendo a su lado.

—¿Sabías —preguntó Morse al tiempo que consultaba su prospecto— que en el distrito de Wytham, una buena parte del cual está cubierto por el bosque, el terreno se eleva desde la ribera del Támesis (o «Isis») hasta alcanzar una altura de 164 metros en Wytham Hill, que es el centro del antiguo distrito?

—No, señor —respondió Lewis. Nada más pasar el *pub* había doblado a la derecha para enfilar un tramo de carretera cada vez más estrecho que a pocos metros de distancia estaba señalizado con un letrero que rezaba: «Propiedad privada: Universidad de Oxford».

—No parece que te interese mucho…

—¡Mire! —exclamó—. ¿Ha visto eso?

—No. —En su juventud, si había algún muchacho que no acertaba a ver algo, era él. Mientras que sus compañeros de clase jamás se perdían el nido de un pájaro, el relámpago azul de un martín pescador o la imagen fugazmente congelada de un zorro rojo en el borde de un maizal, el joven Morse rara vez veía algo. Morse tampoco había visto nada ahora—. ¿A qué se debe exactamente todo este alboroto, Lewis?

—Ciervos, señor. O, mejor dicho, corzos. Eran dos, y estaban justo detrás de…

—¿Son diferentes de los ciervos normales?

—Me parece que usted no va a sernos de mucha ayuda en esta parte del bosque, señor.

El inspector no hizo ningún comentario acerca de la diplomática frase. Lewis recorrió un kilómetro más de carretera, a cuya izquierda se extendía una zona de bosque relativamente denso, hasta llegar a un aparcamiento semicircular situado igualmente a la izquierda. «Los coches han de ser aparcados en uno de los dos aparcamientos que se muestran en el plano», rezaba el mapa. Fuera como fuese, una barrera cerrada con candado cortaba la carretera a los vehículos de motor. Lewis aparcó el coche al lado de un viejo y oxidado Ford.

—Da gusto ver que alguien se preocupa —se permitió comentar Lewis, señalando una pegatina de la Real Sociedad para la Protección de Aves y una más grande en la que se leía: «Salvad a las ballenas».

—Probablemente habrá venido aquí para besuquearse con los sicomoros —respondió Morse de buen humor.

A unos treinta metros de la carretera había una casita de piedra de poca altura.

—Ahí debe de ser donde vive el señor Michaels, señor. Tiene una buena vista: da directamente a Eynsham.

—Vamos —dijo Morse.

Nada más sortear la barrera, que franquearon atravesando una puerta estrecha en forma de *v*, los dos detectives vieron a su izquierda un gran claro, de unos cien metros cuadrados, rodeado por una cerca protegida por jóvenes abetos, en el que se había construido todo un complejo de cobertizos y naves hechos con listones de madera horizontales. Cerca se veían pilas de troncos de picea y abeto, y varios tractores y máquinas para la tala de árboles al lado o detrás de las naves abiertas.

Del cobertizo más alejado salió un individuo, un hombre de unos cincuenta años, ojos azules, barba cerrada y menos de un metro ochenta de altura que bajó por la cuesta para saludarles y se presentó como David Michaels, jefe de guardabosques. Los dos detectives le estrecharon la mano, aunque Morse se aseguró de permanecer algo detrás de Lewis, ya que un perro blanco y negro, dando enérgicos saltos detrás de su amo, quería asimismo presentarse.

En el cobertizo del guardabosque, Michaels les describió someramente el trazado del bosque, haciendo continuas referencias a los cuatro mapas del servicio oficial de topografía que colgaban de la pared interior, los cuales estaban dispuestos en forma de oblongo para dar una visión sinóptica de toda la zona a cargo del guardabosques. Los policías se enteraron de que el bosque de Wytham estaba administrado por un comité universitario (ante el que él, Michaels, tenía que responder) y, en concreto, por un administrador de fincas de la universidad con funciones de oficial ejecutivo, persona ante la cual la policía tendría que presentarse oficialmente. Los permisos para entrar al bosque (en respuesta a Lewis) se entregaban en la universidad, previa solicitud, a cualquier administrador o profesor residente y, por supuesto, a cualquier otro ciudadano («ciudadano o universitario») que pudiera justificar adecuadamente la visita a la zona y no tuviese antecedentes delictivos que se lo impidieran.

Morse se mostró más interesado cuando Michaels se acercó a los mapas y pasó a hablarles de las principales atracciones del bosque, indicando con el dedo una serie de lugares que sonaron sumamente atractivos en los oídos del inspector: Duck Pond, The Follies, Bowling Alley, Cowleaze Copse, Froghole Cottage, Hatchett Lame, Marley Wood, Pasticks, Singing Way, Sparrow Lane… Parecía casi el cantar de los pájaros del bosque.

Sin embargo, mientras escuchaba y miraba, Morse fue perdiendo ánimo. El bosque era enorme; y el propio Michaels, que ya llevaba quince años allí, reconocía que había zonas en las que nunca había puesto (y probablemente nunca pondría) los pies; partes que sólo conocían los tejones y los zorros, los ciervos y los pájaros carpinteros. Sin embargo, la alusión a los pájaros carpinteros pareció devolverle la confianza, y aceptó agradecido la invitación del guardabosques cuando éste se ofreció a guiarles en una excursión por el bosque.

Lewis iba sentado en el suelo de un todoterreno robusto, potente e inefablemente incómodo que no dejaba de dar brincos, en compañía de *Bobbie*, el único perro a que se le permitía entrar en el bosque. Morse iba sentado delante, al lado de Michaels, quien se pasó la siguiente hora y media conduciendo por los caminos, sendas y veredas que comunicaban los lugares nombrados en la letanía que les había soltado antes.

Por un momento Morse consideró la posibilidad de llamar al ejército, un par de miles de hombres procedentes de las unidades de la región bajo el

mando de algún melindroso general de brigada que se sentaría en la tienda de César y se dedicaría a marcar los metros cuadrados uno a uno. Entonces expresó su idea con palabras:

—¿Sabe? Estoy pensando en la posibilidad de pedir al ejército que se pase aquí un par de meses para así abarcar toda la zona.

—Oh, no sé qué decirle —replicó Michaels.

—¿No?

Pacientemente, el guardabosques le explicó que durante los meses de verano acudían al bosque docenas de aficionados que regularmente contaban el número de huevos y calculaban el peso de las crías que había en los cientos de nidales existentes, permanecían toda la noche al acecho para observar la conducta de los tejones y ponían distintivos y micrófonos a los cachorros de zorro. Había también muchos otros que controlaban durante todo el año las pautas ecológicas que la naturaleza había impuesto al bosque de Wytham. Luego había que contar con la gente que siempre estaba dando vueltas con su guía del observador de aves y sus prismáticos, observando las orquídeas del bosque o simplemente disfrutando con la paz y belleza del lugar…

Morse estuvo haciendo gestos automáticos de asentimiento durante buena parte de la oratoria. Comprendía perfectamente lo que quería decirle Michaels. Al menos ahora tenía una idea más clara de la situación.

—Así pues, hay una buena parte del terreno de la que podemos olvidarnos.

—Exacto. Y otra buena parte de la que no pueden.

—Entonces tenemos que establecer prioridades —gorjeó Lewis desde la parte trasera.

—Ésa es la… eh… conclusión a la que acabamos de llegar el señor Michaels y yo, Lewis.

—¿Y dice que esto ocurrió hace dieciocho meses? —preguntó Michaels.

—Doce, para ser exactos.

—Entonces, si… si simplemente la… la dejaron tirada, ya sabe a lo que me refiero, si no la escondieron ni nada…

—Probablemente no quedará mucho de ella. Usted sabe eso mejor que nadie. Lo más normal, sin embargo, es que se dé el caso de «hallado en una fosa poco profunda». Ésta es la expresión que se suele utilizar. No es de extrañar que los asesinos prefieran ocultar sus crímenes; por lo general cavan un poco y echan unas cuantas ramas y hojas a… a la parte de arriba. Pero para eso hace falta una pala, y si es verano, una pala afilada, además de tiempo, un poco de luz diurna y un poco más de sangre fría. Según tengo entendido, a

una pareja de sepultureros les cuesta unas ocho horas cavar una fosa aceptable.

Los tres pusieron gesto sombrío, tal vez debido a la crudeza y la crueldad de la imagen que se acababa de describir, y no volvieron a hablar de asesinatos durante el resto del accidentado viaje. Hablaron sólo de pájaros. Morse preguntó acerca de los pájaros carpinteros. El guardabosques sabía mucho de ellos: el pico verde, el pico menor, el pico mayor… Todos tenían sus hábitats dentro del bosque y eran objeto de un interés especial para todos los aficionados a observar aves.

—¿Le interesan los pájaros carpinteros?

—Son unos pájaros magníficos —musitó Morse vagamente.

Cuando regresaron al cobertizo, Morse explicó al guardabosques que los recursos de los que dispondrían probablemente serían limitados y que por tanto era necesario enfocar la cuestión selectivamente.

—Lo que en realidad me gustaría saber es lo siguiente… por favor, no se ofenda por lo que voy a decirle, señor Michaels: si quisiera esconder un cadáver en este bosque, ¿cuál sería el primer lugar que le vendría a la cabeza?

Michaels se lo dijo. Lewis tomó nota, sin saber muy bien cómo escribir algunos de los nombres que a Morse le habían parecido tan memorables poco antes.

Veinte minutos más tarde, cuando se dirigían al coche de policía, los tres hombres oyeron el sonoro disparo de un arma de fuego.

—Es uno de los granjeros —les explicó Michaels—. Seguramente está practicando el tiro al pichón.

—No he visto ningún arma en su oficina —comentó Lewis.

—Oh, ni se me ocurriría guardarlas allí. Es ilegal, sargento.

—Pero imagino que usted tendrá una para su trabajo, ¿no?

—Claro, claro. No podría prescindir de ella. La tengo en un armario de acero —Michaels señaló el achatado cobertizo—, bien guardada bajo llave, se lo aseguro. De hecho, tenía pensado salir ahora a hacer un poco de tiro.

—¿Para conservar y mantener alguna especie autóctona, señor Michaels?

El grado de sarcasmo que denotaba la pregunta de Morse no fue bien recibido por el barbudo guardabosques, quien respondió con frialdad:

—A veces… bastantes veces, resulta esencial mantener algún tipo de equilibrio en *cualquier* ecosistema, y si lo desea le puedo decir unas cuantas cosas sobre el factor de multiplicación que se da en las especies de cérvidos más cachondas que tenemos. Si de mí dependiera, inspector, les daría gratis los condones de esa máquina blanca que hay en el aseo de caballeros del White Hart. Aunque dudo que me hicieran caso, ¿no cree? —Por unos segundos los ojos de Michaels brillaron con la ira contenida de un profesional al que un aficionado ignorante le está diciendo cómo ha de hacer su trabajo.

Morse no tardó en reaccionar.

—Lo siento de veras. Lo que pasa es que conforme voy haciéndome mayor se me hace más difícil pensar en matar cosas. Unos años atrás no habría dudado en pisar una araña, sin embargo ahora… No sé por qué, pero casi me siento culpable por aplastar una típula.

—No me verá a mí matando una típula —dijo Michaels, clavando la mirada en Morse con expresión todavía severa. Azules contra azules. Por un momento el inspector se preguntó qué sería capaz de matar Michaels exactamente. Y también qué iba a matar ahora.

25

Donde está el cadáver, allí se reúnen los buitres.

Mt. 24, 28

El análisis que había realizado Regis (Morse) del poema de la doncella sueca había animado a mucha gente a enviar cartas al *Times* en torno al gran bosque de Wytham, si bien sólo una de ellas iba a ser publicada aquella semana, la última de una correspondencia que estaba absorbiendo el interés de los lectores del diario:

Señor director:

He leído con sumo interés lo que seguramente sea el análisis definitivo del caso de la doncella sueca. Como es lógico, yo he estado muy lejos de hacer una interpretación tan extraordinariamente sutil (*Cartas al director*, 13 de julio), en la cual se sugiere (con gran modestia, sin duda) que el bosque de Wytham es el lugar donde hay más probabilidades de que se halle la última morada de la desventurada muchacha. Con mi carta me propongo únicamente añadir un detalle que, aunque pequeño, confío en que resulte interesante, puesto que cabe la posibilidad de que la exhortación «Encontrad a la hija del guardabosques» (sexto verso del poema) sea de suma importancia.

John Everett Millais pintó entre 1850 y 1851 el óleo sobre lienzo *La hija del guardabosque*. El cuadro muestra al joven hijo de un propietario ofreciendo un puñado de fresas a la joven hija de un guardabosques. Millais, como siempre, fue meticuloso con su trabajo, y la pintura es una muestra de la minuciosa precisión que buscaba con su labor de investigación. Por ejemplo, gracias al artista Arthur Hughes sabemos que las fresas que sostiene el muchacho fueron compradas en Covent Garden en marzo de 1851.

El fondo de la pintura nos muestra una zona boscosa con una perspectiva clara y un característico alineamiento de árboles. En mi opinión, hay al menos una posibilidad, aun teniendo en cuenta las décadas de tala y replantación de árboles, de determinar el lugar de que se trata. A este punto quería llegar yo. Leyendo el diario de una de las amigas del artista, la señora Joanna Matthews, miembro de la Real Academia de Bellas Artes, nos enteramos de lo siguiente: «Con gran aplicación, Millais está pintando el fondo de su cuadro del natural en *el bosque de Wytham*» (la cursiva es mía). ¿No cabe la posibilidad de que el mencionado fondo sea el lugar en el que ha de buscarse el cadáver? ¿Y no podríamos ir más lejos y

concluir que nuestro asesino tiene un profundo conocimiento no sólo del bosque sino también de los pintores prerrafaelistas?

Sinceramente,

Stephen Wallhead
De la Real Academia de Bellas Artes
Wymondham Cottage,
Helpston Lincolnshire.

A primera hora de la mañana del viernes 17 de julio, Strange, Morse, Lewis y la mayoría del personal de servicio de la comisaría del valle del Támesis había leído esta carta. También había, sin embargo, quien no la había leído.

—¡Sólo quiero que me digas qué estamos buscando exactamente! —dijo con tono de queja el agente Jimmy Watt a su compañero, el agente Sid Berridge, cuando se detuvieron por un momento, el uno al lado del otro, en una vereda desde la que se veía Marley Wood a la derecha y Pasticks a la izquierda.

Eran diecisiete los agentes que estaban trabajando, con un planteamiento razonablemente científico, en aquella zona en concreto. Watt había recibido la orden aquel mismo día y, de muy buena gana, había abandonado sus deberes en tráfico; Berridge, en cambio, había pasado los primeros días de la semana en Blenheim. En realidad, a ninguno de los dos le parecían ingratas las funciones que tenían que cumplir ahora, ya que la temperatura era agradable y el cielo estaba prácticamente despejado y tenía un color azul Cambridge.

—Estamos buscando un condón, Jimmy, a ser posible uno que tenga huellas dactilares…

—¡Qué! Pero si ya hace un año que…

—… para que Morse pueda averiguar con qué mano se lo puso.

—En mis tiempos los llamábamos gomas —dijo Watt con una nota de nostalgia en la voz.

—Sí, pero las cosas cambian.

—Desde luego. Algunos de nosotros nos quedamos con las ganas, ¿no te parece? Parece mentira lo que hacen ciertos jóvenes…

—Y que lo digas.

—De todos modos, ¿con quién te gustaría irte ahí detrás? —Watt señaló a su izquierda, hacia una espesa zona de bosque que había cerca.

Berridge se animó ante el carácter de la pregunta.

—Con Brigitte Bardot, con Elizabeth Taylor, con Madonna, con la esposa de mi vecino de al lado…

—¿Ahí detrás?

Berridge decidió dar esta vez una respuesta más modesta que la anterior.

—Quizá no… Quizá sólo con mi vecina.

Una hora antes, a las ocho y media, un miembro de la Fundación Wytham se había dirigido al grupo de agentes y les había explicado por qué no era descabellado incluir a Pasticks entre los lugares en que un cadáver podría permanecer durante bastante tiempo sin ser descubierto. ¿Por qué? La mayoría de la gente pensaba que la tala de árboles y la venta de madera a mayoristas era invariablemente un negocio lucrativo. Pues bien, no era así. Contratar hombres para cortar árboles con sierra, desbastar la madera, transportarla y tratarla para finalmente venderla a los fabricantes de muebles, los constructores de cercas o quien fuera comportaba siempre un gasto muy elevado. La fundación había decidido tiempo atrás que lo mejor era enfocar el negocio del aclarado del bosque de una manera equitativa: la fundación no pagaría la tala de sotos y bosquecillos y los leñadores y transportistas se quedarían con los ingresos que reportaran las decenas de miles de troncos de toda clase que sacaban cada año del bosque. No obstante, de vez en cuando surgía alguna pequeña dificultad en el sistema, como, por ejemplo, cuando alguna zona de reforestación no estaba del todo preparada para el mencionado diezmamiento bianual o cuando el aclarado de una zona concreta debía retrasarse un par de años por alguna razón.

Tal situación se había dado precisamente el año anterior en la última plantación (la correspondiente a 1958-1962), un variado conjunto de árboles de madera dura integrado por abetos rojos, robles, hayas y árboles de la vida situado en la zona denominada Pasticks. ¡Menudo lugar para esconder un cadáver! Aquella zona tenía unos árboles que apenas dejaban pasar la luz, y su parte central estaba ocupada por tres o cuatro antiguos bosquecillos que ya existían antes de que se promulgaran las leyes de cercados. Un lugar espeso. Sumamente espeso.

A Berridge y Watt la tarea se les antojaba muy poco atractiva. Entraran por donde entraran en el bosque, una vez habían avanzado dos o tres metros parecía como si alguien hubiera corrido una cortina ante ellos, poniendo fin a cualquier intento de continuar la investigación. Las ramas de los árboles, tanto las horizontales, que no tenían hojas, como las verticales, formaban una suerte de tupida malla marrón que les impedía ver.

Varias horas después, a las cuatro menos cinco de la tarde, los dos agentes, cuyo pesimismo aumentaba por momentos, oyeron un grito de triunfo en algún lugar situado a su izquierda. Alguien había encontrado un cadáver. Inmediatamente las alas del equipo de búsqueda habían envuelto el lugar como las alas de un ave al proteger a sus crías.

Los zorros ya habían pasado por ahí (con bastante frecuencia, por el aspecto que tenía), al igual que los tejones y los pájaros… Los huesos de lo que parecía el cadáver de un ser humano habían sido arrastrados en diferentes direcciones, perdiendo así su configuración original, y en algunos casos eliminados, aunque no hasta el punto de que la prístina figura resultara irreconocible. Un fémur estaba todavía unido a su pelvis en un ángulo no muy diferente al normal; encima de él se veían varias costillas cuyo paralelismo dejaba bastante que desear; un omóplato mantenía una posición con respecto a las vértebras que apenas podía considerarse correcta; éstas, por su parte, se encontraban a una distancia de entre medio metro y un metro de un cráneo comparativamente pequeño que había sido brutalmente atacado; no muy lejos de éste había un pañuelo descolorido adornado con borlas que todavía lucía sus colores originales: los orgullosos colores de la bandera nacional sueca.

26

La ciencia es análisis espectral; el arte es fotosíntesis.

Karl Kraus, *Half Truth One and a Half Truth*

La noticia no tardó en difundirse y el veredicto fue el mismo en todas partes: aquel hombre no fallaba; dos días a cargo de la investigación, un día de búsqueda y eureka. Un tipo listo, este Morse. Y con suerte quizá. Podrían haber tardado una semana más en encontrar el cadáver si hubieran empezado por el otro lado del bosque, el oeste.

«¡No toquéis nada! ¡Manteneos a distancia!», habían sido las órdenes del día. Se había extendido un cordón bastante irregular en torno a un área de unos cuatro o cinco metros cuadrados de bosque por la que no había pasado nadie y que estaba cubierta de una hierba espesa y de color marrón oscuro.

Morse había llegado al lugar en menos de veinte minutos y ahora permanecía en silencio, observando las pruebas que tenía ante sus ojos, sin atreverse a cruzar la cinta roja y blanca que le llegaba a la altura de la cintura. Tenía ante sí la dislocada estructura ósea; los jirones de ropa desperdigados y, sobre todo, el pañuelo con borlas que había al lado de un cráneo espantosamente destrozado. Le recordaba a una figura de un manual de bricolaje en la que varias flechas señalan un posible centro desde las partes situadas en el exterior y se indica cómo ha de montarse el producto adquirido: «Coloque esta parte dentro; una esta parte a ésa; sujétela aquí. Todo encajará si se toma su tiempo y lee las instrucciones cuidadosamente. Recuerde que si tiene que hacer una fuerza excesiva para montarlo es que lo está haciendo mal». De vez en cuando Morse daba pataditas a las ramas y arbustos que tenía a sus pies, pero seguía sin decir nada. Los demás permanecían igualmente en silencio, como los torpes acompañantes de un féretro.

Lewis no le acompañaba en aquel momento, pues estaba pasando la tarde negociando con las autoridades universitarias. De todos modos, ninguno de los dos, ni Morse ni Lewis, podía hacer gran cosa en aquel momento. Quien

tenía importancia ahora era Max, quien ya había sido informado del hallazgo y estaba de camino. Diez minutos más tarde avanzaba trabajosamente entre los susurrantes helechos y llegaba al lado de Morse entre sonoros jadeos.

Silenciosamente, al igual que Morse minutos antes, el encorvado médico examinó el triste espectáculo que se extendía a piel de cierto tipo de árbol de hoja perenne cuyas ramas inferiores aparecían sin hojas, quebradizas y secas. Si se había hecho algún intento por ocultar el cadáver, era difícil de decir a primera vista. Lo que resultaba inquietante (tal como los demás habían advertido) era que algunos de los huesos más importantes, entre ellos los del antebrazo izquierdo, habían sido trasladados a alguna parte, a una madriguera o guarida. Por el aspecto que presentaba, la ropa estaba mejor conservada que el cadáver. Se veían varios jirones de tela blanca manchada y abundantes tiras de lo que parecía un pantalón vaquero azul. También había un mechón de color amarillento, como pajizo, todavía pegado al cráneo, lo cual producía una impresión espantosa.

—¿Es esto lo que estabas buscando, Morse?

—Sí, creo que es ella.

—¿Ella?

—Estoy seguro de que es ella —dijo Morse.

—¿Sabes qué dijo mi madre antes de morir? El día en que murió había estado cocinando. Cuando la llevaron a la cama, quería saber cómo había salido la tarta de frutas que había dejado haciéndose en el horno. Pues bien, estaba hundida. La puñetera tarta se había olvidado de subir. Mi madre dijo entonces: «¿Sabes una cosa?, la vida está llena de incertidumbres». A continuación cerró los ojos y murió.

—Es la chica —se limitó a repetir el inspector.

Max no hizo más comentarios y se quedó mirando con gesto circunspecto mientras Morse hacía una señal con la cabeza al agente y al fotógrafo encargados de estudiar el lugar del crimen, que llevaban ya un rato esperando. Si había algo significativo que debiera haber visto, se le había pasado por alto. Con todo, aquel lugar le seguía poniendo nervioso, por lo que ordenó a los dos agentes que se mantuvieran lo más lejos posible del espeluznante hallazgo.

El fotógrafo tardó unos minutos en hacer su trabajo, tras lo cual Max entró con pies de plomo en el área acordonada, se colocó unas viejas gafas en sus grandes orejas, miró las dispersas partes del esqueleto y cogió un hueso.

—Un fémur, Morse. *Femur, femoris*, neutro. El hueso del muslo.

—¿Y?

Max dejó el hueso en el suelo y se volvió hacia el inspector.

—Mira, aunque no tengo costumbre de pedirte consejos de carácter forense, quiero que contestes a una pregunta. ¿Qué coño tengo que hacer con este revoltijo?

Morse meneó la cabeza.

—No estoy seguro. —De pronto, sin embargo, sus ojos se encendieron como si una corriente interior acabara de ser activada—. Sabía que estaba aquí, Max —dijo lentamente—. No sé por qué, pero lo sabía. Pienso averiguar quién asesinó a nuestra doncella sueca, y quiero que me ayudes, Max. Quiero que me ayudes a pintar el cuadro de lo que ocurrió aquí hace un año.

La vehemencia casi mesiánica con la que Morse había proferido estas palabras habría bastado para conmover a cualquier persona. No así a Max.

—Tú eres el artista, amigo mío. Yo sólo soy un humilde científico.

—¿Cuánto tardarás?

—¿En examinar los huesos quieres decir?

—Y la ropa… y la ropa interior.

—Ah, sí. Lo olvidaba. Siempre te ha interesado la ropa interior. —Max consultó su reloj—. Abren a las seis, ¿verdad? Te veré en la barra de arriba del White Hart…

—No, no puedo… Tengo una reunión en la comisaría a las seis y media.

—¿En serio? Creí que eras tú quien estaba a cargo de este caso, Morse.

Estaban de nuevo los cuatro: el segundo jefe de policía, Strange, Johnson y Morse. Para este último las felicitaciones fueron, como es natural, generosas. En cuanto a Johnson, en cambio, los sentimientos eran encontrados: Morse había hallado el cadáver de la muchacha en un par de días, mientras que él se había pasado doce meses sin hacer progresos. Así de sencillo era el asunto. La noticia era buena para el caso, por descontado, pero no tanto para su ánimo ni para la opinión que tenían de él sus compañeros, ni para su esposa, ni siquiera para su nueva suegra. Con todo, cuando una hora más tarde la reunión llegó a su fin, le dio la mano a Morse y le deseó lo mejor casi con sinceridad.

En cuanto el segundo jefe de policía y Johnson se hubieron marchado, Strange también le expresó a Morse sus deseos de que siguiera cosechando éxitos, y añadió que ahora que había encontrado un cadáver, lo único que quedaba por hacer era encontrar al asesino, para que él, Strange, pudiera recibir un bonito informe y mandarlo al fiscal. De ese modo les darían una

patada en el culo a los sabihondillos de los abogados de la defensa y meterían al cabrón que lo había hecho en chirona por el resto de sus días. Y también le pondrían una soga al cuello, si de él dependiera, joder…

—Menos mal que no colgamos a los seis de Birmingham —dijo Morse.

27

Era una máxima de Foxey, nuestro venerado padre, caballeros: «Sospecha siempre de todo el mundo».

Charles Dickens, *El viejo almacén de antigüedades*

A la mañana siguiente, sábado 18 de julio, Morse se mostró, en opinión de Lewis, algo distante y reservado. Lo normal era que el jefe comenzara (aunque no siempre que continuara) cualquier caso con dosis sobradas de confianza y euforia. Y así sería muy pronto, sin duda, aunque no por el momento.

—Allí realmente no hay mucho con lo que ponerse a trabajar, señor. —Lewis señaló con la cabeza los dos archivadores de cartón rojo que había sobre la mesa.

—Yo también he hecho mis deberes.

—¿Por dónde empezamos?

—No es fácil decirlo. En realidad deberíamos esperar a que Max nos dijera algo para poner manos a la obra.

—¿Se refiere a lo del ADN?

—¿ADN? Pero si ni siquiera sabe lo que significan las siglas.

—¿Cuándo va a entregarle el informe?

—Durante el día de hoy, me dijo.

—¿Y eso qué significa?

—¿Esta noche tal vez? —dijo Morse encogiéndose de hombros. De pronto, sin embargo, se irguió en la butaca de cuero negro, pareció despabilarse, sacó su bolígrafo Parker plateado y empezó a tomar notas al tiempo que se ponía a hablar.

—Tenemos que ver a varias personas muy pronto.

—¿En quién está pensando, señor?

—¿Que en quién estoy pensando? Bueno, en primer lugar tenemos al tipo que encontró la mochila, Daley. Vamos a repasar su declaración punto por punto. Nunca me ha caído bien.

—Pero si no le conoce…

—En segundo lugar, tenemos a la mujer de la YWCA que habló con Karin antes de que saliera rumbo a Oxford. Parece simpática.

—Pero si no…

—He hablado con ella por teléfono, Lewis, por si te interesa. Parece simpática, es lo único que he dicho. No te molesta, ¿verdad?

Lewis sonrió para sus adentros. Daba gusto volver al trabajo en equipo.

—En tercer lugar —prosiguió Morse—, tenemos que hablar largo y tendido con ese hombre de Wytham, el Llanero Solitario o como se llame.

—El jefe de guardabosques.

—Exacto.

—¿Él le cayó bien?

Morse se miró los dedos manchados de tinta de su mano derecha.

—Prácticamente nos dijo dónde estaba la chica, ¿no? Nos dijo dónde escondería él un cadáver si tuviera que hacerlo…

—De todos modos, es poco probable que nos lo hubiera dicho si lo hubiese dejado allí él mismo, ¿no cree? Se estaría incriminando a sí mismo.

Morse no contestó.

—¿Y qué me dice de los testigos que declararon haberla visto? ¿Cree que merecería la pena volver a hablar con ellos?

—Lo dudo, aunque… Bueno, los pondremos en cuarto lugar, y en el quinto a los padres…

—Sólo tenía madre, señor.

—… en Uppsala.

—Ahora vive en Estocolmo.

—Cierto. Vamos a tener que hablar con ella de nuevo.

—Antes habrá que avisarle, claro.

—Si se trata de Karin, querrás decir.

—Usted no tiene muchas dudas al respecto, ¿verdad, señor?

—Verdad.

—Supongo que irá usted mismo… A Estocolmo, me refiero.

Morse alzó la vista, al parecer algo sorprendido.

—O tú, Lewis.

—Muy amable de su parte, señor.

—De amable nada. Tengo terror a los aviones, ya lo sabes. —Su voz, sin embargo, tenía de nuevo tono triste.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Lewis suavemente.

—Lo estaré pronto, Lewis, no te preocupes. Me pregunto si el señor George Daley sigue trabajando en la finca Blenheim.

—Es sábado. Seguramente no trabaja hoy.

—Cierto. Y su hijo…, ¿cómo se llamaba?, Philip, el chico al que le regalaron una cámara por su cumpleaños, la cámara de Karin Eriksson. Este año todavía iba al instituto.

—Probablemente aún vaya.

—No, no exactamente, Lewis. Los institutos públicos de Oxfordshire terminaron las clases ayer.

—¿Por qué sabe eso?

—He llamado para enterarme. Por eso.

—Ya veo que se lo ha estado pasando en grande con el teléfono —comentó Lewis alegremente al tiempo que se ponía en pie e iba por el coche.

Mientras conducía por la A44 en dirección a Begbroke, Lewis miró fugazmente hacia su izquierda mientras Morse abría un sobre, sacaba un folio escrito y lo leía. No era la primera vez que lo hacía, ni siquiera la cuarta:

Querido inspector jefe:

Muchas gracias por su carta y por su interesante selección de discos.

Sería un buen debate para la asamblea del distrito de Oxford: «Esta asamblea cree que la franqueza en cuestiones de infidelidad es preferible al engaño». Sea como sea, voy a decirte lo que quieres saber. Me casé en el setenta y seis, me divorcié en el ochenta y dos, me volví a casar en el ochenta y cuatro y me separé en el ochenta y ocho. Tengo sólo una hija, que ahora tiene veinte años. Haz tus cálculos, listillo. Como ya sabes, me veo con cierta regularidad con un hombre casado de Oxford, y a intervalos menos frecuentes con otros. Pues bien, ahora va y apareces tú, por Dios… Te odio, porque estás monopolizando mis pensamientos justo después de que me hubiera dicho que para mí se habían acabado esas estupideces.

Te escribo por dos motivos. En primer lugar, para decirte que creo tener una idea de cómo pudo conseguir algo de dinero la chica que monopoliza *tus* pensamientos. De la misma manera que yo. En segundo lugar, para decirte que eres un arrogante de mierda. Me escribes como si pensaras que soy una colegiala ignorante. Pues bien, te diré que tú no eres la única florecilla sensible que hay en todo el jodido universo. Me citas a esos poetas como si pensaras que estás conectado a una especie de línea directa privada con ellos. Pues bien, te equivocas. Existen cientos de supletorios, como los que había en la oficina en la que yo trabajaba antes.

Por favor, escríbeme otra vez.

¿Puedo mandarte un poco de mi amor?

C.

Morse no se había fijado antes en el pequeño error ortográfico. Cuando guardó de nuevo la carta, se prometió a sí mismo no mencionárselo… cuando le volviera a escribir.

—Todavía no sé muy bien por qué vamos a interrogar al señor Daley, señor.

—Porque nos está ocultando algo, por eso.

—Pero usted no puede decir eso…

—Vamos a ver, Lewis, si no está ocultando algo no tiene mucho sentido que vayamos a interrogarle, ¿no?

Aunque ya estaba acostumbrado a ello, Lewis se quedó perplejo ante lo excéntrico del razonamiento, y decidió no darle más vueltas.

De todos modos, Morse parecía de pronto sorprendentemente animado.

28

> Sé siempre humilde; no hay lugar como la propia casa para volverse lentamente loco.
>
> Diógenes, *Obiter Dicta*

George Daley, que estaba trabajando horas extras, se encontraba plantando flores en el centro de jardinería de Blenheim cuando alzó la vista y vio a dos hombres. El de menor estatura había puesto ante su cara una placa de identificación. Sabía de qué se trataba, por supuesto. Al leer el *Oxford Mail*, periódico que había mostrado gran interés en el resucitado caso de la doncella sueca, Daley había comprendido que la policía no tardaría en volver a hablar con él.

—¿Señor Daley? Soy el inspector jefe Morse. Le presento al sargento Lewis.

Daley hizo un gesto con la cabeza, apoyó sus dedos extendidos en torno a una caléndula y se puso en pie. Era un hombre delgado de cuarenta y tantos años y llevaba un gastado sombrero caqui de copa plana y redonda. Se lo echó levemente hacia atrás, dejando al descubierto una línea roja en su sudorosa frente, y dijo:

—Supongo que se trata de lo que encontré.

—Sí, de los objetos que encontró —precisó Morse puntillosamente.

—Sólo puedo decirles lo mismo que dije la última vez. Presté declaración y la firmé. Es todo lo que puedo hacer.

Morse sacó un folio doblado del bolsillo interior de la chaqueta, lo desdobló y se lo entregó a Daley.

—Quisiera que leyera esto de principio a fin y que se asegure… bueno, ya sabe, y que me diga si hay algo más que puede añadir.

—Ya se lo he dicho. No hay nada más. —Daley se pasó una mano por la barbilla sin afeitar, produciendo un sonido como de lija sobre madera.

—Quisiera que volviera a leerlo de principio a fin —se limitó a decir Morse—. Eso es todo.

—Necesito mis gafas. Están en el cobertizo…

—No se preocupe. Es mejor que se lo tome con calma. No hay prisa. Como le he dicho, lo único que quiero es que se asegure de que todo está ahí tal como usted lo dijo, que nada ha quedado fuera. Con frecuencia son las minucias las que cambian totalmente las cosas.

—Si hubiera algo más se lo habría dicho al otro inspector, ¿no cree?

¿Había sido su imaginación, pensó Lewis, o realmente había visto una momentánea chispa de ansiedad en los claros ojos del jardinero?

—¿Va a estar esta noche en casa, señor Daley? —preguntó Morse.

—¿Hoy sábado? Los fines de semana suelo ir al *pub* a tomarme un par de pintas, pero…

—¿Qué le parece si paso por su casa a eso de… digamos a eso de las siete?

George Daley permaneció inmóvil, entornó los ojos y, sin pestañear, contempló alejarse a los dos detectives por el arco en dirección al aparcamiento para visitantes. Entonces posó la mirada una vez más en la fotocopia de la declaración. Había algo que le preocupaba: el «problema». Ese puñetero chaval suyo lo había jodido todo. Los hijos daban más problemas que alegrías. Sobre todo el suyo. Estaba convirtiéndose en un verdadero gamberro. Siempre llegaba tarde… Por ejemplo, la noche pasada. A las tres de la madrugada había vuelto, joder. Había salido con los compañeros, le había dicho, después del baile de fin de curso. Tenía una llave de casa, pero de poco valía, porque su madre no lograba conciliar el sueño hasta que le oía llegar. Menuda tonta era la muy jodida…

—¿Adónde, señor? —preguntó Lewis.

—Creo que lo mejor será que vayamos a ver a la señora Daley.

—¿Qué opina del señor Daley?

—Le he visto nervioso.

—La mayoría de la gente se pone nerviosa con la policía.

—Hay quien tiene buenos motivos para ello —dijo Morse.

Lewis había telefoneado antes a Margaret Daley para preguntarle dónde podía encontrar a su marido, por lo que la mujer que abrió la puerta del número 2 de

Blenheim Villas no se mostró sorprendida. A primera vista, parecía muy por encima de su esposo el horticultor: vestía con elegancia, hablaba de forma agradable, iba arreglada y tenía el pelo castaño claro y salpicado de mechones rubios y grises.

Morse se disculpó por molestarla, miró el salón, que acababan de decorar y estaba primorosamente amueblado, le hizo una serie de cumplidos del tipo: «vaya casita más acogedora» y le explicó el motivo de aquella visita y de la que le haría al menos uno de ellos a las siete de aquella tarde.

—Fue usted quien le dijo a su marido que devolviera la mochila, ¿no es así?

—Sí, aunque él lo habría hecho sin necesidad de que yo se lo dijera, sólo que más tarde. Sé que lo habría hecho.

Los estantes que había en el salón estaban llenos de adornos de porcelana de todas las formas y tamaños. Morse se acercó al estante que había encima de la estufa eléctrica, cogió con cuidado la figura de un perrillo, la examinó por un momento y luego la devolvió a su sitio.

—¿Un King Charles?

Margaret Daley hizo un gesto de asentimiento.

—Cavalier King Charles. Teníamos uno… pero murió en febrero. Se llamaba *Terreno*. Era un perrito precioso, con una cara encantadora. No me creería lo que lloramos cuando el veterinario tuvo que acabar con él. Me temo que es una raza de salud delicada.

—Mis vecinos tienen un perro de éstos —se permitió decir Lewis—, y están siempre llevándolo al veterinario. Tiene un historial médico tan largo como su brazo.

—Gracias, Lewis. Estoy seguro de que a la señora Daley no le apetece hablar de la reciente pérdida que ha sufrido la familia.

—Oh, no se preocupen. En realidad me gusta hablar de él. Todos le queríamos mucho. Philip y George también. De hecho, a veces era lo único que conseguía sacar a Philip de la cama.

Pero Morse parecía haber dejado de prestar atención al tema de los perros, pues estaba mirando por la ventana que había al fondo de la habitación y se diría que tenía los ojos fijos en un punto situado en la parte trasera del jardín, un jardín un poco más ancho que la casa y que se alargaba hacia atrás sobre una extensión de unos quince metros hasta llegar a una cerca de alambre que lo separaba del campo abierto. La parcela tenía el mismo aspecto que el jardín de delante de la casa. George Daley debía de pensar que ya dedicaba bastantes horas a la jardinería ganándose el pan en Blenheim, ya que el

descuidado césped que formaba el paisaje que se veía desde la parte de atrás del número 2 apenas mostraba huella alguna de su habilidad como horticultor, por no decir ninguna.

—No me lo puedo creer —exclamó Morse—. ¿Es eso una *Asphodelina lutea*?

La señora Daley se acercó a la ventana.

—Allí —dijo Morse señalando—. Esas flores amarillas, justo al otro lado de la valla.

—Son ranúnculos —exclamó Lewis.

—¿No tendrá, eh… no tendrá unos prismáticos, señora Daley?

—No, lo siento.

—¿Le importa si echo un vistazo? —preguntó Morse—. Mi sargento está siempre contradiciéndome.

Los tres salieron por la puerta de la cocina, cruzaron la puerta abierta del cobertizo y llegaron al jardín trasero, donde a las margaritas, los dientes de león y las plantainas de hoja ancha se les había dado una generosa libertad de movimientos. Morse se subió a la valla y miró al suelo tanto a derecha como a izquierda; luego, rápidamente, se fijó en las flores amarillas que había visto antes y reconoció que no eran más que ranúnculos. La señora Daley sonrió disimuladamente a Lewis, pero éste estaba escuchando con mucho interés la cháchara, aparentemente sin objeto, de su jefe.

—¿No tienen abono?

—No. Como pueden ver, George no le presta mucha atención al jardín. Dice que ya tiene bastante con lo de… ya saben a qué me refiero. —Señaló vagamente hacia Blenheim y condujo a los policías al interior de la casa.

—¿Cómo se deshacen de la basura entonces?

—A veces vamos al punto de recogida de basuras. También compramos esas bolsas especiales del ayuntamiento. Antes la quemábamos, pero hace un par de años molestamos a los vecinos… ya saben a qué me refiero, les ensuciábamos la ropa tendida y…

—Probablemente estarían además infringiendo las ordenanzas municipales —añadió Lewis. Por una vez, Morse pareció agradecer el comentario.

Fue también el sargento quien, cuando se disponían a irse, se fijó en que detrás de la puerta de entrada, entre los paraguas, los bastones y la raqueta de *squash* alabeada que llenaban el paragüero, había un rifle.

—¿Le gusta a su marido practicar el tiro?

—¿Qué…? Ah, sí. A George le gusta hacerlo de vez en cuando…

Amablemente, Lewis le recordó por segunda vez cuáles eran las exigencias de la ley.

—Ese rifle debería estar bajo llave. ¿Le importaría recordárselo a su marido, señora Daley?

Desde la ventana de la fachada Margaret Daley les vio alejarse en dirección al coche. El sargento se había mostrado un tanto severo con respecto a sus responsabilidades legales. El inspector, en cambio, bueno… el inspector le había parecido más simpático al interesarse por los perros, las flores y la decoración del salón, *su* decoración. Sin embargo, había empezado a dudar un poco de su juicio y ahora tenía la sensación de que sería probablemente Morse quien volvería aquella noche. Aunque no tenía de qué preocuparse. Bueno, tal vez sí: del «problema».

Pese a que era sábado y primer día de vacaciones, la señora Julie Ireson, consejera profesional de los alumnos del instituto Cherwell, Oxford, no había tenido ningún reparo en recibir a Lewis después de comer. El sargento deseaba acabar la entrevista lo antes posible, pues estaba agotado y había aceptado de buen grado la terminante orden que le había dado Morse de que se tomara un buen descanso (durante el resto del día, sin duda, y quizá también durante el siguiente, el domingo) y que no lo interrumpiera a menos que se produjese una novedad realmente importante.

Cuando llegó, la señora Ireson le estaba esperando en el desierto aparcamiento e inmediatamente le condujo al estudio que tenía en la primera planta, cuyas paredes y estanterías estaban repletas de libros sobre enfermería, cursos de secretariado, programas de aprendizaje, preparación industrial, educación para adultos, politécnicos, universidades… Para Lewis (cuyo único consejo profesional había sido la sentencia que le había dicho su padre: «Hay cosas peores que tener la boca cerrada la mayor parte del tiempo y el vientre siempre abierto»), que los estudiantes que dejaban los estudios tuvieran a su disposición una consejería en el mismo instituto era una interesante novedad.

Sobre la mesa le aguardaba una carpeta de color pardo en la que se hallaban los logros de Philip Daley. Los malogros, más bien. Tenía ahora diecisiete años y el día 17 de julio había descartado cualquier posibilidad de seguir estudiando, es decir, hacía veinticuatro horas. El instituto no quería mostrarse demasiado pesimista con respecto a los pequeños éxitos que había

cosechado en los exámenes de cinco asignaturas (inglés, dibujo técnico, geografía, ciencias generales y estudios de comunicación) del bachillerato elemental y superior con los que el anterior trimestre había procurado satisfacer a sus profesores. En el transcurso de los años, sin embargo, los informes de éstos e incluso los de los encargados de las asignaturas extraacadémicas, habían puesto de relieve una marcada carencia de entusiasmo acerca de su actitud y progreso. Con todo, hasta fecha bastante reciente no había planteado ningún problema de consideración a la comunidad escolar: tenía una limitada capacidad intelectual y una limitada destreza técnica y profesional. En líneas generales, era como los demás.

Lewis descubrió que la filosofía educativa moderna animaba en cierta medida a los estudiantes a evaluarse a sí mismos. Entre los documentos de la carpeta había una hoja fechada dieciocho meses antes en la que Philip había respondido de su puño y letra un cuestionario sobre sus seis «pasatiempos y actividades para el tiempo libre» favoritos. La lista rezaba como sigue:

1 Fútbol.
2 Música pop.
3 Fotografía.
4 Animales.
5 Motos.
6 Televisión.

—No tiene mala ortografía —comentó Lewis.

—Es difícil cometer faltas en «motos», sargento.

—Ya, pero no se ha dejado ni un acento.

—Probablemente consultó el diccionario.

—¿No le gustaba el chico? —preguntó Lewis.

—No, me temo que no. Me alegro de que se haya ido, si le interesa saberlo. —La consejera era más joven de lo que Lewis había esperado. ¿Sería también más vulnerable?

—¿Por alguna razón en concreto?

—Sólo por razones generales.

—Bueno, muchas gracias, señora Ireson. ¿Puedo llevarme la carpeta?

—¿Le interesa el chico por alguna razón en concreto?

—No, sólo por razones generales —repitió Lewis.

Durmió sin interrupción desde las seis y media de aquella tarde hasta casi las diez de la mañana siguiente. Cuando por fin se despertó, se enteró de que la noche anterior Morse había llamado por teléfono y había dejado un mensaje: que no se le ocurriera ir a la comisaría el domingo por ningún motivo; eso sí, sería una buena idea que comprobara si tenía el pasaporte en regla.

Vaya, vaya…

29

> Todo techo resulta agradable a la mirada hasta que lo levantamos; entonces encontramos tragedia, mujeres que gimen y hombres de mirada severa.
>
> Ralph Waldon Emerson, *Experiencia*

Cuando el reloj del tablero del Jaguar marcaba las siete menos dos minutos, Morse se detuvo en la carretera de acceso a la que daba el número 2 de Blenheim Villas. Ahora estaba bastante seguro del terreno que pisaba, sobre todo después de haber leído de principio a fin la carpeta que Lewis le había llevado. Estaba seguro de que en el salón de los Daley había una estufa eléctrica y casi seguro de que la antigua carbonera había sido transformada en cuarto de herramientas (en el que, cuando se dirigían al jardín, había podido ver una lavadora y una secadora recién instaladas sobre un suelo de baldosas rojas). Sin embargo, no podía hablar de la misma manera acerca del desarbolado jardín trasero; Morse tenía el absurdo orgullo de no haber sido *boy scout*, pero no podía negar que sus conocimientos sobre fuegos de campamento y barbacoas eran prácticamente nulos.

Cuando llamó a la puerta, se alegró por una vez de estar solo. Desde hacía cierto tiempo la consideración pública de la policía en su conjunto había empeorado: a los agentes se les había acusado de corrupción, de presentar falsas pruebas incriminatorias, de utilizar procedimientos indebidos, etcétera. Tales acusaciones habían creado inevitablemente un ambiente de sospecha y cierta animadversión. Además, en alguna ocasión él mismo —Morse era consciente de ello— se había sentido tentado de traspasar hasta cierto punto los límites del procedimiento, algo que, por cierto, muy pronto iba a volver a hacer. Se parecía un poco al jugador de dardos que se acerca a pocos centímetros de la diana para intentar acertar en el triple veinte. Lewis no lo habría permitido y así se lo habría dicho.

En un ambiente que difícilmente podía considerarse alegre, los Daley estaban sentados en el sofá de su salón. Morse, que se encontraba en el

butacón enfrente de ellos, fue directo al grano.

—¿Ha tenido tiempo de repasar su declaración, señor Daley?

—¿No le importa que mi esposa se quede?

—De hecho prefiero que esté presente —dijo Morse.

—Como ya he dicho antes, no tengo nada que añadir.

—Bien. —Morse se estiró, cogió la fotocopia, que ahora tenía un aspecto bastante sobado, y la leyó lentamente antes de alzar la vista y mirar a George Daley.

—Le seré franco, señor Daley. Lo que me preocupa es el asunto de la cámara.

—Ya le he contado a usted lo de la cámara, ¿no? —Si la dietista pronunciaba de vez en cuando las terminaciones «d» y «ado» con cierto amaneramiento, Daley las pasaba por alto casi siempre.

Morse pasó discretamente al ataque.

—¿Tiene afición a la fotografía?

—¿Yo? No, no mucha.

—¿Y usted, señora Daley?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y su hijo Philip?

—Sí, él sí. Ha empezado a tener afición recientemente, ¿verdad, cariño? —Daley se volvió hacia su esposa, quien hizo un vago gesto de asentimiento, sin dejar de mirar a Morse.

—Hace más tiempo que «recientemente», ¿no? El año pasado incluyó la fotografía en la lista de pasatiempos que le encargaron hacer en el instituto. A principios del año pasado, para ser exactos, unos meses antes de que usted encontrara la cámara.

—Sí, bueno, como le dije, íbamos a comprarle una de todos modos, para su cumpleaños, ¿verdad, cariño? —Una vez más, Margaret Daley hizo un movimiento de cabeza apenas discernible, pero sin dar muchas muestras de querer confirmar con palabras la inocente afirmación de su marido.

—Pero usted nunca ha tenido una cámara.

—Esssacto…

—¿Cómo supo entonces que la película de la cámara se había acabado?

—Pues mirando los números, ¿no? Los números te dicen cuándo has llegado al final.

—¿Cuando pone «diez», por ejemplo?

—Algo así.

—¿Y si la película tiene doce fotografías?

—Pues no lo sé… —No parecía que el tono un tanto agresivo de la pregunta le hubiera puesto a Daley nervioso en absoluto—. Probablemente fue Philip quien se fijó. —De nuevo se volvió hacia su esposa—. ¿Tenía diez o doce, cariño? ¿Te acuerdas?

Morse se adelantó a la respuesta.

—Entonces ¿ya tenía una cámara?

—Sí, bueno, una barateja que le habíamos comprado…

—Era española. —La señora Daley salió de su mutismo.

—¿Sabría usted sacar un carrete de una cámara, señor Daley?

—Bueno, no… a menos que…

—Pero aquí dice —Morse volvió a mirar la declaración— que usted quemó el carrete.

—Sí, bueno… eso es cierto, ¿verdad, cariño? Deberíamos haberlo guardado, lo sé, pero, como dije, bueno… todos nos equivocamos alguna vez, ¿no? Además dijimos que lo sentíamos, ¿verdad, cariño?

Morse empezaba a darse cuenta de que estas dos últimas palabras, con sus correspondientes variantes, no eran más que un latiguillo retórico con el que Daley no buscaba obtener ninguna respuesta concreta.

—¿Dónde lo quemó? —preguntó Morse con voz queda.

—No lo sé… No me acuerdo. Lo tiré al fuego, supongo. —Daley hizo un gesto indefinido con la mano.

—Eso es una estufa eléctrica —dijo Morse señalando la chimenea.

—Sí, pero tenemos un hogar de carbón fuera, ¿vale? —La voz de Daley empezaba a denotar cierta exasperación.

—¿Tenían el fuego encendido aquel día?

—¿Cómo coño voy a acordarme de eso?

—¿Se acuerda usted, señora Daley?

Ella hizo un gesto de negación.

—De eso hace ya más de un año, ¿no? ¿Podría usted acordarse de algo ocurrido hace tanto tiempo?

—Hace quince años que no tengo un hogar de carbón en mi piso, señora Daley; de modo que sí podría acordarme.

—Pues lo siento —dijo ella con voz queda—, yo no.

—¿Sabían que la temperatura en Oxfordshire aquel día era de veintidós grados? —Morse pensó que la temperatura que había dicho no estaba muy lejos de la verdadera.

—¿Qué? ¿A las diez de la noche? —Estaba claro que Daley estaba perdiendo la serenidad. Morse trató de aprovecharse de ello todo lo que pudo.

—¿Dónde guarda el carbón? Han transformado la carbonera en un cuarto para herramientas… Me lo ha enseñado su esposa.

—Si no fue aquí… pues no fue aquí, así que probablemente lo quemé en el jardín, ¿no?

—¿Qué quema en el jardín?

—¿Qué quemo en el jardín? ¡Que qué quemo! Me cago en… Quemo ramas, hojas…

—Ustedes no tienen árboles. Y aunque los tuvieran, el mes de julio es un poco pronto para las hojas.

—¡Por amor de Dios! Mire…

—No, señor Daley. —De pronto la voz del inspector sonó dura y autoritaria—. Mire usted. Si quema basura en el jardín, no se quede ahí y enséñeme dónde. —Morse se dejó de rodeos y añadió—: ¡Y si sigue contándome mentiras sobre este asunto, voy a traer un equipo forense para que le levanten el jardín!

Los Daley se quedaron en silencio.

—¿Fue usted quien llevó el carrete a revelar, señor Daley? ¿O fue su hijo? —La voz de Morse había recuperado la calma.

—Fue Philip —dijo Margaret Daley finalmente, tomando la iniciativa—. Tenía amistad con un muchacho cuyo padre es fotógrafo y tenía laboratorio en casa y todo eso… Creo que lo revelaron allí. —Al oírle hablar, Morse tuvo la impresión de que de repente la señora Daley había perdido su apariencia de relativo refinamiento, y empezó a preguntarse qué miembro de la pareja sería potencialmente más mentiroso.

—Deben decirme de qué eran esas fotografías. —Morse había hecho un esfuerzo por disimular el carácter apremiante de su petición, pero su voz acusó el miedo que tenía de que todo se fuera al traste.

—Que yo sepa no se las quedó… —dijo Daley.

Pero su esposa le interrumpió:

—Sólo salieron seis o siete fotos de las doce que había en el carrete. Algunas eran de pájaros… uno era rosáceo y tenía la cola negra…

—Era un arrendajo —dijo Daley.

—… y había dos fotos de un hombre, un hombre bastante joven, probablemente su novio. Las demás… como le he dicho, no… no salieron.

—Tengo que verlas —se limitó a decir Morse con tono casi inexorable.

—Seguro que las tiró —comentó Daley—. ¿Para qué las iba a guardar?

—Tengo que verlas —repitió Morse.

—Por Dios… ¿Pero no lo entiende? Ni yo mismo las he visto.

—¿Dónde está su hijo?

Marido y mujer se miraron. Fue él quien habló:

—Creo que está en Oxford. Salió el sábado por la noche y…

—¿Pueden enseñarme su habitación?

—¡Ni habitación ni leches! —masculló Daley—. Si quiere husmear por aquí, inspector, tendrá que traer una orden de registro, ¿vale?

—No necesito una. Tiene un rifle detrás de la puerta de entrada, señor Daley, y lo más probable es que también tenga una caja de cartuchos por algún lado. Lo único que tengo que hacer para levantar las tablas del suelo en caso de necesidad es leerle, escúcheme bien, *leerle* simplemente la disposición legislativa número 1531 de 1991. ¿Me entienden? ¿Los dos? Esa es la única obligación legal que tengo.

Morse no tuvo que improvisar más discursos inexactos acerca de las recientes leyes sobre explosivos. Margaret Daley se puso en pie y, antes de salir del salón, dijo:

—Usted no va a registrar la habitación de Philip con mi permiso, inspector. Pero si ha guardado las fotos, supongo que será mejor que me entere…

Morse oyó sus pasos en las escaleras, mientras el corazón le palpitaba: por favor, por favor…

Los dos hombres permanecieron sentados sin cruzar palabra mientras oían los crujidos de las tablas del suelo de arriba. Tampoco se pronunciaron muchas palabras cuando al cabo de unos minutos Margaret Daley volvió con siete fotografías en color y, sin abrir la boca, se las entregó a Morse.

—Gracias. ¿No hay más?

Ella negó con la cabeza.

Cuando Morse se hubo marchado, Margaret fue a la cocina, enchufó el hervidor y echó unas cucharadas de Nescafé instantáneo en una jarra.

—Supongo que ahora te irás a beber —dijo inexpresivamente cuando su marido entró en la cocina.

—¿Por qué no me dijiste lo de las fotos?

—¡Cállate! —le espetó ella con virulencia al tiempo que se volvía hacia él.

—¿Dónde coño las has encontrado, so…?

—¡Cállate y escucha! Por si te interesa, George Daley, he estado mirando en su habitación porque si no nos enteramos pronto de qué está pasando y

hacemos algo al respecto acabaremos en la cárcel. Por eso, ¿vale? Había doce fotos, cinco de la chica…

—¡Pero serás estúpida…!

—¡Escucha! —gritó ella—. No se las he dado. Las he escondido, y ahora voy a deshacerme de ellas. Y no voy a enseñártelas. De un tiempo a esta parte te importa todo un carajo, así que da igual.

Daley avanzó hacia la puerta con los labios apretados.

—¡Deja de quejarte, so puta!

Su esposa había cogido unas tijeras de cocina de un cajón.

—¡No vuelvas a hablarme de esa manera, George Daley! —La voz le temblaba de furia.

Unos minutos después de oír el portazo que dio su marido al salir, subió a su dormitorio y cogió las cinco fotografías del cajón donde guardaba su ropa interior. Todas eran de Karin Eriksson, tumbada desnuda o semidesnuda en posturas impúdicas y provocativas. No quería ni pensar en las veces que su hijo se habría comido con los ojos aquellas fotografías y las parecidas que guardaba en una caja en el fondo de su armario y que ella había descubierto al hacer la limpieza de primavera de su habitación en abril de aquel año. Las llevó al retrete y, de pie ante la taza, rompió en trocitos la cara, los hombros, los senos, los muslos y las piernas de la bella Karin Eriksson, tirando de la cadena de vez en cuando para que desaparecieran por las cloacas de Begbroke.

30

> La cama es para el hombre un lugar de descanso; para la mujer es a menudo un potro de tortura.
>
> James Thurber, *Further Fables for Our Time*

La ambulancia, acompañada por los destellos rojos de su luz y el ulular de su sirena, llegó finalmente a la entrada de urgencias del hospital John Radcliffe a las nueve y cuarto de la noche. La palidez de la cara, el pegajoso sudor de la frente y la respiración trabajosa y poco profunda del hombre que fue transportado al interior apresuradamente en camilla bastó para que la enfermera jefe se hiciera una idea de lo que le sucedía, llamase acto seguido al médico interno de guardia y fuera a ayudar a sus compañeros a desnudar al hombre y cubrir su grueso cuerpo con una bata del hospital. Una serie de apresuradas lecturas (del electrocardiógrafo, la presión sanguínea y una radiografía del pecho) no tardó en confirmar lo que ya resultaba obvio: había sufrido una devastadora trombosis coronaria de consecuencias prácticamente irremediables.

Dos enfermeros llevaron velozmente la camilla por los pasillos del hospital hasta la Unidad de Cuidados Coronarios, donde levantaron al pesado hombre para dejarlo en una cama, en torno a la cual corrieron rápidamente unas cortinas. Conectaron cinco cables al pecho del hombre y los acoplaron al monitor, cuya pantalla, situada al lado de la cama, empezó enseguida a dar datos del ritmo cardíaco, la presión sanguínea y el pulso. Una enfermera bellísima y un tanto rolliza permaneció a la expectativa mientras el médico interno administraba al hombre una inyección de morfina.

—¿Hay alguna esperanza? —preguntó ella con voz queda al cabo de un par de minutos, una vez se hubieron acercado al panel de control en el que se encontraban los monitores UDV de cada una de las seis camas que había en la pequeña sala.

—Nunca se sabe, pero…

—Es un hombre bastante conocido, ¿verdad?

—Fue profesor mío. Bueno, iba a sus clases. Su especialidad era la sangre, y era una autoridad mundial en enfermedades venéreas. La policía le llama siempre, para autopsias y cosas similares.

La enfermera miró el monitor y, viendo que las lecturas parecían haberse regularizado, se dio cuenta de que deseaba de todo corazón que el anciano sobreviviera.

—Enfermera, dale algo de Frusemida… todo lo que quieras. Me preocupa el líquido que tiene en los pulmones.

El médico miró el monitor durante varios minutos más y luego volvió al lado de la cama, sobre cuya mesilla la enfermera acababa de colocar una jarra de agua y un vaso.

Cuando el médico se hubo marchado, la enfermera Shelick se quedó al lado de la cama del enfermo y le miró con la apasionada intensidad que siempre sentía hacia sus pacientes. Aunque aún no había llegado a los treinta, ella pertenecía a la vieja escuela, según la cual las virtudes que tenían las sencillas atenciones humanas eran casi tan indispensables como las ventajas de la tecnología más avanzada. Apoyó su mano derecha sobre la húmeda y fría frente y a continuación, durante los siguientes minutos, le pasó suavemente por la cara una compresa de franela caliente y humedecida. De pronto se dio cuenta de que el hombre había abierto los ojos y le estaba mirando.

—¿Enfermera?

—¿Sí?

—¿Podría… podría ponerse en… en contacto con una persona?

—Por supuesto. —Acercó el oído derecho a los amoratados labios, pero no logró entender lo que el enfermo le decía.

—¿Cómo dice?

—¡Morse!

—Lo siento. Por favor, ¿podría repetirlo? No estoy segura de…

—¡Morse!

—Sigo sin… Lo siento. Por favor…

Pero el hombre que estaba acostado en la cama había vuelto a cerrar los ojos, y las amables preguntas de la enfermera no obtuvieron respuesta.

Eran las once y cuarto de la noche.

La bella esposa del jefe de guardabosques también estaba acostada a aquella hora. Estaba igualmente boca arriba, y así permaneció, despierta y a la espera,

hasta que finalmente, a las doce menos veinticinco, oyó que abrían la puerta de la casa, la cerraban y echaban el cerrojo.

A pesar de haberse bebido cuatro pintas de Burton y dos *whiskys* en el White Hart, David Michaels sabía que estaba sobrio, demasiado sobrio… Algo debía de marchar rematadamente mal si un hombre no lograba emborracharse, de eso estaba seguro. Después de cepillarse los dientes, entró en el dormitorio, se quitó la ropa rápidamente y se deslizó debajo de la ligera cubrecama. Aunque ella siempre dormía desnuda, después de casarse él no había seguido su ejemplo y a menudo se sentía excitado no tanto por el hecho de que estuviera desnuda o por verla de esa manera como por pensar simplemente en ello. Ahora, al meterse en la cama a su lado en la oscura habitación, se dio cuenta de que sentía una vez más un súbito y maravilloso deseo. Se volvió hacia ella, extendió la mano derecha y le acarició el pecho. Sin embargo ella le cogió la muñeca y con sorprendente fuerza la apartó.

—No. Esta noche no.

—¿Ocurre algo?

—No me apetece, eso es todo. ¿No puedes entenderlo?

—Lo entiendo perfectamente —dijo Michaels con voz apagada poniéndose boca arriba.

—¿Por qué tenías que decírselo? —preguntó ella malhumoradamente.

—Porque conozco ese jodido lugar mejor que nadie, por eso.

—Pero ¿no te das cuenta de que…?

—Tenía que decirles algo. Por Dios, ¿no lo entiendes? Yo no lo sabía.

Ella se sentó en la cama y se inclinó sobre él apoyando la mano derecha sobre la almohada al lado de su cabeza.

—Pero ahora ellos pensarán que sí lo sabías.

—No seas estúpida. Si fuera yo, no les habría dado información. ¿No lo entiendes? Soy la última persona de la que pueden sospechar. En cambio, si no me hubiera mostrado dispuesto a colaborar…

Ella guardó silencio. Por un momento él estuvo preguntándose si sería acertado bajar a la cocina y preparar una buena cafetera para los dos y luego tal vez encender la lámpara y contemplar a su bella esposa. Pero no fue necesario. Al parecer Cathy Michaels había aceptado la lógica de sus palabras y se había tranquilizado, ya que se había tumbado de nuevo y vuelto hacia él. Poco después sintió la sedosa caricia del interior de su muslo sobre su piel.

31

> El fondo revela el verdadero ser del hombre o cosa. Si no poseo el fondo, hago al hombre transparente, a la cosa transparente.
>
> Juan Ramón Jiménez

Aquello era algo parecido a intentar resolver una complicada definición de crucigrama, pensó Morse cuando a las once y media de aquella misma noche se sentó en el salón de su casa y, contemplando sus previas libaciones con un par de dedos de Glenfiddich, contempló una vez más las fotografías que le había dado Margaret Daley. Cuando más se acercaba a la definición (cuanto más se acercaba a la fotografía), menos veía. Era preciso alejarse, ver las cosas en perspectiva, mirar el problema sinópticamente.

Desde el punto de vista que había adoptado hasta el momento para estudiar las fotografías, lo que había centrado su interés había sido el hombre que aparecía en dos de ellas, un hombre de altura baja tirando a media, pelo rubio y algo largo y tez bronceada, que tenía en la cara la sombra de una barba de un par de días, vestía una camiseta blanca y un pantalón vaquero azul descolorido y estaría a punto de cumplir los treinta. Sin embargo, el detalle no tenía la definición o la fidelidad suficiente para sentirse seguro del todo. Parecía como si el hombre que había sacado la foto (o, casi con toda certeza, la mujer) no hubiera tenido la experiencia necesaria para resolver el problema que suponía la brillante luz del sol que bañaba el jardín donde se habían tomado las instantáneas. Y si bien sabía muy poco (nada, en realidad) de fotografía, Morse empezaba a sospechar que tal vez hubiera algo más de competencia en la disposición del «tema» con respecto al «fondo» de la que había supuesto en un principio.

El hombre había sido fotografiado en un ángulo oblicuo con respecto al jardín, de suerte que se veía claramente una casa a su izquierda, una casa de tres pisos y ladrillo rosáceo que tenía una puerta de cristal entornada en la planta baja, y una ventana justo encima, ambas pintadas de blanco, así como una tubería de desagüe negra que bajaba hasta la planta baja. A la derecha del

hombre aparecía un arbolillo de grandes y ensortijadas hojas, irreconocible para Morse, que sabía poco (nada, en realidad) de esa clase de cosas. Pero aún había más. Estaba claro que la persona que había tomado las fotografías se había arrodillado o sentado para hacerlo, ya que la cabeza del hombre se elevaba en buena medida por encima del muro del jardín, el cual se elevaba a su vez claramente por detrás de los arbustos y las hojas. Y aún había más, pensó Morse mientras observaba de nuevo el fondo. La línea del tejado de la casa se prolongaba describiendo una curva algo convexa (o al menos así lo parecía) sobre la cabeza del hombre, y luego quedaba interrumpida en medio de la parte superior de la fotografía, lo cual no ocultaba la impresión de que la casa podría tal vez formar parte de una hilera.

Era asombroso, se dijo Morse para sus adentros, cuántas cosas se le habían escapado la primera vez que había examinado las fotografías. Con la extraña convicción de que sin duda hallaría la solución al misterio si las examinaba el tiempo necesario, las miró y remiró hasta que creyó ver dos casas en lugar de una, aunque sin saber con certeza si aquello se debía a un avance en su percepción o en su estado de embriaguez. Bueno, ¿y qué? ¿Y qué si era parte de una hilera? El número de hileras de casas de tres pisos y ladrillo rosáceo que había en el Reino Unido era incontable; y sólo en Oxford debía de elevarse a… Morse meneó la cabeza. No. Iba a ser imposible localizar la casa y el jardín, así que lo único que le quedaba era la cara del joven.

¿O era…?

De pronto se le ocurrió una idea estimulante. Una línea recta podía verse como una curva, tal como había supuesto hasta el momento, bien porque la cámara la había captado de dicha forma o bien porque al adoptar un punto de vista más amplio la línea empezaba a combarse para proporcionar una suerte de perspectiva redondeada. Sin embargo, semejantes explicaciones eran sin duda menos verosímiles que un hecho tan obvio que lo tenía ante sus narices, literalmente ante sus mismas narices. La línea formada por los tejados de la hilera de casas que configuraban el fondo de la fotografía parecía describir una curva convexa por una razón sencillísima y enteramente satisfactoria: era curvada.

¿Y si…? No, no podía ser… ¿Sería cierto que acababa de averiguar dónde estaba aquel lugar? Morse sintió un conocido cosquilleo en los hombros, y el vello de la nuca se le erizó. Se levantó de la butaca y se acercó a la estantería, de la que sacó el grueso volumen *Oxfordshire* de la colección «*Casas*

inglesas» de la editorial Penguin. La mano derecha le tembló levemente cuando encontró «Park Town» en el índice: página 230. En ella leyó:

> Proyectada en 1853-1855. Primera urbanización de North Oxford, construida en un terreno destinado en un principio a un asilo. La unión de sociedades creada para su fomento prometió la construcción de elegantes chalets e hileras de casas —los ojos de Morse se clavaron en esta última palabra—. El resultado fue el siguiente: se erigieron dos medias lunas (el inspector sintió un nuevo hormigueo por la piel) al norte y al sur respectivamente de un jardín central de forma elíptica, con fachadas de piedra de estilo clásico tardío, trasera de ladrillo con atractivas puertas de cristal que dan a unos pequeños jardines tapiados.

¡Pufff!

¡Por Dios!

¡Joder…!

Si estuviera de ánimo, pensó, iría a identificar la casa en aquel mismo momento. Seguro qué era la media luna sur; la luz del sol le permitía descartar la media luna norte. Además, si tenía en cuenta aquel árbol, con sus grandes y aterciopeladas hojas separadas, y la tubería de desagüe, y el muro y la hierba…

Cuando se volvió a sentar en su butaca de cuero negro, su rostro evidenciaba un alto grado de satisfacción. Entonces sonó el teléfono. Faltaba un cuarto de hora para la medianoche, y la voz era de mujer, una voz ronca, algo tímida y con acento del norte.

Se identificó como la doctora Laura Hobson, una de las nuevas chicas de los laboratorios de patología, una de las protegidas de Max. Se había quedado en el laboratorio para ayudar a Max a analizar los huesos de la chica cuando justo antes de las nueve se había encontrado al médico tumbado en el suelo. Había sufrido un ataque al corazón, un ataque grave. Desde que le habían ingresado en el hospital había permanecido inconsciente… Sin embargo, la enfermera le había llamado para decirle que, al parecer, Max había estado pidiendo que localizaran a Morse. La doctora Hobson esperaba que comprendiera lo que le estaba intentando decir…

Dios santo.

—¿En qué sala está?

—En la Unidad de Cuidados Coronarios…

—Sí, pero dónde.

—En el John Radcliffe 2. Pero no puede ir a verlo ahora. La enfermera me ha dicho…

—¡Conque no puedo! ¿Eh? —exclamó Morse.

—Por favor… Hay algo más, inspector. Max pasó todo el día analizando los huesos y…

—¡Al cuerno con los huesos!

—Pero…

—Mire. Le estoy agradecido, doctora…

—Hobson.

—… pero tengo que colgar. Max y yo —la voz de Morse se volvió repentinamente más templada y amable— somos… bueno… digamos que ninguno de los dos tenemos muchos amigos… Quiero ver a ese viejales si es cierto que se va a morir.

Pero Morse ya había colgado el auricular y la doctora Hobson no oyó la última frase. Ella también estaba muy triste. Conocía a Max desde hacía sólo seis semanas y, aun así, ya había comprendido que, en el fondo, era un hombre bueno. Hacía sólo una semana había tenido un sueño con ribetes eróticos en el que aparecía el feo, hosco y arrogante patólogo.

Sin embargo, el patólogo parecía estar respondiendo favorablemente, ya que estaba hablando con la enfermera Shelick en términos racionales, aunque con lentitud y sosiego, cuando se enteró de quién le venía a visitar y amenazó al médico interno con borrarle del registro médico si no dejaba pasar inmediatamente a Morse.

Aquella misma noche, empero, habían ingresado en el John Radcliffe 2 a una paciente que no había respondido de igual manera. Marion Bridewell, una niña antillana de ocho años había sido atropellada por un coche robado en la finca de Broadmoor Lea a las siete de la tarde, de resultas de lo cual había sufrido heridas gravísimas.

La niña moriría poco después de medianoche.

32

> Y Apolo entregó el cadáver de Sarpedón para que se lo llevaran unos veloces compañeros, la Muerte y el Sueño, hermanos gemelos, quienes lo transportaron por el aire a Licia, esa extensa y agradable tierra…
>
> Homero, *Ilíada*, xvi

—¿Cómo estás, viejo zorro? —preguntó Morse con afectado buen humor.

—Me estoy muriendo.

—Una vez dijiste que todos nos dirigimos hacia la muerte a una velocidad media de veinticuatro horas al día.

—Siempre he sido exacto, Morse. No he sido muy imaginativo, de acuerdo, pero exacto sí.

—Todavía no me has dicho cómo…

—Alguien dijo… alguien dijo: «Nada tiene mucha importancia… y al final nada tiene realmente importancia alguna».

—Lord Balfour.

—Siempre has sido un jodido enterado.

—La doctora Hobson me ha llamado…

—Ah, la bella Laura. No comprendo cómo se las arreglan los hombres para mantener las manos alejadas de ella.

—Quizá no lo hagan.

—Estaba pensando en ella ahora mismo… ¿Tú aún tienes ensoñaciones eróticas, Morse?

—La mayor parte del tiempo.

Esbozando una sonrisa torpe y melancólica, Max siguió mirándole con expresión cansada y rostro ceniciento.

—Tienes razón. La vida está llena de incertidumbres. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Muchas veces.

—La… la muerte siempre me ha interesado, ¿sabías? Es una especie de pasatiempo que tengo. Incluso cuando era un chaval…

—Lo sé. Max, escúchame: me han dicho que sólo me dejaban pasar si…

—No había bragas, ¿lo sabías?

—¿Qué? ¿Qué dices, Max?

—Los huesos, Morse…

—¿Qué pasa con los huesos?

—¿Tú crees en Dios?

—¡Oye! La mayoría de los obispos no cree en Dios.

—Y luego me dices que nunca contesto a tus preguntas…

Morse titubeó. Luego miró a su viejo amigo y le respondió:

—No.

Paradójicamente tal vez, el forense de la policía pareció hallar consuelo en la sinceridad del tajante monosílabo. Sus pensamientos, sin embargo, estaban avanzando tartamudeantes por un circuito discontinuo.

—¿Estás sorprendido, Morse?

—¿Disculpa?

—Estás sorprendido, ¿verdad? Reconócelo.

—¿Sorprendido?

—Me refiero a los huesos. No son de mujer.

Morse sintió que su corazón comenzaba a palpitar y que la sangre abandonaba sus hombros y bajaba por su corazón y su entrepierna… No son de mujer. ¿Era eso lo que Max acababa de decirle?

Morse sintió una palmada en el hombro, se volvió y se encontró con la enfermera Shelick. «Por favor», le dijeron silenciosamente sus labios al tiempo que miraba con inquietud aquellos cansados ojos que se abrían y cerraban de forma intermitente. Antes de irse, sin embargo, Morse se inclinó sobre el moribundo y le susurró al oído.

—Por la mañana traeré una botella de *whisky* para los dos y echaremos un trago, viejo zorro. Así que, ya sabes, no decaigas por favor, no decaigas… Hazlo por mí.

Morse se habría llevado una alegría si hubiera visto el destello que iluminó fugazmente los ojos de Max. Sin embargo, el viejo médico había girado la cabeza hacia la pared, que habían pintado recientemente de verde claro, y parecía haberse dormido.

Maximilian Theodore Siegfried de Bryn (su segundo y tercer nombre eran una sorpresa incluso para sus pocos amigos) se entregó a un reposo casi placentero dos horas después de que el inspector jefe Morse se hubiera ido y

expiró finalmente poco después de las tres de aquella madrugada. Había donado sus restos mortales a la Fundación para la Investigación Médica del Hospital John Radcliffe 2, rogando encarecidamente que se atendiera su petición. Su deseo sería cumplido.

Aunque pocas personas habían comprendido las rarezas de Max, eran muchas las que le habían conocido y muchas las que sentirían una efímera tristeza al enterarse de su desaparición. Con todo, el médico había sido hombre de pocos amigos. Al recibir por teléfono la noticia de su muerte, sólo un hombre había llorado, sentado en silencio en su despacho de la comisaría de policía del valle del Támesis, Kidlington, a las nueve de la mañana del domingo 19 de julio de 1992.

33

¿Qué es un comité? Un grupo de personas desganadas, elegidas por incompetentes, para hacer algo innecesario.

Richard Harkness, *New York Herald Tribune*, 15 de junio de 1960

Si uno quiere hacer negocios o espera encontrar a otras personas trabajando o siquiera fuera de la cama por la mañana, será mejor que elija para ello un día que no sea domingo. Aquella mañana, sin embargo, Laura Hobson se había levantado bastante temprano, y a las nueve y media ya se encontraba en el desierto edificio de la facultad de patología William Dunn esperando a Morse.

—Hola.

—Hola.

—¿Es usted el inspector Morse?

—El inspector jefe Morse.

—Disculpe.

—¿Y usted es la doctora Hobson?

—Yo soy ella.

Morse sonrió.

—Permítame que aplauda su dominio de la gramática, querida.

—No soy su «querida». Perdone que sea tan brusca, pero no soy ni el «amor» ni la «querida» ni el «encanto» ni el «cielo» de nadie. Tengo un nombre. Si estoy trabajando prefiero que me llamen doctora Hobson; si me desmeleno tomando una copa, tengo un nombre de pila: Laura. Éste es mi discursito, inspector jefe. Usted no es la primera persona que lo oye.

La doctora había estado sonriendo mientras hablaba, mostrando unos dientecillos blanquísimos. Era una mujer de treinta y pocos años, lucía unas gafas desproporcionadamente grandes sobre su bonita nariz y tenía la tez blanca y una altura tirando a baja, pues mediría poco más de un metro sesenta. Sin embargo, era su voz lo que había llamado la atención a Morse: el acento del norte con que pronunciaba las vocales largas de palabras como

«amor», el bonito «nommbree» de pila que tenía y tal vez también la posibilidad, nada despreciable, de quedar con ella para tomar una copa y verla desmelenarse…

Sentados en un par de taburetes en una habitación que a Morse le trajo a la memoria el odiado laboratorio de física de su instituto, la doctora le habló del sencillo aunque extraordinario hallazgo. El informe que había estado redactando Max, pese a no estar acabado, era incontestable: los huesos hallados en el bosque de Wytham pertenecían a una persona adulta del sexo masculino, raza caucásica, 1,67 de altura, constitución delgada, braquicéfalo, pelo rubio…

Pero la cabeza de Morse había salido disparada y se encontraba ya a varios centenares de metros de distancia. Hasta aquel momento había tenido la certeza de que los huesos eran de Karin Eriksson. Pues bien, pese a la equivocación, ahora sabía a quién pertenecían. El hombre de la fotografía le estaba mirando en aquel mismo instante fija e inequívocamente. Pidió a la doctora Hobson una fotocopia del breve informe preliminar que ella había redactado y se levantó para irse.

Fueron hasta la puerta de entrada en silencio; la doctora tampoco podía quitarse de la cabeza la muerte de Max.

—Usted le conocía bien, ¿verdad?

Morse asintió.

—Me siento tan triste… —se limitó a decir.

Morse volvió a asentir.

—«El carro está a punto de hacerse astillas, y el accidentado camino está llegando a su fin».

La doctora miró fijamente al hombre de pelo canoso y algo escaso con el que acababa de hablar cuando éste llegó a su Jaguar y, deteniéndose, levantó levemente en señal de despedida la mano en la que llevaba la fotocopia del informe. A continuación cerró la puerta, echó de nuevo la llave y volvió pensativamente al laboratorio.

Morse se planteó acercarse al John Radcliffe 2, pero al final decidió no hacerlo. No disponía de mucho tiempo. Se había convocado una reunión urgente de oficiales de categoría superior para las once de la mañana en la comisaría y, además, no había nada que él pudiera hacer. Tomó Parks Road,

pasó por Keble College y luego enfiló Banbury Road. Como todavía tenía unos minutos, volvió a doblar hacia la derecha y entró lentamente en Park Town conduciendo en la dirección de las agujas del reloj. De todos modos, no iba a disponer de la ocasión de hacer algo importante aquel día y, aunque la tuviera, sería mejor dejarlo todo para el día siguiente.

Los oficiales de categoría superior de la policía se reunían en un momento de considerable inquietud pública y en medio de fuertes críticas. Según la impresión extendida hasta aquel momento, los gamberros que estaban conduciendo temerariamente y causando destrozos en los comercios estaban actuando casi con impunidad pese a ser conocidos; mientras tanto, la policía apenas estaba haciendo nada para detener a aquellos jóvenes que estaban sembrando el terror en muchas partes de la comunidad de Broadmoor Lea. Semejante parecer no tenía mucha justificación, ya que la policía había estado sufriendo frustración tras frustración debido a la negativa de los habitantes de la zona a dar nombres y cooperar en el intento de limpiar su vecindario de crímenes. Sin embargo, la muerte de Marion Bridewell había cambiado la situación.

Durante aquel domingo, 19 de julio, se tomaron decisiones de importancia y se planeó su inmediata ejecución: por la mañana se llevaría a cabo una redada de forma coordinada a fin de efectuar una serie de arrestos y se programarían vistas especiales en diferentes tribunales para las dos tardes siguientes; se encargaría a varios empleados municipales la instalación de postes y albardillas de control a través de calles escogidas y se constituiría sin dilación un comité coordinador integrado por policías, responsables de enseñanza de la zona, asistentes sociales y pastores de la Iglesia.

Fue una reunión larga y con ribetes de malhumor. Morse aportó poco a las deliberaciones, pues tenía la cabeza muy lejos de allí, y sólo en una ocasión oyó algo que captó su interés. Lo que originó las situaciones tensas fue el inveterado cinismo de Strange con respecto a los comités:

—A este paso —rezongó—, en dos semanas tendremos un comité permanente, un comité directivo, un comité *ad hoc*… cualquier comité que se le ocurra a uno. Lo que deberíamos hacer es darles donde les duele… Multarles, por ejemplo, multar a sus papaítos, deducirles una cantidad del sueldo. Eso es lo que yo haría…

El jefe de policía mostró su conformidad sin aspavientos.

—Una idea espléndida. Además me parece que la nueva legislación nos servirá de gran ayuda. Pero hay un pequeño obstáculo, ¿no? Un buen número de estos muchachos no tiene padres, comisario.

Strange puso cara de desconcierto.

Y Morse esbozó su segunda sonrisa del día.

34

> Es probable que el residente que acaba de llegar a North Oxford descubra que el vecino de al lado no es tan listo como su esposa a pesar de tener un título de primera clase de una universidad prestigiosa.
>
> *Country Living*, enero de 1992

Morse estaba solo cuando, a media mañana del día siguiente, bajó a Park Town en coche para volver a rodear sin prisas las dos medias lunas que había, respectivamente, a cada lado del abundante número de árboles y arbustos en flor que crecían en el elíptico jardín central. Había muchos espacios para aparcar, por lo que tras la segunda vuelta detuvo el Jaguar en la parte sur y fue andando por delante de la docena de propiedades de estilo italiano que integraban la elegante hilera de casas de ladrillo. Al llegar al extremo este entró en un callejón y luego enfiló una callejuela de unos tres metros de ancho que se alargaba por detrás de las propiedades. A su derecha, el prolongado muro de ladrillo que protegía los pequeños jardines de la parte trasera tenía una altura de sólo metro y medio; Morse se dio cuenta de que ni siquiera sería necesario entrar en ninguno de ellos para encontrar lo que estaba buscando. Era tan fácil que parecía infantil; no hacía falta el intelecto de un Holmes para ello; de hecho, un breve reconocimiento del terreno al estilo Watson habría bastado para localizar el lugar casi de inmediato. Así pues, al cabo de un par de minutos, Morse estaba asomado al mojinete de la propiedad situada más al oeste, observando que los detalles que aparecían en las fotografías coincidían con lo que estaba viendo: la configuración de las tuberías de desagüe, la antena de televisión horizontal y algo crucial: el árbol sobre cuya rama inferior colgaba ahora el columpio rojo de un niño. A la izquierda del jardín había un banco de madera cuyas tablillas parecían en proceso de desintegración. El inspector pensó emocionado que seguramente aquel banco sería el lugar desde el que alguien, con toda probabilidad la misma Karin Eriksson, había hecho las dos fotografías del hombre braquicéfalo, de

constitución delgada, pelo rubio… ¿Qué más había dicho la doctora Hobson? No lograba acordarse. No importaba.

A continuación se acercó a la imponente puerta de la propiedad, denominada Seckham Villa, según la pequeña placa que había en el muro del porche. Debajo de ésta había tres timbres: «segunda planta: profesor S. Levi; primera planta: Jennifer Coombs; planta baja: profesor Alasdair McBryde». Evidentemente, una zona en la que proliferaban los profesores. Morse pulsó el timbre de abajo.

Abrió la puerta un hombre de treinta y tantos años, alto y de poblada barba que examinó minuciosamente las credenciales de Morse antes de responder a cualquier pregunta. Según le dijo, era de Ostrylia y se había trasladado allí con su mujer para llevar a cabo un proyecto de investigación en microbiología; llevaban en aquel piso desde agosto del año pasado y volverían a casa al cabo de dos semanas; se había enterado de la existencia de la propiedad gracias a un amigo del Mansfield College, quien había estado atento durante el verano anterior a alguna casa que les conviniese.

Agosto del año pasado…

¿Era éste su día de suerte?, pensó Morse.

—¿Conocía… conoció a la gente que vivía aquí antes de que usted llegara?

—Lo siento, pero no —contestó el hombre con un marcado acento australiano.

—¿Podría… podría echar un vistazo al interior?

Con poco entusiasmo, a juzgar por su reacción, McBryde le enseñó el camino hasta el salón. Morse se quedó mirando la espléndida habitación de techo alto e intentó aguzar los sentidos para captar hasta las vibraciones más vagas. De nada le sirvió. Hasta que no se asomó a la puerta de cristal que daba al soleado césped no sintió una sacudida de emoción: una niña de pelo oscuro ataviada con un vestido rosa se estaba balanceando distraídamente en el columpio del árbol. Sus pies, cuyos talones estaban cubiertos por calcetines blancos, no rozaban el suelo por poco.

—¿Su hija, señor McBryde?

—Sí. ¿Tiene usted hijos, inspector?

Morse hizo un gesto de negación.

—Una cosa más. ¿Tiene usted la… la libreta del alquiler o algo parecido a mano? Es importante que me ponga en contacto con… eh… con las personas que vivían aquí antes que ustedes.

McBryde se acercó a un escritorio situado al lado de la puerta de cristal y sacó la libreta de pagos de la propiedad, en cuya tapa se leía «agencia inmobiliaria».

—No estoy retrasado en el pago —dijo McBryde esbozando su primera sonrisa.

—Ya veo —dijo Morse al tiempo que le devolvía la libreta.

Los dos hombres se encaminaron a la entrada de la casa. McBryde llamó suavemente a una puerta que había a su derecha y apoyó la oreja contra el panel de madera.

—¿Querida?

Pero no hubo respuesta.

Al llegar a la puerta de la casa, Morse hizo su última pregunta.

—La agencia inmobiliaria se encuentra en Banbury Road, ¿no?

—Sí. ¿Va a ir allí ahora?

—Sí, creo que pasaré ahora mismo.

—¿Ha aparcado el coche aquí?

Morse señaló el Jaguar.

—Pues le aconsejo que lo deje donde está. Sólo se tarda cinco minutos en llegar a pie y no va a encontrar aparcamiento en North Parade.

Morse hizo un gesto de asentimiento. Buena idea. Además el Rose and Crown estaba de camino a North Parade.

Sin embargo, antes de salir de Park Town, Morse entró en el jardín de forma ovalada que separaba las medias lunas y leyó el único cartel que pudo encontrar, sujeto al tronco de un cedro:

ESTE JARDÍN FUE PROYECTADO HACIA EL AÑO 1850.

LOS RESIDENTES LO CONSERVAN PARA DISFRUTAR DE PAZ Y TRANQUILIDAD.

POR FAVOR, CONTRIBUYA A SU MANTENIMIENTO.

SE PROHÍBEN LOS PERROS, LAS BICICLETAS, LOS JUEGOS DE PELOTA Y LOS TRANSISTORES.

El inspector se sentó un momento en un banco de madera. Evidentemente, alguien no había contribuido a su mantenimiento, ya que una placa oblonga, en memoria sin duda de un antiguo residente, había sido arrancada recientemente de su respaldo. Luego Morse paseó sin prisa por su periferia con el pensamiento dividido entre Max y las fotografías sacadas en el jardín perteneciente al piso de la planta baja de Seckham Villa. Cuando dobló el extremo oeste del jardín, se dio cuenta de que Seckham Villa se encontraba precisamente cruzando la calle, justo enfrente de donde estaba él en aquel

momento. El Jaguar granate estaba aparcado a la izquierda. Entonces, mientras observaba una vez más con admiración la elegante fachada, creyó ver una cara barbuda que se ocultaba repentinamente detrás de las mugrientas cortinas de la habitación de Seckham Villa que daba a la calle, la misma en que la señora McBryde estaba sufriendo Dios sabría qué enfermedad. ¿Sería su marido más curioso de lo que le había parecido? ¿O sería el Jaguar, que a menudo atraía semejantes miradas de interés, lo que le había hecho asomarse?

Pensativamente, Morse salió de Park Town y dobló a la izquierda para seguir por Banbury Road. La agencia inmobiliaria estaba muy cerca. Y también lo estaba North Parade. Y el Rose and Crown.

35

Hacer negocios sin publicidad es como guiñarle el ojo a una chica en la oscuridad. Sabes qué estás haciendo, pero eres el único que lo sabe.

Stuart Henderson Britt, *New York Herald Tribune*, 30 de octubre de 1956

Tras beberse dos pintas de cerveza de barril en el Rose and Crown, Morse recorrió a pie la corta distancia que le separaba de la agencia inmobiliaria, donde pronto le condujeron de la recepción donde estaban trabajando dos jóvenes señoritas ante sendos ordenadores y de ahí al despacho particular del señor Martin Buckby, el moreno y elegante director de los servicios de alquiler de propiedades. Aunque ya era casi la hora de la comida, el director estaría encantado de ayudarle. Cómo no iba a estarlo…

Sí, su departamento estaba a cargo del alquiler de un buen número de propiedades de Park Town, la mayoría de las cuales se dividían en dos pisos y a veces en tres y solían ser alquiladas a licenciados y de vez en cuando a estudiantes. Naturalmente el alojamiento variaba, aunque algunos pisos, sobre todo los de la planta baja (o primer piso, como algunos los llamaban) eran amplios, elegantes y se conservaban en buen estado. El año de alquiler se solía dividir en dos períodos: de octubre a junio, que abarcaba el curso académico de la Universidad de Oxford, y de junio o julio hasta finales de septiembre, pensado especialmente para los diversos arrendatarios extranjeros que solían requerir alquileres cortos. Los anuncios relativos a la disponibilidad de este tipo de alojamiento se publicaban regularmente en el *Oxford Times* y de vez en cuando en el *Property Weekly*, si bien sólo una vez, ya que los pisos eran alquilados siempre de inmediato. Los anuncios proporcionaban una breve descripción de la propiedad disponible y el alquiler que se pedía: unas doscientas o doscientas cincuenta libras a la semana por el alquiler corto (según los precios del momento) y una cantidad menor y proporcional por el largo. El primer trámite se llevaba a cabo normalmente por teléfono, a menudo mediante agentes. Luego alguien (el mismo cliente o

bien un representante de una agencia) iba a ver la propiedad («Esto es muy importante, inspector») antes de terminar el papeleo ya en las oficinas de la firma, ya directamente por fax con el extranjero (una práctica cada vez más habitual). Entonces se depositaba una fianza, se firmaba un contrato de arriendo, se presentaba una referencia… Así era como funcionaba. No había garantía de buena fe, por supuesto, y en definitiva uno tenía que confiar en la intuición, pese a lo cual la agencia tenía en realidad muy pocos problemas. Cuando llegaba la fecha en que el cliente tenía que instalarse, un representante iba a la propiedad, entregaba las llaves, explicaba cómo funcionaba el gas, la electricidad, las llaves de paso, la calefacción central, los fusibles, los termostatos y demás, y proporcionaba al cliente un inventario de los efectos de la propiedad. El cliente tenía que comprobar si dicho inventario estaba completo y devolverlo antes de siete días a fin de evitar discusiones futuras acerca del número de cuchillos para pescado o almohadas de pluma que había en principio. El sistema funcionaba bien. El único caso de comportamiento extraño que se había dado durante el último año, por ejemplo, había sido la desaparición de un día para otro de un caballero sudamericano que se había llevado la llave. Eso era todo. Como, al igual que en el caso de los alquileres cortos, el total del arriendo se había pagado por anticipado junto con una fianza de quinientas libras, no se había sufrido ningún perjuicio si se exceptuaba el necesario cambio de cerradura de la puerta principal y el nuevo juego de llaves que habían tenido que encargar.

—¿Denunció usted el caso a la policía, señor Buckby?

—No. ¿Debería haberlo hecho?

Morse se encogió de hombros.

Ahora sabía bastante bien en qué consistía el trámite del alquiler; sin embargo, siempre se sentía más tranquilo, aclaró, cuando le daban ejemplos prácticos que cuando le explicaban generalidades. Morse le preguntó entonces si no sería una inconveniencia de su parte interesarse, por ejemplo, por la suma que estaba pagando el profesor McBryde por el piso de la planta baja de Seckham Villa.

Buckby sacó una carpeta verde de un archivador que tenía detrás de sí y la hojeó rápidamente.

—Trescientas libras al mes.

—¡Caramba! Parece excesivo.

—Es el alquiler actual. Además es un piso precioso, ¿no le parece? Uno de los mejores de toda la media luna. —Buckby sacó una hoja de la carpeta y leyó las especificaciones en alto.

Pero Morse apenas le prestó atención. Al fin y al cabo, aquel era el trabajo del director, ¿no? Dar la mejor descripción posible de lo que, tal como Morse había visto con sus propios ojos, no era más que un espacio bastante limitado, sobre todo para una pareja casada con un hijo. Al menos, uno.

—Pero ¿no acaba de decirme que el precio máximo de un alquiler corto es de doscientas cincuenta libras a la semana?

Buckby sonrió.

—No el de ese piso. Usted ya ha tenido ocasión de ver cómo es. Además, ¿qué le hace pensar que se trata de un alquiler corto, inspector?

Morse sintió que la sangre le hormigueaba en la nuca y, subliminalmente, empezó a acordarse de algunas de las especificaciones que le había enumerado Buckby. Extendió el brazo y cogió la hoja. «Vestíbulo; salón; comedor aparte; cocina equipada; dos dormitorios; estudio; cuarto de baño; calefacción central de gas; pequeño jardín tapiado».

Dos dormitorios… y una esposa enferma durmiendo en uno de ellos… un estudio… y una niña sentada en un columpio… ¡Dios! Morse meneó la cabeza con incredulidad ante su propia estupidez.

—En realidad, señor Buckby, había venido a preguntarle si tiene algún documento en el que conste quién vivía en ese piso en julio del año pasado. Pero intuyo que me va a decir que era el profesor Alasdair McBryde; y también que no tiene esposa; que los vecinos del piso de arriba tienen una hija pequeña morena y que el profesor es probablemente de Malta…

—De Gibraltar, para ser exactos.

—¿No tendrá otro juego de llaves? —preguntó Morse, casi desesperadamente.

El Jaguar continuaba aparcado delante de Seckham Villa. En el interior de ésta, sin embargo, no había ni rastro del profesor McBryde. La niña seguía sentada en el columpio, mesando suavemente el pelo de su muñequita. Morse abrió la puerta de cristal y se acercó a ella andando por la hierba.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Lucy y ésta es mi muñeca *Amanda*.

—¿Vives aquí, *Amanda*?

—Sí. Mi papá y mi mamá viven allí arriba. —Sus brillantes ojos se elevaron en dirección a la ventana trasera del piso superior.

—Tienes una muñeca muy bonita.

—¿Le gustaría cogerla?

—Me encantaría, pero en este momento tengo muchas cosas que hacer.

En su cabeza pudo oír una voz gritar: «¡Socorro, Lewis!». Se dio la vuelta y volvió al interior de la casa preguntándose por dónde diablos debía comenzar.

36

> Un noventa por ciento del atractivo de la pornografía se debe a los sentimientos indecentes relativos al sexo que los moralistas inculcan en los jóvenes; el otro diez por ciento es fisiológico y se da de una u otra forma sean cuales sean las circunstancias legales.
>
> Bertrand Russell, *El matrimonio y la moral*

Lewis llegó a Seckham Villa a las dos y cuarto de aquella tarde con la primera edición del *Oxford Mail*, en la que varias columnas estaban dedicadas a la ola de delitos automovilísticos que con regularidad creciente estaba conmocionando tanto Oxfordshire como la prensa nacional. No había nada ni nadie que no tuviera culpa en la situación: la policía, los padres, los profesores, la Iglesia, la recesión, el desempleo, la carencia de instalaciones para los jóvenes, la industria del automóvil, el tiempo, la televisión, los fabricantes de cerveza, los asistentes sociales de izquierdas, los asistentes sociales de derechas… El pecado original obtenía varios votos e incluso el diablo obtenía uno. Paradójicamente, la policía tenía al parecer más culpa que los responsables de los delitos, cuya intención era cada vez peor. Al menos la operación que se había llevado a cabo aquella mañana había dado fruto, le informó Lewis al inspector Morse: el único problema era que las actividades policiales en el bosque de Wytham quedarían a partir de aquel momento reducidas drásticamente. Sólo permanecerían allí cuatro hombres, uno de los cuales haría guardia permanente en el área acordonada de Pasticks.

Temporalmente desanimado, Morse escuchó las noticias dando escasas muestras de sorpresa y a continuación puso a Lewis al tanto de los ambivalentes logros alcanzados aquella mañana: el descubrimiento del jardín donde con toda probabilidad Karin Eriksson había pasado cierto tiempo antes de desaparecer y la ingenuidad que había demostrado al dar a McBryde (quien con bastante seguridad se había convertido ahora en una figura clave en el drama) tiempo más que suficiente para efectuar una apresurada huida.

Al final del pasillo de entrada de la planta baja, unas escaleras bastante empinadas que describían un giro de 180 grados conducían al sótano de Seckham Villa. Allí fue donde hicieron el primer hallazgo. El sótano constaba de una cocina modernizada de gran tamaño situada en la parte delantera; una espaciosa sala de estar a la que se llegaba pasando un arco, y que estaba amueblada con varios butacones, unas mesas bajas, una estantería, un sofá, un televisor y un equipo de alta fidelidad; una cama de matrimonio, de la que sólo quedaba un colchón de color azul claro; y, al lado de ésta, cuatro tablas cuadradas de madera ensambladas a lo largo de las cuales descansaban dos raíles. Los dos detectives supusieron que alguien los había utilizado hacía poco, y probablemente con frecuencia, para mover una cámara de cine de un lado a otro.

Morse, en compañía de Lewis y un policía, pasó la mayor parte de la tarde en aquel sótano, una vez que el agente que tomaba las huellas digitales y el agente y el fotógrafo encargados de estudiar el lugar del crimen hubieron terminado su trabajo. Las claras huellas que habían aparecido en la sartén antiadherente y en los cuchillos amontonados sin lavar en el fregadero serían a buen seguro las mismas que las docenas que habían aparecido por todo el piso, es decir, las de McBryde, huellas, en opinión de Morse, irrelevantes para la investigación. No se encontraron prendas de vestir, salvo un par de calcetines sucios de color *beige* hallados en un dormitorio; ni productos de aseo abandonados en los estantes del cuarto de baño; ni vídeos; ni documentos; ni pedazos de cartas en cualquiera de las dos papeleras o en el cubo de la basura que había al otro lado de la puerta trasera. En resumen, parecía evidente que el piso había sido vaciado, quizá recientemente, ante la eventualidad de que hubiera que huir rápidamente. Sin embargo, pronto se comprobó que había varios objetos que McBryde no había empaquetado y metido en la furgoneta blanca que utilizaba para viajar. Además, los armarios de la planta baja y del sótano contenían edredones, sábanas, fundas de almohada, mantas, toallas y manteles, objetos que, evidentemente, estaban en el inventario del arrendatario. La despensa de la cocina estaba bien abastecida de latas de alubias, fruta, salmón, espaguetis, atún y productos semejantes.

No obstante, fueron los raíles del sótano los que, como es natural, se convirtieron en el centro de interés del registro y dieron lugar a repetidos gestos de asombro y comentarios en voz baja pero subidos de tono entre los investigadores cuyas habilidades detectivescas, al menos en aquel caso, estuvieron a la altura de las del inspector jefe. En realidad, sólo una persona aquejada de grave estupidez hubiera sido incapaz de imaginarse la cámara y

el micrófono moviéndose lentamente a lo largo de la cama para registrar las variadas proezas fornicadoras que alguien habría realizado sobre aquel chirriante catre. Morse, por su parte, intentó evitar dar rienda suelta a su imaginación. A veces llegaban a la comisaría vídeos pornográficos, confiscados a altas horas de la noche en alguna redada de traficantes, y con frecuencia había sentido ganas de ver alguna de las crudas, dañinas y seductoras imágenes que contenían. Sin embargo, siempre había dicho a sus compañeros que él no estaba interesado en semejantes asuntos.

En un rincón de la cocina, atada pulcramente como si fuera a recogerla alguna organización ecologista, había una pila de periódicos viejos, en su mayoría ejemplares del *Daily Mail*, así como varios semanarios y revistas, entre ellos el *Oxford Today*, el *Oxcom*, el *TV Times*, un par de ejemplares de la publicación de la Real Sociedad para la Protección de Aves y un par de ofertas de la sociedad espástica pertenecientes a la Navidad pasada. Morse los hojeó rápidamente, con cierta esperanza de encontrar la revista porno de rigor; sin embargo, aparte de las fotografías de gaviotas de cabeza negra sacadas en el lago de Kinnordy que contempló durante un par de minutos, no encontró nada que le llamara la atención.

Fue Lewis quien los encontró, ocultos entre las páginas de uno de los periódicos gratuitos que se publicaban en la zona, el *Star*. Eran catorce folios, estaban grapados y habían sido fotocopiados de una publicación más lujosa y extensa. En cada uno de ellos había varias fotografías en las que figuraba (valga el verbo) la misma chica durante las diferentes etapas de un desnudo; en la parte inferior de cada hoja se indicaba el nombre de pila, así como las medidas (altura, pecho, cintura, cadera, ropa, zapatos y guantes) y el color del pelo y los ojos. En casi todos los casos, la fotografía que aparecía abajo a la izquierda mostraba a la modelo completamente desnuda, y en tres o cuatro casos en una pose sexualmente sugerente. Las jóvenes tenían nombres del tipo «barra americana» (Jayne, Kelly, Lindy-Lu, Mandy…) y, por su aspecto, debían de rondar los veinte años (la edad no se indicaba). Había cuatro folios, sin embargo, dedicados a mujeres de más edad, cuyos nombres estaban posiblemente pensados para reflejar su relativa madurez: Elaine, Dorothy, Mary, Luisa… El único dato que se proporcionaba aparte de los otros (no constaba dirección alguna) eran los signos con los que se indicaba la prioridad de los servicios: (I), (II), (III). Lewis, sin dejar de mostrar cierto interés (y regocijo), echó un vistazo a algunos de los que se ofrecían: servicios de compañía; lencería; cuero; traje de baño; vestidos de verano; sujetadores; modelo desnuda; peinados; guantes… Nada que pudiera preocupar a la

policía. No obstante, había tres chicas que anunciaban sus especialidades de manera más explícita. Mandy, por ejemplo, establecía sus prioridades de la siguiente manera: (I) vídeo casero; (II) películas pornográficas; (III) servicios de compañía durante toda la noche. Lindy-Lu, que llevaba unas botas de cuero que le llegaban hasta los muslos, proclamaba una consumada destreza con los azotes.

De pronto, mientras Morse y Lewis estudiaban aquella información, se produjo el gran hallazgo. Uno de los dos agentes encargados de registrar el salón de la planta baja había encontrado, sujeta a la parte de arriba de uno de los cajones del escritorio, una lista de nombres y direcciones: a buen seguro una lista de clientes, los cuales recibirían probablemente el material pornográfico en anónimos sobres marrones. Allí, en cuarto lugar contando desde abajo, había un nombre en el que tanto Morse como Lewis se fijaron de inmediato: George Daley, 2 Blenheim Villas, Begbroke, Oxfordshire.

Morse se quedó encantado con el descubrimiento, y las felicitaciones que le dirigió al agente fueron profusas y, en opinión de Lewis, quizá algo exageradas. No obstante, cuando se sentó en el sofá para observar una vez más cómo se desabrochaban y abrían las cremalleras las modelos y leer de nuevo la lista de nombres, Lewis tuvo la impresión de que su rostro reflejaba preocupación y cierta tristeza.

—¿Todo bien, señor?

—¿Qué? Oh, sí. Bien, bien. Estamos haciendo progresos estupendos. Que no decaiga —dijo al tiempo que se levantaba.

Sin embargo, el inspector no estaba contribuyendo a hacer nuevos progresos y, tras pasearse pensativamente durante unos minutos, volvió a sentarse y cogió la hoja de direcciones. Tendría que decírselo a Lewis, pensó, todavía no pero al final tendría que hacerlo… Miró una vez más al decimoséptimo nombre de la lista; jamás se olvidaría del nombre que la comisaría de Kidlington le había proporcionado cuando había llamado desde Lyme Regis para pedir información acerca de la matrícula H 35 LWL:

Doctor Alan Hardinge.

Cogió las fotografías de las modelos y volvió a leer los nombres, los datos personales y sus habilidades. En concreto releyó los de una de las modelos más maduras, Luisa, la que tanto había jugado con sus nombres en el hotel Bahía de Lyme Regis; la mujer cuya fotografía aparecía en aquel folio, una mujer desnuda por entero y verdaderamente apetecible…

Claire Osborne.

—Es una pena que no tengamos la dirección de… Bueno, debe de ser alguna agencia de modelos, ¿no?

—Eso no supone ningún problema, Lewis. Basta con llamar a uno de los tipos que aparecen en la lista.

—Quizá no la sepan.

—Si realmente quieres tenerla, puedo conseguirte la dirección en menos de diez minutos.

—No la quiero para mí, usted ya lo sabe.

—¡Pues claro que no es para ti!

Pensando que su presencia en Seckham Villa ya no era necesaria, Morse cogió los folios y ordenó a Lewis que se quedara un par de horas más, tras lo cual regresó a comisaría, desde donde marcó el número de Claire.

Estaba en casa.

—¿Claire?

—¿Morse?

Le había reconocido.

—Podrías haberme dicho que trabajabas para una agencia de señoritas de compañía.

—¿Por qué?

A Morse no se le ocurrió una respuesta.

—¿Qué? ¿Pensabas que era lo bastante perversa pero no hasta tal punto?

—Supongo que sí.

—¿Por qué no coges el coche y vienes esta noche por aquí? Me gustaría que vinieras.

Morse suspiró.

—Me dijiste que tenías una hija…

—¿Y?

—¿Te mantienes todavía en contacto con el padre?

—¿El padre? Vamos, por favor… Ni siquiera podría decirte quién es.

De pronto Morse sintió que su corazón se desgarraba como el velo del templo y, tras preguntarle a Claire el nombre y la dirección de la agencia de modelos (que ella se negó a darle), colgó.

Diez minutos más tarde, sonó el teléfono que Morse tenía sobre la mesa. Era Claire. No sabía cómo habría conseguido su número de teléfono. Habló durante treinta segundos, haciendo caso omiso de las interrupciones del inspector.

—¡Cállate, estúpido! Eres incapaz de ver más allá de tus narices, ¿verdad? ¿No te das cuenta de que he dejado por ti a todos los salidos con los que he

estado? En lugar de tratar de comprenderme lo único que se te ocurre es preguntarme quién es el padre de… Por Dios…

—Claire, escucha…

—¡No! ¡Escúchame tú, joder! Si no puedes aceptar lo que una mujer te dice sobre sí misma sin revolver el pasado ni hacer preguntas inútiles sobre el motivo y el hombre que… —La voz se le quebró por completo.

—¡Escucha, por favor!

—¡No me da la gana! Vete a la mierda, Morse, y no se te ocurra volver a llamarme, porque probablemente estaré tirándome a alguno y disfrutando tanto que no me apetecerá que me interrumpan…

—¡Claire!

Pero había colgado.

Durante la siguiente hora, Morse marcó su número cada cinco minutos y contó cada vez veinte señales. Así y todo, no obtuvo respuesta.

Lewis no había descubierto nada nuevo en Seckham Villa y llamó a la comisaría a las seis de la tarde, tal como Morse le había pedido.

—Muy bien. Vete a casa ya, Lewis, y duerme un poco. Buena suerte mañana.

Lewis tenía que coger al día siguiente el vuelo de las siete y media de la mañana con destino a Estocolmo.

37

> Ser enterrado vivo es, sin lugar a dudas, la más espantosa de las situaciones extremas que a los simples mortales les ha caído en suerte.
>
> Edgar Allan Poe, *Historias extraordinarias*

Como un manto de tristeza, la muerte de Max se cernía todavía sobre Morse cuando llegó a su despacho a la mañana siguiente. La muerte había ocupado sus pensamientos durante la noche pasada y aún persistía en su ánimo. De muchacho siempre le habían emocionado las palabras que pronunciara Sócrates al morir, según las cuales, si la muerte no era más que un letargo largo, ininterrumpido y carente de sueños, difícilmente podía concedérsele a la humanidad mejor favor. Pero ¿qué decir del cuerpo? Quizá el alma pudiera cuidarse de sí misma sin ningún problema, pero ¿qué sucedía con el cuerpo físico? En el episodio que más le gustaba a Morse de la *Ilíada*, los hermanos y familiares de Sarpedón enterraban su cadáver y erigían un túmulo y una columna en la rica y extensa tierra de Lidia. ¡De eso se trataba! Lo propio era tener una lápida y el nombre inscrito en ella. Sin embargo, tampoco podía olvidarse uno de aquellas historias que siempre le aterrorizaban, historias en las que unas personas que habían sido enterradas prematuramente presa del terror bajo una losa inamovible situada a unos centímetros por encima de su cuerpo. ¡No! La incineración era mejor que el entierro, sin duda… Morse ignoraba por completo lo que sucedía en cuanto las cortinas de los hornos se cerraban alrededor de los ataúdes de madera ligera que utilizaban en los crematorios… Como cuando caía el telón al acabar *El crepúsculo de los dioses*, pero sin los aplausos, por supuesto. Aquello era definitivo. Además ocurría en un santiamén, y si alguien deseaba esparcir el polvo mortal sobre los jardines del cementerio, pues… bueno, tal vez incluso fuera bueno para las rosas. Tampoco le importaría que le cantasen un par de himnos, *El día en que entregues el alma*, tal vez. Aquélla era una buena melodía. Mientras no hubiera oraciones ni se desviaran de la *Versión autorizada de las Santas Escrituras*… Quizá Max había acertado, evitando

elegantemente la elección entre entierro e incineración: el muy listo había donado sus restos mortales al hospital. De todos modos, era muy probable que los médicos se quedaran perplejos al ver alguno de sus órganos. ¡Ja!

Morse estaba sonriéndose a sí mismo cuando alzó la vista y vio a Strange en el umbral de la puerta.

—¿Alguna broma personal, Morse?

—Oh, no es nada, señor.

—Vamos, hombre. La vida ya es lo bastante triste.

—Estaba pensando en el hígado de Max…

—No creo que sea algo agradable de ver.

—No…

—Ha sido un golpe bastante duro para ti, ¿verdad?

—Bastante duro, es posible.

—¿Has leído las últimas noticias?

Strange lanzó un ejemplar del *Times* sobre la mesa. En la primera página había un breve párrafo en el que se informaba a los lectores que se tenía «la certeza casi completa de que los huesos descubiertos en el bosque de Wytham no pertenecen a la estudiante cuya desaparición dio lugar a la publicación del poema de la doncella sueca y su posterior análisis en este periódico (*Cartas al director*, página 13)».

—¿Algo que nos pueda servir de ayuda? —preguntó Morse con incredulidad al tiempo que abría el periódico.

—En mi opinión, no dice nada de importancia —contestó Strange.

Morse bajó la mirada y empezó a leer la carta.

> Señor director:
>
> Tal como ocurre en el caso de ciertos poemas líricos griegos de la primera época, da la impresión de que los versos de la estudiante sueca han sido estudiados de una manera tan exhaustiva que tal vez quede poco que decir sobre ellos. Cabe la posibilidad incluso de que la investigación haya llegado ya a su fin. No obstante, y por extraño que parezca, hay un aspecto significativo de los versos que apenas ha recibido atención hasta este momento. La combinación de «al tigre» con «hasta que la noche arda» (versos 9 y 12) ya ha sido comentada, pero no en un contexto específico. En mi opinión, señor director, cabría interpretar que el tigre (el gato) mira a los conductores en la oscuridad. ¿Qué brillante y sencillo invento ha guiado al despistado conductor por el metafórico bosque de la noche? Las luces reflectantes de la carretera[6].
>
> Vivo demasiado lejos de Oxford para comprobar la veracidad de esta tesis. Sin embargo, ¿no podría la policía interpretar estos versos como una verdadera pista y buscar por tanto (en Wytham o los alrededores) algún tramo de carretera en el que hayan instalado recientemente luces reflectantes?
>
> Sinceramente,

Anthony Beaulah,
Felsted School,
Essex.

—¿Crees que merece la pena que encarguemos este asunto a Lewis? —preguntó Strange cuando Morse hubo acabado de leer la carta.

—Esta mañana no, señor. Recuerde que está… eh… de vacaciones. —Morse consultó su reloj—. En este momento debe de estar contemplando Jutlandia por la ventanilla del avión.

—¿Por qué no has ido tú, Morse? Con todas esas rubias que hay en Suecia y lo…

—He creído que sería una buena experiencia para él.

—Mmm.

Los dos policías guardaron silencio, hasta que Strange cogió el periódico y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir preguntó:

—¿Has hecho ya testamento, Morse?

—No tengo mucho que dejar en herencia.

—¿Y qué me dices de todos esos discos que tienes?

—Creo que están un poco anticuados. Ahora todos compramos compactos.

—Quizá dentro de poco también estén anticuados los compactos.

Morse hizo un gesto de asentimiento. Strange no solía hacer comentarios tan perspicaces.

38

Los hombres se hacen más fuertes cuando se dan cuenta de que la mano que necesitan que les echen se encuentra al final de su brazo derecho.

Sidney J. Phillips, discurso, julio de 1953

Durante los veinte kilómetros que recorre en dirección sur el autobús que lleva del aeropuerto Arlanda a Estocolmo, Lewis disfrutó de lo que para él era una imagen poco habitual de un país extranjero. Al cabo de un rato las extensiones de abetos y pinos daban lugar a bosquecillos y campos abiertos, a los que seguían unas granjas rojas con graneros del mismo color y unas cuantas casas solariegas de madera. A continuación aparecieron las afueras de Estocolmo, con sus fábricas y sus edificios pulcros y relativamente nuevos, todo limpio e impecable. Dentro de la misma ciudad, tomaban el relevo edificios de tres o cuatro pisos rodeados de arboledas; y, por último, la terminal de la estación Central, que ponía punto final al viaje.

Lewis nunca había estudiado idiomas, y sus viajes al extranjero hasta la fecha se habían limitado a uno de tres semanas a Australia, otro de dos a Italia y a uno de una tarde a un supermercado de Calais. El hecho, por lo tanto, de que no tuviera dificultad para llamar a un taxi se debió única y exclusivamente al excelente inglés que hablaba el joven conductor del vehículo, quien pronto llevó a Lewis al barrio de Bromma y, en concreto, a un edificio de ocho plantas situado en Bergsvägen.

La policía de Estocolmo se había ofrecido a enviar a uno de sus hombres para que fuera a buscarle, pero Lewis había decidido rechazar el ofrecimiento cuando el día anterior había estado preparando los detalles de la visita. Rara vez lograba hacer prevalecer su opinión durante una investigación, y ésta era su oportunidad.

El vestíbulo de entrada al edificio era de un elegante granito rosa y en él había una placa con los nombres de los inquilinos:

Andreasson 8A.

Engström 8B.
Fastén 7A.
Olsson 7B. Kraft 6A.
Eriksson 6B.

¡Sexto piso!

Lewis se ilusionó al ver el nombre; era casi como… como si estuviera a punto de hacer un descubrimiento importante.

Abrió la puerta, sobre la que había una placa con el nombre «Eriksson», una mujer de cuarenta y tantos años, altura media, rolliza, de ojos marrones verdosos y pelo rubio castaño y corto.

—¿La señora Eriksson?

—Irma Eriksson —precisó ella mientras él le estrechaba la mano y entraba en el piso.

El vestíbulo estaba lleno de armarios y en una pared tenía una esfera que parecía hecha a mano y en la otra un gran espejo. Por una parte abierta Lewis vio una cocina perfectamente equipada, nueva y reluciente, con un hervidor de cobre y platos antiguos colgados de las paredes.

—Por aquí, señor Lewis. —Sonriendo, la señora Eriksson hizo una señal y le indicó el camino.

Hablaba inglés muy bien, con fluidez y corrección y sólo un leve acento extranjero, únicamente perceptible quizá por el ligero alargamiento de la «i» corta («M*ii*ster Lewis»).

El piso era sumamente pulcro, sobre todo el entarimado del suelo, tan reluciente que Lewis se preguntó si debería quitarse los zapatos, y más aún cuando vio que la señora Eriksson le hacía una señal para que se sentara en un sofá bajo de rayas marrones y se quedaba delante de él sin otra prenda en los pies que los calcetines.

Como tendría que describirle a Morse el mobiliario cuando volviera, se fijó en la gran cantidad de objetos acumulados en aquel salón: dos mesillas de una madera pesada y oscura; montones de plantas de interior; conjuntos de retratos familiares y fotografías por todas partes; docenas de candelabros; un televisor de gran tamaño; bonitos cojines; floreros; una colección de caballos Dala; dos crucifijos; y, como más tarde tuvo ocasión de averiguar, una colección de grabados de Carl Larsson. No obstante, y a pesar de todos los trastos, la habitación era espaciosa y amplia, y más aún estando completamente descorridas las cortinas de la ventana que daba al sur.

La conversación resultó fluida y, para Lewis, interesante. Aprendió algo sobre las típicas casas de clase media de las ciudades suecas y se enteró de

cómo y por qué los Eriksson se habían trasladado de Uppsala a Bergsvägen casi un año atrás después de que a Karin… bueno, le ocurriera lo que le hubiese ocurrido. Mientras Lewis repasaba rápidamente la declaración que Irma Eriksson había prestado hacía un año, ésta le miró con detenimiento (a él no se le escapó el detalle), hizo algún que otro gesto de asentimiento y en un par de ocasiones se quedó con expresión triste mirando fijamente la pequeña alfombra oriental. Pero sí, eso era todo, y no tenía nada que añadir. Desde aquel día hasta la fecha no había recibido ninguna noticia de su hija. Al principio, reconoció, había vivido de las esperanzas y se había negado a creer que Karin estuviera muerta. Paulatinamente, sin embargo, se había visto obligada a llegar a aquella conclusión. Había aceptado lo que era prácticamente evidente: que Karin había sido asesinada. Era mejor así. Agradecía los esfuerzos que la policía inglesa había realizado recientemente (¡de nuevo!) y había leído, por supuesto, las cartas que se publicaran en el periódico, ya que una amiga inglesa le había enviado los recortes regularmente.

—¿Quiere café? ¿Y un poco de *schnapps* sueco?

Cuando la señora Eriksson se dirigió a la cocina, Lewis apenas se podía creer que hubiera sido él quien había respondido afirmativamente tanto a la primera pregunta como a la segunda. En su carrera como policía había deseado infinidad de veces que Morse estuviera cerca para que le echara una mano; ahora en cambio era diferente. Se levantó y dio una vuelta lentamente por la habitación, mirando algunas fotografías y en concreto una en la que aparecían tres jóvenes vestidas con el traje típico sueco.

—¡Ah! Ha encontrado a mis preciosas hijas.

Había entrado silenciosamente y se encontraba a su lado, todavía calzada únicamente con los calcetines. Mediría unos diez o quince centímetros menos que el sargento, quien tenía una altura de un metro ochenta. Lewis olió la fragancia que desprendía y sintió un desconocido tic en la sien.

—Katarina, Karin y Kristina —dijo señalándolas una a una—, todas ellas más guapas que su madre, ¿verdad?

Lewis respondió con un comentario ambiguo y continuó sosteniendo la fotografía enmarcada. Las tres hermanas se parecían mucho: las tres tenían el cabello dorado, largo y liso, y tez pálida y pómulos salientes.

—¿Y dice que la del centro es Karin? —Lewis volvió a mirar a la joven que tal vez tenía el gesto más serio de las tres.

La madre de Karin asintió; de pronto, sin embargo, cogió la fotografía de las manos de Lewis y volvió a ponerla en su sitio sin darle ninguna

explicación por la brusquedad de su gesto.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted? —Se había sentado con las piernas cruzadas en una butaca delante de Lewis. Apartó el pequeño vaso en el que se había servido el *schnapps* y bebió el caliente y cargado café.

Lewis le hizo un buen número de preguntas y pronto se formó una idea mucho más clara de la joven a la que su madre se refería con tanto cariño.

Karin había sido una muchacha bastante inteligente, aunque a veces algo holgazana; había acabado el instituto en Uppsala a los dieciocho años con buenas perspectivas de futuro. Era atractiva; tenía aptitudes para la natación y el tenis y poseía varios distintivos y diplomas de sociedades escolares, grupos de guías de aficionados a la observación de aves, orientación, montañismo, yudo, bordado y musicales para aficionados. Justo después de que acabara el instituto, el marido de Irma, Staffan Eriksson, se había ido a vivir con una morena misteriosamente seductora que había conocido durante un viaje de negocios a Noruega y, bueno, eso era todo. Descruzó las piernas y miró a Lewis con una sonrisa de amabilidad.

—¿Otro *schnapps*?

—¿Por qué no? —respondió Lewis.

Katarina, prosiguió Irma Eriksson, la hija mayor, estaba casada y trabajaba de intérprete en la Comisión Europea en Estrasburgo; la pequeña, Kristina, de dieciocho años, estaba estudiando el último curso de ciencias sociales y vivía en casa, en el piso. ¿Si el señor Lewis deseaba verla…? ¿Se quedaba el señor Lewis en Estocolmo?

El detective notó en su sien el molesto tic de antes y retomó el tema de Karin.

¿Cómo era Karin… como persona? «Bueno, supongo que yo la llamaría independiente», dijo su madre. El verano anterior a ir a Inglaterra había pasado dos meses en un kibbutz cerca de Tel Aviv; y el anterior había visitado el círculo polar ártico con un grupo de ecologistas entusiastas. Sin embargo, nunca (por primera vez, Irma Eriksson pareció tener problemas con su vocabulario inglés) había sido una joven «fácil». No, ésa no era la palabra correcta… No había sido el tipo de chica que se fuera a la cama con…

—¿Era Karin… virgen, señora Eriksson?

—Irma, por favor.

—Irma, ¿sabe usted si lo era…?

—No estoy segura. Dejando aparte lo que le sucedió en Israel, si tuvo relaciones sexuales con alguien, sería con una persona que le gustara. Sabe lo que quiero decir, ¿verdad?

—Me ha dicho que le gustaban los pájaros.

Lewis se estaba despistando. ¿O quizá no?

—Oh, sí. Nunca se iba de vacaciones o de paseo sin llevar los prismáticos.

El idioma empezaba a fallarle un poco.

Sólo quedaba por preguntar una de las cosas que Morse le había pedido que confirmara: los trámites que habría tenido que realizar una joven como Karin para conseguir el permiso de trabajo y el pasaporte.

Cómo no.

Por primera vez, Lewis creyó ver el dolor que se ocultaba detrás de la mirada de tristeza de la señora Eriksson mientras ésta le explicaba que Suecia no pertenecía a la Comunidad Europea; que todos los súbditos suecos tenían que solicitar un permiso de trabajo en el Reino Unido si tenían la intención de quedarse durante cierto tiempo y que incluso en el caso del trabajo de *au pair* era aconsejable hacerlo. Sin embargo, Karin no había solicitado el permiso, ya que no pensaba quedarse más de tres semanas en el Reino Unido; para ese tiempo su pasaporte sueco, que tenía una validez de diez años, habría sido suficiente.

De repente Lewis se dio cuenta de que, si antes había habido algún atisbo de coqueteo en el comportamiento de la mujer, la situación había cambiado.

—Ustedes se quedaron con el pasaporte de Karin, ¿verdad? —prosiguió ella con voz queda.

El sargento hizo un gesto de asentimiento, pero enseguida frunció ligeramente el entrecejo, lo cual llevó a la señora Eriksson a darle una rápida explicación.

—Es que… supongo que teníamos la esperanza de que tal vez… de que si siguiera con vida tal vez solicitase uno nuevo, si lo hubiera perdido… Es que…

Lewis volvió a asentir.

—Pero no lo ha hecho, ¿verdad, señor Lewis? Claro, claro…

La señora Eriksson se levantó rápidamente y se puso un par de zapatos negros de tacón bajo.

—Me temo que no puedo comunicarle ninguna noticia esperanzadora. De veras —dijo Lewis levantándose a su vez.

—No importa. Lo sabía desde el principio… Lo que pasa es que…

—Lo sé… Gracias. Me ha servido usted de gran ayuda. Sólo una cosa más: ¿podría prestarme una foto de sus tres hijas…?

Cuando llegaron al vestíbulo, Lewis se arriesgó a dirigirle un cumplido sincero.

—¿Sabe una cosa? Siempre he envidiado a la gente como usted, señora… Irma, me refiero a las personas que saben hablar otros idiomas.

—Empezamos a aprender inglés pronto, en el cuarto curso de la enseñanza primaria, a los diez años de edad. Bueno, yo empecé a los doce, pero mis hijas empezaron a los diez.

Se estrecharon la mano y Lewis bajó andando a la planta baja, donde se quedó unos minutos contemplando un parque de recreo rodeado de una valla de poca altura hecha con tablas de madera de color marrón oscuro. No se veía ni una bolsa de patatas fritas. Era la primera hora de la tarde de un precioso día de verano; el cielo estaba azul y despejado y el sol brillaba, como los colores de la bandera que llevaba la mochila que habían encontrado en Begbroke, Oxfordshire.

Irma Eriksson le vio alejarse desde el balcón de su casa. En cuanto desapareció por la calle principal, volvió a entrar en el piso y se dirigió al dormitorio que había en la parte de atrás, donde tuvo lugar la siguiente conversación en sueco:

—¿Era inteligente?

—No especialmente. Pero era simpático, muy simpático.

—¿Le has pedido que se vaya a la cama contigo?

—Tal vez lo hubiera hecho si tú no hubieses estado aquí.

—¿Crees que ha sospechado algo?

—No.

—Pero te alegras de que se haya ido.

Irma Eriksson asintió.

—¿Quieres café?

—Por favor.

Cuando su madre se hubo ido, la joven se miró en el largo espejo de pared que había en la sombreada habitación y pensó que tenía cara de cansancio y ojeras. Sin embargo, si Lewis la hubiera visto aquella tarde, su pálida y elegante belleza le habría impresionado, al igual que le habría impresionado el parecido que guardaba con la estudiante de la fotografía que había dentro de la mochila encontrada en Begbroke, Oxfordshire.

39

> En un mundo en el que el deber y la autodisciplina han sido sustituidos por el hedonismo y la autosatisfacción, no hay nada como cerrar los ojos y seguir la corriente. Al menos en una fantasía, todo acaba felizmente para siempre jamás.
>
> Edwina Currie, *The Observer*, 23 de febrero 1992

Alan Hardinge había sacado un sobresaliente con honores en los dos exámenes de ciencias naturales de Cambridge; había permanecido en esta universidad para obtener el doctorado, luego había investigado durante dos años en Harvard y finalmente había conseguido una beca de investigación en la Universidad de Oxford. Un año más tarde había cortejado a una bibliotecaria de la Bodleain, se había casado con ella seis meses después y a continuación había sido padre de dos niñas. Una de ellas estaba estudiando ahora en Durham el segundo curso de psicología; la otra había muerto diecinueve días atrás cuando bajaba en bicicleta de Cumnor Hill a Oxford.

Aquella mañana del martes 21 de julio no le había sorprendido recibir una llamada telefónica del inspector jefe Morse, con quien había concertado una cita para las dos de la tarde de aquel mismo día en sus habitaciones de Oxford, las cuales daban al patio anterior del Lonsdale College.

—¿Qué sabe su esposa de sus aficiones y de Seckham Villa?

—Nada. Absolutamente nada. Así que, por favor, ¿podríamos evitar meter a Lynne… a mi esposa… en este asunto? Aún no se ha repuesto de la conmoción y sigue muy nerviosa… Dios sabe lo que…

El doctor Hardinge hablaba a borbotones, que puntuaba con pausas semejantes a las telegráficas. Era un hombre bajito y elegante, de pelo canoso y crespo, que vestía traje oscuro aun en pleno verano, cuando muchos colegas suyos paseaban por la universidad en camiseta y zapatillas deportivas.

—Eso no se lo puedo prometer, por supuesto…

—Pero ¿no lo comprende? Haría cualquier cosa… cualquier cosa… con tal de no hacer daño a Lynne. Sé que parece una muestra de debilidad… De

hecho, es una debilidad… Es lo que decimos todos… lo sé… pero es la verdad. —Hardinge estiró el cuello entre sus encorvados hombros como si fuera una tortuga circunspecta.

—¿Conoce a este hombre? —Morse le entregó una de las fotografías tomadas en el jardín de Seckham Villa.

Hardinge sacó unas gafas de una funda, si bien no pareció necesitarlas, pues miró la fotografía apenas un par de segundos antes de devolvérsela al inspector.

—James… ¿O Jamie…? Myton. Sí, le conozco… Le conocía. Una especie de aprendiz de todo y maestro de nada.

—¿Cómo le conoció?

—Veamos… Será mejor que primero le hable… le hable de mí. Sí… Será lo mejor.

Morse escuchó con interés, y sin ejercer ningún tipo de censura moral, la apología que le hizo Hardinge de su vida de aventuras sexuales.

Cuando era joven, una serie de mujeres maduras había irrumpido con regularidad en sus sueños, y él se había entregado enseguida, prácticamente sin sentimientos de culpa, a las fantasías sexuales que, tal como pudo descubrir, él mismo era capaz de crear en su imaginación sin ayuda de nadie, fantasías que, además, no tenían ni consecuencias ni producían decepciones. Al cumplir los veinte años habría empezado a sentir predilección (que no tardaría en materializar) por las películas y vídeos pornográficos que por entonces eran fáciles de conseguir. Entonces había conocido a Lynne, la cariñosa, honesta y crédula Lynne, quien se quedaría realmente estupefacta, aparte de dolida y avergonzada, si sospechara parte de la verdad. Después de casarse, sus fantasías no sólo habían persistido, sino que habían aumentado. Ansiaba alcanzar el placer sexual por medios aun más variados, lo cual había dado como resultado una serie de relaciones sórdidas. Se había convertido en un cliente habitual e insaciable de clubes de cine privados, revistas y vídeos de importación, espectáculos pornográficos en vivo, fiestas con «camareras»… ¡Con cuánta ilusión esperaba tales ocasiones! ¡Y cuán excitantes le resultaban las palabras que servían como contraseña mágica para tener acceso a semejantes divertimientos eróticos: «¿Son todos conocidos?»!

—¿Y eso es lo que ocurría regularmente en Seckham Villa?

—Con cierta regularidad… Rara vez éramos más de cinco o seis. Por lo general era gente con la que ya habíamos estado en un par de ocasiones.

Morse miró fijamente al apuesto impostor de mediana edad, que no dejaba de inclinarse hacia adelante, con sus facciones judías, su tez pálida, su

pronunciación, de la que se preocupaba excesivamente… Debería sentir desprecio hacia aquel hombre, pensó, pero no podía hacerlo. De acuerdo, tal vez Hardinge fuera un pervertido, pero un pervertido extraordinariamente honesto. Además, con sus ojos apagados y lagrimosos parecía estar cansado, perdido… Era un hombre débil, y no trataba de ocultarlo.

—Usted no es médico, pese a tener el título de «doctor», ¿verdad? —preguntó Morse cuando se hubieron hecho todas las confesiones relativas a la carne.

—No, no lo soy. Sólo escribí una tesis doctoral. Ya sabe usted cómo son estas cosas.

—¿Sobre qué?

—¿Promete no reírse?

—Póngame a prueba.

—«El peso corporal relativo del pájaro carbonero en los distintos hábitats de su distribución noreuropea».

Morse no se rió. ¡Pájaros! ¿Cuántas personas interesadas en pájaros había en aquel caso?

—¿Una investigación original?

—No hay otra, que yo sepa.

—¿Y le examinaron acerca de ese tema?

—No se puede obtener el doctorado de otra manera.

—Pero el profesor que le examinó… bueno… no podía saber tanto como usted, ¿no?

—Profesora, para ser exactos. Lo importante es, o al menos dicen que es, la manera de enfocar la investigación… el planteamiento… La manera de observar e indicar las cosas, la manera de categorizarlas y de llegar a algún tipo de conclusión. En cierto modo, es algo parecido a su trabajo, inspector.

—A lo que me refería es que no le habría sido difícil inventarse algunos datos…

Hardinge frunció el entrecejo y volvió a estirar el cuello entre los hombros.

—Inspector, le aseguro que no me estoy inventando nada sobre lo que ocurría en Seckham Villa, si a eso se refiere.

—Fue allí donde conoció a Claire Osborne, ¿verdad?

—¿Así le ha dicho que se llama?

—Luisa Hardinge, también.

Hardinge sonrió tristemente.

—Es el único halago que me ha dirigido jamás… Aunque también es verdad que le encanta cambiar de nombre… Lo hace siempre. En realidad no sabe quién es… ni lo quiere saber. Yo creo que es una especie de camaleón. Aunque seguramente no le esté diciendo nada que usted no sepa, inspector. Si no me equivoco, usted ya la conoce.

—¿Cómo se llama realmente?

—¿Se refiere al que consta en su partida de nacimiento? No lo sé.

Morse meneó la cabeza. ¿Había alguien que dijera la verdad en aquel caso?

—Que yo sepa, ella nunca ha ido a Seckham Villa —prosiguió Hardinge —. Yo la conocí a través de la agencia, a través de McBryde. ¿Ha hablado con él? La agencia proporciona fotografías… e informa de los servicios que se ofrecen… ya me entiende.

—¿Y también da las medidas?

—Sí, también.

—¿Se enamoró usted de ella?

Hardinge asintió.

—Eso no es tan difícil, ¿no le parece?

—¿Sigue enamorado de ella?

—Sí.

—¿Y ella de usted?

—No.

—Va a tener que darme la dirección de la agencia.

—Lo suponía.

—¿Cómo se las arregla para recibir toda la información y evitar que su esposa se entere?

—Los mandan en sobres normales y en paquetes… Llegan aquí… a esta dirección. Aquí recibo gran cantidad de información de tipo académico. No supone ningún problema…

Hardinge se asomó a la ventana cuando el inspector se alejó por el césped del patio anterior, que estaba regado y limpio de malas hierbas. Parecía un hombre comprensivo, pensó Hardinge. Debería sentirse agradecido por ello. Si hubiera sido más listo, podría haberle hecho alguna pregunta más perspicaz acerca de Myton. Entre otras cosas, Hardinge sabía en qué cadena de televisión el lujurioso fotógrafo había dicho que trabajaba. Sin embargo, y por extraño que pareciera, el inspector se había mostrado más interesado en Claire

Osborne que en el hombre más odioso que él, Hardinge, había tenido la desgracia de conocer jamás.

40

Entonces el pequeño Hiawatha
aprendió el lenguaje de todos los pájaros
aprendió sus nombres y todos sus secretos.

Henry Wadsworth Longfellow, *Hiawatha*

Aquella tarde el agente de policía Pollard estaba realmente harto de todo, tal como les diría a sus compañeros de Kidlington cuando más tarde les comentara su estado de ánimo. No había hablado con nadie durante más de dos horas, desde que los dos médicos del laboratorio de patología habían terminado de examinar el área acordonada, sacar varios montones de tierra de la pequeña parcela cubierta de hierba en el que se habían encontrado los huesos y llevárselos en unas bolsas de polietileno transparentes. Habían llegado justo después de la hora de la comida y apenas le habían dirigido la palabra; algo normal, tratándose de licenciados en ciencias y bioquímica y todas esas historias. Tales personas eran necesarias, por supuesto, aunque, en su opinión, en el cuerpo empezaba a haber demasiados listillos salidos de la universidad. También era consciente de lo importante que era mantener a la gente alejada del lugar del crimen, si es que se trataba realmente de un crimen… ¿A qué clase de persona pertenecerían los huesos encontrados? Aquel lugar estaba demasiado lejos del aparcamiento para que una pareja cargara con una manta hasta allí con idea de tener relaciones sexuales clandestinas. Además, ¿a quién se le ocurriría ir precisamente a aquel sitio con ese propósito? Al pasar con el coche por ahí, había visto a varios aficionados a los pájaros, pero el problema seguía siendo el mismo: ¿a quién se le ocurriría ir allí a ver pájaros? Aquel lugar era demasiado oscuro y los pájaros no podían entrar en él volando. Sería como si un avión tratara de pasar por entre los cables de una barrera de globos.

La tarde transcurría aburridamente. Pollard consultó su reloj por enésima vez: las cuatro y veinticinco. Le habían prometido que a las cinco llegaría un coche de policía a Singing Way con las nuevas órdenes y, con suerte, el

relevo… Aunque, claro, también cabía la posibilidad de que hubieran decidido cancelar el asunto ahora que se había terminado de batir el terreno y los ánimos se habían enfriado.

Las cinco menos cuarto.

Las cinco menos cinco.

Pollard dobló su ejemplar del *Sun* y cogió el termo que le habían dado. Se puso su gorra de cuadros blancos y negros y echó a andar lentamente por entre los árboles, sin tener la menor idea de que a su izquierda había un pequeño trepatroncos blanco describiendo espirales en torno a un haya y de que más allá un pico menor se había inmovilizado repentinamente sobre una corta rama de roble al oír el crujido de sus pasos.

Otro par de ojos siguió igualmente la espalda del agente a medida que éste se alejaba, los ojos de un hombre que no hizo ningún movimiento hasta que volvió a reinar el silencio. Sólo algún que otro gorjeo de pájaro (el débil tit-tit del trepatroncos y, poco después, el agudo qui-qui del pico menor) lo rompería durante las últimas y tranquilas horas de aquella tarde de verano. Y es que, a diferencia del agente Pollard, aquel hombre sabía mucho de bosques y pájaros.

El hombre avanzó por el claro que se extendía detrás del área acordonada e, inclinándose y sin dejar de mirar al suelo, recorrió, con lentitud y tan sistemáticamente como el terreno lo permitía, unos veinte metros, tras lo cual se giró y volvió sobre sus pasos hasta salvar una distancia de metro y medio. El hombre repitió este proceso una y otra vez hasta que hubo recorrido un área de unos quince metros cuadrados. En una o dos ocasiones cogió un objeto de la espesa hierba que cubría el suelo y se deshizo de él. Luego se trasladó a la parte izquierda del área acordonada y, sin entrar en ella, siguió pacientemente la misma pauta de comportamiento, siempre atento, siempre alerta, quedándose de vez en cuando completamente inmóvil, como un bailarín al que le hubieran dejado de pronto sin música. Así se pasó más de una hora, como un buey que tira de la reja del arado hasta el linde de la parcela y da media vuelta para abrir un surco paralelo, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Boustrofedon.

Fue justo después de las seis cuando lo encontró. Había estado a punto de escapársele; sólo se veía la punta del mango negro. En sus ojos brilló el mismo júbilo del cazador al sorprender a su presa. Sin embargo, en el mismo momento en que se metía el hallazgo en el bolsillo, volvió a quedarse inmóvil. Un susurro… cercano. Muy cercano. Entonces, con la misma rapidez, los músculos de sus hombros se relajaron. Qué sensación más

maravillosa… El zorro estaba a sólo tres metros de dónde él se encontraba, con las orejas alzadas y mirándole audazmente a los ojos; entonces dio media vuelta y desapareció en la maleza. Parecía como si hubiera llegado a la conclusión de que aquel extraño, a diferencia de otros, no iba a perturbar seguramente la tranquilidad de su territorio, su sagrado y solitario territorio.

El coche de la policía llegó con retraso («¡Menudo tráfico!», dijo el conductor) pero sin relevo: desafortunadamente, los cuatro agentes (Pollard y los otros tres apostados en los puntos de acceso para vehículos que había en el bosque) no podrían abandonar sus puestos hasta las siete de la tarde. Los problemas que estaban causando los chicos de Broadmoor Lea seguían teniendo prioridad; además, nadie parecía saber quién mandaba allí: el sargento Lewis se había largado a Suecia de vacaciones, a esquiar («¡Parece mentira…!») y el inspector jefe Morse no podía atender a nadie en aquel momento. Probablemente el muy jodido estaría en un *pub*. Una lástima que los *walkie-talkies* tampoco funcionaran… Seguramente la culpa la tenían todos aquellos árboles de mierda. Vamos, vamos…

De mala gana, Pollard volvió lentamente a su puesto; cuando llegó, tanto el trepatroncos como el pico menor habían desaparecido.

Y no sólo ellos.

41

> Poco a poco los agentes han tomado el control del mundo. No hacen nada, no construyen nada; se limitan a estar ahí y sacar tajada.
>
> Jean Giradoux, *La loca de Chaillot*

Morse no consiguió averiguar si el problema era que había mucho ajetreo en la agencia, que el teléfono estaba estropeado o que no querían hablar con él, pero lo cierto es que tuvo que esperar hasta las cuatro y media de la tarde para obtener línea y hasta las cinco para librarse del tráfico y aparcar finalmente en el pequeño aparcamiento de hormigón de Servicios de Contratación Elite, en Abingdon Road. Esperaba encontrarse un lugar lujoso, decorado con mármol y cristal, y con una atractiva morena, probablemente sin sujetador, en recepción. Sin embargo, lo que encontró fue algo bastante diferente.

El salón de la casa, que era adosada y tenía un aspecto algo sórdido, estaba tan atestada de archivadores y cajas de cartón que sólo quedaba espacio para las dos sillas con respaldo que ocupaban las dos propietarias. Una de éstas era muy voluminosa y había cometido una verdadera equivocación al ponerse la falda pantalón de color carmesí que llevaba; la otra era bastante menuda, tenía el pecho plano y llevaba medias negras y minifalda. Las dos estaban fumando cigarrillos mentolados y, a juzgar por los rebosantes ceniceros que había por toda la habitación, se dedicaban a ello con fervor. Instintivamente Morse pensó que, si alguna de ellas era la encargada, debía de ser la más menuda; sin embargo, fue la voluminosa (¿habría cumplido ya los treinta?) la que se dirigió a él:

—Le presento a Selina. Yo soy Michelle, Michelle Thompson. ¿En qué puedo servirle?

Pensando que la sonrisa que lucía Michelle en sus redondeadas y pecosas mejillas era bastante cordial e incluso atractiva, Morse se sentó a regañadientes en la silla de Selina, hizo sus preguntas y obtuvo sus respuestas.

La agencia recibía, cotejaba y distribuía la información que le llegaba de todas partes del país y que pudiera ser de interés y utilidad para toda clase de negocios, desde cadenas de televisión y productoras de cine a editores de revistas, modistos y organizadores de pasarelas, pasando, por, bueno… proveedores de productos menos saludables. Según las estipulaciones de sus contratos, la agencia se desentendía oficial, legal y completamente de cualquier responsabilidad que pudiera derivarse del mal uso de sus servicios. Cuando un cliente adquiría los servicios de una modelo, el contrato se firmaba bajo la estricta condición de que si se violara una obligación contractual, el conflicto sería resuelto entre el cliente y la modelo, nunca entre ésta y la agencia. De todos modos, rara vez se daba semejante problema. Rarísima vez. McBryde había sido cliente durante dos años, un cliente muy bueno, si por tal se entendía alguien que pagaba puntualmente y sin dejar nada a deber. El reparto era: ochenta por ciento del precio estipulado para la modelo; veinte por ciento para la agencia.

Cada primavera se confeccionaba un catálogo de modelos. Siempre había modelos nuevas, por supuesto, y clientes nuevos que pedían servicios nuevos y diferentes. No obstante, había una estipulación («Importantísima, inspector») según la cual cualquier dato que se le revelara a la agencia relativa a modelos concretas o que averiguara la agencia acerca de las actividades de los clientes o de las modelos sería siempre una cuestión de estricta confidencialidad. Y así seguiría siendo, a menos… bueno, a menos que… El inspector sabría comprender que una vez se perdía la confianza…

—¿Ése es el motivo por el que no se pusieron en contacto con la policía?

—Exacto —afirmó la señora Thompson.

El vínculo con la YWCA de Londres era muy sencillo. La mujer que la policía ya había interrogado, la señora Audrey Morris, era su hermana. El viernes antes de que Karin llegase a Oxford a dedo, Audrey había llamado por teléfono para decirles que tenían allí a una joven sueca a la que sólo le quedaban unos peniques; que la YWCA le había dado un billete de diez libras proveniente de sus fondos de beneficencia; y que ella misma le había dado el nombre, dirección y número de teléfono de la agencia Elite. Luego le había asegurado a Michelle que la joven tenía buen tipo, era muy fotogénica y probablemente lo bastante despabilada para saber que una adecuada sesión con un fotógrafo podía obrar milagros en un bolsillo vacío.

—¿Trabajan ustedes los domingos?

—El domingo es un buen día para pecar, inspector. Además teníamos a un cliente dispuesto a esperarle si venía…

—¿Y vino?

—Nos llamó desde una cabina de Wentworth Road, en North Oxford. Selina fue a recogerla en el Mini…

Morse no pudo contenerse.

—¡Joder! ¿Se dan cuenta de la cantidad de tiempo y problemas que podrían habernos ahorrado? No me extraña que haya tantos crímenes sin resolver cuando…

—¿De qué crimen estamos hablando exactamente, inspector?

Morse no contestó y le pidió que prosiguiera.

Pero eso era prácticamente todo. No había mucho más que contar. Selina la había llevado a Abingdon Road, a la agencia: atractiva, bronceada, rubia, hermosa y con poca ropa. Llevaba una mochila; en efecto, una mochila roja, y poco más. El cliente de Seckham Villa llevaba tiempo esperando semejante oportunidad. Había bastado con una llamada para llegar a un acuerdo verbal: cien libras por una sesión de una hora; ochenta para la chica y veinte para la agencia.

—¿Cómo llegó Karin a Park Town?

—No lo sé. Dijo que quería ir al centro… está a sólo cinco minutos de aquí, y comer algo. No parecía necesitar mucha ayuda. Daba la impresión de ser una chica lista e independiente.

Pues bien, eso era todo. Al menos de momento.

Antes de irse, Morse les dijo que quería echar un vistazo al último catálogo de modelos, un grueso folleto de tapas negras del que con toda seguridad (o si no de la edición anterior) provenía la colección de fotocopias encontradas en Seckham Villa. Las fotografías eran todas en blanco y negro. No obstante, el inspector no pudo encontrar ni a Claire ni a Luisa entre las elegantes señoras vestidas con camisas semiabiertas y medias con ligas que aparecían en aquella edición. Tampoco vio a ninguna Karin en la K; sólo a Katie, Kelly, Kimberly…

—¿Puedo llevármelo?

—Claro.

—Es posible que tenga que volver a molestarles… con mi sargento.

Cuando Morse se disponía a salir, sonó el teléfono y Selina hizo ademán de responder. Sin embargo, fue la socia principal de la agencia la que cogió el auricular, puso la mano sobre el micrófono y se despidió del visitante. Así pues, fue Selina la silenciosa quien mostró el camino de salida al inspector y quien, de forma algo inesperada, le acompañó hasta el Jaguar.

—Hay algo que quiero que sepa —le dijo de pronto—. No es importante, pero…

A diferencia de su socia, que hablaba con cierto acento *cockney*, Selina pronunciaba las vocales con un curioso redondeamiento, como en Oxfordshire y Gloucestershire.

—Como ya le hemos dicho, fui yo quien fue a recogerla. Era una chica encantadora.

—¿Y bien?

—¿No lo comprende? Quería que trabajara para mí, inspector. Le pregunté si podía venir a verme más tarde. Tengo mucho dinero y ella… ella no tenía nada. —En el ojo derecho de Selina había aparecido una lágrima que pronto descendería lentamente por su delgada mejilla.

Morse no dijo nada confiando en que por una vez su instinto no le fallara.

—Dijo que no —prosiguió la mujer con sencillez—. Esto es lo que quería decirle: ella no estaba dispuesta a hacer ciertas cosas. No quería. No estaba a la venta como puede estarlo la mayoría.

Antes de alejarse, el inspector vio desde el coche que la voluminosa Michelle seguía ocupada atendiendo la llamada de otro cliente. Evidentemente la socia dominante en el negocio era ella, pensó. Sin embargo, ¿quién dominaría en la cama?

Morse no llegó a la comisaría de Kidlington hasta las siete menos cuarto. Allí se enteró de que era urgente tomar alguna decisión acerca de los policías que había en el bosque de Wytham. ¿Había que disolver el grupo de agentes que se había enviado allí? El inspector había llegado a la conclusión de que mantener la vigilancia empezaba a ser, al fin y al cabo, una pérdida de tiempo. Sin embargo, la lógica a veces tenía menos ascendiente en su mente que los impulsos y los sentimientos, por lo que decidió que tal vez lo mejor sería dejar las cosas como estaban.

Salió del aparcamiento de la comisaría y encendió la radio. El noticiario acababa de terminar («¡Mierda!») y ya estaba sonando la melodía de los *Archers* que servía de cuña de despedida. Poniendo dirección a Oxford, se preguntó si se habría perdido alguna cosa más.

Al llegar al cruce de Banbury Road, dobló a la derecha, luego siguió en dirección a Wolvercote y aparcó en el Trout, donde se quedó una hora, sentado en la terraza empedrada que había entre la taberna y el parapeto de

poca altura que daba al río, bebiendo y pensando en los extraños y sugerentes datos que había obtenido acerca de la muerte de la doncella sueca.

Lewis llamó a las diez y cuarto. Ya había vuelto. El asunto no había ido del todo mal. ¿Quería el inspector verle inmediatamente?

—No, a menos que tengas algún descubrimiento extraordinario que comunicarme.

—Yo no diría tanto.

—Entonces dejémoslo para mañana —decidió Morse.

De todos modos, ninguna decisión que hubiera tomado Morse aquella noche habría tenido mucha relevancia, ya que las actividades rutinarias de prácticamente todos los departamentos de la comisaría iban a quedar suspendidas durante los tres o cuatro días siguientes. Los disturbios habían estallado nuevamente en Broadmoor Lea, donde la mitad de los habitantes se quejaba amargamente de la falta de control y la otra mitad protestaba violentamente por los excesos cometidos por la policía al reaccionar; los empleados municipales estaban siendo objeto de intimidaciones; se habían denunciado casos de «delitos de imitación» en los vecinos Bucks y Berks; se había organizado otra conferencia de alto nivel de dos días de duración para el jueves y el viernes; y el ministro del Interior había pedido un informe completo. La investigación de un posible asesinato cometido un año atrás en el parque de Blenheim, en el bosque de Wytham o donde puñetas fuera (como diría el segundo jefe de policía al describir la situación a la mañana siguiente), no iba a ser la prioridad número uno en una comunidad donde el cumplimiento de la ley y el orden corría ahora verdadero peligro.

42

> Hasta cierto punto, estos filósofos griegos utilizaron la observación, aunque sólo de manera espasmódica hasta la época de Aristóteles. Su legado consiste en algo diferente: en su asombroso poder para razonar inductiva y deductivamente.
>
> W. K. C. Guthrie, *Los filósofos griegos*

El informe que traía Lewis de Suecia era más interesante, más sugerente en potencia, de lo que Morse esperaba. La carne estaba cubriendo los huesos, por así decirlo, pero no precisamente los huesos aparecidos en Pasticks. Por otra parte, las demás personas interesadas en el caso estaban al parecer alejando sus pensamientos de cualquier conjetura relacionada con el lugar donde habría que cavar para encontrar a la doncella sueca y los estaban concentrando en la averiguación de la identidad, las características, el retrato robot psicológico, por así decirlo, del asesino (¿o asesina?) que había cavado el hoyo. Sobre todo, los pensamientos que habían dado lugar a la última carta aparecida en el *Times*, carta que Morse leyó con interés la mañana del viernes 31 de julio.

> Señor director:
>
> Al igual que muchos de sus lectores habituales, me ha impresionado profundamente la inventiva que las personas que le han escrito han dedicado al ya famoso poema de la doncella sueca. Todos esperábamos que tal inventiva obtuviera a la postre su premio, sobre todo la demostrada en el brillantísimo análisis publicado el 13 de julio, que dio como resultado la «hipótesis Wytham». Por consiguiente, nos ha decepcionado leer la noticia del 21 de julio en la que se nos informa del descubrimiento que ha realizado el forense de la policía de Oxford.
>
> No espero emular la lógica deductiva que han demostrado las personas que le han escrito hasta el momento. No obstante, querría sugerir lo siguiente: ¿no sería provechoso seguir ahora el ejemplo de Aristóteles y buscar una hipótesis inductiva? En lugar de preguntarnos cuáles son las pistas que propone el autor del poema, tal vez deberíamos plantearnos algo completamente diferente, a saber, qué nos dice el poema acerca de la persona que lo ha escrito, sobre todo si dicha persona está intentado ocultar tanto como lo que desea revelar.

Hay dos cosas que probablemente llamen de inmediato la atención del lector. En primer lugar, el estilo del poema, que lleva a pensar que el autor tiene un profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras (véase el tono sentencioso y exhortativo de varios versos y expresiones como «Y sucedió que…» y «Dichoso seas, pues te daré…»). En segundo lugar, el recurso constante al vocabulario himnológico: *El día en que entregaste el alma, Señor, ha llegado a su fin* (verso 11); *Como busca el ciervo jadeante el arroyo que refresca* (v. 15); *Cuando veo la cruz maravillosa* (v. 17), que parece corroborar la idea de que el autor es un hombre sometido *constantemente* a tales influencias lingüísticas.

¿Se me permitirá por consiguiente sumar dos más dos y obtener no un asesino sino un sacerdote de la Iglesia de Dios? ¿Puedo ir aún más lejos y sugerir que se trata de un sacerdote de la Iglesia de Roma, en la que el confesonario es moneda corriente y se puede dar la extraordinaria circunstancia de que un cura tenga que hacer frente a un dilema doloroso, la circunstancia, pongamos por caso, de que un pecador confiese un crimen espantoso y el cura se sienta tentado a comprometer el sagrado principio de la confidencialidad y a prevenir a la sociedad acerca de un psicópata confeso, animado, por ejemplo, por el mismo psicópata, quien le habría expresado su deseo de que siguiera tal proceder?

¿No sería útil, por tanto, que el Departamento de Investigación Criminal del valle del Támesis llevara a cabo una discreta investigación entre los sacerdotes de la Iglesia católica en un radio de, pongamos, quince kilómetros a partir de Carfax?

Sinceramente,

David M. Sturdy
Reverendo de la vicaría de Saint Andrews,
Norwich.

Esta carta también la leyó el inspector Harold Johnson, que estaba de vacaciones con su mujer en la península de Lleyn, en el norte de Gales. La pequeña tienda del pueblo no tenía costumbre de guardar el *Times*, pero él había comprado un ejemplar aquella mañana, durante una salida a Pwllheli, y se había quedado perplejo al leer la referencia al «descubrimiento que ha realizado el forense de la policía de Oxford». Aunque, siendo franco consigo mismo, la verdad es que no se quedó perplejo, sino encantado. La referencia no era muy específica, pero seguramente significaba que todavía no se había encontrado a la muchacha. Habrían encontrado a otra pobre desgraciada. ¡Ja! Aquel golpe debía de haberle dado a Morse donde más le dolía. En el culo, si había sido Strange quien se lo había dado. Johnson releyó la carta rápidamente mientras su esposa metía las bolsas del supermercado en el maletero del coche.

—¿Por qué sonríes, querido? —le preguntó.

En Broadmoor Lea, tanto la colocación de postes, bloques de hormigón y albardillas de control en las carreteras como el sencillo recurso de cavar en el asfalto hoyos habían puesto fin a cualquier posibilidad de que se dieran

nuevos casos de conducción temeraria. Aunque tales medidas habían sido adoptadas de una manera algo improvisada, lo cierto es que habían dado buenos resultados. Además la gente se sentía conmocionada por la muerte de la muchacha y había comenzado a prestar mayor colaboración. La policía estaba teniendo éxito, o al menos eso parecía. Marion Bridewell había sido atropellada por un coche (un flamante BMW robado en High Wycombe) en el que viajaban cuatro jóvenes. El vehículo había sido abandonado en la cercana finca de Blackbird Leys. Sin embargo, bastantes habitantes de la zona conocían a alguno de ellos, y varios testigos, entre los cuales había quien había aplaudido las habilidades de los jóvenes, acudían ahora a la policía por iniciativa propia a dar nombres y prestar declaración sobre los incidentes. Aquella misma semana habían sido arrestados catorce muchachos y dos hombres de poco más de veinte años a los que se había acusado de varios delitos por infracción del código de circulación. De ellos, seis seguían en la cárcel. Pronto les acompañarían cuatro más: los del BMW. Era prácticamente seguro que la policía podría volver a ocuparse de sus deberes normales casi de inmediato.

El día siguiente, sábado 25 de julio, Philip Daley había cogido el autobús de Oxford a las once de la mañana y su madre le había visto desaparecer por la carretera principal antes de atreverse a entrar discreta y temerosamente en su dormitorio con la aspiradora. El diario de bolsillo de tapas rojas que le había regalado por Navidad había permanecido intacto en su cajón hasta aquel mismo mes, que era cuando había comenzado a escribir en él. El primer apunte estaba fechado el día 4, sábado; las letras aparecían apretadas y fuera de lugar en el escaso espacio dedicado a cada día:

> Otra esta noche… ¡Demasiado! Vaya movida. Vaya mogollón… Nunca he estado tan alucinado.

El último lo había escrito hacía dos semanas:

> ¡Se acabó! Ninguno de nosotros tenía la intención de hacerlo. Los gritos sonaban igual que el chirrido de una llanta, pero no era nuestra intención.

Margaret Daley volvió a leer la fecha: 18 de julio, sábado. Sintió cómo se le encogía de nuevo el corazón y, atenazada por el dolor, deseó morirse.

43

No es el crimen lo que nos resulta más difícil de confesar, sino aquello de lo que estamos avergonzados.

Rousseau, *Las confesiones*

La señora Margaret Daley aparcó su Mini blanco en el área asfaltada («Sólo para uso de la iglesia») que había en el tramo norte de Woodstock Road, pasando Saint Michael and All Angels, un edificio blanco adornado con guijarros y provisto de un tejado de marcada pendiente coronado, en el vértice de la fachada, por una cruz. Aunque no solía ir a la iglesia (una vez al mes más o menos, aparte de cuando iba a misa en Pascua de Resurrección, Pentecostés o Navidad), el rostro de Margaret no resultaba desconocido en tal lugar, de ahí que el domingo 26 de julio lanzara en torno a sí alguna tímida sonrisa de saludo; sólo alguna, de todos modos, ya que la congregación era escasa en la primera misa del día, la de las ocho de la mañana.

Aunque el coche era en realidad el de George, éste utilizaba la furgoneta de la finca de Blenheim la mayoría de las veces, por lo que ella podía cogerlo prácticamente siempre que quisiera, y más aún los domingos por la mañana. Había visto pocos coches en la carretera mientras avanzaba por la autovía, presa de una profunda angustia, en dirección al cruce de Pear Tree.

Todo había comenzado dos años atrás, cuando George había comprado el vídeo. Algo sorprendente, ya que no era adicto a la televisión, y prefería pasar las noches tomándose una pinta en el Sun que tragándose series y concursos. Aun así, había comprado un aparato de vídeo y poco después había adquirido varias cintas, en su mayoría grabaciones de los momentos culminantes de acontecimientos deportivos: la victoria de Inglaterra en la copa mundial de fútbol de 1966, los milagros de Botham contra los australianos, ese tipo de cosas. El funcionamiento del aparato había resultado bastante complicado, y desde el principio todo el mundo había tenido prohibido tocarlo sin el permiso y la supervisión de su señoría. Era su juguete. Aunque semejante afán posesivo había molestado un poco al joven Philip, la situación había quedado

resuelta satisfactoriamente cuando el chaval había recibido un pequeño televisor portátil de regalo al cumplir los quince años. No obstante, y a pesar de que su colección de cintas seguía creciendo, su marido apenas las veía. O al menos eso había pensado ella, pues, paulatinamente, se fue dando cuenta de que las veía, en efecto, pero cuando ella no estaba en casa. Sobre todo, en las dos ocasiones en que ella salía normalmente: los martes, a hacer aeróbic, y los jueves, al instituto de la mujer. Una noche de jueves, sin embargo, se había sentido indispuesta y sofocada hasta el punto de tener que abandonar la clase antes de la hora y volver a casa. Al verla llegar, su marido había corrido a apagar el vídeo, poner el canal ITV y sacar la cinta. Al día siguiente, mientras él estaba trabajando, se las había arreglado, por primera vez, para poner en marcha el aparato de marras y había visto unos minutos de pornografía explícita y, en su opinión, monstruosamente depravada. Sin embargo, no había dicho nada. Una vez más, no había dicho nada.

Entonces todo había empezado a encajar. Aproximadamente una vez cada tres semanas, un sencillo sobre tamaño folio aparecía entre el escaso correo que recibía George, un sobre que contendría, había supuesto ella, una revista de unas treinta o cuarenta páginas o algo parecido. El correo llegaba a menudo antes de que George se fuera al trabajo; en una ocasión, sin embargo, en que se había retrasado, ella había aprovechado para despegar la solapa del sobre con vapor y descubrir lo suficiente como para confirmar sus sospechas. Pero, una vez más, no había dicho nada. No había dicho nada en el pasado y tampoco iba a decir nada ahora. Al fin y al cabo, aunque aquello suponía la mitad de sus problemas, se trataba de la mitad que mejor podía sobrellevar…

Tal vez las cosas le resultaran algo más fáciles a primera hora de aquella mañana de domingo mientras oía misa, lanzando alguna que otra mirada al conocido Vía Crucis, sentada en uno de los últimos bancos de la iglesia. No sabía prácticamente nada de latín, sólo lo que había aprendido de joven en las misas católicas que se celebraban en el instituto de Douay Martyrs de Solihull. Lo que más le gustaba en aquel entonces era el sonido de algunas de aquellas largas palabras que todos cantaban, palabras como *immolatum*, del *Ave Verum Corpus*, una palabra seria, siempre se lo había parecido, grandiosa, triste y musical con todas esas *m*. Aunque nunca había llegado a saber qué significaba aquella palabra, se había sentido decepcionada al enterarse de que se había decidido prescindir de la mayor parte del latín de la misa para emplear en su lugar un inglés bastante pobre, decepción que volvió a sentir cuando el sacerdote les dijo que podían marcharse.

—La misa ha terminado. Podéis ir en paz.

—Demos gracias a Dios —contestó ella, tras lo cual aguardó en su sitio hasta que vio que en la iglesia sólo quedaba otra alma solitaria, aún arrodillada y con la cabeza inclinada, en uno de los bancos laterales.

Tras dirigir desde la puerta unas suaves exhortaciones a su grey, el padre Richards volvió a entrar en la iglesia, momento que aprovechó Margaret Daley para levantarse y rogarle que le recibiera en el confesonario a una de las horas estipuladas para ello: los sábados de once a doce de la mañana y de cinco y media a seis y cuarto de la tarde. Quizá fuera la seriedad de su expresión, quizá las incipientes lágrimas en sus ojos, quizá su voz, vacilante, trémula, de tono desdichado… En todo caso, el padre Richards la cogió suavemente por el brazo y le musitó al oído.

—Si lo necesitas, hija mía, ven ahora. Que Cristo, que murió en la cruz y resucitó al tercer día, te libre de todos tus pecados.

No fue en el confesionario, como de costumbre, sino detrás de la iglesia, en un pequeño estudio que tenía el pastor en su casa, donde el padre Richards oyó todo lo que Margaret Daley tuvo a bien contarle. Sin embargo, también mintió en aquella ocasión, al decir que había ido al dormitorio de su hijo a recoger la ropa sucia y al hablarle de sus temores más profundos y secretos.

Mientras le escuchaba, el padre Richards miró a hurtadillas su reloj de pulsera en dos ocasiones, pero se abstuvo de interrumpirla hasta que le hubo contado lo suficiente y él creyó comprender la situación. Si bien la carga de su pecado era pesada, aún más pesada era, intuía, el sentimiento de culpabilidad que le embargaba por curiosear en los asuntos de los demás. A aquella mujer le angustiaba la convicción de que se debiera precisamente a su curiosidad, a su fisgoneo, que hubiera habido unos secretos tan terribles por descubrir. Si no lo hubiera hecho, los secretos no habrían existido. Aquél era su castigo. ¡Dios santo! ¿Qué podía hacer?

El padre Richards no se apresuró a dirigirle palabras de consuelo; era importante, sabía, purgar las aguas del aljibe envenenado. Pero pronto le hablaría. Así pues, se quedó sentado, aguardando, escuchando, hasta que a la mujer se le secaron los ojos; hasta que la culpa, la humillación y la lástima que sentía de sí misma quedaran de momento agotadas. No estaba segura de si le había contado mucho o poco, pero le había contado bastante, y ahora le tocaba hablar a él.

—Debes hablar con tu hijo, hija mía, e intentar perdonarle. Debes asimismo rezar a Dios para que te guíe y te dé fuerzas. Esto es lo que yo te

prometo: que voy a rezar por ti. —Los ojos del sacerdote brillaron por un momento—. ¿Sabes? Si los dos rezamos por lo mismo, tal vez Él nos escuche con un poquito más de atención.

—Gracias, padre —musitó ella.

El sacerdote puso la mano suavemente sobre la de ella, cerró los ojos y pronunció la absolución:

—Que Dios Todopoderoso tenga piedad de ti, perdone tus pecados y te conduzca por el camino de la virtud.

Aquello requería un «amén», pero Margaret Daley se sintió incapaz de articular palabra. Salió de la casa del pastor y buscó nerviosamente en su bolso las llaves del coche. Aunque el Mini era el único coche que quedaba en el aparcamiento, allí había otra persona, probablemente esperando que la vinieran a recoger, o al menos eso parecía: la persona que había permanecido arrodillada en la iglesia después de que los demás se hubieran marchado, una persona que se volvió, miró a Margaret a la cara y, al no reconocerla, dio la vuelta.

La mirada había durado apenas un segundo, un segundo que, sin embargo, había bastado para que un repentino escalofrío de miedo recorriera la nuca de Margaret Daley.

44

> Cabe la posibilidad de que haya impresiones que estén provistas de vínculos que podrían unirse y dar lugar a algo parecido a una fusión.
>
> John Livingston Lowes, *El camino a Xanadú*

En la mañana del lunes 27 de julio, Morse y Lewis pusieron de nuevo manos a la obra en la comisaría de Kidlington: Lewis, en respuesta a los ruegos de Morse, contando una vez más el viaje a Suecia con todo lujo de detalles, en particular lo relativo a los muebles y fotografías que había visto en el salón de Irma Eriksson; y Morse, como siempre, intentando convencerse de que probablemente había alguna pista importantísima en la que no se había fijado o, en su defecto, alguna pista en la que sí se había fijado pero cuyo verdadero significado se le había escapado. Desde primera hora de la mañana había, por así decirlo, meneado las neuronas en el sentido contrario con la esperanza de que algo acabara por encajar y pudiera empezar a hallar vínculos entre las ideas… a fijarse… a observar… a observar pájaros… pájaros… Sí, los pájaros, al igual que los perros, habían aparecido por todas partes en aquel caso, sobre todo el pico menor… Pero seguían sin producirse los vínculos. Morse se paró a pensar de nuevo en la lista de pájaros británicos que Karin había confeccionado con la esperanza de poder identificarlos durante el viaje y se dio cuenta de que todavía no se había puesto en contacto con la mujer que vivía cerca de Llandovery… la tierra del milano, Llandovery… Estaba en Gales y se llegaba por la A40… La A40, la tercera posibilidad… la tercera carretera que salía del cruce de Woodstock Road. El inspector Johnson había dado lo mejor de sí en la carretera del parque de Blenheim y él, Morse, había dado lo mejor de sí en la carretera de Wolvercote y Wytham. Pero ¿y si se habían equivocado los dos? Morse tuvo que volver a leer la declaración de la señora Dorothy Evans (quien no era tía, por lo visto, sino una pariente lejana, una prima segunda o tercera), en la que afirmaba lisa y llanamente que Karin Eriksson no la había visitado ni la había llamado por teléfono durante aquel verano. En realidad no había visto a la «pequeña Karin» desde que la niña

tenía diez años. La clave del asesinato estaba allí, en Oxford, en los alrededores de Oxford. Morse estaba convencido de ello.

A las diez y media llegó a la conclusión de que tenía que hablar de nuevo con David Michaels, el hombre que les había indicado, literalmente, el lugar de Pasticks en el que había aparecido el cadáver y que conocía los senderos del bosque de Wytham mejor que nadie.

En el mismo cruce en que Karin Eriksson podría haber tomado una decisión de consecuencias funestas, Lewis enfiló la sinuosa carretera de Lower Wolvercote, pasó por delante de la taberna Trout y luego subió la colina que conducía al pueblo de Wytham.

—¿Qué es exactamente un freno de mano? —preguntó Morse de repente.

—¿No lo sabe…? ¿En serio?

—Bueno, tengo una vaga idea, claro…

—Espere un momento, señor. Espere a que lleguemos a la próxima curva y se lo mostraré.

—¡No! No quería…

—Es sólo una broma, señor.

Lewis rió del desconcierto de su jefe, e incluso Morse se las arregló para esbozar una sonrisa.

El coche de policía llegó al cruce de Wytham, dobló hacia la izquierda y luego, inmediatamente, hacia la derecha, pasó por delante del palomar que había en el aparcamiento del White Hart, volvió a torcer hacia la derecha y enfiló la callejuela que llevaba al bosque de Wytham. En un poste que había a la derecha se veía un llamativo cartel de letras negras sobre fondo naranja:

LA SOCIEDAD DE AFICIONADOS A LA ÓPERA DE WYTHAM
presenta

EL MIKADO
de
GILBERT amp; SULLIVAN

jueves 30 de julio, viernes 31 de julio y sábado, 1 de agosto.

ENTRADA: 3 libras
(Jubilados y niños: dos libras).

—A mi esposa le encantan Gilbert y Sullivan. Son mucho mejores que ese pesado de Wagner que a usted tanto le gusta —se arriesgó a decir Lewis.

—Si tú lo dices, Lewis.

—Tienen un montón de canciones, ¿sabe a lo que me refiero?

—Lo interesante en Wagner no son las «canciones», sino las «melodías continuas».

—Si usted lo dice, señor.

Llegaron al claro semicircular que había en el linde del gran bosque.

—Lo montamos en el instituto. Yo no participé, aunque recuerdo que todos iban vestidos con trapos orientales…

—¿Te refieres a *El Mikado*? Ah, ya. Bien, bien…

Morse parecía haberse quedado dormido por un momento. Lewis detuvo el coche y miró la casa de piedra donde vivía Michaels.

—Estamos de suerte, señor. —Lewis bajó la ventanilla y señaló al guardabosques, que llevaba un rifle bajo el brazo derecho con el cañón inclinado en dirección al suelo e iba acompañado por *Bobbie*, el perro blanco y negro, que iba delante de él olisqueando alegremente el camino.

—Vuelve a poner el coche en marcha, Lewis —dijo Morse con voz apenas audible.

—¿Disculpe?

—Que vuelvas al pueblo —exclamó el inspector.

El coche pasó cerca de Michaels, momento que Morse aprovechó para bajar la ventanilla.

—Buenos días, señor Michaels. Una mañana preciosa, ¿eh?

Pero antes de que el guardabosques pudiera contestar, el coche ya se había alejado, y Lewis pudo ver en el espejo retrovisor que Michaels se quedaba mirándoles fijamente con expresión de perplejidad.

Eran casi los primeros clientes del White Hart aquella mañana. Morse pidió una pinta de cerveza amarga Best.

—¿Qué le gustaría beber al señor? Tenemos…

—Lo que beba la gente de por aquí.

—¿Vaso o jarra?

—Vaso. Ya sé que es una ilusión óptica, pero siempre parece como si hubiera más.

—Los dos contienen exactamente…

Pero Morse ya le había interrumpido.

—No conviene que bebas demasiado, Lewis. Recuerda que tienes que conducir.

—No se preocupe, señor, puedo tomar un zumo de naranja.

—Y, ahora que lo pienso… —Morse rebuscó en los bolsillos del pantalón —. Me temo que no llevo cambio. Seguramente el camarero no querrá cambiar un billete de veinte libras tan temprano.

—Tengo cambio de sobra… —empezó a decir el camarero.

Sin embargo, Morse ya había cogido su pinta y se había vuelto hacia la pared para observar el mapa medieval de los distritos que había antiguamente en la zona de Wytham.

En el momento en que Morse cogía su primera pinta, Alasdair McBryde se acercaba a la recepción del hotel Prince William, situado en Spring Street, justo enfrente de la estación de tren de Paddington. Impulsado por un frenético arranque de energía mental y física, había cargado la furgoneta rápida y caóticamente, había salido de Oxford y se había lanzado a la M40 en dirección a Londres, donde aparcó en un garaje y, con una maleta, subió al metro de Paddington y fue al Prince William. Le daba confianza saber que podía, en caso de necesidad, salir del hotel y plantarse en un minuto delante del tablero que indicaba los horarios de salida de la línea principal de ferrocarril británico o, de ser necesario, salir de él saltando, pues la única ventana de su dormitorio con baño no estaba a más de dos metros de la acera.

El propietario del hotel era un italiano menudo que siempre iba a medio afeitar y pasaba las horas de trabajo en recepción estudiando las carreras de caballos del *Sporting Life*. Cuando McBryde sacó la cartera, alzó la vista y dijo:

—¿Se queda otro día, señor Mac?

«Mac» era la única parte que había podido leer del garabato semiilegible con el que su huésped había firmado el registro. Tampoco tenía un nombre mecanografiado o un cheque al que pudiera recurrir. Ni cheque ni nada: sólo los dos crujientes billetes de veinte libras que le daba «Mac» cada mañana por el alojamiento y el desayuno del día siguiente, billetes que acompañaba con una orden como la que acababa de darle ahora: «Dele el cambio a la chica que sirve el desayuno». De todos modos, no se podía decir que fuera una propina muy generosa, ya que la tarifa por día era de 39 libras y media.

Poco después Luigi Bertolese volvía a la lectura de los nombres de los corredores que iban a participar en la carrera de las dos de la tarde en Sandown Park y se fijaba en concreto en un caballo llamado *Inglesísimo*, cuyos resultados anteriores no eran del todo malos. También se fijó en uno de

los billetes de veinte libras y se preguntó si el Todopoderoso le habría susurrado un consejo al oído.

—¿No lo comprendes, mi buen amigo? ¿No lo comprendes? —Morse sonrió de oreja a oreja al acabar su segunda pinta—. Ha sido todo gracias a ti. ¡De nuevo!

Lewis lo comprendía. Por una vez era capaz de comprenderlo claramente. En esto consistía el placer de trabajar con aquel curioso hombre llamado Morse; un hombre que de alguna manera era capaz de librarse de las encorsetadoras circunstancias de cualquier crimen para estudiarlo con distanciamiento. En realidad, no había derecho, pero aun así Lewis se sentía orgulloso de saber que él, con todas sus limitaciones, podía ser a veces —ahora, por ejemplo— el factor catalizador de la curiosa reacción química que solía darse en la mente de Morse.

—¿Va a comer, señor?

Morse llevaba aproximadamente hora y media hablando, con tranquilidad, seriedad y fervor… Ahora eran las doce y cuarto.

—No; hoy voy a tomar mis calorías en forma líquida.

—Bien, creo que yo pediré…

—¡Toma! —Morse sacó el precioso billete de veinte libras de su cartera —. Pero no empieces a dar saltos de alegría, que no es para tanto. Pide para ti un sándwich de queso o algo así y para mí otra pinta. —Empujó su vaso por la mesa, que estaba algo desvencijada, y dijo—: Y pon un posavasos o algo parecido debajo de una de las patas de esta mesa.

Cuando llegó a la barra, Lewis se quedó mirando a su jefe durante unos segundos. Ahora había varios clientes en el establecimiento. Un joven, que tenía una cara de beatitud tal que casi daba vergüenza, estaba mirando a los ojos de una chica algo feúcha que llevaba gafas y estaba sentada delante de él. El joven, pensó el sargento, parecía casi tan feliz como el inspector jefe Morse.

45

> Su adicción a la bebida me llevó a censurar a Aspern Williams durante cierto tiempo, hasta que comprendí que, a menos que lleven rodamientos de nailon, las ruedas deben estar lubricadas con aceite. Él podía permanecer quieto y no necesitar aceite, o moverse, si lograba vencer la resistencia.
>
> Peter Champkin, *The Waking Life of Aspern Williams*

Después de reanudar el análisis de los huesos de Wytham en su laboratorio, la doctora Laura Hobson había comenzado a redactar su informe. En realidad no lo había «reanudado», ya que apenas se había dedicado a otra cosa durante el fin de semana. Casi enseguida había advertido la pequeña hendidura que se veía en la costilla inferior izquierda. Podía ser la profunda incisión de un diente de roedor, por supuesto; sin embargo, la marca en forma de *v* era demasiado peculiar… Parecía como si alguien hubiera hecho una muesca en la costilla deliberadamente, con un cuchillo o un instrumento similar. ¿Podía ser importante? No, éste era un planteamiento erróneo. Podía ser importante, sin signos de interrogación.

Laura tenía verdadero empeño por sacar una buena nota en su primera investigación de importancia. Además, le encantaría caerle simpática al extraño policía que había monopolizado sus pensamientos durante los últimos días. Qué extraño es que uno no pueda quitarse a alguien de la cabeza, por mucho que lo intente, pensaba la doctora. A Morse deberían haberle denunciado ante la Comisión de Monopolios aquel fin de semana…

Volvió a mirar con detenimiento las fotografías del lugar del crimen y pudo identificar con facilidad el hueso que le llamaba la atención en aquel momento. Evidentemente, había permanecido en su sitio; no se lo habían llevado a otra parte como a muchos otros. La doctora estaba prácticamente segura de que la incisión que su paciente investigación le había permitido descubrir no había sido causada por el diente de un animal salvaje que buscara un bocado de comida en la carne que todavía cubría los huesos. ¿Y si

la muesca se debía a un corte de cuchillo?, se preguntaba. Al fin y al cabo, estaba trabajando en un caso de asesinato, ¿no? Así que si no había sido obra de un zorro, un tejón o un pájaro… Tras ajustar la lente del microscopio sobre la parte superior de la costilla, volvió a observar la muesca, pero enseguida se dio cuenta de que de ese modo nunca podría hacer un descubrimiento forense de carácter definitivo. Todo lo que podía indicar en su informe era que la marcada incisión que cruzaba oblicuamente la parte superior de la costilla inferior izquierda podría ser atribuible a un diente incisivo o, con mayor probabilidad, a una herramienta afilada, un cuchillo, por ejemplo. Y si era un cuchillo lo que había atravesado la parte inferior del pecho, también podía ser —probablemente era— la causa de la muerte. El cadáver habría sangrado abundantemente; la sangre habría empapado la ropa (si es que la víctima llevaba alguna) y luego se habría filtrado por la tierra sobre la que yacía el muerto. Ni siquiera los meses de invierno que habían mediado, ni las últimas hojas y los restos acumulados de la vegetación circundante llegarían a borrar del todo aquellas huellas. Ese aspecto era el que estaba analizando el Servicio Universitario de Investigación Agrícola (que casualmente se encontraba en Wytham), del que sin duda pronto obtendría información. Bueno, ¿y qué? Incluso si se encontraran huellas claras de sangre en aquel lugar, todo lo que sacaría en limpio sería el grupo sanguíneo y Morse tendría la seguridad de que la víctima había muerto *in situ*. Menudo avance…

¡Morse! Había oído decir que era bastante puntilloso con la ortografía y la puntuación, y ella quería causarle la mejor impresión. A media altura de la primera página de su informe, la doctora había escrito una palabra sobre la que tenía dudas, por lo que cogió un ejemplar del diccionario *Chambers* que había visto en los estantes de Max y consultó rápidamente la acentuación de «atribuible».

El diccionario que estaba consultando aquella misma tarde (para comprobar si había escrito bien «kibutz») otro redactor de informes era el *Oxford* de bolsillo. Las faltas de ortografía no eran un fenómeno extraordinario en la escritura de Lewis, pero el sargento no dejaba de mejorar y, al igual que su jefe, estaba encantado de la vida mientras transcribía todas las notas que había tomado durante su viaje a Suecia.

A las cuatro de la tarde, la señora Irma Eriksson llamó suavemente a la puerta del dormitorio de su hija y entró con una bandeja en la que llevaba un huevo pasado por agua y dos tostadas con mantequilla. Aunque la gripe había sido virulenta, la paciente se sentía ahora bastante mejor y más tranquila.

Como su madre.

A las siete menos cuarto de la tarde, el primer ensayo (bueno, primer ensayo serio) de *El Mikado* ya había dado comienzo. Era realmente extraordinario ver cuántas personas de talento había siempre en la zona y, aún más, la buena disposición, el ahínco casi, que dichas personas demostraban a la hora de dedicar buena parte de su tiempo a una obra de teatro para aficionados y de someterse, en este caso, a las absurdas exigencias de un director que creía conocer, y de hecho conocía, buena parte de los secretos para atraer al público, asegurarse críticas elogiosas en la prensa local, convencer a los cantantes de mayor talento para que hicieran los papeles más exigentes y, sobre todo, poner fin a las disputas y los celos que surgían casi inevitablemente en tales aventuras.

Tres horas aproximadamente, le había dicho su esposa. David Michaels llevaba esperando fuera del centro cultural del pueblo desde las nueve y media de la noche. No estaba muy lejos de casa; sólo tenía que bajar por la calle, pasar por delante del *pub* y subir por la carretera que conducía al bosque. Poco más de kilómetro y medio. El problema era que empezaba a estar realmente oscuro y no estaba dispuesto a que su preciosa esposa corriera riesgo alguno. Preciosa y con talento además. Las Navidades pasadas su nombre había aparecido en la revista del pueblo como una simple miembro del coro; sin embargo, todo el mundo había coincidido en que estaría totalmente justificado darle un papel de mayor relevancia en la próxima obra. Así pues, se le había hecho una prueba y lo había conseguido, sería una de las tres muchachitas japonesas de la escuela. Buen papel, y fácil de aprender.

Apareció por fin a las diez y diez, y Michaels, impaciente, la llevó en coche al White Hart inmediatamente.

—¿Lo mismo de siempre? —le preguntó mientras ella se encaramaba a un taburete de la barra.

—Sí, por favor.

Michaels pidió una pinta de cerveza amarga Best y para su esposa un combinado de zumo de naranja y limonada Saint Clements.

Una hora más tarde, tras aparcar el todoterreno delante de su casa, Michaels buscó al lado de la palanca de cambios la mano de su esposa y la apretó con fuerza. Ella, sin embargo, permaneció en silencio, tal como había hecho hasta el momento, se metió el libreto bajo el brazo, salió del vehículo y cerró la puerta delantera con el seguro.

—Va a salir bien, ¿verdad? —preguntó él.

—¿Qué va a salir bien?

—¿Pues qué va a ser? *El Mikado*.

—Eso espero. De todos modos, salga como salga, ya verás cómo te lo pasas bien conmigo.

Michaels echó el seguro de su puerta.

—Quiero pasarlo bien contigo ahora.

Ella le cogió de la mano mientras se acercaban al porche.

—Esta noche no, David. Estoy muy cansada. Compréndelo, por favor.

Morse también llegaba a casa a aquella hora. Había bebido una cantidad algo excesiva de cerveza, lo sabía, pero al menos aquel día tenía un buen motivo para estar de fiesta. O eso era lo que se decía mientras andaba, dando algún que otro paso desequilibrado, como los que daría un funámbulo falto de confianza.

Aquella noche el doctor Alan Hardinge había decidido quedarse en la universidad, donde ese mismo día había dado una conferencia titulada «El hombre y su entorno natural» que se había preocupado de preparar bien. Su público, en su mayoría estadounidense, le había mostrado su aprobación generosamente, y él, al igual que otras personas aquella tarde, había bebido demasiado… demasiado vino y demasiadas copas. A las once y media, cuando había llamado a casa y le había dicho a su esposa que lo más sensato sería que aquella noche se quedase a dormir en la universidad, ella no había opuesto el menor reparo.

Ni Michaels, ni Morse ni Hardinge estaban destinados a experimentar el largo e ininterrumpido letargo del que hablara Sócrates, puesto que los tres, por diferentes motivos, tenían muchas cosas en la cabeza.

46

Un estúpido no ve el mismo árbol que ve un sabio.

William Blake, *El matrimonio del cielo y el infierno*

El miércoles 29 de julio prometía ser un día ajetreado, y así resultó ser.

El inspector Johnson había regresado de sus vacaciones el día anterior y ya estaba al corriente de la mayoría de los avances producidos en el caso de la doncella sueca. A las nueve y media de la mañana se armó de valor y llamó a Strange.

—¿Señor? Johnson al aparato.

—¿Qué sucede?

—He leído que las cosas no han salido como se esperaba en Wytham. Es una pena, pero…

—¿Pero qué?

—Si usted me diera la oportunidad de ir con unos cuantos hombres a Blenheim…

—No hay oportunidad que valga. Mientras estabas tumbado en la playa con el culo al aire, esos jodidos chavales han estado haciendo de las suyas…

—He leído todas las noticias al respecto, señor. Sólo pensaba que…

—¡Olvídalo! Ahora es Morse quien está a cargo del caso, no tú. De acuerdo, es posible que su investigación sea una verdadera chapuza. Pero tú no lo hiciste mejor, y mientras yo no diga lo contrario, será él quien se ocupe de todo. Así que si me disculpas, tengo que coger un tren.

Morse también tenía que coger un tren: el de las diez en punto con destino a Londres, donde Lewis le había concertado una comida con un representante de la embajada sueca y una cita para tomar el té con la encargada del YWCA de King’s Cross.

Lewis, por su parte, todavía tenía un buen número de cosas que hacer después de ir a la estación de tren de Oxford a despedir a su jefe. Las investigaciones preliminares realizadas el día anterior les permitieron pensar (confirmar, en realidad) que el análisis del caso que había hecho Morse (del que Lewis y sólo Lewis estaba enterado en aquel momento) era, en esencia, correcto. En el pasado se había dado con frecuencia el caso de que Morse se adelantara uno o dos kilómetros en la pista para luego encontrarse corriendo en el hipódromo equivocado. Esta vez, en cambio, daba la impresión de que el viejo inspector iba realmente por el buen camino. Para Lewis era como si la noche pasada hubiera soñado con el ganador de la carrera y ahora se dirigiera al corredor de apuestas para jugarse unas cuantas libras a un caballo que ya había pasado por la meta.

Por suerte, en Broadmoor Lea había disminuido la tensión, por lo que el sargento no tuvo dificultades para conseguir algo más de ayuda y pudo disponer de dos agentes durante el resto del día. La pareja se puso rápidamente a investigar los archivos en que estaban registrados los casos de gamberrismo, hurto, robo de coches, etcétera, que se habían producido en la ciudad y en el condado a raíz de la última vez que se había visto la doncella sueca. Lewis tenía la impresión de que Carter y Helpson eran una pareja bastante competente. Su impresión se vería confirmada aquel mismo miércoles.

A media mañana, Lewis llamó al *Oxford Mail* y habló con el director del periódico. Quería mandarle por fax una nota, redactada por Morse, para la edición de aquella tarde. ¿Habría algún problema? Ninguno.

NOVEDADES EN EL MISTERIO DE LA DONCELLA SUECA

El inspector jefe de policía Morse, del Departamento de Investigación Criminal del valle del Támesis, tiene la seguridad de que los datos averiguados recientemente sobre Karin Eriksson, quien desapareció en Oxford hace más de un año y cuya mochila fue descubierta poco después al pie de un seto en Begbroke, arrojan nueva luz sobre su desconcertante caso. Se ha comprobado que el cadáver hallado en el bosque de Wytham como consecuencia de una batida no es el de la estudiante sueca; el inspector jefe ha declarado a nuestro corresponsal que las investigaciones en la zona han sido suspendidas. No obstante, las pesquisas en torno al asesinato continúan. Se cree que las actividades policiacas se centran nuevamente en la finca de Blenheim, Woodstock, el lugar en que hace más de un año se realizaron las primeras investigaciones de importancia.

La policía requiere asimismo la ayuda de toda persona que tenga cualquier tipo de información acerca del profesor Alasdair McBryde, que hasta fecha reciente vivía en Seckham Villa, Park Town, Oxford. Para tal fin se puede llamar al número de teléfono 0865 846000 o a la comisaría más cercana.

El comisario jefe Strange y el inspector jefe Johnson leerían el artículo aquel mismo día, el primero con considerable asombro y el segundo con una irritación aparentemente justificable.

No serían los únicos que lo leerían. La delgada Selina se había sentido más que preocupada desde que Morse había pasado por la agencia. Y no por un pecado de comisión, sino por uno de omisión, ya que cuando el inspector le había preguntado si sabía algo más sobre McBryde, había tenido la certeza casi absoluta de que debía de haber alguna fotografía de él en alguna parte. Aquella tarde en Abingdon Road (donde excepcionalmente faltaba la voluminosa Michelle), se acordó de dónde podía estar la foto. No podía estar en otro sitio. Pensando en el piscolabis al que la agencia invitaba a sus clientes todas las Navidades, rebuscó en el apartado de «Fiestas, presentaciones, etcétera» de los archivos. Allí estaba: una fotografía en blanco y negro de diez por quince centímetros en la que se veía a una docena de personas, tocadas con sombreros de fiesta y levantando los vasos de vino: un animado grupo que había empinado el codo más de la cuenta. Allí, en el centro, se encontraba el barbudo de McBryde, con los brazos en torno a dos compañeras de jarana.

Morse había comprado un ejemplar del *Times* en la librería de Menzies de la estación de tren de Oxford. En el contexto del caso en su conjunto, las dos cartas del director que leyó justo después de pasar Didcot (y de haber contestado a todas las definiciones del crucigrama excepto una) no tenían gran importancia. Sin embargo, la primera era, en su opinión, la más memorable de las que había leído hasta el momento, pues en ella se hacía referencia a un pareado que llevaba en su equipaje de recuerdos desde hacía tiempo.

> Señor director:
>
> Mi interés en el poema de la doncella sueca es mínimo. Tengo la certeza de que todo este asunto no es más que una broma y una pérdida de tiempo. De todos modos, ya va siendo hora de que alguien añada un breve comentario a la admirable carta que se publicó en su sección el 31 de julio. Si el autor del poema pertenece a la religión católica, permítame sugerir que también se trata de un admirador del poeta y estudioso más grande de nuestro país. Me refiero a A. E. Housman. ¿De qué otra manera podemos explicar si no el tercer verso del poema publicado? («Seca el agua azur por el cielo iluminada»). Permítame citar un párrafo perteneciente a la página 145 del comentado crítico *A. E. Housman* de Norman Marlow:

Dos de los versos más hermosos de la obra de Housman son sin duda los siguientes:

> *El bosque azur las campanillas bajo su capa guarda,*
> *como si fueran agua por el cielo iluminada.*

De nuevo nos encontramos con un reflejo sobre el agua, si bien esta vez el efecto mágico se produce en la aparición de esta misma palabra en la sinalefa «capa guarda», que se refleja en el segundo verso como si éste fuese no una representación, sino la misma realidad que expresa.

Atentamente,

J. Gordon Potter,
Leckhampton Road.
Cheltenham, Gloucestershire.

Y la segunda, la más encantadora:

Señor director:

¿«Cazador» (verso 18)? ¿«Beso» (verso 20)?

Hasta el momento sólo sé un poema de memoria: *Jenny me besó cuando nos vimos*, de Leigh Hunt (1784-1859).[7]

Sinceramente,

Sally Monroe
(nueve años de edad)
22 Kingfisher Road,
Bicester, Oxon.

47

A lo lejos, aligerando otros fardos,
las estaciones se extienden por los caminos del campo.
Sin embargo, aquí, en las calles de Londres,
no conozco tales compañeros, sólo hombres.

A. E. Housman, *Un muchacho de Shropshire*

Morse había tenido un día satisfactorio, pero poco más.

Había terminado el viaje con un cuarto de hora de retraso, pues debido a motivos que, según sospechaba, ni siquiera el maquinista había logrado comprender del todo, el diésel había recorrido los últimos tres kilómetros a paso de tortuga. Él habría podido llegar antes a Paddington si hubiera ido andando. De todos modos, había acudido puntualmente a Montague Place, donde se encontraba la embajada sueca, para reunirse con Ingmar Engström, un hombre rubio y delgado que andaba ya por la cuarentena. A pesar de comportarse con lo que, en opinión de Morse, parecía una especie de pulcritud antiséptica, resultó una persona competente y servicial y se mostró dispuesta a investigar de inmediato el asunto que el inspector le explicó con el mayor cuidado.

Engström comió el almuerzo en el despacho, que consistía en un delgado y pálido pedazo de quiche, media patata con piel y un gran tazón de ensalada sin aliñar. Morse lo contempló sin ninguna muestra de entusiasmo.

—Es muy bueno para la cintura —comentó el sueco de buen humor—. Esto además no lleva azúcar —añadió mientras servía dos vasos de zumo de naranja frío—. Su autenticidad está garantizada.

Morse escapó de Montague Place en cuanto los buenos modales se lo permitieron, expresando su gratitud efusivamente al tiempo que rechazaba el requesón, el yogur bajo en calorías y la fruta fresca que le ofrecía el embajador. Poco después se le pudo oír felicitando al propietario de un *pub* de Holborn por mantener su cerveza amarga Ruddles Country en tan buen estado.

El té nunca había tenido gran importancia en la vida de Morse, ni como comida ni como bebida. Así pues, aunque aliviado de no tener que plantearse la elección entre el chino o el indio, podría haber pasado perfectamente sin el gran vaso de plástico lleno de un té tibio y de aspecto insípido que se sirvió de la tetera comunitaria que había en el desierto comedor del YWCA. Charlaron afablemente por un rato, aunque sin objeto. Morse se enteró de que la señora Audrey Morris se había casado con un galés, seguía casada con el mismo galés, no tenía hijos… sólo una hermana, la de Oxford, y, bueno… eso era todo. Había cursado estudios de asistente social en el East End y conseguido el trabajo de encargada del YWCA cuatro años atrás. El trabajo le gustaba bastante, pero la situación en Londres empezaba a ser desesperada. De acuerdo, tal vez el hostal estuviera un par de peldaños por encima de la brigada de las cajas de cartón, pero lo cierto era que todas las viejas categorías estaban desapareciendo paulatinamente para integrarse en una especie de sórdida comunidad: allí podía encontrar mujeres que habían perdido sus casas al no poder pagar la hipoteca; esposas maltratadas; jóvenes en paro, poco previsoras o sin blanca (o las tres cosas al mismo tiempo, que era lo más habitual); aves de paso; drogatas; suicidas en potencia; y, por supuesto, con mucha frecuencia, estudiantes extranjeras que habían calculado mal sus gastos. Estudiantes como Karin Eriksson.

El inspector repasó los principales puntos de la declaración prestada por la señora Morris el verano pasado, pero, al parecer, no había nada que pudiera añadir. Al igual que su hermana pequeña, estaba algo metida en carnes y tenía una cara mofletuda y atractiva cuya sonrisa, cuando hablaba, tenía la expresión de una mujer inocente y dispuesta a ayudar. Así pues, Morse llegó a la conclusión de que estaba perdiendo el tiempo y empezó a buscar respuestas a otro tipo de preguntas: sobre cómo era Karin, cómo se comportaba, cómo se llevaba con las demás mujeres, etcétera.

¿Esperaba Morse oír una letanía de seductores encantos, los encantos de una joven con unos generosos senos que nunca paraban de moverse bajo la escotada blusa que llevaba, vestida con una falda ceñida sobre su trasero y corta hasta resultar casi indecente, con unas piernas largas y bronceadas cruzadas provocadoramente mientras bebía una coca-cola *light* o un coñac? Sólo hasta cierto punto, ya que poco a poco iba conociendo mejor a Karin Eriksson. De hecho, la estaba conociendo mejor ahora, mientras escuchaba a la señora Morris recordar con cierta ternura a una joven que siempre llamaba la atención de los hombres, que sin duda era consciente de su atractivo y que

evidentemente disfrutaba del interés que éste siempre despertaba. Sin embargo, Audrey Morris tenía serias dudas sobre si se trataba del tipo de joven que separa las piernas con rapidez (o incluso con lentitud) al notar un poco de presión. Karin le había parecido una mujer capaz de mantenerse a sí misma, y a los demás, bajo control. Oh, sí, muy capaz.

—Pero era capaz de coquetear un poco con los hombres, ¿verdad? —preguntó Morse.

—Sí.

—Aunque luego… —Morse estaba teniendo dificultades— quizá no fuera mucho más lejos.

—¿Más lejos de qué?

—Lo que quiero decir es que… Bueno… antes, cuando iba al instituto, esa clase de chicas tenían un nombre…

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Calientapollas? ¿Es ésa la palabra que está buscando?

—Más o menos —contestó Morse sonriendo algo avergonzado al tiempo que se levantaba para irse; de igual manera que Karin Eriksson se habría levantado para marcharse de aquel mismo lugar, con diez libras en el bolso y la firme decisión (si cabía creer a la señora Morris) de llegar a dedo no sólo a Oxford, sino a un lugar mucho más lejano que también se encontraba en la A40: Llandovery, la tierra del milano.

Audrey Morris le acompañó hasta la salida y, tras mirar cómo se alejaba briosamente en dirección a la estación de metro de King’s Cross, volvió a su despacho y llamó a su hermana.

—Acabo de hablar con tu inspector.

—Espero que no hayas tenido problemas.

—En absoluto. No está nada mal, ¿eh?

—¿Tú crees?

—Vamos, mujer. Pero si tú misma me dijiste eso el otro día.

—¿Le has invitado a un vaso de malta?

—¿Qué?

—¿No le has invitado a beber algo?

—Pero si acaban de dar las cuatro…

—¡Audrey!

—¿Cómo iba a saberlo?

—¿No le has olido el aliento?

—No he estado lo bastante cerca de él.

—No has llevado el asunto muy bien que se diga, hermanita.

—No te rías, pero le he invitado a una taza de té.

A pesar de la exhortación de su hermana, la socia principal del Servicio de Contratación Elite rió a carcajadas sin soltar el auricular.

Morse llegó a Oxford a las seis y media de la tarde. Mientras cruzaba el puente del andén 2 se puso a canturrear una de las canciones más conocidas de *El Mikado*:

Mi objetivo es verdaderamente sublime.
Lo alcanzaré antes de que el tiempo termine
para que el castigo sea adecuado al crimen,
para que el castigo sea adecuado al crimen…

48

> ¡Los jugadores, señor! A mi modo de ver, no son mejores que unas criaturas sentadas en bancos en torno a una mesa para hacer muecas y reírse, como perros bailarines.
>
> Samuel Johnson, *La vida del doctor Samuel Johnson*

Para varias personas relacionadas estrecha o lejanamente con el caso del que se da cuenta en estas páginas, la tarde del jueves 30 de julio tuvo bastante importancia, si bien fueron pocos los interesados que tuvieron conciencia en aquel momento que la ola de acontecimientos no iba a tardar en resultar desbordante.

19.25 horas

Una de las tres jóvenes sirvientas se asomó por uno de los extremos del raído y renqueante telón y vio que la sala ya estaba llena; había 112 espectadores, la cantidad máxima que permitían las normas de prevención de incendios. También vio a su marido en la última fila. Había insistido en comprar entrada para las tres representaciones, lo cual había sido una verdadera alegría para ella. ¿No parecía, sin embargo, algo desamparado sentado como estaba, sin contribuir al animado murmullo de las conversaciones? No obstante, estaría a gusto, y ella… Ella se sentía radiante y emocionada cuando se alejó del telón para reunirse con sus compañeros. De acuerdo, los bastidores sólo tenían unos cuantos metros cuadrados, y el escenario no era mucho más grande. La orquesta, además, era inexperta e insuficiente, y la iluminación y los efectos una birria, pero aun así… aun así la magia lo impregnaba todo de alguna manera: había varios cantantes competentes; un maquillaje maravilloso, sobre todo para las mujeres; y un vestuario precioso. Además el pueblo y el vecindario les habían prestado un gran apoyo y tenían un pianista fantástico, un joven estudiante de Keble que podía cantar como un ángel las partes del contratenor de las óperas de Händel

y pasaba la mayor parte de su tiempo libre velando a solas en los bosques cercanos para observar a los tejones.

Sí, Cathy Michaels sentía que la adrenalina fluía libremente por su cuerpo. Cualquier inquietud que pudiera albergar por su marido (o su marido por ella) quedó completamente olvidada: a la señal de los golpes de batuta del director se hizo el silencio en la sala y con los primeros compases de la obertura dio comienzo *El Mikado*. Rápidamente se volvió a mirar en uno de los espejos y vio a una dama japonesa de cara blanca, cabellos negros y labios rojos. Entonces comprendió por qué a David le parecía tan atractiva. David… Era bastante mayor que ella, desde luego, y tenía un pasado del que ella sabía muy poco. Sin embargo, le amaba, y estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por él.

19.50 horas

Los cuatro jóvenes, de doce, catorce, diecisiete y diecisiete años de edad respectivamente, estaban todavía detenidos por la policía en la comisaría de Saint Aldate. Mientras que al moverse en grupo por las fincas de East Oxford habían producido a los ojos de todo el mundo una impresión amedrentadora, uno a uno no llamaban mucho la atención. A raíz de su arresto, la osadía de esta banda de gamberros en concreto se había esfumado; cuando el sargento Joseph Rawlinson volvió a mirar a uno de los dos muchachos de diecisiete años, sólo vio a un chaval nervioso, malhumorado y con escasa facilidad de palabra. De su actitud habían desaparecido la jactancia y la agresividad que había demostrado en el asiento trasero del coche de policía cuando le habían ido a recoger a casa. Allí era adonde lo llevaban ahora.

—¿Es esto todo lo que llevabas encima, hijo?

—Supongo…

Rawlinson cogió los objetos y se los entregó.

—Un billete de cinco, una libra, una libra, cincuenta peniques, diez peniques, cinco peniques, cinco peniques, cinco peniques, dos peniques, dos peniques y un penique, ¿de acuerdo? Un peine; un paquete de Marlboro; un encendedor no recargable; una caja de condones Featherlite con un solo condón en el interior; media caja de Polos; dos billetes de autobús y un bolígrafo azul. ¿De acuerdo?

El joven le miró fijamente y con expresión de malhumor, pero no dijo nada.

—Y esto. —Rawlinson cogió un diario de tapas rojas y hojeó rápidamente las páginas rayadas antes de metérselo en el bolsillo de la chaqueta—. Esto

nos lo quedamos, hijo. Ahora firma aquí. —Le entregó una hoja mecanografiada y señaló la parte inferior.

Diez minutos después Philip Daley se sentaba de nuevo en el asiento trasero del coche de policía. Esta vez, sin embargo, le llevaban a Begbroke, Oxfordshire. A su casa.

—Es asombroso, sargento —comentó uno de los agentes mientras Rawlinson pedía un café en el comedor.

—Mmm. —A Joe Rawlinson no le hacía mucha gracia tener que dar una opinión clara sobre aquel asunto; su propio hijo, que tenía quince años, llevaba seis meses tan revolucionado que su madre había empezado a preocuparse de veras.

—De todos modos, con esta…, ¿cómo se llama?, «ley contra el robo de vehículos con agravantes», van a estar pagando multas hasta que sean abuelos. Tal vez de este modo se lo piensen mejor la próxima vez.

—Ya, aunque algunos ya lo tenían crudo desde un principio.

—¿No se estará ablandando, sargento?

—Oh, no. Al contrario, creo que me estoy volviendo más duro —contestó Rawlinson al tiempo que cogía su café y se dirigía a la mesa libre que había en una esquina del comedor.

No había reconocido al chaval; sin embargo, su nombre le había sonado de cuando había trabajado en Blenheim el verano pasado a las órdenes del inspector jefe Johnson. Podía tratarse, por supuesto, de una de esas coincidencias que siempre se dan en la vida, si no fuera por el diario. Algunas de las cosas que había escritas en él resultaban inquietantes. Le habría gustado encontrarse durante el fin de semana con su antiguo jefe, el inspector Johnson, en alguna de las fincas, entre los ladrillos partidos y las botellas rotas. Pero alguien le había dicho que se había ido de vacaciones. ¡Qué suerte tenía el jodido! Fuera como fuese, lo mejor sería ponerse en contacto con él. Intentaría llamarle al día siguiente.

20.15 horas

Anders Fastén, un jovencísimo empleado de la embajada sueca, había encontrado por fin lo que estaba buscando. La búsqueda había sido ardua; si los archivos hubieran estado ordenados de manera más sistematizada, se habría ahorrado muchas horas de trabajo. Se lo comentaría a su jefa y, quién sabe, tal vez la próxima consulta en relación a un pasaporte problemático

podría ser atendida en unos minutos. En cualquier caso, su jefa estaría contenta. Si algo deseaba era tener a su jefa contenta, porque era una verdadera preciosidad.

21.00 horas

El sargento Lewis había vuelto a casa procedente de la comisaría hacía media hora y, tras cenar un par de huevos, seis salchichas y una montaña de patatas fritas, se había sentado en su butaca favorita, había puesto el informativo de la BBC y se había dedicado a analizar la jornada con considerable satisfacción.

Naturalmente Morse se había quedado encantado, en concreto, con la fotografía de Alasdair McBryde; y aún más con el hecho de que, por iniciativa propia, él, Lewis, hubiera dado instrucciones para que se imprimieran volantes policiales y se publicasen anuncios en la edición del día siguiente del *Oxford Mail* y en la del viernes del *Oxford Times*. Ah, y en la del *Evening Standard*.

—¡Has tenido una idea genial! —había exclamado Morse—. ¿Qué te ha hecho pensar en el *Evening Standard*?

—Usted dijo que estaba seguro de que se había ido a Londres, señor.

—¡Ah…!

—¿No se lo habrá encontrado por casualidad? —le había preguntado Lewis alegremente.

Después del pronóstico del tiempo (otro agradable día soleado y temperatura mínima de 22 grados en el sur), Lewis sacó como de costumbre los dos bonos para la leche, cerró con llave la puerta principal, echó el cerrojo y decidió irse a la cama temprano. Oyó a su mujer cantando una canción galesa mientras fregaba los platos y fue a la cocina para abrazarla.

—Me voy a acostar. Estoy algo cansado.

—Y contento, por lo que parece. ¿Has tenido un buen día?

—Bastante bueno.

—¿Porque ese puñetero de Morse se ha largado y te ha dejado solo?

—No, no. Qué va…

Su esposa se secó las manos y se volvió hacia él.

—Disfrutas trabajando para él, ¿verdad?

—A veces… —reconoció Lewis—. Lo que pasa es que consigue… no sé… animarme un poco. ¿Sabes a qué me refiero?

La señora Lewis hizo un gesto de asentimiento y puso el trapo sobre el grifo.

—Sí, lo sé —replicó.

22.30 horas

Hacía media hora que el doctor Alan Hardinge había decidido que ya era hora de ir a Saint Giles y coger un taxi para volver a su casa de Cumnor Hill. Sin embargo, seguía sentado bebiendo un escocés en el White Horse, el pequeño *pub* que separaba las dos alas de la librería Blackwell en el Broad. La segunda conferencia que había pronunciado había estado lejos de ser un éxito rotundo; era consciente de que no había estudiado el tema en profundidad y de que la presentación no había pasado de resultar rutinaria. Para colmo, el menú había dejado bastante que desear y sólo le habían dado un vaso de vino con él.

De todas formas, cien libras seguían siendo cien libras…

Empezaba a darse cuenta de que, por mucho que lo intentara, cada vez le resultaba más difícil emborracharse. Aunque hacía meses que no leía literatura decente, Kipling había sido un héroe en su juventud y recordaba vagamente alguna frase de uno de los relatos, algo relacionado con saber la verdad del infierno… «donde el alcohol ya no causa efecto y el alma del hombre se pudre en su interior». Sabía de todos modos que se estaba volviendo cada vez más sensiblero; abrió la cartera para mirar una vez más la foto de su hija… Recordaba la angustiosa ansiedad que habían sufrido los dos, tanto él como su esposa, la primera vez que había vuelto a casa realmente tarde; y luego la espantosa noche en que no había aparecido; y el vacío, casi insoportable, que se abría ante él cuando pensaba en que nunca más volvería a casa, nunca más…

Sacó asimismo la fotografía de Claire Osborne que tenía entre las tarjetas de crédito y los carnets de afiliación: una pequeña fotografía de pasaporte en la que aparecía mirando con cara de desaprobación al objetivo de una cabina; la foto no había salido bien, aunque el retrato no era malo. La guardó y apuró el vaso; era absurdo seguir con aquella relación. ¿Pero qué podía hacer al respecto? Estaba enamorado de aquella mujer, y recientemente había vuelto a experimentar todos los síntomas del amor o, mejor dicho, su carencia. Sabía perfectamente bien, por ejemplo, que su esposa ya no le amaba, pero que jamás le dejaría irse, como sabía que Claire nunca había estado enamorada de él y que, si le apeteciera, podría acabar con la relación al día siguiente.

Había otra cosa que le preocupaba aquella noche, algo que venía preocupándole desde que le había visitado el inspector jefe Morse. Aunque todavía no iba a hacer nada, estaba prácticamente seguro de que no pasaría

mucho tiempo antes de que se viera obligado a revelar la verdad sobre lo ocurrido un año atrás…

22.30 horas

Después de ver el pronóstico del tiempo, Claire Osborne apagó el televisor. Había estado viendo las *Noticias de las diez* de la ITN, media hora más de muerte, destrucción, enfermedad y desastre. Estaba empezando a sentirse casi anestesiada ante tales cosas, pensó mientras se servía una ginebra con Martini seco y leía una de las listas mecanografiadas que le había enviado Morse:

Mozart: *Réquiem* (K 626).

Helmut Rilling (Master Works).
H. von Karajan (Deutsche Grammophon).
Schmidt-Gaden (Pro Arte).
Victor de Sabata (Everest).
Karl Richter (Telefunken).

Dentro de dos días cumplía cuarenta años e iba a comprarse una cinta o un disco del *Réquiem*. Todas las versiones de la lista, le había dicho Morse, eran discos. «Pero pronto van a dejar de hacer discos de vinilo, y algunos de éstos no son más que piezas de museo». Aun así, ella quería, sin saber muy bien por qué, comprarse uno de los que él tenía, pese a que se daba cuenta de que probablemente sería más inteligente invertir en un lector de discos compactos. Herbert von Karajan era el único director de los cinco del que había oído hablar, y *Deutsche Grammophon* parecía y sonaba realmente impresionante… Sí, intentaría conseguir ése. Leyó nuevamente la lista para aprender a escribir correctamente la difícil palabra «Deutsche» y su complicada secuencia de letras: *t, s, c, h, e*.

Diez minutos más tarde Claire acababa la bebida. Se sentía muy sola, y pensaba en Morse. Se sirvió otro combinado, poniendo esta vez más hielo en el vaso.

—¡Dios Todopoderoso…! —musitó.

4.30 horas

Morse se despertó en medio de la silenciosa oscuridad. Desde joven no había sido ajeno a las ensoñaciones semieróticas, pese a lo cual rara vez llegaba a soñar realmente con mujeres bellas. Sin embargo acababa de tener

un sueño realmente vivido. Qué extraño. En él no habían aparecido ninguna de las bellas mujeres que había conocido en el caso hasta aquel momento, ni Claire Osborne, ni la dietista de melena ensortijada, ni Laura Hobson, sino Margaret Daley, la mujer de los encanecidos mechones rubios, mechones que habían llevado a Lewis a hacer su pregunta capital: «¿Por qué cree usted que la gente quiere parecer mayor de lo que es, señor? Me parece que es una manera verdaderamente equivocada de plantearse las cosas». Sin embargo, en el sueño de Morse, Margaret Daley había parecido bastante joven. Y en alguna parte había surgido una carta: «Pensé mucho en ti cuando te fuiste. Y sigo haciéndolo y pidiéndote que pienses en mí de vez en cuando, tal vez incluso que vengas a visitarme de nuevo. Con la esperanza de no haberte molestado, te envío mi amor…». Pero, claro, no había tal carta; sólo las palabras que alguien había dicho en su cabeza. Se levantó y, mientras se preparaba una taza de café instantáneo, leyó en el calendario de la cocina que el sol iba a salir a las 5.19. Así pues, volvió a la cama, se tumbó boca arriba con las manos debajo de la cabeza y esperó pacientemente a que amaneciera.

49

> Una asociación de hombres que no riñan los unos con los otros es algo que nunca se ha dado, ni en la confederación de naciones más grande ni en una reunión municipal ni en una sacristía.
>
> Thomas Jefferson, *Cartas*

La doctora Laura Hobson, una de las mujeres que no habían sido invitadas a cruzar el umbral de los sueños de Morse, entró en el despacho de éste a la mañana siguiente justo antes de que dieran las nueve. Allí le presentaron al sargento Lewis, tomó asiento y dijo lo que tenía que decir.

No era gran cosa, reconoció, y además estaba todo en el informe. De todos modos, creía que el hombre cuyos huesos habían sido encontrados en Pasticks andaría por los treinta años, tenía una estatura media, llevaba muerto al menos nueve o diez meses y podría haber sido asesinado de una herida de cuchillo en el corazón producida tal vez por un atacante diestro. Los restos de sangre que se habían hallado al lado y debajo del cadáver eran del grupo sanguíneo O; y aunque la hemorragia podría haber sido el resultado de otras heridas o de otros agentes, bueno… a ella le parecía poco probable que así fuera. Y eso era todo. Probablemente el hombre había pasado a mejor vida (Morse se estremeció) en el mismo lugar en que se habían hallado los huesos; no parecía verosímil que lo hubieran arrastrado o llevado allí después de producirse su muerte. Se podían realizar otros análisis, pero, al menos en su opinión, había poco más por descubrir.

El inspector la había observado con detenimiento mientras hablaba. Durante su primer encuentro, su acento del norte (¿de Newcastle?, ¿de Durham?) le había resultado algo desagradable; sin embargo, empezaba a preguntarse si acabaría por parecerle justo lo contrario. Volvió a fijarse en los marcados pómulos y en su apresurada forma de hablar. ¿Estaría nerviosa por él?

Morse no era la única persona que estaba mirando a la nueva forense con discreta admiración; cuando ella le entregó las cuatro hojas mecanografiadas

de su informe, Lewis le hizo la pregunta que quería hacerle desde hacía diez minutos.

—¿Es usted de Newcastle?

—Qué alegría oír a alguien pronunciarlo correctamente… Soy de los alrededores, para ser exactos.

Impacientemente, Morse escuchó los recuerdos del lugar que el sargento y la doctora intercambiaron antes de ponerse en pie y dirigirse hacia la puerta.

—Bueno —dijo Lewis—, ha sido un placer. —A lo que añadió meneando el informe—. Y gracias por esto, encanto.

La doctora encogió los hombros y soltó un sonoro suspiro.

—Mire, sargento. No soy su «encanto». Perdone que sea tan brusca, pero no soy ni…

De pronto se calló, pues vio a Morse al lado de la puerta con una sonrisa de oreja a oreja y a Lewis al lado del escritorio con expresión de desconcierto.

—Lo siento, es que…

—Por favor, doctora Hobson, le ruego perdone a mi sargento. No tiene mala intención, ¿verdad, Lewis?

Antes de que la doctora saliera del despacho, Morse miró las esbeltas curvas de sus piernas. Sus mejillas aún estaban enrojecidas.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Lewis.

—Es un poco susceptible con las cosas que le llama la gente, eso es todo.

—¿Más o menos como usted, señor?

—No está nada mal, ¿no le parece? —le preguntó Morse, pasando por alto la amable pulla.

—Si quiere que le diga la verdad, señor, me parece un bombón.

De algún modo, aquella sencilla afirmación, hecha por un hombre honesto y honrado, cogió a Morse desprevenido. Era como si la mera constatación de algo perfectamente obvio le hubiera hecho darse cuenta, por vez primera, de la verdad. Durante unos segundos se vio a sí mismo esperando que la doctora Laura Hobson regresara a recoger algo que se había olvidado. Pero se trataba de una mujer pulcra y ordenada, y no se había olvidado nada.

Justo antes de que Morse y Lewis salieran a tomar una taza de té en el comedor, recibieron una llamada del agente Pollard. El negligente vigilante de Pasticks era ahora uno de los cuatro policías destacados en las entradas que el parque Blenheim tenía en los puntos cardinales. Llamaba para informar, con cierta emoción en la voz, que David Michaels (a quien había reconocido

de inmediato) acababa de salir en dirección al centro de jardinería en el todoterreno del bosque de Wytham. ¿Debía intentar averiguar qué sucedía? ¿Debía investigar?

Morse cogió el teléfono portátil de las manos de Lewis.

—¡Muy bien! Sí, intenta averiguar qué sucede. Pero disimula, ¿de acuerdo?

—¿Cómo demonios va a disimular? —preguntó Lewis—. Va con el uniforme.

—¿De veras? Oh… —Al parecer, aquel punto traía a Morse sin cuidado —. De todos modos le hará sentirse importante, ¿no?

El inspector jefe Johnson estaba tomando su segunda taza de café cuando Morse y Lewis entraron en el comedor. Levantando una mano invitó a Morse a que se acercara: quería hablar un momento con él, si no tenía inconveniente. Eso sí, a solas, Morse y él.

Diez minutos más tarde, en el pequeño despacho que tenía Johnson en la segunda planta, Morse se enteró de que el día anterior se le había confiscado a Philip Daley un diario de tapas rojas. Sin embargo, antes de que los dos detectives trataran del asunto, Johnson ofreció a su compañero una rama de olivo.

—Mira, si ha habido algo de resentimiento, olvidémoslo, ¿vale? ¿Qué me dices?

—Por mi parte no ha habido ningún resentimiento —afirmó Morse.

—Bueno, por la mía sí —dijo Johnson con voz queda.

—Ya… Por la mía también —reconoció Morse.

—¿Olvidado entonces?

—Olvidado.

Los dos se estrecharon la mano firmemente, aunque con gesto severo, tras lo cual Johnson le explicó la situación. Durante los últimos días había llegado gran cantidad de información; y una cosa estaba ahora clara: el joven Daley era uno de los cuatro jóvenes (aunque no el conductor) del BMW robado que había acabado con la vida de Marion Bridewell. Todo parecía indicar que las ruedas del vehículo se habían torcido como consecuencia de un patinazo incontrolable y el golpe había lanzado a la pobre muchacha por el escaparate de una tienda.

—Desde luego, no deja de ser una extraña coincidencia que el chico esté implicado en ambos casos —comentó Morse.

—Las coincidencias nunca te han preocupado mucho, ¿no?

Morse se encogió de hombros.

—De todos modos no creo que el chico tenga mucho que ver con el caso Eriksson.

—No nos olvidemos que tenía la cámara —dijo Johnson lentamente.

—Cierto, cierto… —Morse hizo un gesto de asentimiento y frunció el ceño. Había algo que le causaba cierta molestia, algo parecido a un grano de arena en un mecanismo bien engrasado o a un pequeño fragmento de cáscara en un huevo pasado por agua.

A raíz de la tragedia, la señora Lynne Hardinge, una mujer canosa, delgada y elegante de cincuenta años, se había dedicado con una energía casi frenética a sus actividades de voluntariado: Comida sobre Ruedas, Ayuda al Anciano, Auxilio a las Víctimas… Todo el mundo decía lo maravillosa que era aquella mujer; todo el mundo comentaba qué bien lo estaba llevando…

En el mismo momento en que Morse y Johnson estaban hablando, ella salía del asiento delantero de un Volvo de ocho ventanas con las dos cajas forradas de papel de aluminio en las que llevaba el plato principal y postre de la comida y llamaba con fuerza a la puerta de una casa situada en la finca de Osney Mead.

Las personas que recibían su comida sobre ruedas cuatro veces a la semana solían mostrarse amables y agradecidos, aunque también había excepciones.

—¡Está abierto!

—Aquí estamos otra vez, señora Gruby.

—Espero que no traiga el mismo pescado del otro día.

—Le traigo guisado de cordero y pudín de limón.

—El martes estaba frío, ¿lo sabía?

—Pues de verdad lo siento…

La voluntaria, que tenía un aguante asombroso, guardó silencio, pero movió los labios furiosamente al cerrar la puerta. Al infierno con aquella vieja de las narices… ¿Por qué no lo había metido en el jodido horno si estaba frío? A veces creía que se iba a volver loca, loca de remate… Últimamente tenía la sensación de que no le costaría nada pegarle un tiro a alguien, y menos aún al desgraciado farsante que tenía por marido.

50

> No hay más que un problema filosófico realmente serio: el suicidio. Juzgar si merece o no la pena vivir la vida equivale a responder la pregunta fundamental de la filosofía.
>
> Albert Camus, *El mito de Sísifo*

Fue justo después de que Morse acabara el sándwich de queso y el café del almuerzo (algo prácticamente inaudito, ya que solía beber alcohol con las comidas) cuando se produjo un descubrimiento crucial para el caso. Fue Lewis quien tuvo la suerte de llevar la buena noticia al comedor, donde Morse estaba leyendo el *Daily Mirror*.

Aquella misma semana, cuando Morse había comentado que todo aquello no podía haber ocurrido sin un coche, cuando había razonado la idea de que el coche era esencial y habría tenido que ser eliminado, los enchufes que tenía Lewis en su pragmática cabeza habían comenzado a chisporrotear: coches perdidos, coches robados, coches destrozados, coches quemados, coches abandonados, coches encontrados en las calles, coches remolcados… El sargento había analizado inmediatamente las posibilidades y, tras trazar un círculo alrededor de Oxford de unos treinta kilómetros de radio y consultar con Tráfico, había conseguido poner en marcha un programa de control bastante sencillo, centrándose en los días siguientes a la última vez que Karin Eriksson había sido vista.

En realidad, habría sido difícil no fijarse en la prueba clave una vez que se especificaran las fechas, ya que el capitán de marina Basil Viliers había llamado a la policía en nada menos que doce ocasiones durante el período en cuestión para quejarse de que el coche que habían encontrado abandonado y destrozado y que luego alguien había vuelto a destrozar para quemarlo a continuación, era como una mancha en un paisaje tan bonito como aquél; era una monstruosidad, una vergüenza, un escándalo; y que él (el mencionado capitán) no había luchado contra el despotismo, la dictadura, el totalitarismo y la tiranía para que luego trataran de restar importancia a sus quejas con

excusas tan frívolas como el seguro, el riesgo, las responsabilidades y la falta de personal… Sin embargo, y a pesar de las muchas dificultades (las matrículas habían desaparecido, aunque el número todavía podía verse en las ventanas) se había conseguido identificar al dueño y retirar la insultante «monstruosidad» del vecindario donde el capitán tenía su chalet para llevarlo a su Valhalla particular. El único recuerdo que quedaría de lo que una vez fuera el flamante, estilizado y lustroso vástago de una cadena de montaje japonesa sería una fotografía en color.

Gracias al ordenador, el número de matrícula había permitido averiguar el nombre y la dirección del propietario del vehículo en cuestión de segundos: James Myton, residente en 24 Hickson Drive, Ealing, o, mejor dicho, antiguo residente de 24 Hickson Drive, Ealing, ya que las pesquisas realizadas a continuación sólo habían servido para confirmar que hacía más de un año que James Myton no vivía allí. La oficina de Tráfico de Swansea había remitido tres cartas a la mencionada dirección, pero no había obtenido respuesta. El número de matrícula LMJ 594E estaba caducado, pero al parecer todavía no había sido suprimido del registro oficial del sur de Gales.

En cuanto a Myton, su nombre había sido incluido en la lista de personas desaparecidas de Scotland Yard durante el segundo semestre de 1991. Sin embargo, en tal período se habían registrado treinta mil personas desaparecidas sólo en Londres; y según un informe reciente, aprobado por el mismísimo *sir* Peter Imbert, el índice empezaba a ser tan inexacto que lo mejor sería comprobar uno a uno todos los nombres de la lista y confeccionar una totalmente nueva. Sin embargo, tal como Morse veía la situación, sería necesario algo más que una comprobación para volver a concebir alguna esperanza de encontrar vivo al desaparecido señor James Myton.

A media tarde, Ealing dio la confirmación de que el cadáver hallado en Pasticks era el de James William Myton, quien de pequeño había estado «bajo la custodia» de las autoridades locales; a continuación había vivido al cuidado de una pareja de ancianos ya fallecidos de Brighton; y luego había pasado una temporada bajo la supervisión del Servicio de Reformatorios de Su Majestad de la isla de Wight. Sin embargo, el joven siempre había demostrado cierta habilidad práctica, y en 1989, a la edad de veintiséis años, había salido al mundo exterior con fama de tener buenas aptitudes en carpintería, decoración de interiores y fotografía. Durante año y medio había trabajado en los estudios de televisión de Bristol. Según la descripción física facilitada por una mujer que vivía en Ealing a dos números de su casa, tenía «la boca debilucha y los

dientes inferiores pequeños y separados de manera uniforme, como si fueran las almenas de un castillo de juguete».

—Esta mujer debería ser novelista —comentó Morse.

—Lo es —dijo Lewis.

En cualquier caso, ya no había que buscar a Myton; de hacerlo, habría pocas posibilidades de encontrarlo. En el pasado habían sido muchas las veces en que no había tenido domicilio permanente; Morse tenía la seguridad de que ahora, en el presente, sería un inquilino permanente de la morada de los muertos, como podría haberlo expresado la novelista en una de sus descripciones de estilo más recargado.

De todos modos, las cosas iban bien en general. De hecho, iban en buena medida tal como Morse había previsto. Durante el resto de la tarde la investigación siguió adelante sin sorpresas ni contratiempos. A las seis menos cuarto, Morse dio el día por terminado y volvió en coche a su piso de North Oxford.

Aquella tarde, durante dos horas aproximadamente, al igual que los demás días laborables, la gordísima esposa de Luigi Bertolese se encargó de cobrar a los huéspedes del hotel Prince William mientras su marido llevaba a cabo sus transacciones habituales con el señor Ladbroke, corredor de apuestas. Tenía ante sí la primera edición del *Evening Standard*. Se ajustó unas gafas sobre su naricilla y empezó a leer. En tales ocasiones, tal vez recordara a alguno de los huéspedes que iban a pagarle a aquella lechuza que parecía sentada tranquilamente en una rama después de haber dado cuenta de una suculenta comida, mostrándose medio aturdida cuando los párpados descendían lentamente sobre sus ojos y más juiciosa que de costumbre cuando los levantaba… Esto último fue lo que ocurrió en el momento en que el huésped de la habitación 8 llegó de comer. Y de beber, a juzgar por su aliento.

La fotografía aparecía en la parte inferior izquierda de la primera página. Era bastante pequeña y se la habían hecho cuando tenía barba, la barba que se había afeitado al día siguiente de llegar al hotel. Aunque María Bertolese tenía un conocimiento bastante deficiente del inglés, no tuvo problemas para entender el texto que acompañaba a la foto: «La policía tiene un gran interés en entrevistarse con este hombre, Alasdair McBryde…».

Le entregó la llave de la habitación y dos billetes de veinte libras y señaló el periódico con la cabeza.

—No quiero que Luigi se meta en líos. Tiene el corazón débil… muy débil.

El hombre asintió, se metió uno de los billetes en la cartera y le devolvió el otro:

—Para la chica que sirve el desayuno.

Cuando Luigi Bertolese volvió de la agencia de apuestas a las cuatro en punto, el huésped de la habitación 8 había cogido su equipaje y había desaparecido.

En el despacho de billetes de la estación terminal de Paddington, McBryde pidió un billete de ida para Oxford. El tren de las 16.20, con paradas en Reading Didcot, Parkway y Oxford ya se encontraba estacionado en el andén nueve. Tenía diez minutos, por lo que fue a la cabina telefónica que había enfrente de la librería Menzies y marcó un número (llamada directa) del Lonsdale College, Oxford.

El doctor Alan Hardinge colgó el auricular lentamente. Se encontraba en sus habitaciones de chiripa. De todos modos, sabía que McBryde le habría encontrado en alguna parte tarde o temprano; alguna mañana, tarde o noche en que habrían tenido que ajustar cuentas, pagar la factura, *eine Rechnung*, como decían los alemanes. Había accedido a reunirse con él, por supuesto. ¿Qué opción le quedaba? No tenía otro remedio que verle; beberían algo juntos pese a la frialdad del trato y hablarían de muchas cosas, de lo que había que hacer y de lo que no había que hacer.

¿Y luego qué?

Por Dios… ¿Y luego qué?

Se cogió la cabeza entre las manos y, presa de la desesperación, se tiró de la raíz de su abundante pelo. Lo realmente terrible de aquellas situaciones de mierda era su naturaleza acumulativa. Durante los últimos días había pensado varias veces en acabar con todo. Sin embargo, lo que le había frenado no había sido el miedo a la muerte, sino su propia incapacidad de hacer frente a los aspectos prácticos de un suicidio. Hardinge era una de esas personas para las que todos los aparatos y artilugios resultan mecanismos inescrutables. Los cables, interruptores, fusibles y tornillos jamás habían sido objeto de su devoción. Para acabar con todo le quedaba, por ejemplo, la solución del garaje; bastaba con cerrar las puertas y dejar salir los gases del tubo de

escape. Sin embargo, estaba convencido de que acabaría metiendo la pata de alguna manera. Algo había que hacer de todas formas, porqué la vida empezaba a resultarle insoportable: el fracaso de su matrimonio, el rechazo de la única mujer que había llegado a amar realmente, la inutilidad de la promoción académica, su lastimosa adicción a la pornografía, la muerte de su hija y, ahora, la llamada recibida hacía sólo unos minutos, en la que le habían recordado lo que tal vez fuera lo más espantoso de todo…

La segunda representación de *El Mikado*, si no recordaba mal, estaba programada, como la primera, a las siete y media de la tarde, pensó Morse. Todavía tenía tiempo de sobra para prepararse e ir.

Aquella tarde, sin embargo, también decidió quedarse en casa.

La primera noche no había salido mal; todos habían estado algo nerviosos, eso sí, «con tembleques», como habían dicho las otras chicas. La segunda noche, en cambio, habían estado en vena. David le había dicho que la primera también lo había hecho bien. ¡Bien! Aún lo tenía que hacer mucho mejor. Ya vería, ya…

Cuando faltaban cinco minutos, volvió a asomarse por un lado del telón para echar un vistazo al público que llenaba la sala. La entrada que tenía David para las tres representaciones correspondía a una butaca de la última fila y al lado del estrecho pasillo había una libre. Sin embargo, a él no se le veía por ninguna parte. Seguramente estaría fuera de la sala, pensó, hablando con alguien a la espera de que comenzase el espectáculo.

La localidad K5 estaba destinada a quedar libre aquella noche hasta que faltaran cuarenta minutos para el final del espectáculo, momento en que una de las vendedoras de programas decidió darle un descanso a sus doloridos pies.

51

> Quien se encuentra abajo, no tiene por qué temer la caída, ni quien es humilde el orgullo.
>
> John Bunyan, *El peregrino*

Lewis no tenía ni idea de si Morse esperaba algo semejante, pero lo cierto es que el inspector no pareció en absoluto sorprendido cuando a la mañana siguiente le pasaron la llamada del doctor Alan Hardinge. ¿Podría ver a Morse, por favor? No era urgentísimo, aunque, bueno… sí lo era, al menos para él.

Al parecer, a Morse no le había molestado que Lewis preguntara una o dos obviedades para que el asunto no decayese; mientras tanto él había estado escuchando con atención, aunque con un leve gesto de cinismo en sus labios. Por lo que había podido ver, seguramente lo que había irritado a su jefe habían sido los comentarios preliminares:

—Siento mucho el accidente de su hija, doctor Hardinge. Debió de ser algo… espantoso —dijo Morse.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó Hardinge—. Usted no tiene hijos.

—¿Cómo lo sabe? —repuso Morse.

—Creía que teníamos una amiga en común, inspector.

No, no había sido un buen comienzo, aunque la conversación había terminado más cordialmente. Hardinge no había opuesto ningún reparo a grabar su testimonio en una cinta, del que la capacitadísima agente de policía Wright haría más tarde una transcripción concisa, limpia y agradable para la vista por la ausencia de las numerosas alteraciones con Tippex que caracterizaban las peleas de Lewis con la máquina de escribir:

> «El domingo 7 de julio de 1991 me cité con cuatro hombres en Seckham Villa, Park Town, Oxford. El interés que compartíamos y que motivó la reunión me causa más turbación que vergüenza. Los presentes éramos: Alasdair McBryde, George Daley, David Michaels, James Myton y yo. McBryde nos informó de que cabía la posibilidad de que pasáramos una tarde interesante, ya que iba a venir una

joven estudiante sueca para posar en lo que denominamos eufemísticamente una sesión fotográfica. Luego nos dijo que se trataba de una bella muchacha que necesitaba dinero desesperadamente. Si queríamos ver la sesión, teníamos que pagar un suplemento de cincuenta libras; en total cien libras. Yo accedí. Daley y Michaels también. Yo había sido el primero en llegar. Daley y Michaels habían llegado juntos algo más tarde. Tuve la impresión de que uno habría ido a recoger al otro. No sabía prácticamente nada sobre ellos, salvo que trabajaban en cosas parecidas: algo relacionado con la silvicultura. Había estado con ellos en un par de ocasiones, pero nunca los había visto juntos.

»El quinto hombre era Myton, a quien me habían presentado en otra ocasión, y lo digo con vergüenza, como el editor de una colección de revistas pornográficas cuyos puntos de interés iban desde el bestialismo a la pedofilia. Era un hombre delgado y algo menudo, con aspecto de comadreja: nariz afilada y ojillos de mirada feroz. A menudo fanfarroneaba de haber trabajado en el equipo ITV Zodiac Production, pero por mucho que pudiera exagerar, una cosa estaba perfectamente clara: daba igual lo que grabara en cintas de vídeo o lo que fotografiase para cine o publicidad, Myton tenía el toque mágico de un artista nato.

»De la primera parte de aquella tarde sólo me acuerdo vagamente. Habíamos bajado al sótano, donde había una pantalla bastante grande; y allí estábamos, viendo unos vídeos de porno duro importados de Dinamarca, cuando oímos que había llegado la estrella sueca a la que con tanta impaciencia esperábamos. Habían llamado al timbre y el señor McBryde nos había dejado; poco después oímos unas voces justo encima de nosotros, en el jardín, las voces de Myton y la joven. Ahora sé cómo se llamaba: Karin Eriksson. Recuerdo que en aquel momento me sentía muy excitado. Sin embargo, las cosas no funcionaron. Pronto se hizo evidente que la joven no había comprendido la naturaleza de su compromiso; no le importaba posar para unas cuantas fotografías desnuda, pero sólo si lo hacía en una habitación cerrada con una cámara y un solo fotógrafo. Así eran las cosas y no había nada que discutir.

»Al cabo de media hora oímos un alboroto de mil demonios en la habitación que había justo encima de donde estábamos, por lo que subimos por las escaleras detrás de McBryde. La joven (no nos enteramos de su nombre hasta pasados unos días) estaba echada sobre la cama. No se movía, y las sábanas estaban cubiertas de sangre, una sangre de un rojo vivísimo, sangre fresca… Pero no era su sangre, sino la de Myton. Éste estaba sentado en el suelo, acurrucado, apretándose el costado izquierdo y jadeando desesperadamente, con los ojos desorbitados de dolor y miedo. Sin embargo, fue la muchacha la que nos llamó la atención en un principio. Estaba desnuda y tenía en el cuello unas marcas espantosamente rojas y la boca hinchada de un modo extraño. Por la mejilla le caía lentamente un hilillo de sangre. Sí, por la mejilla, pues era el ángulo de su cabeza lo que resultaba sobrecogedor: la tenía torcida hacia atrás, como si estuviera haciendo un verdadero esfuerzo por mirar por encima de su frente a la cabecera de la cama, que estaba situada detrás de ella. Luego, no de forma inmediata pero poco después, comprendimos que estaba muerta.

»Si alguna vez se me ha encogido el corazón de miedo y me he quedado paralizado por el pánico ha sido en esa ocasión. Había estado en salas X en varias ocasiones y a menudo me había preguntado qué ocurriría si de pronto se produjera un incendio y las salidas quedaran bloqueadas por un grupo de hombres presas del pánico. Esa misma clase de pensamientos me asaltó en aquel momento. Entonces oí detrás de mí un ruido espantoso, como un fregadero de cocina desaguando. Me volví y vi que Myton estaba vomitando un chorro de sangre oscura que caía a borbotones sobre la alfombra. Su cuerpo empezó a convulsionarse y sufrió seis o siete espasmos antes de quedarse inmóvil tal como estaba la chica sobre la cama.

»Es imposible decir con seguridad en qué orden se produjeron los acontecimientos que condujeron a esta doble tragedia. No puedo saber lo que pensaron los demás, ni sé lo que yo mismo pensé. Supongo que imaginé que Myton habría estado haciendo fotos mientras ella hacía varias poses, que luego le habría apetecido y habría intentado violarla. Ella habría intentado quitárselo de encima, y lo habría conseguido. O más que conseguido.

»Lo que todos teníamos claro era que ella le había clavado un cuchillo, una especie de cuchillo multiuso de esos que llevan los exploradores y guías, ya que todavía lo empuñaba en su mano derecha, como si pensara que aún podría atacarla. No sé cómo pudo conseguir aquel cuchillo estando completamente desnuda como estaba.

»Lo siguiente que recuerdo con claridad es que bajamos al sótano y nos servimos un *whisky* solo, mientras nos preguntábamos qué podíamos hacer y tratábamos de idear un plan. ¡Algo! ¡Cualquier cosa! Todos, o al menos tres de nosotros, teníamos el mismo temor en la cabeza: que la sociedad se enterara; y nuestros amigos, nuestra familia y nuestros hijos. Que todo el mundo lo supiera; que supieran que en realidad éramos unos sucios e infames pervertidos. El escándalo, la vergüenza, la ruina… Nunca había experimentado tanto pánico y desesperación.

»Ahora llego a la parte más difícil de mi declaración, y no puedo responder de los motivos exactos que animaron a cada uno de nosotros, ni siquiera de ciertos detalles concretos. De todos modos, aún recuerdo con bastante claridad lo más importante que hicimos aquel día, si bien retrospectivamente me parece como si hubiera tenido lugar en un borroso mundo de irrealidad. Lo diré de manera sencilla. Decidimos encubrir aquella espantosa tragedia; debe de parecer casi increíble que hiciéramos tal esfuerzo para protegernos, y sin embargo eso es lo que hicimos. McBryde nos dijo que las únicas personas que conocían a la joven sueca aparte de nosotros eran las mujeres de la agencia y luego nos aseguró que él mismo se ocuparía de que no hubiera ningún problema por ese lado. Eso nos dejaba con los dos cadáveres (¡qué horrible parece todo ahora!), los cadáveres de Myton y la joven. No podíamos ni plantearnos deshacernos de ellos antes del anochecer, así que se acordó que los cuatro nos reuniríamos allí mismo a las diez menos cuarto de la noche.

»Durante los últimos meses Myton había estado viviendo de lo que tenía en las maletas, dos grandes maletas de color marrón de aspecto desvencijado. En realidad llevaba varias semanas alojado en casa de McBryde, yendo y viniendo. McBryde no dejaba de recriminarse haber permitido que Myton y la joven salieran al jardín trasero, ya que cualquiera de los vecinos que hubiera visto a Karin Eriksson la recordaría claramente. Sus temores a este respecto fueron, al parecer, infundados. Por lo que se refiere a las maletas de Myton y sus efectos personales, McBryde los metió en la parte trasera de su furgoneta para llevarlo al centro de recepción de basuras de Redbridge a primera hora de la mañana siguiente. El coche de Myton fue en cambio un verdadero quebradero de cabeza, aunque el enorme aumento de delitos automovilísticos que se había producido en Oxford aquel año nos dio la idea de una solución bastante sencilla. Se decidió que yo fuera en el Honda a las afueras de Otmoor a las once menos cuarto de aquella misma noche, rompiera todos los paneles y ventanas y destrozase el motor a martillazos. Eso fue lo que hice. McBryde me había seguido con la camioneta y me ayudó a cometer mi acto de vandalismo antes de llevarme a Oxford.

»Ésa fue mi tarea. Sin embargo, todavía quedaba otro problema por solventar: la eliminación de los dos cadáveres y de la mochila de la joven. No sé por qué no decidimos deshacernos de la mochila junto con las maletas, pero lo cierto es que resultó una trágica equivocación. Al final cargamos los cadáveres en la furgoneta

de McBryde, quien condujo al abrigo de la oscuridad hasta Wytham, donde Michaels abrió las puertas de entrada al bosque y, con la ayuda de Daley, trasladó el cadáver de Myton al todoterreno. Luego los dos se internaron en la maleza para eliminarlo en alguna parte. Nunca he sabido dónde.

»A continuación McBryde fue a Blenheim, donde Daley tenía fácil acceso a cualquier parte del gran parque y donde el cadáver de Karin Eriksson, envuelto en una sábana y lastrado con piedras, desapareció en las aguas del lago. Tampoco sé dónde.

»Al recordar todo lo ocurrido, me parece terriblemente tosco y cruel. Pero hay gente que se comporta de una manera extraña cuando se siente bajo presión, y nosotros estábamos bajo una presión terrible aquel espantoso día. No sé si las otras personas implicadas en este asunto se mostrarán dispuestos a corroborar esta versión de los hechos. Lo que sí puedo asegurar es que he prestado esta declaración por voluntad propia, sin atender a ningún tipo de orden o coerción, y que lo que he dicho es verdad».

La declaración fue fechada el 1 de agosto de 1992 y firmada por Alan Hardinge, profesor del Lonsdale College, Oxford, en presencia del inspector jefe Morse, el sargento Lewis y la agente Wright. A petición del doctor Hardinge no hubo ningún abogado presente.

Cuando Hardinge iba todavía por la mitad de la declaración, George Daley, impaciente como nunca por hacer horas extras, estaba metiendo unas petunias en unas cajas en el jardín tapiado del centro de jardinería de Blenheim. No había oído los pasos, pero sintió el toque de una mano sobre su hombro y dio un respingo de nerviosismo.

—¡Dios! Qué rápido has llegado…

—Has dicho que era urgente.

—No sabes lo jodidamente urgente que es.

—¿De qué se trata?

—Escucha…

—¡No! ¡Escucha tú! La policía va a tener en su poder esa declaración cualquier día de esta semana, probablemente ya la tenga. Recuerda lo que acordamos… Tú lo aceptaste.

—Pues ya no estoy de acuerdo, joder. ¿Me oyes? ¡Mira esto! —Daley sacó una carta del bolsillo—. Me ha llegado esta mañana por correo. Por eso he llamado. ¿Ves lo que me puede ocurrir? Y todo por ese jodido mocoso que tengo. No, no… Lo que acordamos ya no cuenta. O el doble o no hay trato. Cuatro, eso es lo que quiero. No dos. ¡Cuatro!

—¿Cuatro? ¿De dónde coño crees que los sacaré?

—Ese es tu problema, ¿no?

—Si logro conseguirlo —dijo el otro lentamente—, ¿cómo sabré que no vas…?

—Hay confianza, ¿no? No volveré a pedir nada más, te lo aseguro. No si quedamos en cuatro.

—Hasta el lunes no puedo conseguir nada, ya lo sabes. Los bancos están cerrados.

Se produjo un silencio.

—No te arrepentirás —dijo Daley finalmente.

—Tú sí, si vuelves a venirme con esta historia.

—¡No me amenaces!

—No te estoy amenazando, Daley. Pero te aseguro que te mataré si vuelves a intentarlo. —Había un tono de amenaza y autoridad en su tranquila voz. Se giró para irse y añadió—: Será mejor que vengas tú; habrá menos gente.

—Vale.

—A eso de las diez. No puede ser antes. En mi oficina, ¿de acuerdo?

—Mejor fuera de tu oficina.

El otro se encogió de hombros.

52

Todo llega si un hombre sabe esperar.

Benjamin Disraeli, *Tancredo*

Una hora después de que Hardinge se hubiera ido (mejor dicho, de que le hubieran permitido irse), Lewis entró en el despacho de Morse con tres fotocopias del documento. El inspector cogió una y leyó de modo aparentemente superficial la transcripción del testimonio de Hardinge.

—¿Qué opinas de todo esto?

—Hay una o dos cosas que me resultan extrañas.

—¿Una o dos cosas?

—Bueno, dos en realidad. Quiero decir… el tal Daley estuvo en Park Town aquella tarde y aquella misma noche arrojó el cadáver de la chica al lago de Blenheim.

—¿Y?

—Pues bien, luego dejó la mochila de la chica al pie de un seto en Begbroke. Quiero decir…

—¿Te importaría dejar de decir «quiero decir», Lewis?

—Bien, lo normal sería que se la hubiera llevado a varios kilómetros de distancia, ¿no? Podría haberse deshecho de ella en Burford o Bicester o por ahí. Quiero…

—¿Y no podría haberla metido en la sábana, junto con el cadáver?

—Pues sí; en cualquier parte excepto donde la dejó.

—Me parece que tienes razón.

—¿Por qué no se lo preguntamos?

—Todo en su debido momento, Lewis. Decías que eran dos cosas, ¿no?

—Bueno, sí. En realidad se trata de algo parecido. Decidieron dejar el cadáver de Myton en el bosque de Wytham, ¿no? Y eso es lo que hicieron, porque allí lo encontramos. Lo que no comprendo sin embargo es por qué Michaels le dijo a usted dónde estaba. Quiero… Perdón, señor.

—Pero es que no me lo dijo. Michaels no me indicó en el mapa el punto exacto donde se encontraba.

—Pero sí le habló de Pasticks.

—Entre otros sitios, en efecto. —Morse se quedó mirando el patio de asfalto por un momento, sin fijarse en nada concreto, pero asintiendo con la cabeza con gesto de gravedad—. Sí… Muy bien, Lewis. Has puesto el dedo…, mejor dicho, has puesto dos dedos sobre las partes de la declaración que llamarían la atención a cualquiera, incluso a alguien la mitad de inteligente que tú.

Lewis no supo muy bien si aquello era un cumplido. Pero el maestro había comenzado su análisis.

—A ver, plantéate las siguientes preguntas: ¿por qué tuvo Daley que deshacerse de la mochila y luego la encontró él mismo? Como bien has dicho, ¿por qué la dejó tan lejos de donde había arrojado el cadáver? ¿Qué motivo tuvo para hacerlo? ¿Qué motivo pudo ser? ¿Hubo algún motivo? Nuevamente como bien has dicho, ¿por qué se mostró Michaels tan servicial con nosotros? Es absurdo, ¿verdad?, si no quería que alguien encontrara el cadáver… ¿Por qué lo hizo entonces? ¿Por qué nos dio la mínima oportunidad de encontrarlo? ¿Por qué no nos facilitó una lista de lugares inverosímiles que no valiera para nada? ¡Dios! Wytham es tan grande como… —Morse tenía dificultades con el símil— el estanque de Blenheim.

—Lago, señor. Tiene aproximadamente ochenta hectáreas. Es una extensión muy amplia para dragar.

—Amplísima.

—Entonces ¿nos olvidamos de ello?

—Sí, nos olvidamos de ello. Como te dije ayer, Lewis…

—¿Sigue pensando que acertó en eso?

—Oh sí, sin ninguna duda. Sólo tenemos que esperar sentados. Ya verás cómo empieza a venir gente a vernos, Lewis. No vamos a perder nada por ello. Te aseguro que no va a haber más víctimas en este caso excepto… excepto tal vez ese mocoso estúpido de Philip Daley.

—Entonces podemos tomarnos un pequeño respiro, señor.

—¿Por qué no? Aunque hay una cosa que puedes hacer camino de tu casa. Pásate por Lonsdale. Averigua quién estuvo de servicio en la portería anoche y si nuestro amigo Hardinge recibió alguna visita en sus habitaciones. Y en caso afirmativo, cuántos y quiénes eran.

Por un momento, sin embargo, pareció que Lewis no quería irse.

—¿Está seguro de que no quiere que vaya por Daley y Michaels?

—Te lo acabo de decir. Ellos acudirán a nosotros. Al menos uno de ellos, a no ser que me haya equivocado del todo.

—Lo cual sucede rara vez.

—Lo cual sucede rara vez.

—¿No quiere decirme cuál de los dos?

—¿Por qué no habría de decirte cuál de los dos?

—¿Y bien?

—De acuerdo… Te apuesto cinco libras a cambio de un orinal rajado a que el jefe de guardabosques, el Llanero Solitario o como se llame, se pone en contacto con nosotros, viniendo aquí en persona o llamando por teléfono, antes de que te sientes delante del televisor para ver las noticias de las seis.

—Los sábados ponen las noticias antes, señor.

—Oh… Una cosa más: antes de que te vayas, deja esto sobre la mesa de Johnson, ¿de acuerdo? Supongo que no pasará por aquí hasta el lunes, pero le he prometido mantenerle informado de todo. —Le devolvió una de las tres fotocopias y Lewis se levantó para marcharse.

—¿Quiere que le llame si averiguo algo?

—Si es interesante, sí —contestó Morse con aparente indiferencia.

Antes de la entrevista con Hardinge, Lewis todavía pensaba que el caso estaba bastante claro o que cuando menos lo estaba la explicación que Morse le había dado de él. Sin embargo, había salido de la comisaría de Kidlington con la cabeza hecha un lío, como si lo único que hubiese conseguido el doctor con su declaración, fuera cual fuese su propósito al prestarla, hubiera sido ofuscarle a él, a Lewis, y no, como parecía, a su jefe.

Al final resultó que Morse habría perdido (si él se hubiera acordado de ello) cualquier apuesta que pudiera haber hecho, ya que nadie se puso en contacto con él, por teléfono o en persona, aquella tarde. En realidad el inspector no hizo nada una vez Lewis se hubo ido. En cierto momento estuvo tentado de ir a Wytham para ver la última representación de *El Mikado*; pero no tenía entrada y probablemente ya no quedaría ninguna en taquilla. Además, se había comprado un disco compacto del *Réquiem* de Mozart.

Cathy le vio allí la última noche, diez minutos antes de la hora a la que estaba previsto que se levantara el telón: el hombre barbudo, grueso e independiente con el que había tenido la suerte de casarse a pesar de la diferencia de edad.

Estaba hablando animadamente con una mujer atractiva que había en la fila de delante, coqueteando un poco con ella a buen seguro, con aquel tono lacónico, parsimonioso y confiado que con tanta facilidad podía adoptar. Aun así, Cathy no sintió ni un ligero atisbo de celos, pues sabía que era ella quien lo significaba prácticamente todo para él.

Dejó que el telón volviera a taparle la vista y regresó al vestuario de mujeres, donde, echando un vistazo por encima del hombro, se contempló a sí misma en el espejo de cuerpo entero. Aquellos sencillos vestidos negros, cortos y adornados con un cuello blanco, un cinturón rojo y medias negras con ligas, habían terminado por ser una de las principales atracciones del espectáculo; y las tres sirvientas, que seguramente no habrían resultado tan jóvenes si la verdad hubiese salido a la luz, habían disfrutado con el carácter exhibicionista y un tanto provocativo de sus papeles. Cathy había evitado preguntarle a David si le daba su aprobación o si se sentía un poco celoso.

Ella esperaba que así fuera, por supuesto, aunque, claro, David no tenía motivos para ello. Oh no, ni los tendría nunca.

Al igual que la mayoría de las producciones de aficionados y, a decir verdad, de las profesionales, *El Mikado* había sido montado en partes, de tal suerte que había sido prácticamente imposible ver la secuencia cronológica hasta el día del ensayo general. Así pues, David Michaels, pese a haber estado presente en un buen número de ensayos durante el pasado mes, tenía poca idea de lo que, quizá con cierta grandilocuencia, se denominaba a veces la «trama» de la ópera. Tampoco la primera representación le había ayudado mucho a aclararse, puesto que había tenido la cabeza en asuntos de mayor importancia. Ahora, durante la última representación, tenía la cabeza todavía más lejos; observaba la acción que se estaba desarrollando sobre el escenario como si se encontrase detrás de un velo semiopaco; oía la chirriante orquesta como si tuviera los oídos tapados con algodón…

Se acordaba de la llamada recibida la noche anterior, después de la cual había ido a Oxford en coche, había tenido la suerte de encontrar un sitio para aparcar delante de la librería Blackwell del Broad y luego había echado a andar. Siguiendo las instrucciones que le habían dado, había cruzado Radcliffe Square y avanzado sobre el empedrado por el que se entraba al Lonsdale College, tras lo cual había pasado por delante de la portería y entrado en el patio anterior, donde se encontraban las habitaciones de Hardinge. McBryde ya había llegado y Daley lo haría diez minutos más tarde.

Había pasado más de un año desde la última vez que se habían reunido, un año en el que apenas había sucedido nada, un año durante el cual los expedientes de la policía habían permanecido abiertos (o al menos eso suponía él) y también, sin embargo, un año en el que él y los demás, los cuatro, habían creído con creciente alivio y confianza que nadie averiguaría o podría averiguar jamás la verdad sobre lo ocurrido aquel caluroso, soleado y lejano día.

Lo que había removido todo el asunto había sido la jodida carta del periódico. Y también aquel hombre, Morse. Qué sobresalto había supuesto el descubrimiento del cadáver; él, Michaels, no tenía ni la más remota idea de que se hallara precisamente allí. Había tenido mala suerte, desde luego; todo lo contrario a cuando había encontrado el cuchillo con mango de cuerno, porque ya nadie podría encontrarlo ahora, estando como estaba en el fondo del lago de Blenheim. Sí, por fin había quedado borrada la última prueba y las aguas habían empezado a volver a su cauce o, mejor dicho, habían empezado en un principio, hasta la segunda llamada, a primera hora de aquella misma mañana; la llamada de esa especie de inmundicia que vivía en Begbroke. No obstante, Daley podía esperar cierto tiempo; Daley aún contemporizaría con ellos un poco más. Lo único que Michaels no alcanzaba a comprender era por qué Morse estaba esperando. Aquello le tenía muy inquieto. Quizá todo el mundo estuviera esperando…

De pronto oyó los aplausos que sonaban alrededor y vio que el telón bajaba a trompicones para anunciar el final del primer acto de *El Mikado*.

53

Cuando cruzamos el soportal de entrada, Randolph dijo con perdonable orgullo: «Ésta es la mejor vista de Inglaterra».

Señora de Randolph Churchill, durante su primera visita a Blenheim

El lunes 3 de agosto, el inspector jefe Harold Johnson pasó buena parte de la mañana con sus colegas de la City en Saint Aldate y hasta pasadas las once no pudo volver a su despacho de la comisaría de Kidlington, donde leyó la transcripción del testimonio de Hardinge. Acto seguido lo releyó. Con la excepción de las referencias a la mochila, todo aquello era una novedad para él. Desde luego tenía que reconocer que desde que Morse se había hecho cargo del caso el cariz del asunto había cambiado de manera espectacular: pistas, coches, cadáveres… ¿Por qué no había encontrado él nada de eso? Qué extraño, de todos modos: mientras que la obsesión de Morse había sido Wytham, la suya había sido Blenheim. Y a tenor de la declaración de Hardinge, los dos habían tenido razón desde el principio. Llamó al despacho de Morse por la línea interior, pero le dijeron que el inspector acababa de salir con el sargento Lewis. Destino desconocido.

¡Blenheim! Johnson encontró el lustroso prospecto del palacio de Blenheim, que todavía tenía en el estante, y lo abrió por la página en que aparecía el mapa titulado «Casa y jardines». Allí estaba: ¡el lago! El río Glyme entraba en la finca por el este, corría por Queen Pond y pasaba a continuación bajo el Gran Puente de Vanbrugh para acabar afluyendo en el lago; éste tenía aproximadamente ochenta hectáreas de extensión, le habían dicho la primera vez que había sugerido la posibilidad de dragar el fondo. Demasiado grande para tal empresa; y lo seguía siendo. Queen Pool, en cambio, no era muy profundo, y el terreno que lo rodeaba había sido batido exhaustivamente. No se había encontrado nada, lo cual había confirmado a Johnson en lo que había creído desde un principio: si el cadáver de Karin Eriksson había sido abandonado en alguna parte de Blenheim, habría sido arrojado en las aguas del lago, mucho más profundas y de una extensión

mucho más amplia. Para ello habrían tenido que ponerle un buen lastre, le había dicho la gente del lugar, ya que, de lo contrario, con toda seguridad habría salido a la superficie poco después de la inmersión y habría llegado flotando a la Gran Cascada, punto situado en el sur donde el lago se estrechaba y el agua reanudaba su fluir a lo largo de las orillas del Glyme.

Johnson ojeó las lujosas ilustraciones del prospecto y se prometió llevar a su nueva esposa a visitar la espléndida casa y los jardines que la reina Ana y su agradecido parlamento habían construido para el poderoso duque. ¿Cuál era la palabra mnemotécnica que aprendían en la escuela? BROM. Sí, ésa era: Blenheim; Ramilles, Oudernarde; Malplaquet. Un cuarteto musical de victorias. De pronto, el inspector sintió un deseo apremiante de ver de nuevo el precioso paisaje que se abría repentinamente a los ojos del visitante en cuanto éste pasaba por la puerta del Triunfo.

Fue a Woodstock en coche, pasó por delante del Bear y de la iglesia, cruzó el patio y subió hasta la puerta, donde vio a un guarda sentado en su garita. Con satisfacción, observó que le reconocía.

—¿Va a pasar, señor?

Johnson asintió.

—Creía que teníamos a una pareja de nuestros muchachos en cada una de las entradas.

—Cierto, señor, así es. Pero les dijeron que se fueran.

—¿Cuándo?

—El sábado. El guardia que estaba aquí de servicio dijo simplemente que no iba a volver; es todo lo que sé. Supongo que pensaría que ya habían resuelto el caso o algo así.

—¿De veras?

El inspector cruzó la puerta en coche y volvió a verlo, sintiendo que los recuerdos acudían a su memoria. En segundo término, las torres y florones del palacio, y junto a él, a su derecha, el lago, con el Gran Puente y el hayedo de Capability Brown detrás. Qué preciosidad…

Johnson reconocía que era un hombre de limitada sensibilidad; sin embargo, se consideraba un oficial de policía competente y el testimonio que acababa de leer no le había producido ninguna alegría. Si merecía crédito lo que decía el tal Hardinge, Daley se había mostrado bastante avaro con la verdad cuando un año atrás había prestado declaración. Y eso le resultaba muy irritante a Johnson. Había pasado mucho tiempo con él, analizando el puñetero asunto de la mochila. Pues bien, lo mejor sería hablar de nuevo con él. ¡Ahora!

Dejó atrás el palacio y se dirigió al centro de jardinería. Nadie había visto a Daley aquella mañana. Quizá estuviera en el aserradero. Johnson salió de la finca, pasó por Eagle Lodge y entró en la A4095, donde dobló hacia la derecha, atravesó Bladon y Long Hanborough, volvió a doblar a la derecha y se dirigió hacia el linde oeste de la finca para aparcar en el patio del aserradero de la finca Blenheim, al lado de unas pilas de estacas recién cortadas. Sólo había estado allí en una ocasión, cuando todavía era el gran jefe blanco. De pronto se dio cuenta de que habría llegado mucho antes si en lugar de ir por los pueblos hubiera atravesado el parque.

Aunque esta vez nadie le reconoció, no tardó en enterarse de que Daley tampoco se encontraba allí; de hecho, no había pasado por el aserradero desde la tarde del viernes, en que había estado cuidando de una nueva plantación situada al lado del lago y se había acercado allí a fin de conseguir unas estacas para los árboles. Uno de los trabajadores le indicó que era probable que se hubiera llevado la camioneta a casa para el fin de semana, sobre todo si tenía pensado trabajar alguna hora extra. Seguramente Daley habría ido a la finca aquella misma mañana para plantar árboles.

Johnson le dio las gracias al hombre y, siguiendo la carretera, fue en coche hasta el linde de la finca; luego torció a la derecha por una carretera en la que vio un cartel de prohibido el paso y llegó a Combe Lodge, donde, según le habían dicho, la puerta estaría cerrada con llave. De acuerdo, pero él era policía, había contestado.

El inspector leyó el cartel que colgaba de una alta puerta de madera pintada de verde:

SÓLO SE PERMITE LA ENTRADA A LAS PERSONAS QUE POSEAN LA LLAVE.
LOS DEMÁS VEHÍCULOS HAN DE UTILIZAR LA PUERTA DE WOODSTOCK.
NO MOLESTEN A LOS RESIDENTES DE LA CASA.

No hubo necesidad de molestar al (único) residente de la casa, ya que en aquel momento estaba entrando un tractor con remolque y el coche de policía obtuvo permiso para entrar detrás de él. Un tanto negligentes, pensó Johnson extrañado. Nada más entrar, la carretera se bifurcaba bruscamente. El inspector vio que una gruesa y solitaria señora, que estaba haciendo ejercicio corriendo a paso bastante lento, tomaba el desvío de la derecha, por lo que decidió tomar el de la izquierda, un camino flanqueado de altos robles que conducía a la punta norte del lago. A unos doscientos o trescientos metros de distancia a mano izquierda, vio el grupo de árboles y se felicitó por su buena suerte: allí había una camioneta de la finca Blenheim, aparcada junto a un

viejo cobertizo. Dejó el coche al lado, bajó y se asomó a una ventanilla lateral.

Nada. Bueno, casi nada: sólo un estante de madera sobre el que descansaban dos bolsas de comida para los faisanes. Rodeó el cobertizo, llegó a la fachada e intentó abrir tanto la parte superior como la inferior de la puerta, que era tipo cuadra. Ambas estaban cerradas con llave. Continuó rodeando el cobertizo y, de pronto, algo le llamó la atención. Miró al suelo detrás del cobertizo, a unos metros de distancia; y de repente, su boca se abrió de terror y su cuerpo quedó atenazado por el miedo.

54

Michael Stich (Alemania Occidental) derrotó a Boris Becker (Alemania Occidental) por 6-4, 7-6 y 6-4.

Final masculina del torneo de Wimbledon, 1991

En el momento en que el inspector jefe Johnson salía hacia Woodstock, Lewis estaba conduciendo, algo por encima del límite de velocidad por la A40 en dirección a Cheltenham. Al parecer Morse había tomado la decisión tarde e impulsivamente:

—¿Te das cuenta, Lewis, de que la única persona relacionada con este caso de la que no nos hemos preocupado hasta el momento es la tía de Llandovery?

—No es exactamente su tía, señor. Es como cuando las niñas llaman «tía» a ciertas mujeres, ¿sabe?

—No, no lo sé, Lewis.

—Bueno, al parecer Karin llamaba «tía Dot» o «tía Doss» a la tal señora Evans. Su nombre de pila es Dorothy, si no recuerdo mal.

—Te ha venido bien el descanso del fin de semana, ¿eh, Lewis?

—¿No cree que deberíamos ir por Daley y Michaels en primer lugar, señor? Quiero decir… deberíamos averiguar si están dispuestos a corroborar lo que dice Hardinge…

—No. Si estoy en lo cierto, y sé que lo estoy, estaremos en mejor posición para tratar con esos dos caballeros después de hablar con la señora de Llandovery. ¿Te acuerdas de la señal que hay en el cruce de Woodstock Road? «Izquierda a Wytham; derecha a Woodstock; recto a la A40 dirección Gales oeste», ¿no? ¿Podemos estar allí dentro de…? ¿Qué distancia hay?

—Unos ciento cincuenta kilómetros. Tal vez ciento sesenta. ¿No cree que deberíamos llamarla por teléfono por si…?

—Ve a sacar el coche, Lewis. Si conduces como siempre, estaremos allí en tres horas.

—Pongamos dos y media, si vamos a eso —contestó Lewis con una sonrisa de oreja a oreja.

Morse había empezado a animarse cuando hubieron dejado atrás Cheltenham, Gloucester, Ross-on-Wye y Monmouth y pasado por el precioso paisaje comprendido entre Brecon y Llandovery. Morse nunca había sido aficionado a conversar en el coche; sin embargo, el silencio que había guardado aquel día había batido todas las marcas. Cuando finalmente habló, el sargento volvió a cobrar conciencia de los insospechados procesos que seguía la mente del inspector: el gran hombre, que casi siempre ignoraba caminos, direcciones y distancias, dio un respingo en el asiento y dijo:

—Dobla a la derecha dentro de tres kilómetros, Lewis. Tienes que coger la A483 dirección Builth Wells.

—¿No quiere que nos detengamos para beber una pinta rápidamente?

—Por supuesto que sí. Pero, si no te importa, lo dejaremos para otra ocasión, ¿de acuerdo?

—Sigo pensando que deberíamos haberla llamado, señor. Podría haberse ido a pasar un par de semanas a Tenerife o algo así.

Morse suspiró hondo.

—¿No estás disfrutando del viaje? —Al cabo de un momento añadió—: La llamé ayer por la tarde. Así que descuida, Lewis, porque nos estará esperando.

Lewis guardó silencio, por lo que fue Morse quien prosiguió la conversación.

—Según esa declaración, la que ha prestado Hardinge, es evidente que los cuatro, Hardinge, Daley, Michaels y McBryde, se reunieron y se inventaron la historia entre todos. Me has dicho que el portero con el que hablaste no te dio ningún nombre; sin embargo, estaba bastante seguro de que la noche del viernes había al menos tres de ellos en las habitaciones de Hardinge, probablemente cuatro. Si todos siguen diciendo lo mismo, no nos quedará más remedio que creerles.

—Aunque usted no les va a creer, señor.

—Por supuesto que no. Puede que una parte sea verdad, incluso totalmente crucial. La mejor manera de averiguarlo es hablar con tía Gladys.

—Dorothy.

—¿Sabes? En este caso sólo hay una pista verdaderamente importante: la rapidez con que se encontró la mochila de la joven sueca. La dejaron en el

arcén de una carretera, así que tenía que aparecer. No podía ser de otra manera.

—Empiezo a comprenderlo —dijo Lewis al tiempo que doblaba hacia la izquierda a la altura de Llanwrtyd Wells y empezaba a atravesar las colinas cámbricas.

Unos tres kilómetros después llegaron a una casa de huéspedes de granito: «Bed amp; Breakfast. Bienvenidos los aficionados a los pájaros». Quizá aquel lugar estaba llamado a ser un buen negocio. Mejor dicho, lo estaba sin ninguna duda, pues no se veía ninguna otra casa en el arbolado paisaje que la rodeaba.

La señora Evans, una mujer menuda, morena y animosa que andaría ya cerca de los cincuenta, les condujo al salón y enseguida se puso a hablar de sí misma. Ella y su marido habían pasado los primeros quince años de su matrimonio (durante los cuales no habían tenido hijos) en East Anglia. Allí había conocido a Karin unos ocho o nueve años atrás. La señora Evans no era pariente consanguínea de la familia Eriksson, pero había trabado amistad con ella cuando ésta se había alojado en la casa de huéspedes de Aldeburgh. La familia también se había alojado allí al año siguiente, aunque esta vez sin el padre. A partir de aquel momento las dos mujeres se habían carteado regularmente: felicitaciones de cumpleaños, tarjetas de Navidad, postales de vacaciones, etcétera. De ese modo, ella había pasado a ser «tía Doss» para las tres niñas. En 1991 la señora Evans había recibido la noticia de que Karin tenía intención de viajar por Inglaterra y, como hacía unos seis años que no la veía, le había comentado a su madre que si llegaba a Gales, siempre sería bien recibida y tendría una cama a su disposición. Ah, y también una magnífica oportunidad para contemplar pájaros, ya que cada vez era más normal ver el precioso milano por aquella zona. ¿Qué clase de joven era Karin? Sólo tenía trece o catorce años la última vez que la había visto, claro; pero era una muchacha encantadora. De veras. Atractiva, aunque, eso sí, muy correcta.

Mientras conversaba, Lewis empezó a mirar distraídamente la habitación: butacones, sofás de crin, muebles de caoba, una mesita atestada de revistas sobre el campo y en la pared, sobre la chimenea, un gran mapa de Dyffed y las montañas cámbricas. Le pareció una habitación oscura y poco acogedora y pensó que si la joven Karin Eriksson hubiera llegado hasta aquel lugar no se habría sentido especialmente feliz…

Morse había conseguido que la buena señora se animara a hablar con rapidez y soltura, subiendo y bajando la voz con su acento natural, el galés. Había empezado a explicarle por qué se habían trasladado a Gales, de qué manera les estaba afectando la recesión, qué publicidad hacían para conseguir huéspedes y en qué revistas y periódicos… Sin parar. Entonces, en medio de la retahíla, dijo:

—Oh, ¿quieren una taza de té?

—Muy amable, pero no —dijo Morse al tiempo que en los labios de Lewis se dibujaba un agradecido «sí».

—Cuénteme más sobre Karin —prosiguió Morse—. Ha dicho que era una joven correcta. ¿Correcta en el sentido de pudorosa? ¿A eso se refiere? Es decir… un poco mojigata… puritana.

—No, no me refiero a eso. Como le he dicho, la última vez que la vi fue hace cinco o seis años, ¿no? Era una chica… Bueno, su madre decía que siempre tenía muchos novios y tal, pero que ella sabía, bueno… sabía fijar los límites, por decirlo de alguna manera.

—¿No guardaba un paquete de preservativos bajo la almohada?

—No lo creo. —La franqueza de la pregunta no pareció escandalizar a la señora Evans.

—¿Cree usted que era virgen?

—Las cosas cambian, ¿no es así? En mi opinión, son pocas las jóvenes que hoy en día pueden ir al altar de blanco.

Morse asintió lentamente con la cabeza, como para asimilar la sabiduría de la mujer, antes de volver a cambiar de tema. ¿Qué tal le iba a Karin en la escuela? ¿Sabía la señora Evans algo al respecto? ¿Sabía si formaba parte de… cómo se decía… las *Flikscouten*, las exploradoras suecas? Le gustaba el deporte, ¿verdad? El esquí, el patinaje, el tenis, el baloncesto…

La señora Evans se mostró más relajada cuando contestó:

—Karin era muy buena deportista. Irma, la señora Eriksson, solía escribirme cuando sus hijas ganaban algo: trofeos, medallas, diplomas y cosas así.

—¿Qué cree usted que se le daba mejor a Karin?

—Pues no lo sé. Como le he dicho, hace ya unos años que…

—Lo sé, señora Evans —le interrumpió Morse—. Nos está prestando una valiosa ayuda, pero si pudiese hacer un esfuerzo de memoria y lograra acordarse…

—Bueno, como le he dicho, se le daban bien la mayoría de los deportes, aunque…

—¿El esquí?

—No, no lo creo.

—¿El tenis?

—Ah, el tenis le encantaba… Sí, creo que el tenis era su deporte favorito.

—Estos suecos son asombrosos, ¿verdad? No son más que siete millones de habitantes, ¿no? Sin embargo, según tengo entendido, tienen a cuatro o cinco tenistas entre los veinte mejores del mundo.

Lewis parpadeó. Ni el tenis ni ningún deporte le interesaban a Morse en lo más mínimo. Ni siquiera sabía la diferencia entre la línea de fondo y la de banda. No obstante, el sargento conocía perfectamente la trampa que estaba tendiendo su jefe, la trampa en que la señora Evans iba a caer inmediatamente.

—¡Edberg! —exclamó—. Stefan Edberg era su héroe.

—Supongo que se sentiría muy decepcionada con el resultado de Wimbledon del año pasado, ¿no?

—Sí, cierto. Me dijo que…

De pronto la señora Evans se llevó la mano izquierda a la boca y por un buen momento se quedó inmóvil, como si acabara de ver a una gorgona.

—No se preocupe —dijo Morse—. El sargento Lewis lo anotará todo. Pero no le hable muy rápidamente. Aún no ha aprobado el examen de taquigrafía de cuarenta palabras por minuto, ¿no es así, sargento?

Lewis estaba preparado para todo.

—No le haga caso, señora Evans. Hable como quiera. Tampoco ha hecho usted nada malo —añadió volviéndose hacia Morse—, ¿verdad, señor?

—Ni mucho menos —contestó el inspector amablemente—. Ni muchísimo menos, ¿no es así, señora Evans?

—¿Cómo diantres lo ha adivinado esta vez? —preguntó Lewis una hora más tarde mientras el coche aceleraba por la A483 dirección a Llandovery.

—Habría caído tarde o temprano. Era cuestión de tiempo.

—Pero ¿qué me dice de todo lo que le ha dicho sobre tenis? Usted no es aficionado al tenis.

—Has de saber, Lewis, que de joven tenía un revés muy eficaz.

—Pero ¿cómo es posible que…?

—Oración y ayuno, Lewis, oración y ayuno…

Lewis se rindió.

—A propósito, señor, ¿no tendrá un poco de sed por casualidad?

—Pues sí. Tengo hambre y sed. Así que si diéramos con uno de esos sitios que abren todo el día…

Pero apenas tuvieron tiempo para ello. El teléfono del coche sonó poco después y Morse cogió el auricular. Lewis no pudo entender las palabras que llegaban desde el otro extremo de la línea, sólo las sincopadas frases de su jefe:

—¡¿Qué?!

—…

—¿Estás seguro?

—…

—¡Mierda!

—…

—¡¿Quién?!

—…

—¡Joder!

—…

—Sí.

—…

—¡Sí!

—…

—Dos horas y media, creo.

—…

—¡No! Deja todo tal como está.

Morse colgó el auricular y se quedó mirando al frente como un zombi abatido.

—¿Algo relacionado con el caso? —se atrevió a preguntar Lewis titubeante.

—Han encontrado un cadáver.

—¿De quién?

—De George Daley. Un disparo en el corazón.

—¿Dónde?

—Blenheim.

—¡Caramba! Allí es donde Johnson…

—Ha sido Johnson quien lo encontró.

De pronto Lewis se dio cuenta de que necesitaba una pinta tanto como su jefe. Sin embargo, el coche siguió acercándose a Oxford a gran velocidad y

Morse no dijo nada.

55

Tanatofobia: miedo morboso a la muerte o, a veces, a la presencia de la muerte; un profundo sentido de la mortalidad humana, casi universal excepto entre aquellos que viven en el Olimpo.

Diccionario de inglés Small

La doctora Laura Hobson volvió a arrodillarse junto al cadáver, pero esta vez al levantar la mirada fijó sus ojos castaños en otro inspector jefe; no en Johnson, sino en Morse.

—¿Cree que ha muerto en el acto? —preguntó éste.

Ella asintió.

—No soy experta en balística, pero es posible que la causa haya sido una de esas balas de siete milímetros, las que se dilatan al impactar.

—Es el tipo de bala que utilizan para matar ciervos —añadió Morse con voz queda.

—A veces resulta… —la doctora señaló al cadáver— difícil encontrar el orificio de entrada de la bala. Pero éste no es el caso. Mire. —Indicó con un dedo delgado un orificio de un diámetro no mayor que el de un lapicero, cubierto de sangre seca y situado justo debajo del omóplato del cadáver que estaba tumbado de bruces entre ellos—. Sin embargo, no suele ser difícil encontrar el agujero de salida. —Suavemente movió el cadáver, apartándolo de ella y girándolo sobre el costado derecho, tras lo cual señaló un agujero más grande justo debajo del corazón, un agujero casi del tamaño de una mandarina.

Esta vez Morse no estaba mirando. Estaba acostumbrado a la muerte, por supuesto; sin embargo, no soportaba los accidentes, las heridas graves y la abundancia de sangre. Así pues, apartó la mirada y por un momento se quedó contemplando aquel tranquilo claro del bosque, donde hacía muy poco alguien había disparado a George Daley por la espalda y a buen seguro le había visto caer y quedarse inmóvil bajo aquel enorme roble. ¿Qué personas tenían un rifle de siete milímetros? Morse conocía a dos: David Michael y

George Daley. Tal vez hubiera muchas preguntas por contestar, pero estaba claro que a George Daley le habría resultado imposible dispararse a sí mismo con su propio rifle.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo lleva muerto? —preguntó Morse.

La doctora Hobson sonrió.

—Ésa era la primera pregunta que usted siempre hacía a Max.

—¿Se lo dijo?

—Sí.

—Bueno, nunca me respondía, quiero decir, nunca me decía el tiempo.

—¿Quiere que se lo diga?

—Por favor. —Morse sonrió y por un par de segundos pensó que la doctora era realmente atractiva.

—Diez o doce horas. No más de doce, diría yo… Pongamos diez.

Morse, que vivía ajeno al tiempo la mayor parte del día, consultó entonces su reloj: las 20.25. Aquello significaba que el asesinato había sido cometido a las diez de la mañana, más o menos. ¿A las diez y media? Sí, aquella hora parecía bastante verosímil, si sus conclusiones eran correctas. Aunque también cabía la posibilidad de que se hubiera equivocado. Con lo convencido que estaba de que el caso se acercaba lenta aunque sombríamente hacia su final… Sin asesinatos ni muertes. ¡Ja! Aquello era exactamente lo que le había dicho a Lewis, ¿no? Esperar sentados… Sí, aquello era precisamente lo que él había dicho. Las cosas se acaban resolviendo si estamos dispuestos a esperar… Todo eso estaba muy bien, si no fuera porque aquel día se había dedicado a esperar antes de salir para Gales sin prever la tragedia que se avecinaba.

Y se había equivocado.

Había, por supuesto, mayores tragedias que la muerte de un tipo tan desagradable como Daley. Nadie le echaría de menos especialmente… aparte de la señora Daley, claro. Margaret Daley, con quien Morse había soñado recientemente sin saber por qué. Sin embargo, cabía la posibilidad de que ella tampoco le echara mucho de menos y el tiempo borrase paulatinamente cualquier cariño residual que tuviera por él. Después de un buen entierro. Después de unos meses. Después de unos años…

No obstante, siempre existía la posibilidad de que se volviese a equivocar.

De pronto vio a Lewis a su lado, inclinándose y cogiendo el sombrero caqui de copa plana y redonda que Daley llevaba siempre, fuera una heladora mañana de invierno o un sofocante día de verano.

—Por lo visto en el parque no hay mucha caza, señor; al menos en esta época del año. No es como en Wytham. Algunos habitantes de la zona tienen permiso de armas para cazar de vez en cuando algún pichón o conejo, y también faisanes. Pero no pasa de ahí, así que no es de extrañar que el señor Williams, el guarda de la garita que hay allí —señaló en dirección a Combe Lodge—, diga que cree recordar haber oído algo parecido a una detonación esta mañana. Aunque no sabría precisar qué fue exactamente.

—Estupendo… —gruñó Morse.

—También dice que ha dejado pasar a muchas personas. Los lunes siempre viene mucha gente. Cree recordar haber visto a Daley en algún momento de la mañana, aunque tampoco puede asegurar nada, porque por aquí siempre pasan bastantes furgonetas de la finca.

—Tu guarda cree muchas cosas, ¿no te parece?

—También dice que ha visto a una o dos personas haciendo *footing*.

—¿Una o dos?

—No lo sé.

—Prométeme que nunca te dedicarás a hacer *footing*, Lewis.

—¿Podemos llevárnoslo? —preguntó la señora Hobson.

—Por mí no hay problema —dijo Morse.

—¿Alguna cosa más, inspector?

—Sí. Me gustaría llevarla al Bear e invitarle a beber algo tranquilamente… o no tan tranquilamente, si lo prefiere. Pero me temo que no podrá ser: tenemos que ir a casa de Daley a echar un vistazo, ¿verdad, Lewis?

Los ojos de la doctora chispearon detrás de sus gafas con un brillo de buen humor y posible interés.

—¿En otra ocasión quizá?

Se fue.

—En otra ocasión, por favor, doctora Hobson —dijo el inspector jefe Morse para sí.

56

El oeste todavía brilla con algún rayo del día: Anima al retrasado viajero a darse prisa para llegara la oportuna posada.

Shakespeare, *Macbeth*

La casa en que los Daley habían vivido durante los últimos dieciocho años estaba desierta. Según los vecinos, Margaret Daley llevaba fuera desde el pasado jueves, día en que había ido a Beaconsfield a visitar a su hermana. A Philip apenas le habían visto desde que la policía de Saint Aldate le había traído a casa. Sin embargo, no fue necesario forzar la entrada, ya que el vecino de al lado tenía una copia de la llave de la puerta principal. Así pues, el registro preliminar de la casa de la víctima pudo dar comienzo a las nueve y cuarto de la noche.

La policía encontró inmediatamente dos pruebas importantes sobre la formica roja de la mesa de la cocina. La primera era una carta del tribunal de Oxford fechada el 31 de julio en la que se informaba al señor G. Daley de los cargos presentados contra su hijo Philip, y de las diversas responsabilidades legales que él, el padre, contraía según la ley contra robo de vehículos con agravantes. En la carta también se especificaba las condiciones de la asistencia letrada y se requería la presencia de George Daley en el tribunal el próximo martes, día en que se celebraría el juicio de su hijo. La segunda prueba era media hoja que el hijo (al parecer temporalmente ausente) le había escrito al padre (ausente para siempre) para comunicarle que había «salido para intentar solucionar un asunto»; una nota curiosamente lacónica e impersonal, si no fuera por la petición de la posdata: «Dile a mamá que no tiene por qué preocuparse».

Encima del microondas había un ejemplar del *Oxford Mail* del viernes 31 de julio. Morse, preocupado, echó un vistazo a la primera página:

NUEVA ADVERTENCIA PARA LOS CONDUCTORES TEMERARIOS

> El Tribunal de la Corona de Oxford condenó ayer a seis meses de prisión y una multa de mil quinientas libras al conductor y el pasajero del coche robado que chocó con un puesto de periódicos en Broadmoor Lea. Al dictar sentencia contra Paul Curtis, de veinticinco años de edad y padre de tres hijos, y John Terence Bowden, de diecinueve, el juez Geoffrey Stephens hizo la siguiente advertencia: «Quienes conducen de forma temeraria, peligrosa y delictiva por las fincas de Oxford podrán ser castigados con penas privativas de libertad, y no precisamente cortas. También se van a imponer multas más cuantiosas, ya que nuestra intención es hacer todo lo posible para poner coto a esta oleada de vandalismo criminal». (*Continúa en página 3*).

Morse no continuó leyendo y empezó a vagar sin rumbo por las habitaciones de la planta baja. En el salón Lewis le indicó unas cintas de vídeo de color negro.

—Creo que podemos imaginar qué hay en ellas, señor.

Morse asintió.

—Sí, me birlaría un par esta noche si tuviera vídeo —comentó sin entusiasmo.

—¿Subimos arriba, señor? ¿A la habitación del chico?

—No, creo que ya hemos hecho bastante por una noche. Además prefiero tener una orden para entrar en la habitación del chico. Me parece que la señora Daley nos lo agradecería.

—Pero en realidad no la necesitamos…

—Vamos, Lewis. Di a un par de agentes que se queden aquí toda la noche.

Morse había tomado otra de sus decisiones impulsivas, de modo que el sargento no hizo ningún comentario. Cuando salían de la casa, los dos detectives comprobaron (pues era lo primero en lo que se habían fijado al llegar) que el rifle de siete milímetros que habían visto allí la primera vez, apoyado sobre la culata, había desaparecido.

—Creo que ha llegado el momento de que tengamos cuatro palabras con Michaels —dijo Morse cuando subieron al coche y el sol empezaba a declinar.

Lewis se abstuvo de hacer comentarios. No le habría costado nada decir que a lo largo de aquel día él había recomendado en varias ocasiones precisamente aquella medida. Sin embargo, guardó silencio.

A las diez y media de la noche, cuando sólo faltaba media hora para que cerraran los *pubs* y el coche de policía pasaba por delante del White Hart, en los labios de Morse se dibujó una sonrisa de alegría.

—Ésta es mi noche de suerte. Mira.

Lewis ya había visto el todoterreno del guardabosques aparcado delante del *pub*.

Sentado en un taburete de la barra de abajo con *Bobbie* acurrucado felizmente a sus pies, David Michaels estaba terminando una pinta de cerveza cuando Morse le puso la mano sobre el hombro.

—¿Podríamos hablar un momento, señor?

Michaels se volvió sobre su taburete y miró a los dos detectives con sorpresa.

—Sólo si se toman una cerveza conmigo.

—Muy amable de su parte —contestó Morse—. ¿Qué tal está la Best amarga?

—Buenísima.

—Una pinta para mí entonces y, eh… un zumo de naranja para usted, ¿no, sargento?

—¿De qué quiere hablar? —preguntó Michaels.

—Sólo de una cosa —replicó Morse—. ¿Está enterado de la muerte de Daley?

—Sí.

—Pues bien, quiero echar un vistazo al armario donde guarda los rifles, eso es todo.

—¿Cuando acabemos las bebidas?

—No… Preferiría que el sargento Lewis fuera a…

—De acuerdo… De todos modos será mejor que llame a Cathy. Seguramente habrá echado todos los cerrojos.

Morse no vio ningún inconveniente en ello y, junto con Lewis, oyó cómo Michaels llamaba por el teléfono que había a un lado de la barra y le decía a su esposa que la policía iba a pasar por casa y que, por favor, les abriera; querían echar un vistazo al armario de los rifles; ya sabía dónde estaba la llave; que cogiesen lo que quisieran; él estaría en casa dentro de media hora; hasta pronto; ningún motivo de preocupación; adiós.

—¿Soy sospechoso? —preguntó Michaels con una sonrisa triste.

—Sí —se limitó a decir el inspector. Entonces, tras apurar su cerveza, preguntó—: ¿Otra?

—¿Por qué no? Será mejor que le saque el mayor partido a las cosas.

—También quiero que vaya a la comisaría de Kidlington mañana por la mañana. A eso de… a eso de las diez, si no tiene inconveniente.

—No estoy soñando, ¿verdad? —preguntó Michaels cuando Morse cogió los dos vasos vacíos.

—Me temo que no —respondió éste—. Además creo… que será mejor que pidamos un coche para que le lleve a casa, señor Michaels.

La señora Michaels, aseada y radiante, oliendo a champú y sales de baño, envuelta en un albornoz carmesí y con una toalla en la cabeza, dejó pasar al sargento Lewis, le entregó la llave del armario y permaneció a un lado mientras él cogía con cuidado el rifle del enganche (un dedo bajo la punta del cañón y otro bajo la culata) y lo metía en una bolsa de plástico transparente. En el estante situado encima del enganche había dos catálogos de armero; sin embargo, no se veía ni rastro de cartuchos.

Sosteniendo el rifle por el cañón, Lewis le dio las gracias y se marchó no sin oír detrás de sí el traqueteo de la cadena y el golpe seco de los cerrojos. La esposa del guardabosques se preparaba para esperar a su marido. El sargento se preguntó qué estaría pensando en aquel instante. ¿Estaría asombrada tal vez? ¿O tendría pánico? No había logrado adivinar gran cosa en los ojos que asomaban por las gafas de montura negra que llevaba. En realidad era una mujer muy poco comunicativa, pensó Lewis cuando de pronto se percató de que no le había dirigido la palabra en todo el tiempo que había estado en la casa.

Ya era noche cerrada. Cuando encendió las luces largas en la silenciosa calle, el sargento se sentía un tanto nervioso.

57

Falstaff: Hemos oído las campanadas a medianoche, maese Shallow.
Shallow: Las hemos oído. Sí, sí, las hemos oído. En verdad, señor John, las hemos oído.

Shakespeare, *Enrique IV*, segunda parte

De los cuatro hombres que habían acordado inventarse (en opinión de Morse) una declaración conjunta acerca del asesinato de Karin Eriksson, sólo McBryde había tenido libertad de movimientos en la ciudad de Oxford aquella noche. A las seis y media de la tarde había entrado en el Eagle amp; Child llevando sus escasos efectos de noche en una bolsa de viaje de lona y, tras tomar un sándwich de queso y dos deliciosas pintas de cerveza Burton, había empezado a pensar dónde iba a pasar la noche. A las ocho menos cuarto había cogido el autobús número 20 de Kidlington delante de la iglesia de Saint Giles y había subido por Banbury Road hasta Squitchey Lane, donde se había apeado para ir a Cotswold House, lugar que le había recomendado Hardinge. Sin embargo, al llegar allí se había encontrado con un cartel oblongo que rezaba: «No hay habitaciones libres». Cruzando la calle estaba Casa Villa, donde todavía disponían de una habitación doble. McBryde la tomó, sin dejar de pensar, como muchos hombres, que pagar por dos metros cuadrados de cama de más era un despilfarro… y una tristeza.

Aproximadamente en el mismo momento en que McBryde sacaba el pijama de la bolsa y metía su cepillo de dientes en uno de los dos vasos que había en el cuarto de baño de su habitación, Philip Daley se levantaba y contaba las monedas.

Había cogido el autobús de Gloucester Green a las dos y media de la tarde. Salía a cuenta el autobús: sólo cuatro libras ida y vuelta para mayores de edad. Aún así, había sido una decepción enterarse de que un billete de ida costaba prácticamente lo mismo que uno de ida y vuelta y un insulto que el

conductor se negara a creerle cuando le había dicho, faltando sólo a medias a la verdad, que todavía iba al instituto. A las seis y media se había apoyado contra la pared de un edificio de oficinas cercano al hotel Bonnington, en Southampton Row, tras colocar ante sí un pañuelo gris y naranja para recibir las monedas de la oleada de compasivos transeúntes que esperaba que pasaran y, a un lado, un cartel de cartón escrito con bolígrafo negro que rezaba: parado, sin casa y hambriento. Uno de los chicos de Oxford le había dicho que el mejor cartel era tengo frío y hambre, pero hacía un agradable y templado atardecer y cinco libras en el bolsillo y ninguna gana de pasar más hambre de la necesaria. Estaba allí para ver cómo iban las cosas, nada más.

Sin embargo, el resultado de su experimento no fue, al parecer, muy bueno. Se sentía entumecido y tenía, pese a todo, algo de frío. Además las monedas no sumaban más de 83 peniques. La gente se habría pensado que estaba demasiado bien vestido y alimentado y que no debía de tener muchas necesidades. A las nueve en punto fue el *pub* de Holborn y pidió una pinta de cerveza y dos bolsas de patatas: dos libras y setenta peniques. ¡Ladrones de mierda! Las cosas tampoco mejoraron cuando un joven de cabeza rapada, brazos cubiertos de tatuajes y orejas acribilladas de pendientes se le acercó y le preguntó si él era el cabrón que había invadido su territorio en Row, porque si lo era, más le valía largarse de allí, listillo de mierda.

Cathy Michaels se inclinaba una y otra vez hacia adelante, atrás y los lados, mientras el aire caliente del secador penetraba en su abundante y negrísimo pelo. Se lo habían cortado especialmente para *El Mikado* y le habían dejado un flequillo horizontal. El rubio original estaba empezando a asomar de nuevo, aunque el pelo sólo había crecido unos milímetros y el color se veía únicamente cerca de las raíces. Por un momento le pareció oír el todoterreno y apagó el secador. Falsa alarma. Por lo general apenas se sentía nerviosa cuando se quedaba sola en la casa, aunque fuera de noche; y nunca cuando estaba con *Bobbie*. Sin embargo, en aquella ocasión *Bobbie* no estaba con ella; estaba en el *pub* con su amo… y con los policías. De pronto tuvo la sensación de que el miedo se deslizaba sobre su piel, como un amenazador insecto de suaves andares.

El reloj marcaba la medianoche y Morse se estaba sirviendo una generosa ración de la botella verde con forma de columna triangular de Glenffidich,

cuando sonó el teléfono. Era la doctora Hobson. Había quedado en llamarle si descubría algo nuevo antes de que acabara aquel larguísimo día. Era consciente de que lo que tenía que decirle no era nada del otro mundo y de que podía haber esperado tranquilamente hasta la mañana para contárselo. No tenían por qué esperar hasta la mañana, había insistido el inspector.

La bala que había quitado la vida a Daley pertenecía casi con toda seguridad a un rifle de siete milímetros, un 243 o algo parecido; había entrado por la espalda a unos cinco centímetros de la escápula izquierda; había pasado a unos dos centímetros y medio del corazón (Morse no se estremeció esta vez) y había producido la muerte instantáneamente. De esto último no cabía duda. ¿La hora? Entre las diez y las once de la mañana, aunque tal vez convendría ser algo flexibles; entre las nueve y media y las once y media. Lo más probable era que a Daley le hubieran disparado desde una distancia de entre cincuenta y ochenta metros. Quizá Balística podría corregir este último dato, aunque ella lo dudaba.

Tenía la impresión de que el inspector estaba satisfecho, que era justo lo que ella deseaba. Se oía música de fondo, pero no lograba reconocerla.

—¿Todavía no se ha acostado? —se arriesgó a preguntar ella.

—Ya es casi la hora.

—¿Qué está haciendo?

—Bebiendo un *whisky*.

—Y escuchando música.

—Sí, también.

—Es usted un poli muy civilizado, ¿no?

—La mitad del tiempo.

—Bueno, será mejor que cuelgue.

—Sí.

—Buenas noches.

—Buenas noches, y gracias —dijo Morse con voz queda.

Cuando hubo colgado el auricular, Laura Hobson se quedó inmóvil y se preguntó qué le estaba sucediendo. Pero si ese hombre era veinticinco años mayor que ella…

Como poco.

El muy…

Aun reconociendo la absurda verdad del asunto, la doctora apenas tuvo ánimos para esbozar una sonrisa.

58

Quien hace preguntas no puede eludir las respuestas.

Proverbio camerunés

El rostro de David Michaels no evidenciaba muestras de tensión o excesiva inquietud cuando a la mañana siguiente le condujeron hasta la sala de interrogatorios 2, donde el sargento Lewis estaba ya sentado ante una mesa de caballetes con una grabadora. Le iban a interrogar por dos cuestiones, le informó el sargento: en primer lugar, por la declaración que el doctor Hardinge había prestado a la policía (de la cual le entregó una copia) y, en segundo lugar, por el asesinato de George Daley.

Lewis señaló la grabadora.

—La utilizaremos para evitar declaraciones falsas. Últimamente hemos recibido alguna que otra crítica por la manera en que se han llevado a cabo ciertos interrogatorios, ¿sabía?

Michaels se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Conoce sus derechos? Si desea que le asistan legalmente…

Michaels negó con la cabeza y empezó a leer el testimonio de Hardinge.

Aunque tenía pocos conocimientos de derecho, se imaginaba que en aquella circunstancia concreta sólo podía ser culpable de haber participado en una conspiración de poca monta para faltar a la verdad, pero en ningún caso a la justicia. Era la intención dolosa, la *mens rea*, lo que importaba de veras, y nadie podía sostener que aquella tarde de hacía un año su intención hubiera sido dolosa…

—¿Y bien? —preguntó Lewis cuando Michaels dejó finalmente la hoja.

—Sí, eso es lo que ocurrió más o menos.

—¿Puede entonces corroborarla sin ningún problema?

—¿Por qué no? Hay un par de cosas de las que no me acordaba, pero, sí, puedo firmarla.

—Lo que queremos de usted no es una firma, sino su propia declaración.

—¿No podría simplemente copiar ésta?

Lewis esbozó una sonrisa, pero hizo un gesto de negación. Michaels no le caía del todo mal.

—Vamos a ver, la última vez usted fingió… *fingió* no tener la menor idea de dónde se encontraba el cadáver, ¿no es así?

—Sí —mintió Michaels.

—Entonces ¿por qué animó al inspector jefe Morse a ir en la dirección correcta?

—Un farol doble. Si respondía con la vaguedad suficiente y encontraban el cadáver, nadie pensaría que yo tenía algo que ver con el asesinato.

—¿Quién le ha dicho que se trata de un asesinato?

—El tipo que hacía la guardia en Pasticks; un tipo grande, vestido con un uniforme azul marino y una gorra a cuadros. Creo que era policía.

El agente que permanecía con las piernas separadas ante la puerta de la sala de interrogatorios aprovechó que Lewis le estaba dando la espalda para sonreír serenamente.

—¿Por qué no arrojó también la mochila al lago? —prosiguió Lewis.

Michaels titubeó por primera vez.

—Debería haberlo hecho, cierto.

—¿Fue porque Daley tenía el ojo puesto en la cámara y los prismáticos?

—Bueno, una cosa está clara: él no podrá decírselo.

—No parece que le cayera simpático.

—No era más que un sucio cerdo de mierda.

—Sin embargo, usted no le conocía muy bien, ¿no es así?

—Sí, apenas le conocía.

—¿Qué puede decirme del viernes pasado?

—¡Qué quiere que le diga del viernes pasado!

Lewis pasó aquello por alto.

—¿No le había visto antes, en sus pequeñas reuniones en Park Town?

—¡No! Hacía poco tiempo que me reunía con ellos —mintió Michaels—. Mire, sargento, no estoy muy orgulloso de eso. ¿Acaso no ha deseado usted alguna vez ver una película pomo?

—He visto un montón. Nos quedamos con bastantes de las que nos encontramos por ahí. De todos modos, prefiero un plato de huevos con patatas. ¿Usted qué prefiere, agente Watson? —preguntó Lewis volviéndose sobre su silla.

—¿Yo? —dijo el hombre apostado ante la puerta—. Prefiero con mucho una película porno.

—Pero no le gustaría que su esposa se enterara.

—No, sargento.

—Y a usted tampoco, ¿verdad, Michaels?

—No, no me gustaría que se enterara de nada relacionado con este asunto —contestó Michaels en voz baja.

—Me pregunto si la señora Daley estaba al tanto… de lo de su marido.

—No lo sé. Como le he dicho, apenas conocía a ese hombre.

—Anoche sabía que le habían asesinado.

—Mucha gente lo sabía.

—Y mucha gente no lo sabía.

Michaels guardó silencio.

—Es muy probable que le asesinaran con una escopeta de siete milímetros.

—Un rifle, querrá decir.

—Lo siento. No soy un experto en armas; no como usted, señor Michaels.

—¿Y ésa es la razón por la que ayer se llevaron mi rifle?

—Nos habríamos llevado el rifle de cualquiera. Ése es nuestro trabajo, ¿no?

—Todos los guardabosques tienen un rifle de ese calibre. Son muy eficaces.

—¿Dónde se encontraba usted entre… pongamos las diez y las once de la mañana de ayer?

—Eso es fácil de contestar. A eso de las diez… no debían de ser pasadas las diez, estaba con unos compañeros de la Real Sociedad para la Protección de Aves. Estábamos o, mejor dicho, estaban mirando los nidales que hay en Singing Way para tener una relación de las crías, pesarlas, tomar muestras de los excrementos y todo eso. Es algo que hacen habitualmente.

—¿Y usted les estaba ayudando?

—Pasé la mayor parte del tiempo llevando la jodida escalera.

—¿Y luego qué hicieron?

—A eso de las doce o las doce menos cuarto nos acercamos al White Hart y bebimos un par de pintas. Es un trabajo que te hace sudar y además hacía un día caluroso.

—¿Tiene las direcciones de esas personas?

—No las llevo encima, pero se las puedo conseguir con facilidad.

—¿Le conoce a usted el camarero del *pub*?

—Demasiado bien, sargento.

Lewis consultó su reloj de pulsera. Estaba perplejo y también un poco despistado.

—¿Puedo irme ya? —preguntó el guardabosques.

—No, todavía no, señor Michaels. Como le he dicho, queremos que preste declaración sobre lo ocurrido en julio del año pasado. —El sargento señaló la grabadora—. Luego tendrá que leerla y firmarla. Así que… bueno… imagino que no acabaremos hasta… —Lewis volvió a consultar el reloj sin dejar de preguntarse si habían avanzado algo. A continuación se giró y dijo—: Lo más conveniente será que el señor Michaels coma con nosotros, Watson. ¿Qué menú hay hoy?

—Los martes siempre hay carne picada, sargento.

—La mayoría de la gente prefiere películas porno —dijo Michaels casi de buen humor.

Lewis se puso en pie, hizo una señal con la cabeza a Watson y se dirigió hacia la puerta.

—Una cosa más, señor Michaels. Me temo que no podré permitirle que se vaya hasta que vuelva el inspector jefe. Ha dicho que está muy interesado en hablar con usted.

—¿Y se puede saber adónde ha ido esta mañana?

—Pues si quiere que le diga la verdad, no tengo ni idea.

De vuelta a su despacho, Lewis meditó en lo que acababa de averiguar. Morse había tenido razón en prácticamente todo hasta el momento, pero no en lo referente a aquel punto. ¿O acaso no había cometido un error garrafal al creer que Michaels había asesinado a Daley? Tarde o temprano tendrían que comprobar la coartada del guardabosques, pero, fuera como fuese, era absolutamente inconcebible que un par de entregados ornitólogos se confabularan con el camarero del *pub* del lugar para interponerse en el curso natural de la justicia. Absolutamente inconcebible.

A las doce y media de la tarde, la doctora Hobson llamó desde South Park Road para decir que, pese a ser sólo una aficionada a la balística, le resultaba muy difícil de creer que la escopeta de Michaels hubiera sido disparada durante las últimas semanas.

—Rifle —musitó Lewis.

—¿No estará… no estará por ahí…? —preguntó la forense con indecisión.

—Volverá esta tarde.

—Oh.

De pronto parecía como si todo el mundo quisiera ver a Morse. Sobre todo Lewis.

59

La razón por la que las madres se dedican más a los hijos que los padres es que sufren más al alumbrarlos y están más seguras de que son suyos.

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*

El sol del mediodía brillaba sobre la piedra canela pálido de la universidad, y las agujas de Oxford se erguían sobre un paisaje de aparente tranquilidad cuando el llamativo coche de policía bajó de Headington Hill y, tras pasar por el Plain, cruzó Magdalen Bridge y entró en el High. En el asiento trasero iba Morse, sombrío y también silencioso después de hablar largo y tendido con la mujer de cuarenta y pico de años y aspecto un tanto desanimado que estaba sentada a su lado. Aunque tenía los ojos rojos de haber llorado y la boca todavía trémula, su pequeña barbilla se mostraba firme y en cierta medida valiente ante los terribles acontecimientos de los que se había enterado hacía sólo un par de horas, cuando el timbre había sonado en la casa de protección oficial que tenía su hermana en Beaconsfield. No obstante, la noticia de que su marido había sido asesinado y su hijo había huido de casa le había dejado más perpleja que desolada, como si entre la idea que tenía de sí misma y los acontecimientos que ocurrían se hubiera formado una capa de emociones y reacciones aparte.

También le había servido de ayuda hablar con el inspector, quien al parecer comprendía bastante bien lo que estaba padeciendo. No es que se hubiera sincerado del todo con él, pero sí le había hablado de la creciente repugnancia que había sentido hacia su esposo, un hombre que con el paso de los años había ido revelando lenta pero inevitablemente la naturaleza superficial, tortuosa y a veces cruel de su carácter. Y luego estaba Philip. Durante mucho tiempo el chico había compensado de distintas maneras la pérdida de amor y respeto que ella había sentido hacia su marido. Durante el parvulario, la escuela primaria, incluso el comienzo de la secundaria, y sin duda hasta los doce años aproximadamente, Philip siempre había recurrido a ella, a su madre; le había demostrado su confianza, la había abrazado (y de

qué manera) para expresarle su felicidad o agradecimiento. Para ella había sido motivo de orgullo que su hijo le hubiera demostrado su cariño y predilección.

Honradamente no sabía si había sido con una intención deliberada y vengativa o no, pero lo cierto era que poco después de que Philip empezara el instituto, George había empezado a hacer valer su influencia sobre el chico y, en cierta manera, a robarle su cariño, empleando un medio tan sencillo como inculcarle la idea de crecer, de convertirse en un «hombre» y de hacer cosas viriles. Durante el fin de semana se lo llevaba a pescar y muchas noches volvía del Royal Sun con unas cuantas latas de cerveza ligera y siempre le ofrecía una a su joven hijo. Y la escopeta de aire comprimido… George se la había regalado cuando Philip había cumplido trece años; poco después éste había disparado a un gorrión que estaba picoteando unas semillas de alpiste que ella misma le había arrojado en el césped del jardín. ¡La que se había armado entre ellos, marido y mujer, cuando ella le había acusado de convertir a su hijo en un bruto! De igual manera, poco a poco se habían ido produciendo más cambios: la forma de hablar de Philip, que se había hecho más vulgar, como sus modales; las risillas que cruzaban padre e hijo por bromas de las que ella nunca se enteraba; las notas del instituto, que habían ido empeorando; la amistad con los odiosos compañeros que llevaba de vez en cuando a casa para encerrarse en su dormitorio y escuchar música pop…

Entonces, un año atrás, se había producido una bronca terrible entre padre e hijo por culpa de la mochila, bronca que había alimentado un ambiente de tensión y resentimiento. Aunque no acababa de comprender qué había ocurrido exactamente, ella sabía que su marido había mentido al decirles la hora y el lugar en que la había encontrado. ¿Por qué? Porque no había sido ni George ni Philip quien había sacado el perro a pasear por la carretera aquella mañana, sino ella. Philip había ido a Oxford muy temprano porque el instituto había organizado una excursión en autocar y su marido había sufrido al despertarse un acceso de lumbago tan doloroso que ni siquiera había logrado llegar al servicio. Así que difícilmente habría podido llegar al arcén de una carretera. Sin embargo, ella sabía que George había encontrado la mochila, fuera donde fuese, o que alguien se la había dado, el mismo domingo en que la joven sueca había desaparecido, el domingo en que George había estado fuera toda la tarde y luego había vuelto a salir por la noche para, si no le fallaba la memoria, acabar bebiendo en exceso. También debía de haber sido aquel domingo por la noche cuando Philip había encontrado la mochila, probablemente en el garaje, donde había estado buscando sus botas de

montaña para el viaje del instituto a Peak District y donde a buen seguro se había topado con la cámara y los prismáticos. Ah sí, de esto último no le cabía duda, porque ella también se había topado con ellos, pero en la habitación de su hijo. Más tarde se enteraría de que Philip había sacado el carrete de la cámara y, casi con toda seguridad, lo había revelado en el instituto, donde había una activa sociedad de fotografía de la que Philip era socio y que tenía un cuarto oscuro a disposición de los estudiantes.

La señora Daley se había dado cuenta de que Morse ya sabía buena parte de aquella información. Sin embargo, todo parecía indicar que había conseguido mantener su interés mientras le relataba, entre lágrimas y convulsiones, toda la historia. El inspector no le había preguntado por qué sabía lo de las fotografías, aunque seguramente lo habría adivinado. De todos modos, nunca se enteraría de lo de las otras, las pornográficas, las de la joven sueca que había reconocido gracias a la foto de pasaporte publicada por el *Oxford Times* pese a la mala calidad de la imagen. No, jamás le hablaría a Morse sobre aquello, ni sobre la conducción temeraria y la turbación que se había apoderado de ella cuando había leído aquellas palabras en el diario de Philip, palabras que le habían traído a la cabeza la confusa imagen de unos neumáticos al derrapar y los chillidos de angustia proferidos por una niña al caer sobre un charco formado por su propia sangre… No, sería una humillación más para su hijo si le contara tales cosas y no estaba dispuesta a que aquello ocurriera. Daba igual dónde se encontrara o qué hubiese hecho, Philip siempre sería su hijo.

Cuando a la altura de Carfax el coche torció hacia la izquierda para dirigirse a la comisaría de Saint Aldate, vio una docena de palomas picotear la acera con bruscos movimientos de cabeza y alzar de pronto el vuelo batiendo las alas ruidosamente para encaramarse a la torre que había encima. Echando a volar… ¡Libres! Sintiendo violentas palpitaciones en la cabeza, Margaret Daley se preguntó si volvería a sentirse libre alguna vez.

—¿Leche y azúcar?

Margaret Daley estaba en las nubes, pero oyó las palabras del inspector y levantó la vista para mirarle. Sus ojos, de un azul penetrante, tenían una expresión amable, casi vulnerable, pensó.

—Azúcar no, por favor. Sólo leche.

Morse apoyó una mano suavemente sobre su hombro.

—Es usted una mujer valiente —dijo con voz queda.

De pronto las compuertas saltaron por los aires. Ella volvió la cara y se echó a llorar desconsoladamente.

—Ya has oído lo que ha dicho la señora —masculló Morse al ver que el agente que había ante la puerta les estaba mirando con indecisión—. No quiere azúcar, joder.

60

Ante la música y las mujeres no me queda otro remedio que claudicar, sea cual sea el asunto que me tenga ocupado.

Samuel Pepys, *Diario*

Morse volvió a su despacho justo después de la hora de comer y puso la cinta en que estaba grabada la entrevista de Michaels.

—¿Qué opina, señor?

—Creo que parte de lo que dice es verdad —reconoció Morse.

—¿Se refiere a cuando dice que no fue él quien mató a Daley?

—No sé cómo pudo hacerlo. En ese tiempo es imposible, ¿no?

—¿Quién cree que le mató entonces?

—Bueno, en su casa faltan tres cosas: Daley, su rifle y el chaval.

—¿El hijo? ¿Philip? ¿Piensa que él le mató? ¿A su padre? ¿Como Edipo?

—La de cosas que te he enseñado desde que eres mi sargento, Lewis…

—¿También quería a su madre?

—Sí. Y mucho, diría yo. Ya verás cómo te interesa oír lo que me ha dicho.

—Pero… pero no es tan fácil entrar en el parque de Blenheim con un rifle en banderola y…

—Su madre dice que antes solía ir a pescar allí y que su padre le compró todos los aparejos.

—Ah… Ahora le entiendo. Se refiere a esas bolsas de lona en la que se meten las cañas y todo lo demás.

—Más o menos. Se tarda diez minutos en bicicleta…

—¿Tiene bicicleta?

—No lo sé.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué cree usted…?

—Supongo que por esa carta, la del Tribunal de la Corona.

—¿Su padre se habría negado a ayudarle?

—Es probable. Seguramente le dijo que se esfumara…, que se largara y no metiera a sus padres en el asunto. Sea como sea, me da la impresión de que el chaval no durará mucho en la gran ciudad.

—Pero usted dijo que había sido Michaels. Dijo que estaba prácticamente seguro de que lo había asesinado él.

—¿Eso dije?

—Sí, eso dijo. Y aun así no parece que le haya sorprendido lo que acaba de oír en la cinta.

—¿De veras?

Lewis se dio por vencido.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Nada. Tengo una reunión con Strange a las tres en punto.

—¿Y Michaels? ¿Le dejamos marchar?

—¿Por qué habríamos de hacer eso?

—Bueno, como usted ha dicho, no tuvo tiempo. Ni aun teniendo un helicóptero habría podido hacerlo.

—¿Y?

De pronto Lewis se sintió más que irritado.

—¿Qué le digo entonces?

—Dile —le respondió Morse lentamente— que le vamos a retener toda la noche para seguir interrogándole.

—¿Con qué cargos? No podemos…

—No creo que discuta mucho —dijo el inspector.

Justo antes de que Morse llamara a la puerta del comisario jefe Strange aquella tarde de martes, dos hombres se disponían a irse de la taberna Trout de Wolvercote. La mayoría de los clientes que habían pasado la hora de comer fuera, sentados en la terraza empedrada que había a la orilla del río, se había marchado. Ya era casi hora de cerrar.

—¿Prometes escribirla?

—Lo prometo —respondió Alasdair McBryde.

—¿Adónde irás ahora?

—Vuelvo a Londres.

—¿Quieres que te lleve a la estación?

—Te lo agradecería.

Los dos hombres subieron por los escalones y cruzaron la estrecha carretera para ir al aparcamiento:

—¿Y tú, Alan? —preguntó McBryde cuando Hardinge giró el Sierra hacia la izquierda en dirección a Wolvercote.

—No lo sé. Y además me da igual.

—No digas eso.

McBryde apoyó suavemente su mano sobre el brazo de Hardinge, pero éste rechazó el gesto con la mano derecha, como si quisiera ahuyentar a una mosca de su manga. Así, el viaje hasta la estación de Oxford transcurrió en medio de un violento silencio.

Cuando llegó a Radcliffe Square, Hardinge aparcó sobre las líneas dobles de color amarillo de Catte Street y subió directamente a sus habitaciones de Lonsdale. Sabía su número de teléfono de memoria. ¿Cómo no iba a saberlo?

—¿Claire? Soy yo, Alan.

—Ya sé que eres tú. Oigo perfectamente.

—Me preguntaba… Bueno, esperaba que…

—No. Y no quiero volver a hablar de ello.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no quieres volver a verme?

—Exacto.

—¿Nunca? —De pronto se le resecó la garganta.

—¿Sabes? Para ser profesor universitario tardas bastante en coger las cosas.

Hardinge no dijo nada por un momento. Se oía música de fondo; conocía bien la obra.

—Si me hubieras dicho que te gustaba Mozart…

—Mira, es la última vez que te lo digo: ¡se acabó! Acéptalo, por favor. ¡Se acabó!

—¿Estás con otro?

—¿Qué? —Hardinge oyó una risa amarga—. Mi vida está llena de «otros». Siempre lo has sabido.

—Pero si me divorciara…

—¡Por amor de Dios! ¿Será posible que no lo entiendas? ¡Se acabó!

Colgó. Hardinge se quedó mirando al auricular como si alguien le hubiera dado un filete de pescado congelado para el que no pudiese encontrar el recipiente apropiado.

Claire Osborne se quedó sentada al lado del teléfono durante varios minutos después de colgar, dejando distraídamente que la preciosa frase de trombón del *Tuba Mirum Spargens Sonum* entrara por sus oídos. ¿Había sido excesivamente cruel con Alan? A veces era necesario ser cruel por el bien de los demás. ¿No era eso lo que se decía? ¿O acaso se trataba de un tópico sin sentido como todos los demás? «¿Estás con otro?», le había preguntado. Vamos, vamos…

La carta que había recibido junto con una cinta aquella mañana carecía de encabezamiento y de despedida y tenía varios errores mecanográficos. Ahora estaba sobre la mesilla; ya la había leído más de veinte veces:

> Disfruté tanto del tiempo que estuvimos juntos, de ti y de la música, que ahora me parece cortísimo. Un día entre los grandes días perdidos, una cara entre todas las caras. (Es de Ernest Dowson, no mío). Te mando un recuerdo. De tener que elegir alguna, diría que el *Recordare* es la parte que más me gusta. A todo esto, *recordare* es la segunda persona del singular del presente de imperativo del verbo *recordor*. Significa «recuerda».

61

La única certeza es una probabilidad razonable.

Edgar Watson Howe, *Country Town Sayings*

—¿Estás seguro de todo esto, Morse? —La voz de Strange era severa y tenía cierto matiz de escepticismo.

—Completamente.

—Eso mismo dijiste sobre Michaels.

—No, no… Sólo dije que estaba seguro en un noventa por ciento.

—Vale. —Strange se encogió de hombros, ladeó la cabeza y mostró la palma de las manos en señal de conformidad—. De todas formas hay un par de cosas que… —El teléfono de la mesa de Strange sonó en aquel momento —. Sí, sí… ¿Quiere hablar con él?

El comisario pasó el auricular a Morse y dijo: «La doctora Hobson». En efecto, el rifle de Michaels no había sido disparado desde hacía semanas. Eso era todo.

Strange había oído lo justo para entenderlo.

—Parece que en eso sí has acertado. Vamos a llamar a la policía de Londres. Lo más seguro es que el chaval se haya largado a la capital, ¿no te parece?

—Estoy seguro en un noventa por ciento, señor. Y ya hemos dado la descripción a la policía de Londres.

—Ah…

Morse se puso en pie para irse, pero Strange aún no había terminado.

—¿Qué fue lo que te puso en la pista?

Indeciso, Morse no contestó durante unos segundos.

—Creo que varias cosas, señor. Por ejemplo, no sé dónde he oído decir que los tres tipos del pico británico se pueden encontrar en el bosque de Wytham. Me parece que lo oí en un *pub*. O tal vez lo leí en un posavasos.

—Cómo se aprovecha el tiempo en los *pubs*, ¿eh?

—Luego —continuó Morse pasando por alto el sarcástico comentario— pensé que si Johnson había optado por Blenheim, el lugar correcto sería con toda seguridad Wytham.

—Eso es injusto.

—Estoy de acuerdo. —Morse se levantó y fue hasta la puerta—. ¿Sabe una cosa? Me sorprende un poco que nadie haya notado su acento. Debe de tener aunque sea un poco. Apuesto a que yo lo noto.

—Qué suerte tienes de oír tan bien, puñetero. Mi esposa dice que estoy cada vez más sordo.

—Cómprese un audífono. Lo más probable es que no le dejen continuar en el cuerpo; entonces tendrán que darle un aumento de varios años en la pensión.

—¿Tú crees? ¿De veras?

—Estoy seguro en un noventa por ciento —dijo Morse cerrando la puerta al salir. Enfiló pensativamente el laberinto de pasillos que conducía a su despacho.

Había omitido darle cuenta a Strange de la pista más importante, ya que, de haberlo hecho, le habría costado explicársela y además era un tanto nebulosa, sobre todo para un hombre tan prosaico y pragmático como el comisario. Sin embargo, para él había constituido el punto crucial de todo el misterio. Un asesino normal (si cabe pensar en tal posibilidad) intentaría borrar todas las huellas de su víctima. Y si la víctima fuera alguien como Karin Eriksson, quemaría su ropa, tiraría las joyas y baratijas al canal y eliminaría el cadáver, arrojándolo en un océano sin fondo o cortándolo en pedacitos para luego llevarlo al vertedero más cercano o meterlo en una bolsa de plástico negra para que se lo llevara el camión de la basura. Por la experiencia que tenía Morse, lo único que los camiones de la basura no se llevaban eran las bolsas que contenían los desperdicios del jardín. Pues bien, si nuestro asesino quería borrar hasta la última huella de su víctima, ¿por qué había puesto tanto empeño en que aparecieran la mochila y las demás pertenencias? De acuerdo, no había salido todo a pedir de boca, debido a que, como casi siempre, se habían producido varios imprevistos. No obstante, la mochila había aparecido enseguida; la policía había sido informada enseguida; la búsqueda del asesino de Karin se había puesto en marcha enseguida… Si una joven estudiante sueca desaparece junto con sus pertenencias, cabe abrigar la duda de que esté muerta: miles de jóvenes de todas partes de Europa, de todas partes del mundo, desaparecen constantemente y son incluidos en la lista de personas desaparecidas. Sin

embargo, si una joven desaparece y sus pertenencias son encontradas en un seto cercano, las consecuencias resultan dolorosamente obvias y las conclusiones son fáciles de sacar: las conclusiones que Johnson y casi todos los policías del valle del Támesis habían sacado un año atrás.

No así Morse.

Pensándolo bien, quizá podría haberle explicado su razonamiento a Strange sin demasiada dificultad. Al fin y al cabo, la pregunta clave podía formularse con bastante sencillez: ¿por qué el asesino había mostrado tanto empeño en que la policía investigara un asesinato? Morse sabía ahora la respuesta a aquella extraña pregunta. Y estaba seguro de ella. Bueno, seguro en un noventa por ciento: porque de ese modo la policía buscaría un cadáver y no a una persona que aún seguía con vida.

Diez minutos más tarde, Lewis ya estaba listo para acompañarle, y los dos detectives salieron una vez más en coche en dirección a Wytham.

62

El único atractivo que tiene el matrimonio es que hace una vida de engaño absolutamente necesaria para ambas partes.

Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*

En el salón de la casa de techo bajo había cuatro personas: Morse y Lewis, sentados el uno al lado del otro en un sofá de cuero, la señora Michaels, sentada enfrente de ellos en una butaca, y la menuda y atractiva agente Wright, que vestía de uniforme y se había colocado al lado de la puerta.

—¿Por qué no han traído a David? —preguntó la señora Michaels.

—¿No está todavía prestando declaración, sargento? —Morse enarcó las cejas con perplejidad, como si el asunto tuviera poca importancia.

—Entonces ¿por qué han venido? —preguntó ella alzando la vista y ladeando ligeramente la cabeza en dirección a Morse.

—Hemos venido para hablar de su matrimonio. Hay algo un poco… un poco irregular en él.

—¿No me diga? Será mejor que pregunte en el registramiento civil, no a mí.

—Registro civil, señora Michaels. Es importante ser exacto con las palabras. Así que permítame que lo sea. David Michaels se enteró de que el registro del distrito para los residentes en Wytham estaba en Abingdon, por lo que fue allí y respondió a todas las preguntas de rigor sobre el lugar y la fecha en que ustedes querían casarse, la edad que tenían, el lugar de nacimiento, si habían estado casados antes y si estaban emparentados. Eso fue todo. Dos días más tarde estaban casados.

—¿Y?

—Bien, en este tipo de cosas todo está basado en la confianza. Uno puede contar una sarta de mentiras si lo desea. Un secretario del registro civil de Oxford casó a una mujer con el mismo hombre tres veces el mismo año y uno de Reading se las arregló para casar a otra mujer con dos marineros.

Morse se quedó mirando a la señora Michaels como si esperara que le brindase la sonrisa de rigor. Sin embargo, ésta permaneció inmóvil y con la boca perfectamente rígidas. Su negrísimo pelo, cuyas rubias raíces acababa de volver a teñir, describía un semicírculo en torno a sus facciones y realzaba su limpio cutis.

—Una persona que sepa mentir razonablemente bien o incluso una que lo haga con torpeza —prosiguió Morse— puede cometer un asesinato y salir impune. ¿Sabe a qué me refiero, señora Michaels? Por ejemplo, una persona de menos de veintitrés años tiene que probar la edad que tiene, ¿sabía usted eso? Pero si su novio dice que tiene veinticuatro, lo más seguro es que cuele. ¿Y si usted ha estado casada antes? Bueno, si usted dice que no lo ha estado, es prácticamente imposible probarlo en el acto. Sí, sí… Es fácil casarse por lo civil si a uno no le importa saltarse el sistema.

—¿Me está diciendo que nosotros… que yo y David nos hemos saltado el sistema?

—Señora Michaels, normalmente un inglés diría «David y yo».

La agente Wright se dio cuenta de que el inspector había procurado recalcar la palabra «inglés».

—Le he preguntado…

Pero Morse la interrumpió bruscamente:

—Sólo hubo un dato que no se pudo falsificar en su caso: la fecha de nacimiento. A este respecto la ley exige la presentación de documentos, «si la persona interesada es extranjera».

Un silencio invadió la pequeña habitación, un silencio tenso durante el cual una expresión extraña e indefinible mudó fugazmente el semblante de la señora Michaels al tiempo que cruzaba las piernas y se sujetaba la rodilla izquierda con las manos entrelazadas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó.

—Usted es extranjera —se limitó a decir Morse, mirando sin pestañear a la preciosa joven que estaba sentada enfrente de él.

—¿Se da cuenta de lo descabellado que es todo esto, inspector?

—¿Tuvo usted que presentar el pasaporte en el registro civil de Abingdon?

—No fue necesario: no soy extranjera.

—¿Ah, no?

—¡No! Me llamo, mejor dicho, me llamaba Catharine Adams. Nací en Uppingham, Rutland, o lo que antiguamente era Rutland. Tengo veinticuatro años.

—¿Podría ver su pasaporte? —preguntó Morse.

—Pues no. Lo he mandado por correo a Swansea. Tengo que renovarlo. En septiembre David y yo —añadió recalcando la última palabra— nos vamos a Italia.

Lewis advirtió el leve acento con que la señora Michaels había pronunciado «Italia».

—No se preocupe. Ya tenemos una copia. Nos la ha mandado la embajada sueca.

Ella se quedó mirando la alfombra, el único objeto caro que había en aquel salón un tanto vulgar en el que ella había pasado tantas horas, una pequeña alfombra oriental de forma rectangular, tejida quizá en alguna oscura tienda del Turkestán. Entonces se levantó, se acercó al escritorio que había a unos pasos de distancia, sacó su pasaporte y se lo entregó a Morse.

Pero éste ya lo sabía todo, pues había estudiado los datos minuciosamente: los apartados, impresos tanto en sueco como en inglés, y los datos requeridos, escritos a mano en sueco. Pese a ello, miró debajo de la fotografía y volvió a leerlos.

Katarina Adams, de 1 metro 68 centímetros de altura sin zapatos y sexo femenino, nacida el 29 de septiembre de 1968 en Uppsala, Suecia.

—Un detalle inteligente eso de cambiar Úppsala por Uppingham —comentó Morse.

—Uppsála, inspector. Debemos ser exactos con las palabras.

—Adams es su nombre de casada de su anterior matrimonio. Cuando su marido murió en un accidente de tráfico, decidió mantenerlo. Claro. Bien…

—Bien, ¿qué más quiere de mí? —preguntó ella tranquilamente.

—Que me diga la verdad, por favor. Tarde o temprano la averiguaremos —exclamó Morse.

Ella respiró hondo y habló con rapidez, sin entrar en detalles.

—Cuando mi hermana Karin fue asesinada, yo estaba en España, en Barcelona concretamente. Vine aquí en cuanto pude; mi madre me había llamado desde Suecia. Pronto me di cuenta, sin embargo, de que no había nada que yo pudiera hacer. Conocí a David. Nos enamoramos y nos casamos. Yo tenía miedo de todo el asunto de los permisos de trabajo, visados y demás, por lo que David me dijo que lo más conveniente sería que mintiera, o mejor dicho, que él mintiera sobre mi anterior matrimonio. Sería más fácil y rápido. ¿Qué hice entonces? Para empezar, me propuse salir de casa lo menos posible, me puse gafas y me teñí el pelo de negro y me lo corté bastante corto.

Por eso me pidieron que cantara en la ópera. El papel era mío antes de que empezaran las pruebas.

Lewis lanzó una rápida mirada de soslayo y creyó ver una expresión de perplejidad en la cara de Morse.

—¿No le dijo el secretario del registro civil… no le dijo a su marido que todo era legítimo?

—No, seguro que no. Es que no le dijimos nada sobre este asunto… ¿sabe? ¿No lo comprende? Resultaba muy extraño todo… muy inquietante. Había como… como mucha tensión. David supo comprenderlo sin embargo…

—¿Se lo pasó bien en España?

—Sí, muy bien. Pero…

—¿De qué aeropuerto cogió el avión a Inglaterra?

—Del de Barcelona.

—Según tengo entendido, se cometen muchos robos en el aeropuerto de Barcelona.

—¿Y eso qué tiene que ver con…?

—¿Ha perdido alguna vez el bolso? Ya sabe, las llaves, el pasaporte y las tarjetas de crédito.

—Pues no.

—¿Qué haría si, pongamos por caso, perdiera el pasaporte?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que acudir a la embajada de Suecia. Probablemente me darían un documento provisional… o algo por el estilo.

—Pero ¿cree que sería posible falsificar algo, señora Michaels? ¿Cree por ejemplo que es posible falsificar el certificado de matrimonio?

—Me gustaría que me dijera a dónde quiere llegar.

—De acuerdo. Le haré una pregunta muy sencilla. ¿Cree que una persona puede tramitar el pasaporte de otra?

—Supongo que es prácticamente imposible, ¿no? En Suecia se realizan toda clase de comprobaciones. Mirarían el número del registro civil, que es lo que utilizamos allí en lugar del certificado de nacimiento, examinarían todos los datos que aparecen en el pasaporte, comprobarían la foto… No, no lo creo posible.

—Estoy de acuerdo con usted. Es casi imposible… aunque no del todo. No para una mujer muy inteligente.

—Pero yo no soy una mujer muy inteligente, inspector.

—No, no lo es. Vuelvo a coincidir con usted. —Lewis se preguntó si realmente había visto un asomo de decepción en los ojos de la señora Michaels—. Supongamos de todos modos que es imposible. Hay otra manera de conseguir un pasaporte, una manera más sencilla… Una manera tan sencilla que parece infantil: que alguien le dé uno, señora Michaels. Que alguien se lo mande por correo.

—Ahora sí que no le entiendo, inspector.

—Sí me entiende —replicó Morse con una sobriedad y un sosiego que cerraba la puerta a cualquier discusión—. Nadie, nadie —recalcó— perdió el pasaporte en Barcelona o en cualquier otra parte. Usted y su hermana mayor se parecen mucho, ¿no es cierto? Mi sargento, aquí presente, me trajo de Estocolmo una fotografía en la que aparecen usted y sus dos hermanas. Las tres son rubias, de ojos azules, pómulos salientes, piernas largas y todo lo que la gente de aquí imagina al hablar del tipo nórdico. Incluso su hermana pequeña, la más baja de las tres, se parece también mucho a Karin, a juzgar por la fotografía.

Ella le interrumpió enérgicamente.

—¡Escuche! Aunque sólo sea por un momento, por favor. ¿Acaso no se ha sentido usted confundido alguna vez como me siento yo ahora?

—Oh, sí. Y con bastante frecuencia, créame. Pero ahora no, señora Michaels, ahora no… Y usted tampoco se siente confundida, porque ese pasaporte no es suyo, sino de su hermana Katarina, Katarina Adams, que sigue viviendo en Uppsala. Su hermana, que dijo a las autoridades suecas que le habían robado el pasaporte y solicitó uno nuevo. Así de sencillo. No es en absoluto cierto que usted se llame Katarina Adams, ¿verdad, señora Michaels? Usted se llama Karin Eriksson.

De pronto ella dejó caer los hombros, como si creyera que, por muchas inocentes protestas que opusiera, ya nadie le iba a creer y quizá lo mejor que podía hacer a ese respecto era dejar su caso a merced de los testimonios de los demás.

Pero Morse no quería desaprovechar la ventaja obtenida y siguió interrogándola de una manera que a la agente Wright, que no a Lewis, le pareció violenta y de mal gusto.

—Estaría usted de acuerdo conmigo si le dijera que tiene unas piernas muy bonitas.

—¿Qué? —Instintivamente, ella trató de bajarse unos centímetros la falda, que le llegaba hasta las rodillas de sus elegantes piernas. Pero no tuvo mucho éxito.

—¿Sabe? —prosiguió Morse—. Hace un momento, cuando me he referido al tipo nórdico, estaba pensando en esas películas que veíamos antiguamente en las que aparecían todas esas estrellas suecas tan *sexys*. Yo solía ir mucho al cine en aquella época.

—¿Quiere que me desnude delante de usted?

—Lo que pasa es que mi sargento aquí presente y yo tenemos una gran ventaja, porque hemos tenido la oportunidad de examinar su pasaporte, si es que es suyo realmente.

Ella estaba a punto de estallar.

—¡Pero qué significa esto! —chilló—. ¡Dígamelo, por favor! ¡Dígamelo! ¿De qué me está acusando? ¿De qué me están acusando todos ustedes?

Resignadamente, Morse hizo una señal con la mano derecha a Lewis, y éste, con voz monótona y melancólica, le leyó el cargo:

—Señora Karin Michaels, señorita Karin Eriksson, he de informarle que está bajo arresto policial por ser sospechosa del asesinato de James Myton en la tarde del domingo 7 de julio de 1991. Es mi deber advertirle que todo lo que diga delante de los tres agentes de policía aquí presentes podrá ser usado como prueba en futuros procesos.

Morse se puso en pie y, bajando la vista para mirarla, dijo:

—No hace falta que diga nada por el momento.

—Entonces ¿me están acusando a mí… a mí —repitió—, de ser Karin, mi hermana? ¿La que fue asesinada?

—¿Todavía lo niega? —preguntó Morse.

—¡Claro! ¡Claro que lo niego!

—Va a tener que probarlo. Las autoridades suecas nos han dicho que no suelen utilizar el apartado de observaciones que hay en el pasaporte; sólo la utilizan si hay una marca distintiva evidente que pueda servir para establecer la identidad de la persona. Sin embargo, en el pasaporte, en el que usted dice que es suyo, el apartado está cumplimentado en sueco y según me han dicho, reza lo siguiente: «Cicatriz diagonal, de ocho centímetros y medio de largo, en la parte interior del muslo sobre la rodilla izquierda; consecuencia de un accidente de tráfico».

—¿Y? —Ella lo miró desde su butaca casi como si quisiera animarle a que demostrara la acusación, como si le desafiara a ello, como si deseara que lo hiciera…

—Si usted tiene la cicatriz en ese lugar, su identidad no quedará necesariamente establecida, ¿cierto? En cambio, si no la tiene, repito, si *no* la

tiene, sabremos que usted no es ni ha sido nunca la mujer que se describe en el pasaporte.

Karin Eriksson, la asesina de James Myton, se quedó completamente inmóvil durante unos angustiosos segundos. Entonces, lenta y seductoramente, como si fuera una bailarina de *striptease*, subió centímetro a centímetro con la mano izquierda el borde de la falda de terciopelo *beige* hasta dejar al descubierto la piel desnuda del muslo interior del mismo lado.

¿Le complació la mirada de los dos detectives? ¿Habría experimentado siempre un placer oculto ante la admiración de sus compañeros del instituto de Uppsala y ante la de los profesores de su curso de secretariado? ¿Habría llegado a disfrutar, aunque fuera sólo por un momento, con la lascivia del vulgar Myton, que había intentado violarla en el bosque de Wytham y a quien ella había asesinado a continuación?

Mientras miraba la piel, suave y sin marca alguna, de aquel muslo, Morse se preguntó por un momento si aquella muchacha no podría haberle parecido a él, en algún momento de aquella sofocante tarde de verano, tan sumamente bella y seductora como a Myton.

Lewis condujo cuidadosamente por la carretera que rodeaba el linde del bosque en dirección al pueblo de Wytham. A su lado iba la agente Wright y detrás Karin Eriksson y el inspector jefe Morse.

Morse se entristecía casi siempre cuando llegaba aquel momento en un caso. Era entonces cuanto sentía que la emoción de la búsqueda se apagaba y el culpable tenía que afrontar su justo castigo. A menudo había meditado sobre el eterno problema de la justicia y sabía, como la mayoría de los hombres con valores civilizados, que la función de la ley era proporcionar un marco de orden dentro del cual los hombres y las mujeres estuvieran protegidos mientras se ocupaban de sus legítimos quehaceres. Sí, el criminal debía ser castigado por los delitos que cometía porque así lo mandaba la ley. Y él era un defensor de la ley. No obstante, no podía evitar pensar, mientras sentía el cuerpo de Karin Eriksson cerca de sí, en la sutil distinción entre ley y justicia. La justicia era una de esas grandes palabras que a menudo se escriben con mayúscula y, sin embargo, resultaba más difícil de definir que la palabra ley. Karin tendría que enfrentarse con la ley. Se volvió hacia ella para mirar sus preciosos ojos azules, ahora húmedos por un tenue velo de lágrimas, y en aquel momento pareció formarse por unos segundos un vínculo entre ellos, entre Morse y la joven que había asesinado a James Myton.

De pronto, inesperadamente, ella le susurró al oído:

—¿Ha tenido alguna vez relaciones sexuales con una chica en el asiento trasero de un coche?

—En el trasero no —musitó Morse—. Pero en el de delante sí, por supuesto. Muchas veces.

—¿Me está diciendo la verdad?

—No —contestó él.

Cuando el coche llegó a la carretera principal y, doblando a la derecha, dejó atrás Wytham para dirigirse a la comisaría, Morse se dio cuenta de que en algún lugar situado detrás de sus ojos había un depósito rebosante de lágrimas.

Por un par de segundos tuvo la impresión de que Karin le apretaba suavemente con la pierna izquierda y deseó con todas sus fuerzas que así fuera.

63

Todo lo que queda por suceder
son algunas muertes (la mía incluida).
Queda por saber
su orden y su manera.

Philip Larkin, *Antología de poemas*

La declaración que prestó Karin Eriksson no añadió mucho a lo que Lewis sabía del caso. De forma inaudita, Morse le había mantenido al corriente, en lo fundamental y prácticamente desde el principio, de sus sospechas acerca de la doncella sueca y, al final, de las posibles certezas. Había un par de discrepancias importantes, en concreto la tocante a la cantidad de dinero con la que Karin había llegado a Oxford y la tocante al número de mirones que habían presenciado la sesión fotográfica de Seckham Villa. Sin embargo, a partir de las declaraciones combinadas de Karin y su marido (legítimo en todos los aspectos) David, fue sencillo reconstruir la secuencia de acontecimientos ocurridos el domingo 7 de julio de 1991.

En la M40 Karin había sido recogida por una camioneta que se dirigía a la fábrica de coches Rover de Cowley, Oxford. Tras bajarse en el cruce de Headington, había vuelto a ser recogida casi de inmediato por un BMW que la había dejado en el cruce de Banbury Road con Northern Ring Road. Al ver que los autobuses no circulaban con frecuencia los domingos, había echado a andar por Banbury Road y al cabo de doscientos o trescientos metros había reparado en Cotswold House. Impulsivamente había pensado que sería una maravilla pasar al menos una noche en una casa de huéspedes tan bonita. Había llamado para preguntar los precios; le habían respondido que sólo quedaba una habitación individual libre, pero al oír cuánto costaba, había decidido buscar un sitio algo más barato. Desde una cabina de teléfonos situada en Wentworth Road, justo enfrente de Cotswold House, había llamado

a la agencia de modelos. Poco después la recogían y la llevaban a Abingdon Road, donde había llegado a un acuerdo por teléfono con McBryde según el cual tenía que presentarse en Seckham Villa a las dos de la tarde para realizar una sesión fotográfica de una hora de duración por la que recibiría una remuneración de entre ochenta y ciento veinte libras. Al oír la cantidad, Karin había enarcado las cejas gratamente sorprendida. Tras negarse a que la agencia siguiera ayudándola, había ido a St Giles y había entrado en el Eagle amp; Child, donde había tomado un sándwich de jamón y una pinta de cerveza rubia.

Había sido McBryde quien le había abierto Seckham Villa y quien poco después le había presentado a Myton. Nada de porno duro, había dicho ella para dejar las cosas claras desde el principio; sí, estaba dispuesta a posar para una serie de desnudos y semidesnudos. Por veinte libras más había estado de acuerdo en que hubiera dos hombres en el «estudio» para mirarla. Myton, según le habían dicho, era un fotógrafo que trabajaba por cuenta propia en el mundo del vídeo pornográfico; casi de inmediato había notado que le quitaba con la mirada la escasa ropa de verano que llevaba, pese a lo cual no le había parecido un mal tipo. Mientras él preparaba la parafernalia de trípodes, pantallas, sombrillas plateadas, reflectores, fotómetros y demás, ella se había puesto a curiosear por ahí y había salido al jardín. Myton había salido poco después y se había comportado de tal forma que a ella le había parecido divertido y gracioso. Se trataba de un hombre delgado y más bien pequeño, con barba de un día y más oscura que el pelo, que llevaba largo y recogido en una de esas ridículas coletas que se sujetan con una goma. Haciendo algún que otro chiste al respecto, ella le había pedido que se quedara al lado de la pared para hacerle un par de fotos. McBryde había aparecido poco después para pedirles apresuradamente que volvieran adentro, donde a ella le había presentado a un hombre vestido con un traje de verano y a otro que llevaba unos pantalones grises, una chaqueta de deporte y, en la mano, un incongruente (dado el caluroso día que hacía) sombrero caqui de copa plana y redonda.

Entonces había comenzado la sesión. Había experimentado, confesó, cierta excitación al ver cómo se la comían con los ojos los dos silenciosos hombres (McBryde entraría más tarde) mientras ella se desnudaba, posaba, se ponía la ropa interior que le habían proporcionado y se tumbaba a continuación en la cama vestida con una bata totalmente abierta y un pequeño salto de cama. Myton había subrayado sus posturas con vulgares gritos de ánimo conforme ella iba relajándose: «¡Dios, qué maravilla! ¡Sí, sí! ¡Síií…!

¡Aguanta así, encanto! ¡Mantén esa mano bajo las tetas y haz como si… como si me las ofrecieras!». Aquella forma de hablar la había excitado y, siendo franca consigo misma, tenía que reconocer que había sentido una especie de orgasmo de vanidad sexual.

Luego, al quedarse de nuevo a solas con Myton, le había pedido que le sacara un par de fotos con su propia cámara, como recuerdo, y él no había dudado en hacerlo. Aún no había llegado a tocarla físicamente, todavía no. Tras preguntarle a dónde se dirigía, le había dicho que tenía el coche fuera y que podía llevarla. Antes de irse, había recibido de McBryde cien libras en billetes de diez y las había guardado en la cartera. Myton la había llevado entonces al extremo de Banbury Road. Ella le estaba comentando que quizá fuera al concierto benéfico de música pop que se iba a celebrar la noche del día siguiente, 8 de julio, cuando, de pronto, en el momento en que pasaban por delante de Cotswold House, le pidió que detuviese el coche: iba a quedarse ahí a pasar la noche. Pero en la puerta habían colgado un cartel de «No hay habitaciones libres»; la propietaria le confirmaría que la habitación que quedaba acababa de ser ocupada. Mientras volvía al coche, creyó distinguir un gavilán volando sobre los enormes árboles que tenía detrás, se detuvo e intentó enfocar los prismáticos para verlo con claridad. Aquél había sido un momento de consecuencias fatales. Myton le había preguntado entonces si le gustaban los pájaros y ella le había enseñado la lista de especies que le gustaría ver. Perfecto. Él sabía exactamente dónde podía ver el pico menor, y quizá todos los picos: en Wytham. Él también tenía afición a los pájaros: era miembro de la Real Sociedad para la Protección de Aves (luego se demostraría que era mentira) y tenía permiso para entrar en el bosque de Wytham (también mentira).

Allí habían comenzado todos los males de Karin.

Tras dejar el coche en un aparcamiento semicircular situado delante del Gran Bosque, habían cruzado diagonalmente un campo y luego habían enfilado una vereda flanqueada de frondosos árboles que conducía a una zona de gran espesura que ella recordaba por el ruido seco producido por las ramas y hojas al quebrarse bajo sus pies y, a continuación, por las manos de Myton sobre su cuerpo. En un principio quizá hubiera aceptado algún que otro beso y toqueteo siempre que el asunto no fuera demasiado lejos; sin embargo, él no había tardado en ponerse pesado y en decirle que la necesitaba… urgentemente. ¡Quería poseerla! Entonces le había quitado la delgada blusa y arrojado al suelo, pero ella era fuerte y estaba decidida a oponer resistencia. El bolsillo de la mochila donde llevaba los prismáticos estaba todavía abierto;

logró zafarse de él, abrir la hoja del cuchillo y clavárselo… Había entrado en la carne fácilmente, como cuando se corta un queso fresco, dijo. Sin embargo, un chorro de sangre había saltado a borbotones sobre su pecho semidesnudo. Él, en cambio, a diferencia de la sangre, se había quedado inmóvil, completamente inmóvil, con los ojos desorbitados y fijos en ella.

Tras arrojar el cuchillo entre los árboles, había recogido la mochila escarlata y, vestida únicamente con una falda manchada de sangre, se había alejado de allí presa del pánico y había ido a parar a un claro, donde, soltando jadeos, gemidos y palabras atropelladas, había seguido corriendo y corriendo (del tiempo transcurrido y de la distancia recorrida no se acordaba) hasta sufrir finalmente un colapso. A partir de entonces no recordaba nada hasta el momento en que había visto un perro pastor galés blanco y negro y, detrás de él, a un hombre fornido y con barba que la miraba con preocupación y gesto amable. A pocos metros de distancia había un todoterreno.

David Michaels había llevado a la joven a su casa, donde al principio le había resultado difícil creer el extraordinario relato de lo ocurrido. Parecía una pesadilla espantosa, había insistido ella: el frenético forcejeo, la repentina muerte, si es que aquel hombre había muerto, o su agonía en algún lugar perdido del bosque. De hecho, si no fuera por la sangre que cubría su cuerpo, estaría segura de que se trataba realmente de una pesadilla. La mención de la palabra «policía» había causado en ella un estallido de lágrimas histéricas; el recuerdo del coche, el coche que Michaels todavía podía ver desde su casa al otro lado de la carretera, le había resultado igual de angustioso. Él se ocuparía de todo, le había prometido sin saber qué estaba prometiendo. Al hablarle ella de Seckham Villa, había tomado la decisión: tenía que bañarse y tomarse media docena de Disprin. Poco después, de forma repentina y casi milagrosa, se había quedado profundamente dormida, desnuda entre las blancas sábanas de la cama de matrimonio de Michaels. Entonces él se había dado cuenta de que era tan culpable como todos los demás, pues la deseaba, la deseaba de igual manera que la habían deseado otros hombres aquella tarde.

Michaels había ido a Seckham Villa y se había reunido con los otros tres hombres, McBryde, Daley y Hardinge, que aún estaban allí. Entonces había empezado a comprender lo complicada que era la situación en que todos, él incluido, se encontraban. Así pues, habían tramado un plan y lo habían llevado a cabo. Un detalle nuevo: el hecho de que Karin quisiera ir al concierto de música pop de Blenheim podía serles de provecho, ya que el

hallazgo de la mochila y demás efectos personales en un lugar cercano al parque un día después del concierto pondría a todo el mundo tras la pista equivocada y alimentaría la sospecha de que la joven había desaparecido o estaría supuestamente muerta en alguna parte, víctima sin duda de un asesinato a manos de algún joven salido y drogado que habría conocido durante el concierto. El miedo a la publicidad y la ruina había sido para McBryde motivo más que suficiente; mientras que para Hardinge había sido el miedo a la publicidad y el escándalo. Un cheque (ni Karin ni David Michaels sabían la cantidad) había bastado para garantizar la cooperación del mercenario de Daley.

Aquella noche, al volver a casa, Michaels había encontrado a Karin terriblemente conmocionada y luego había dormido con ella porque ella así lo había deseado. Durante toda la noche, ella había buscado la tranquilidad de sus abrazos, de su amor, y él, de buena gana, gozosamente, había satisfecho sus necesidades.

Había sido Karin quien había planeado, quien había insistido en que fueran a Gales… lejos, lejos, a cualquier parte, daba igual mientras fuese lejos de allí. A la mañana siguiente, poco después de las seis, habían salido de Wytham en coche y habían ido donde ella le había indicado.

Allí la había dejado, en manos de una amable mujer que seguramente pronto se enteraría (sin lugar a dudas, había pensado él) de la mayor parte de lo sucedido. Sesenta libras era lo único que Karin había cogido de su mochila; el resto lo había dejado en la cartera, detalle que a todos les había parecido verosímil. Desde Gales, la joven había llamado a David con frecuencia, algunos días varias veces por la noche. También había sido ella quien había llamado a su madre, con quien había urdido, con ayuda de sus hermanas, la siguiente fase del plan: la simple sustitución del pasaporte de Katarina, que le llegaría a Karin procedente de Barcelona en un sencillo sobre marrón.

Al final había vuelto a Oxford, a casa de David Michaels, el hombre a quien había ido aprendiendo a amar cada vez más y cuyas atenciones hacia ella parecían no conocer límites. Con el pelo corto y teñido de negro y unas gafas de montura igualmente negra, había vivido en aquella casa con David y *Bobbie* en un idílico estado de felicidad hasta que paulatinamente había ido reintegrándose a la vida cotidiana: había empezado a ir al *pub* del lugar; a jugar al bádminton en el centro cultural del pueblo; se había hecho miembro de la sociedad de aficionados a la ópera… Y luego se había casado. Era extraño que pudiera sentirse tan feliz viviendo cerca del lugar del asesinato. Y, sin embargo, así era. La pesadilla pertenecía al pasado. Parecía haber

levantado un tabique, haber formado una malla entre ella y el mundo que conocía antes de encontrar a David, una malla como la constituida por las ramas del lugar en que la sangre había manado a borbotones sobre ella.

Durante los primeros seis meses, David había previsto que encontraría el cadáver cualquier día, sobre todo porque al final del otoño los árboles quedaban pelados. Y si no lo encontraba él, lo haría alguna de las personas que recorrían los senderos para observar los pájaros, los tejones, los zorros, las ardillas, los ciervos… Pero no había sido así, y cuando Morse le había preguntado dónde habría escondido él el cadáver, ni se le había ocurrido pensar que Karin pudiera haber echado a correr por Singing Way y hubiese acabado alejándose tanto de Pasticks.

Una cosa más. Excepcionalmente, tratándose de una familia sueca, los Eriksson eran todos católicos (algo que Lewis había sospechado al ver los dos crucifijos que tenían en casa pero que, desgraciadamente, no le había comentado a Morse) y Karin había descubierto la pequeña iglesia de Woodstock Road. Había aprobado el examen de conducir a principios de año y tomado la costumbre de ir a misa los domingos por la mañana cuando David no necesitaba el todoterreno y, a veces, cuando sí lo necesitaba, de esperar a que viniera a recogerle tras el servicio. Un par de veces al mes, más o menos. También iba a confesarse, algo sobre lo cual no le había contado todo a su marido. En concreto le había ocultado el creciente miedo que sentía a que su falta de contrición por haber matado a Myton fuera un pecado casi mayor que el de matar y a que pudiera volver a matar, salvajemente y sin miramientos, si alguien tratara de amenazar su felicidad y la de David. No obstante, al mismo tiempo también había empezado a crecer en ella un deseo extrañamente contradictorio: el de que alguien descubriera la verdad de lo que había hecho e incluso de que divulgara dicha verdad…

Pero él no podía hacer eso, le había dicho el padre Richards, antes de consolarla, rezar por ella y perdonarla en el nombre de Dios Todopoderoso.

64

> Los labios con frecuencia separados por un murmullo de palabras. Parecía salida directamente de un madrigal.
>
> Thomas Hardy, *El regreso del nativo*

Durante la tarde del miércoles 5 de agosto, un día después de que ocurrieran estos acontecimientos, Morse, Lewis y la doctora Laura Hobson celebraron una pequeña fiesta en el despacho del inspector. A las ocho y media de la noche, el sargento, que estaba sobrio, llevó a los otros dos al piso de Morse de North Oxford.

—¿No irás a beber más? —le había preguntado el inspector a Lewis, como si esperara una respuesta negativa.

—¡Qué equipo más elegante! —dijo Laura Hobson mientras admiraba el nuevo lector de discos compactos de Morse.

Diez minutos más tarde los dos estaban sentados juntos, disfrutando con una copa de Glenfiddich y el final de *El crepúsculo de los dioses*.

—No hay nada como esto en toda la historia de la música —afirmó Morse con tono magistral una vez Brunilda fue engullida por las llamas y se acallaron las olas del Rin.

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

—Prefiero los madrigales isabelinos.

Morse guardó silencio por unos segundos, entristecido, al parecer, por su falta de sensibilidad.

—Oh.

—Me ha encantado. No seas tonto —dijo ella—. Bien, creo que debería irme.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—Vivo demasiado lejos. Me he trasladado de forma provisional a un piso de Jericó.

—Te llevo en coche entonces.

—Has bebido demasiado.

—Si quieres puedes quedarte en casa. Puedo dejarte un pijama.

—No suelo ponerme pijama.

—¿No?

—¿Cuántos dormitorios tienes?

—Dos.

—¿Y uno de ellos está libre?

—Tan libre como el otro.

—¿Y no hay un pasadizo secreto entre los dos?

—Podría llamar al constructor.

Ella sonrió alegremente y se puso en pie.

—Si alguna vez hay algo entre nosotros, señor inspector, será mejor que ocurra cuando estemos algo más sobrios. Si eres franco contigo mismo, seguramente piensas lo mismo que yo. —Apoyó una mano sobre uno de sus hombros y añadió—: Vamos, llama a un taxi.

Diez minutos más tarde la doctora le besaba suavemente en la boca con unos labios secos, suaves y ligeramente separados.

Una hora más tarde Morse estaba tumbado boca arriba en la cama, despierto. Todavía hacía calor en el dormitorio y sólo le cubría una delgada sábana de algodón. En su cabeza se agolpaban diversos pensamientos y sus ojos no dejaban de vagar en la oscuridad. En primer lugar estaba la preciosa mujer que había pasado la velada con él; luego el caso de la doncella sueca, de cuya compleja ecuación sólo restaban por despejar unas pocas incógnitas; después la incapacidad que había demostrado hasta el momento para localizar la bala que había segado la vida de George Daley… Paulatinamente, este último problema estaba asumiendo preponderancia en su cerebro.

La bala había sido disparada desde unos sesenta metros de distancia. De esto no parecía haber duda; entonces, ¿por qué no había aparecido? ¿Y por qué ninguna de las personas que se encontraban en Blenheim en aquel momento podía afirmar con mayor seguridad si había oído el disparo? No era habitual realizar disparos en Blenheim como lo podía ser en otras zonas… En Wytham, por ejemplo. El rifle en sí no le preocupaba tanto. Al fin y al cabo, era más fácil deshacerse de un rifle que de una bala, la cual podía ir a parar a cualquier parte… Morse se levantó y fue en busca del prospecto del parque de Blenheim al igual que Johnson había hecho recientemente. El lugar donde el cadáver de Daley había aparecido sólo podía estar a… ¿cuántos?, ¿unos

cuatrocientos metros de la punta noroeste del lago? Éste tenía la forma de la cabeza de uno de esos cormoranes que había visto en Lyme Regis no hacía mucho… ¡Sí! Doblaría el número de hombres encargados de realizar la batida, las dos batidas, mejor dicho. No había duda de que Philip Daley había arrojado el rifle de su padre en algún punto cercano a aquel lugar. Probablemente en el mismo lago. En cuanto encontraran alguno de los dos objetos, el rifle o la bala…

En ese momento sonó el teléfono. Morse cogió el auricular.

—Qué rapidez, señor.

—¿Qué quieres?

—La policía de Londres ha llamado a la comisaría y el sargento Dixon ha pensado que sería mejor decírmelo…

—¡Decírtelo! ¿Quién está a cargo de este caso, coño? Cuando vea a Dixon se va a enterar.

—Creían que usted estaba dormido, señor.

—Pues resulta que no lo estaba, ¿no?

—Bueno, además…

—¿Además qué?

—No tiene importancia, señor.

—¡Sí que la tiene, joder! ¡Pensaban que estaba en la cama con una mujer, eso es lo que pensaban!

—No lo sé —reconoció el honesto y honrado Lewis.

—¡O en mucho peor estado por culpa del alcohol!

—Quizá las dos cosas —se limitó a contestar Lewis.

—¿Y bien?

—Hace aproximadamente una hora el joven Philip Daley se ha arrojado bajo un tren que iba dirección oeste, señor, un tren procedente de Bond Street que se disponía a entrar en Marble Arch. Al parecer el conductor no pudo hacer nada: ocurrió justo cuando salía del túnel.

Morse no respondió.

—La policía ya conocía al chico. Le habían detenido por robar en una vinatería de Edgware Road, pero el dueño decidió al final no denunciarle y le dejaron que se fuera tras echarle un buen rapapolvo.

—Aún tienes algo más que decirme, ¿verdad? —preguntó Morse con voz queda.

—No, señor. Supongo que ya lo ha adivinado. Ocurrió el lunes por la mañana, media hora después de que abriera la tienda.

—¿Me estás diciendo entonces que no pudo matar a su padre? ¿Es eso?

—Ni aunque hubiera alquilado un helicóptero, señor.

—¿Lo sabe la señora Daley?

—Todavía no.

—Entonces déjala, Lewis, déjala. Que duerma.

Una hora más tarde Morse seguía despierto, aunque ahora más relajado mentalmente. Era como si hubiera estado devanándose los sesos con la definición de un crucigrama, hubiese encontrado una respuesta posible aunque insatisfactoria por carecer del carácter definitivo necesario para dejarle tranquilo, luego le hubieran entregado una fe de errores según la cual la definición estaba equivocada y le hubieran dicho la definición correcta para a continuación…

¡Claro!

Desde el principio había sabido que el móvil de Philip Daley para matar a su padre no era de su satisfacción. Podría haber ocurrido de aquella manera, desde luego… Cosas más raras se habían visto. Sin embargo, la idea de que el muchacho sintiera un odio repentino y luego planease fríamente un asesinato no parecía verosímil. Morse consideró una vez más los datos desde el principio: el lugar donde George Daley había sido asesinado, cerca de un bosquecillo del parque de Blenheim, todavía acordonado, sin el cadáver, donde todavía estaría haciendo guardia un agente cansado… Qué raro le parecía aquello. El inspector había pedido un número elevadísimo de hombres para este caso; más aún, les había encargado a todos una tarea muy específica, y ninguno de ellos había encontrado nada.

De pronto supo por qué.

Dio un respingo en la cama y, sonriendo tranquilamente, pensó en la fe de errores. Podía ser… ¡Tenía que ser! Y la nueva respuesta a la definición… a la pista, encajaba y resultaba perfectamente adecuada. Se trataba de una respuesta que «saltaba a la vista», como decían los jueces de los perros campeones de Crufts.

Eran las tres menos veinte y Morse sabía que tenía que hacer algo si quería conciliar el sueño. Así pues, fue a la cocina y, haciendo una excepción, se preparó una taza de Ovaltine y se quedó sentado un rato en la mesa, impaciente, como siempre, pero contento. No estaba en absoluto seguro de qué le había hecho pensar en el principio de indeterminación de Heisenberg. La física era una ciencia que se le había mantenido vedada desde la vez que en el instituto había intentado, infructuosamente, tomar unas lecturas en un

aparato llamado puente de Wheatstone. Heisenberg, sin embargo, era un nombre maravilloso, así que Morse fue a consultarlo en la enciclopedia: «Siempre se da una indeterminación en los valores obtenidos si se realiza una observación simultánea de la posición y…». El inspector hizo un gesto de asentimiento. «Y del tiempo». En efecto, aquello era lo que el viejo Heisenberg había averiguado.

Morse no tardó en quedarse dormido.

Cuando despertó, a las siete de la mañana, tenía la impresión de haber soñado con un coro de bellas mujeres cantando madrigales isabelinos. Pero todo le resultaba un tanto vago, tan vago, más o menos, como lo que «Werner Karl Heisenberg (1901-1976)» había postulado como principio.

65

> Qué extrañas son las trampas de la memoria, que guarda religiosamente las mayores nimiedades, mientras que cuando se trata de los acontecimientos más importantes resulta a menudo borrosa como un sueño.
>
> *Sir* Richard Burton, *Sind Revisited*

—Entonces ¿te haces cargo, Lewis, de la importancia capital que tiene el hecho de dejarlo todo exactamente tal como estaba?

Los dos detectives habían vuelto a la mañana siguiente al lugar donde Daley había sido asesinado.

—El problema es que hemos permitido que todo el mundo lo pisotee de arriba abajo.

Morse sonrió alegremente.

—Ya, pero tenemos esto, ¿no? —dijo al tiempo que daba una cariñosa palmada al techo de la furgoneta de la finca Blenheim.

—A no ser que uno de los muchachos se haya fumado un cigarrillo dentro.

—Si es así, le cortaré el escroto.

—A propósito, ¿ha hablado con Dixon esta mañana?

—¿Con Dixon? ¿Qué coño tiene que ver Dixon con este asunto?

—Nada —musitó Lewis dando media vuelta para hablar por última vez con los dos hombres que aguardaban al lado de la furgoneta del servicio de rescate.

—¿Que si hemos entrado dentro? —preguntó el mayor.

—Exacto, eso es lo que el inspector jefe quiere saber.

—No podemos hacerlo sin tocarlo, joder, ¿verdad, Charlie?

Morse, que también estaba al lado del vehículo, absorto al parecer en sus pensamientos, empezó a rodearla lentamente, mirando con atención al suelo. Sin embargo, en aquel lugar la tierra estaba dura como la piedra debido al

magnífico tiempo hecho durante las últimas semanas, de modo que al cabo de un rato perdió interés y volvió al coche policial.

—Ya no tenemos nada que hacer aquí, Lewis. Vamos a la garita. Es hora de que hablemos nuevamente con el señor Williams.

Al igual que la vez anterior, la declaración de Williams resultó insatisfactoria en términos específicos. Sin embargo, desde un punto de vista más amplio, sirvió para establecer una hipótesis orientativa con respecto al asesinato, la única que tenía la policía en realidad. Lo que estaba claro era que el punto crucial (que Daley hubiera pasado por la puerta de Combe Lodge durante la mañana de su asesinato) quedaba confirmado con una seguridad casi absoluta. Aquella mañana había habido un gran trajín, ya que dos tractores azules provistos de sendos remolques habían hecho respectivamente tres viajes desde el aserradero a la zona cercana al Gran Puente para cargar la madera recién talada. Williams había hablado, según decía, con los conductores para asegurarse de que todo estaba en orden y el traslado no había dado comienzo hasta aproximadamente las diez menos cuarto o quizá un poco más tarde. Si había algo que podía afirmar con bastante seguridad era el hecho de que Daley había pasado por la puerta a la vez que uno de los tractores, ya que si bien la puerta había estado abierta a menudo durante aquella mañana, no se había abierto expresamente (Williams estaba casi seguro) para la furgoneta de la finca Blenheim. Con todo, se acordaba de la furgoneta. No conocía bien a Daley; había hablado con él en un par de ocasiones, claro, y éste había pasado muchas veces por la puerta, procedente del aserradero o de camino a él. Por regla general, las personas que trabajaban en Blenheim se hacían un gesto con la mano en señal de reconocimiento o saludo. Había algo más: Daley llevaba su sombrero casi siempre, incluso en verano, y, en efecto, también aquel lunes por la mañana.

Morse insistió en ese punto.

—¿Está seguro de ello?

Williams soltó un resoplido. Sí, creía estarlo… Aquel asunto le estaba poniendo nervioso, tanto interrogatorio y tanto testimonio, y ahora se sentía menos seguro que antes sobre un par de cosas que había dicho. El disparo que creía haber oído, por ejemplo: cada vez tenía más dudas sobre si lo había llegado a oír. Así pues, sería mejor, aparte de más honrado, mostrarse más cauto… Eso era lo que pensaba ahora.

—Bueno, creo que sí. En realidad el problema está en la hora. ¿Sabe que le digo? Que tal vez fuera un poco más tarde…

Pero Morse ya no parecía interesado en la hora. Ni siquiera en el disparo.

—Señor Williams, lamento insistir en esto, pero es muy importante. Sé que el señor Daley siempre se ponía su sombrero cuando estaba en el parque, y le creo cuando dice que le vio con él. Permítame de todos modos que se lo pregunte de otra manera: ¿está seguro de que era el señor Daley quien lo llevaba aquel lunes por la mañana?

—¿Qué me está diciendo? —respondió Williams lentamente—. ¿Que tal vez no fuera él quien conducía la furgoneta?

—Exacto.

Dios Santo… Williams no lo sabía. Ni siquiera se había parado a pensar en ello.

En aquel momento se acercaron a la garita dos mujeres haciendo *footing*, atravesaron la puerta y entraron en el parque. Sus pechos daban botes, y desde atrás podía verse que corrían con los pies un tanto separados, al estilo que caracteriza al bello sexo. Morse les siguió con la mirada por un momento y formuló su última pregunta:

—¿Vio aquella mañana pasar por aquí, saliendo del parque, a alguna persona haciendo *footing*? ¿A eso de, digamos… las diez y media o las once?

Williams lo consideró. Aunque el recuerdo que tenía de todo empezaba a resultarle cada vez más borroso, lo que acababa de preguntar el inspector jefe le había traído algo a la memoria. Si no recordaba mal, había visto a alguien, sí… a una mujer. Durante el fin de semana siempre había mucha gente corriendo, todo lo contrario de los días laborables, todo lo contrario… sobre todo a media mañana. Creía recordar a una mujer; casi podía verla ahora, con los pezones erectos, prietos contra la fina tela de la camiseta… ¿Que cuándo la había visto? ¿El lunes por la mañana? La verdad era que no lograba acordarse, y una vez más no quiso comprometerse dando una respuesta categórica.

—Sí, es posible que viera a alguien.

—Muchísimas gracias, señor Williams.

El señor Williams no supo qué le agradecían, y era consciente de que debía de haber dado una impresión bastante pobre como testigo. Sin embargo, el inspector había puesto cara de sentirse realmente satisfecho consigo mismo al irse. Además había dicho «muchas», ¿no? El guarda de la garita de Combe Lodge no conseguía aclararse.

66

Como cuando aquella diabólica máquina de hierro,
construida con habilidad de furias en lo más hondo del infierno,
de fragoroso nitro y rápido azufre lleno hasta rebosar,
provisto de redondas balas y con orden de matar,
concibió el fuego…

Edmund Spenser, *La reina de las hadas*

El área semicircular en que acostumbraban a aparcar los aficionados a los pájaros y las parejas de enamorados que se veían por allí de vez en cuando estaba atestada de coches y furgonetas de la policía cuando, media hora después de irse de Blenheim, Lewis cruzó la puerta de acceso («El bosque permanecerá cerrado a los poseedores de permiso hasta las diez de la mañana todos los días excepto los domingos») y avanzó hacia la izquierda, en dirección al recinto que demarcaba una valla de cuatro barras horizontales pintada de creosota negra. Allí, bajo la dirección del inspector jefe Johnson, unos cincuenta agentes de policía (algunos uniformados, otros no) estaban llevando a cabo una sistemática batida.

—¿No ha habido suerte todavía?

—Un poco de paciencia, por favor… —repuso Johnson—. El área que tenemos que batir es muy amplia.

Los grandes cobertizos de madera, las pilas de troncos y postes para vallados, los grupos de árboles aquí y allá, la espesa fronda de los arbustos sin podar… Todo ello impedía realizar la búsqueda siguiendo un modelo estrictamente científico. De todos modos, disponían de tiempo y hombres de sobra. Lo encontrarían; a Johnson no le cabía duda.

Morse echó a andar por el curvado sendero, en dirección al punto más lejano con respecto a la entrada del recinto y al cobertizo en que David Michaels tenía su oficina, justo donde se había construido recientemente la valla para los ciervos. A la izquierda del sendero había una hilera formada por unos cuarenta abetos, que tendrían aproximadamente diez metros de altura; a

la derecha se encontraba el cobertizo, cuya puerta principal estaba cerrada con candado. Sobre las paredes laterales de madera de la amplia construcción había, en lo alto, seis nidos de gran tamaño, numerados del nueve al catorce, y, abajo, unas tupidas matas de ortigas. Morse bajó la mirada y se fijó en el torcido sendero, volvió sobre sus pasos contándolos a medida que los daba y finalmente se detuvo ante un cobertizo más pequeño que tenía un lado al descubierto y en el que había aparcado un gran tractor rojo provisto de un mecanismo para levantar madera. Se quedó un par de minutos ante el tractor, detrás de la pared del cobertizo, y, a continuación, como si fuera un joven con un rifle imaginario, levantó los brazos, dobló el dedo índice de la mano derecha en torno al gatillo, cerró el ojo izquierdo, movió el arma lentamente de izquierda a derecha describiendo un arco en el aire como si un vehículo imaginario estuviera pasando por allí y se quedó finalmente quieto cuando el vehículo se detuvo delante del cobertizo del jefe de guardabosques y el conductor imaginario bajó.

—¿Usted cree? —preguntó Lewis en voz baja.

Morse hizo un gesto de asentimiento.

—Eso significa que deberíamos estar centrando la búsqueda aquí arriba, señor. —Lewis señaló la oficina de Michaels.

—Un poco de paciencia, por favor… No es tan inteligente como tú —musitó Morse.

—Unos cincuenta o cincuenta y cinco metros. Yo también lo he contado, señor.

Morse volvió a hacer un gesto de asentimiento, tras lo cual los dos detectives se reunieron de nuevo con Johnson.

—¿Sabes mucho de rifles? —preguntó Morse.

—Lo suficiente.

—¿Se puede poner un silenciador a uno de siete milímetros?

—La expresión que se utiliza hoy en día es «moderador de ruido». No, no serviría de mucho. Evitaría el ruido de la explosión, pero no el de la bala al atravesar la barrera del sonido. A todo esto, Morse, es posible que se trate de un 243, no lo olvides.

—Oh…

—Piensas que pudo ocurrir por aquí cerca, ¿no? —Johnson apartó de una patada unas ortigas que había a lo largo de la parte inferior de la pared y miró a Morse con gesto taimado y un tanto triste.

Morse se encogió de hombros.

—No es más que una conjetura, por supuesto.

Johnson miró las ortigas aplastadas.

—Nunca has tenido mucha fe en mí, ¿verdad?

Morse no supo qué decir y, cuando Johnson se hubo alejado, miró a su vez las ortigas aplastadas.

—Está muy equivocado, señor, ¿lo sabía? Johnson es más inteligente que yo.

Sin embargo, Morse volvió a guardar silencio; los dos bajaron por el sendero en dirección a la casa de piedra donde Michaels y su esposa sueca habían sido tan felices hasta hacía muy poco.

Justo en el momento en que entraban en ella, oyeron un disparo a cierta distancia, pero no le prestaron atención. Michaels les había informado que a nadie resultaba extraño oír un disparo en Wytham: podía ser algún guardabosques disparando a un conejo o una ardilla, o un trabajador practicando el tiro al pichón.

En el interior de la casa, justo al lado de la puerta principal, estaba el armario de seguridad de acero del que habían sacado el rifle de Michaels para someterlo al examen del forense. Como no había ningún requisito legal que obligara a seguir manteniéndolo cerrado con llave, ahora estaba abierto… y vacío. Lewis se inclinó, miró detenidamente el hueco donde había descansado el arma y se fijó en las marcas producidas por la culata; al lado había un segundo hueco en la que se veían asimismo unas marcas reveladoras.

—Estoy seguro de que está en lo cierto —dijo Lewis.

—Recuerda que nos lo dijo él mismo —comentó Morse—. Cuando le comentaste que no habías visto ningún arma en el cobertizo, Michaels dijo: «Oh, ni se me ocurriría guardarlas allí». Utilizó exactamente esas palabras, si no me equivoco.

—¿Sigue convencido de que fue él, señor?

—Sí.

—¿Y qué me dice del principio de indeterminación del que hablaba esta mañana?

—¿Qué quieres que te diga? —repuso Morse.

—Olvídelo.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las doce.

—Ah, «el aguijón del mediodía».

—¿Cómo?

—Olvídalo.

—Podemos bajar andando si quiere, señor. Es un agradable paseo de diez minutos. Seguro que nos sienta bien; además, así nos entrará sed.

—Tonterías…

—¿No le gusta dar un paseo… de vez en cuando?

—De vez en cuando sí.

—Entonces ¿qué me dice?

—Te digo que cojas el coche y que me lleves al White Hart, Lewis. ¿Hay algún problema?

67

Scire volunt secreta domus, atque inde timeri.
(Quieren saber secretos domésticos a cada instante y de ahí alimentan su apetito de poder).

Juvenal, *Sátira III*

—¿Qué le ha dado la pista esta vez? —preguntó Lewis cuando se hubieron sentado a una mesa del pequeño bar del piso de arriba, Morse con una pinta de cerveza de la buena y él con una naranjada llena de cubos de hielo.

—No creo que haya sido el hecho de encontrar a Daley en Blenheim tal como lo encontramos, sino las fotografías que le hicieron allí. Al principio ni me di cuenta de ello; sin embargo, cuando las vi se me ocurrió, no sé muy bien por qué, la idea de que aquél era el lugar donde le habían arrojado, pero no donde le habían pegado el tiro.

—¿Me está diciendo que sólo… bueno, que ha sido una especie de sensación?

—No, no estoy diciendo eso. Tal vez pienses que ésa es mi manera de trabajar, Lewis, pero no es así. No creo en las intuiciones inexplicables que de vez en cuando resultan correctas. Tiene que haber algo, por vago que sea. En esta ocasión se trataba del sombrero, ¿no? El sombrero que Daley llevaba allá donde fuese e hiciera el tiempo que hiciese. El mismo sombrero de marras… No se lo quitaba nunca, Lewis.

—Se lo quitaría en la cama probablemente.

—No lo sabemos, ¿no? —Morse se acabó la cerveza—. Tenemos tiempo de sobra para otra…

Lewis asintió.

—Tiempo de sobra. Aunque ahora le toca pagar a usted, señor. Yo quiero otra naranjada. Está riquísima. Con mucho hielo, por favor.

—Es prácticamente seguro —continuó Morse tras un par de minutos— que llevaba su sombrero cuando lo mataron. Además, tengo serias dudas de

que se le cayera. La primera vez que le vi me fijé en que tenía una profunda marca de sudor en la frente. Por otra parte, es posible que se le hubiera caído al recibir el disparo, pero tuve la sensación… —Lewis enarcó las cejas— de que de ser así no habría ido a parar muy lejos.

—¿Y bien?

—Creo que se lo pusieron deliberadamente al lado de la cabeza después de dispararle. ¿Recuerdas dónde estaba? A un metro de distancia de su cabeza. Así pues, la conclusión, tal como lo veo, es firme y satisfactoria: Daley llevaba el sombrero cuando le dispararon y lo más probable es que no se le cayera. Luego, cuando lo movieron y se deshicieron de él, se le cayó y lo pusieron a su lado.

—Vaya lío…

Morse hizo un gesto de asentimiento.

—Pero tenían que hacerlo. Tenían que buscar una coartada.

—¿Para David Michaels?

—En efecto. Fue Michaels quien mató a Daley, de eso no me cabe duda. Acuérdate del acuerdo del que nos habló Hardinge, el acuerdo al que llegaron los cuatro con vistas a la declaración, la cual, a todo esto, contiene tantas verdades como mentiras. Entonces ocurre algo que manda todo a hacer puñetas. Daley recibe una carta en la que se detallan las responsabilidades económicas que tiene que afrontar por culpa de su hijo. Pero Daley sabe que tiene bien pillados a… bueno, a todos los demás. En concreto a David Michaels. Supongo que Daley le llamó y le dijo que no le era posible respetar el acuerdo, que lo sentía, pero que necesitaba más dinero. Y que si no conseguía el dinero pronto…

—¡Le hizo chantaje!

—Exacto. Y cabe la posibilidad de que hubiera algo más que eso.

—Pues sí que es verdad que tenía pillado a Michaels si uno se para a pensar en ello: sabía que estaba casado con una asesina.

—Pillado y bien pillado. Así pues, Michaels accede, mejor dicho, finge que accede a sus exigencias. Quedan en verse en Wytham a primera hora del lunes, a las diez menos cuarto, pongamos. No suele haber mucha gente a esa hora. A los aficionados a los pájaros no se les permite entrar en el bosque hasta las diez, ¿recuerdas el cartel?

—Los de la Real Sociedad para la Protección de Aves estaban allí.

—Ya, pero resultaron una bendición caída del cielo.

—No vaya tan rápido, por favor.

—De acuerdo. Retrocedamos un poco. Daley va a Wytham en la furgoneta de la finca; Michaels le ha dicho que dispondrá de algo de dinero, en efectivo, a buen seguro, en cuanto abran los bancos. Está preparado. Espera a que Daley suba a su oficina; espera poder verle claramente en cuanto salga de la furgoneta. No sé exactamente en qué lugar le estaría esperando, por supuesto; lo que sí sé, en cambio, es que una persona tan experta como Michaels que tenga una mira telescópica puede dar a esto —Morse cogió el vaso vacío— sin ningún problema desde una distancia de cien metros, y no digamos ya de cincuenta.

Sin embargo, la reconstrucción del asesinato de Daley quedó interrumpida temporalmente, ya que Johnson acababa de entrar en el *pub* y se disponía a sentarse con ellos.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Morse—. Paga Lewis.

—No quiero nada, gracias. Escucha, te han llamado del instituto forense para decirte algo relacionado con la furgoneta. Les he dicho que no sabía exactamente dónde estabas y…

—¿Qué te han contado?

—Han encontrado huellas por todas partes. La mayoría de Daley, por supuesto. Pero también han encontrado otras, como tú decías. En el volante y en la parte trasera.

—¿Y son de quién yo decía?

Johnson hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Son de Karin Eriksson.

Aquel mismo día, a la hora de comer, Alasdair McBryde salió de la estación de metro de Manor House, echó a andar rápidamente por Seven Sisters Road y entró en uno de los garajes que hay en la torre de apartamentos de Bethune Road. Se fijó en el coche sin distintivos; en la parte delantera había dos hombres sentados, uno de ellos leyendo el *Sun*. McBryde solía percibir el peligro a un kilómetro de distancia, y aquella vez no fue una excepción. La taquilla que le interesaba era la número catorce; sin embargo, silbando suavemente el preludio del acto tercero de *Lohengrin*, entró con valentía en la taquilla que tenía más cerca, cogió una lata medio llena de Mobiloil, volvió con aplomo sobre sus pasos, salió a la carretera principal y, una vez allí, se encaminó hacia Stamford Hill sin soltar la sucia lata.

—¡Falsa alarma! —dijo el policía que leía el *Sun* antes de proseguir con las diferentes relaciones ilícitas que mantenían las celebridades del mundillo

artístico.

A las tres y media de la tarde, a menos de cuatro o cinco metros del lugar en que había estado antes el inspector jefe Johnson, entre las ortigas, el perejil de monte y otras plantas más difíciles de identificar, el agente Roy Wilks hizo su descubrimiento: una bala de un rifle 243, la que a buen seguro estaban buscando. Nunca en su vida había sido el centro de tanta atención y probablemente nunca más (como él mismo reconoció) le daría alguien la enhorabuena de una forma tan calurosa.

Sobre todo Morse.

68

La luz de las luces
cae siempre sobre el motivo, no sobre el hecho,
La sombra de las sombras sólo cae sobre el hecho

W. B. Yeats, *La condesa Cathleen*

—¡Con claridad, Morse! ¡Dímelo con claridad! No quiero saber lo listillo que eres, joder. Dame una explicación sencilla. Y en pocas palabras, si es que puedes.

A raíz de los últimos hallazgos, se había vuelto a tomar declaración a David Michaels y Karin Eriksson, de tal suerte que Morse, sentado a la mañana siguiente en el despacho de Strange, pudo confirmar, en casi todos sus aspectos, los hechos que había explicado a grandes rasgos a Lewis en el White Hart.

Daley había estado en la oficina del bosque de Wytham en más de una ocasión con anterioridad, por lo que habían quedado en ella a las nueve menos cuarto del lunes 3 de agosto. Con suerte, a aquella hora no habría prácticamente nadie por ahí; sin embargo, sólo si no había nadie en absoluto tendría lugar el hecho que finalmente había tenido lugar. Cuando Daley salía de la furgoneta, Michaels le había abatido de un disparo con su rifle 243, rifle que sería enterrado posteriormente en Singing Way. La detonación le había sonado a Michaels estruendosa. Sin embargo, el silencio que la había sucedido, extrañamente misterioso, había acabado imponiéndose y nadie había acudido corriendo al recinto para pedir una explicación y enterarse de los motivos de aquel disparo. Nada. Nada más que una mañana de principios de agosto, despejada y nuevamente tranquila. Y un cadáver que Michaels había envuelto rápidamente con un plástico negro y echado en la parte trasera de la furgoneta de Daley. Cinco minutos después de cometerse el asesinato, aquella misma furgoneta avanzaba por Wolvercote, enfilaba la A44 en dirección a Woodstock, giraba hacia Bladon y luego hacia Long Hanborough y llegaba finalmente a Combe Lodge, en la parte occidental de la finca

Blenheim. Aunque las llaves de la puerta estarían sin duda en alguna parte del cadáver, la persona que conducía la furgoneta había esperado un rato y no había tardado en obtener recompensa a su paciencia al ver que la puerta se abría para dejar paso a un tractor con remolque. Tras calarse el sombrero caqui sobre su corto pelo negro, la conductora de la furgoneta había seguido al remolque y levantado una mano para saludar a cualquier persona anónima que la estuviera observando mientras ella pasaba agradecidamente por la puerta. Unos centenares de metros más adelante, se había fijado en un lugar ideal para dejar una furgoneta, un cadáver y un sombrero. Daley no era un hombre pesado y ella era una joven fuerte, pese a lo cual se había visto incapaz de levantar el cadáver y había tenido que empujarlo hasta la puerta trasera, desde la que había caído al duro suelo con un golpe sordo. Como el plástico negro estaba pegajoso por la sangre, se lo había llevado al irse. Tras cruzar velozmente la carretera, había llegado al extremo del lago, donde se había lavado la sangre de las manos y había escondido el plástico bajo unos juncos. A continuación, ciñéndose al plan convenido, había regresado haciendo *footing*, aunque no, según su testimonio, por Combe Lodge, como había sugerido Morse (y hubiera jurado Williams), sino por la parte occidental del lago, cruzando el pequeño puente del río Glyme, debajo de la Gran Cascada, para salir del parque por Eagle Lodge.

—Una buena carrera, tomara el camino que tomara —musitó Strange.

—Hay gente que se mantiene en forma.

—¿No estarás pensando en ti?

—No, no…

—De todos modos, ha sido una suerte que el hombre de la garita se acordara de la furgoneta.

—Con todos los respetos, señor, me parece que eso no es cierto. En realidad, nos ha hecho pensar a todos que Daley aún estaba con vida después de las diez, cuando David Michaels estaba a kilómetros de distancia en compañía de sus amigos de la Real Sociedad para la Protección de Aves ocupado con los nidos. De todas formas, Michaels no podría haber cometido el asesinato solo aquella mañana. No habría podido salir de Blenheim y regresar a Wytham de ningún modo.

—Su esposa, en cambio, sí habría podido. Eso es lo que quieres decir, ¿verdad?

—Su esposa lo hizo.

—Era una muchacha valiente.

—Es una muchacha valiente, señor —rectificó Morse.

—¿Sabes una cosa? Si hubieran jugado limpio desde el principio, probablemente sólo les habría caído homicidio culposo o en defensa propia, lo que quieras…

—Tal vez.

—No estás muy convencido.

—Creo que es una mujer algo más compleja de lo que parece. Quizá… quizá no lograra convencerse a sí misma de que el asesinato de Myton había sido en defensa propia.

—¿Te refieres a que podría haber disfrutado haciéndolo?

—No he dicho eso, señor.

Strange meneó la cabeza.

—Ya, ya… De todos modos ya sé por dónde vas. Estaba dispuesta a llevar el cadáver de Daley a Blenheim y…

—Como ya le he dicho, señor, se trata de una mujer compleja. En realidad no estoy seguro de llegar a comprenderla.

—Quizá sea un misterio incluso para sí misma.

Morse se levantó.

—Ocurre lo mismo en todos los casos, ¿no le parece? Jamás llegamos a entender los motivos de la gente. En esta clase de cosas parece como si se mostraran y al mismo tiempo siempre quedara algún misterio por resolver.

—No empieces a ponerte religioso conmigo, Morse…

—Eso es imposible.

—Imagino que nadie echará mucho de menos a Daley.

—No. Era un hombre pequeño…

—¿De veras? ¿Cuánto medía?

—No lo decía en ese sentido, aunque, en efecto, era un hombre físicamente pequeño. Sólo pesaba cincuenta y tres kilos.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Le pesaron, señor… *post mortem*.

69

> Al igual que las personas, cada máquina de escribir tiene sus peculiaridades.
>
> *Manual de mantenimiento de oficinas*, 9.ª edición

Al día siguiente, viernes 8 de agosto, Morse no tardó en dirigir su atención a la sección de cartas al director del *Times*.

> Señor director:
>
> Durante los últimos años todos hemos sido conscientes de la creciente influencia que han empezado a tener los juicios (y sus revisiones) por televisión. Hemos sido testigos, por ejemplo, del fracaso de las acciones judiciales interpuestas contra los seis de Birmingham y los cuatro de Guilford; y podemos prever sin temor a equivocarnos que los dos de Towcester y el inculpado de Winchester serán absueltos en fecha próxima.
>
> ¿Vamos a vernos ahora condicionados de manera similar por las investigaciones policiales que se lleven a cabo en los diarios de calidad de la nación (entre los que incluyo, por supuesto, el suyo, señor director)? Según tengo entendido, la policía del valle del Támesis ha podido presentar cargos contra varias personas relacionadas con el caso de la doncella sueca, gracias, en buena medida, al poema original publicado en la sección de cartas al director de su diario. Debemos, por supuesto, dar las gracias por tal resultado. Sin embargo, ¿soy yo la única persona que se siente inquieta por el precedente que esto supone? ¿Soy la única persona que cree en la conveniencia de que tales asuntos, tanto el judicial como el policial, permanezcan en las manos de los hombres y mujeres que están debidamente preparadas en sus respectivas áreas de conocimiento?
>
> Sinceramente,
>
> Reginald Postill
> Capitán de la Marina Real (R)
> 6 Baker Lane, Shanklin,
> Isla de Wight.

Lewis había entrado en el despacho mientras Morse estaba leyendo esta carta; como era de esperar, él también la leyó.

—Un tanto severa, ¿no le parece? Creía que este asunto era por el bien de todos. Realmente no veo qué tiene de malo que contemos con la cooperación

y el interés del público.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Morse.

—Quizá no deberíamos preocuparnos de lo que diga un viejo capitán jubilado de la isla de Wight.

Morse emitió una sonrisa maliciosa.

—¿Qué te hace pensar que está jubilado? —preguntó entonces con tranquilidad.

A última hora de la tarde Morse no había perdido ni un ápice de su humor festivo. Se había acercado a Summertown justo después de los *Archers* y había vuelto a su piso con cuatro botellas de champán, no de las más caras, todo hay que decirlo, aunque tampoco de las más baratas. Le acompañaban Strange, Johnson y Lewis. Cuatro en total, y con el único propósito de hacer un par de brindis de felicitación. La doctora Hobson también había sido invitada, pero había llamado aquella misma tarde para excusarse. Lo sentía, pero había surgido un caso urgente; le habría encantado estar allí, pero tales situaciones era inevitables.

Harold Johnson fue el primero en irse, a las nueve y cuarto. Tras beber una copa de champán, se había disculpado diciendo que su esposa le estaba esperando, pese a que probablemente era él quien tenía más motivos para sentirse agradecido aquella noche: él y su equipo se iban a ocupar de las diligencias relativas al procesamiento de los dos sospechosos de asesinato, David Michaels y esposa, ya que Morse había anunciado su intención de reanudar inmediatamente el interrumpido permiso que había comenzado (hacía tanto tiempo ya, le parecía) en el hotel Bahía de Lyme Regis.

Al cabo de diez minutos y tres copas de champán, Strange se puso trabajosamente en pie y anunció su inminente partida.

—Gracias, y que disfrutes de tus vacaciones.

—Si usted me lo permite…

—¿Adónde vas esta vez?

—Estaba pensando en Salisbury, señor.

—¿Por qué Salisbury?

Morse titubeó.

—Acaban de restaurar la catedral y pensaba que…

—¿Estás seguro de que no te me estás poniendo religioso, Morse?

Ya habían acabado dos botellas de champán. Morse cogió la tercera y se puso a tirar del alambre que tenía en torno al cuello.

—Yo no quiero más —dijo Lewis.

Morse dejó la botella sobre el aparador.

—¿Prefieres una Newcastle Brown?

—Pues, a decir verdad, sí, señor.

—Bien.

Morse entró en la desordenada cocina seguido del sargento.

—¿Va a solicitar mi puesto, señor? —Lewis señaló una vieja máquina de escribir portátil que había en un extremo de la mesa de la cocina.

—Ah, eso… Estoy escribiendo unas líneas al *Times* —dijo dándole a Lewis el resultado de sus esfuerzos: una confusa misiva mal escrita e infestada de tachones.

—¿Quiere que la pase a limpio, señor? Está un poco…

—Sí, por favor. Te lo agradecería.

Así pues, el sargento se sentó ante la mesa de la cocina y volvió a escribir la carta a máquina. Que le llevara más tiempo del debido se debió a dos factores: el primero, que Lewis sólo podía alardear de una mediocre competencia en máquinas de escribir; el segundo, que en cuanto escribió la primera línea, se quedó mirándola con creciente interés y asombro, circunstancia que se repitió con la segunda y luego con la tercera… En concreto se quedó mirando el desgaste de la parte superior de la *e* minúscula y el leve acortamiento de la raya horizontal de la *t* minúscula. Por un momento, sin embargo, no dijo nada. Luego, cuando hubo terminado su copia, la cual le había salido bastante limpia, sacó la hoja de la vieja máquina y se la entregó a Morse.

—Esto está mucho mejor. Qué bien…

—¿Se acuerda usted, señor, del primer artículo que apareció en el *Times* en relación con el caso de la doncella sueca? Decían que si se llegara a encontrar la máquina de escribir sería bastante fácil identificarla. Bastaría con examinar la *e* y la *t*…

—¿Y?

—Fue usted quien escribió el poema sobre la chica, ¿verdad, señor?

Morse asintió lentamente.

—Vaya… —Lewis meneó la cabeza en señal de incredulidad.

El inspector se sirvió una lata de cerveza.

—El champán es una bebida estupenda, pero da sed, ¿no te parece?

—¿Cree usted que lo habrá sospechado alguien más? —preguntó Lewis con una sonrisa mientras miraba la máquina de escribir.

—Sólo una persona. Una persona de Salisbury.

—Pero ¿no ha dicho usted que iba a ir allí… a Salisbury?

—Es posible, Lewis. Depende.

Media hora después de que Lewis se hubiera marchado, mientras escuchaba a Lipatti interpretar el lento del *Concierto para piano número 21* de Mozart, Morse oyó sonar el timbre.

—Ya sé que es un poco tarde, pero…

El gesto de malhumor que había mudado el rostro de Morse en un principio se transformó en una sonrisa de alborozo.

—¡Tonterías! Da la casualidad de que tengo un par de botellas de champán…

—¿Crees que bastará con eso?

—Pasa, pasa. Voy a apagar…

—No, por favor. Me encanta. Es el K 464, ¿verdad?

—¿Dónde has dejado el coche?

—No he venido en coche. He pensado que probablemente intentarías emborracharme.

Morse cerró la puerta cuando ella hubo pasado.

—Voy a apagarlo de todos modos, si no te importa. Soy incapaz de arreglármelas con dos cosas bonitas al mismo tiempo.

Ella siguió a Morse al salón, donde éste cogió una vez más la tercera botella de champán.

—¿A qué hora tienes que irte, amor mío?

—¿Quién ha dicho que tenga que irme, inspector?

Morse dejó la botella y volvió rápidamente al vestíbulo, donde echó la llave de la puerta y corrió los cerrojos, tanto el de arriba como el de abajo.

Epílogo

> La vida nunca nos plantea algo que no pueda ser considerado como un nuevo punto de partida, ni tampoco como una terminación.
>
> André Gide, *Los monederos falsos*

El lunes 10 de agosto de 1992 apareció la siguiente carta en la sección de cartas al director del *Times*:

> Señor director:
>
> En nombre de la policía del valle del Támesis, deseo expresar mi agradecimiento y el de mis compañeros al periódico *Times* por su ayuda y cooperación. Como consecuencia directa de las líneas de investigación sugeridas por algunas de las personas que han escrito a su sección de cartas al director en relación con el poema de la doncella sueca, hay ahora varias personas detenidas que en su debido momento serán llevadas a juicio de acuerdo con las exigencias de la ley.
>
> Atentamente,
>
> E. Morse
> Inspector jefe
> Comisaría del valle del Támesis,
> Kidlington, Oxfordshire.
>
> [Ésta es la última carta que se publica en relación con este tema. El director].

Como el resto del personal de su periódico, el director se había sentido fascinado por la gran afluencia de ideas a la que había dado lugar el poema de la doncella sueca. Así pues, y pese a que el caso ya había concluido, creyó que debía responder brevemente a la carta de Morse. A media tarde, por tanto, dictó unas cuantas líneas de agradecimiento recíproco.

—¿Tenemos la dirección de su casa? —preguntó su secretaria.

—No. Envíala a la comisaría de Kidlington. Con eso bastará.

—¿Y la inicial? ¿Sabemos qué significa?

—¿La «E»? —El director pensó en la pregunta durante un par de segundos—. Eh… no. Creo que no.

NORMAN COLIN DEXTER (Stamford, Lincolnshire, Inglaterra, 29-9-1930 – Oxford, Reino Unido, 21-3-2017) estudió en el Christ's College de Cambridge, trabajando posteriormente como profesor de Estudios Clásicos en varias escuelas. Debido a problemas de sordera, Dexter fue apartado de la enseñanza para ocupar un puesto administrativo en la Universidad de Oxford.

En lo literario, Dexter comenzó su carrera en 1975 y es conocido por su serie de novelas criminales, sobre todo aquellas protagonizadas por el Inspector Morse, un misántropo y excepcional detective amante de la ópera, los crucigramas y el alcohol, y que dieron lugar a una famosa serie de televisión británica. El personaje de Morse fue recuperado más tarde en una nueva serie bajo el título de *Endeavour*, donde se relatan los inicios del inspector dentro de la policía de Oxford.

Ganador de varios premios Dagger, incluyendo la Daga de Diamantes, el premio a toda una carrera literaria. También habría que destacar la Orden del Imperio Británico (OBE), otorgada por sus servicios a la cultura.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. *Tit* en el original significa «teta» y «paros», nombre este último aplicado a varias especies de pájaros como el alionín, el herrerillo y el pájaro moscón. *(N. del T.)*. <<

[2] Esta frase es una traducción literal de la expresión inglesa *When the sun is over the yardam*, con la que se indica la hora del día a la que se considera permisible empezar a beber. La traducción de *yardam* es, evidentemente, penol. *(N. del T.)*. <<

[3] Shakespeare, *Romeo y Julieta* (II. iv). Juego de palabras. *(N. del T.)*. <<

[4] En el poema, la palabra a la que se hace referencia es *deer*, voz utilizada genéricamente para denominar a los cérvidos y en concreto al ciervo. *Hart* refiere directamente al ciervo, sobre todo al mayor de cinco años. *(N. del T.)*. <<

[5] Instituto encargado del patrimonio histórico nacional y de parajes de interés ambiental. *(N. del T.)*. <<

[6] Las luces reflectantes de la carretera reciben el nombre de *cat's eyes* (ojos de gato) en inglés. *(N. del T.)*. <<

[7] Juego de palabras intraducible. El apellido del poeta, Hunt, significa «cazar». De ahí la referencia al verso 18. *(N. del T.)*. <<